



No
me
mires
así

Chris M. Navarro

NO ME MIRES ASÍ

Chris M. Navarro

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, copiada o transmitida en ninguna manera

ni por ningún medio, ya sea electrónico, óptico, reprográfico, de grabación o de fotocopia, o cualquier medio por aparecer, sin el permiso expreso, escrito y previo del autor.

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Ángeles
Salamanca

Registrada en SafeCreative

Autor: Chris M. Navarro

Título: No me mires así

Segunda Edición

Dedicado a tod@s mis lector@s,

A mis bailarinas,

A todos los que siempre están ahí
ayudándome,

A mis valencianas

Y a todo ese mundo literario que
estoy descubriendo

Y que me queda por vivir;

Pero sobre todo, a mi mami,

Que dondequiera que esté,
Sigue transmitiéndome su fuerza

Todo pasa por algo, es lo que siempre me dice mi madre. O es así o es lo que se quiere ella creer para justificar los años que pasó en la calle mendigando un papel y pasando hambre hasta conseguir que alguien se fijara en ella y ser lo que hoy en día es, una de las actrices mejor pagadas de la cinematografía española, así como de las más valoradas en Estados Unidos. Todo tiene siempre una justificación, si lo pasas mal es porque lo bueno está por venir, y ese sufrimiento desencadenará en la absoluta felicidad. Mi madre es

taaan feliz, que a veces no la soporto. No, mejor dicho, la mayoría de las veces no la soporto. Y mi padre, oh síii, ¡mi padre! El gran compositor Andrés Palacios, cantante, músico, y en sus ratos libres, también actor. Así se conocieron, grabando una película, cómo no. Mi madre era la protagonista y mi padre tan solo hacía un papel secundario que se llevó más méritos que el principal porque todo el mundo estaba a la espera de ver en la gran pantalla al cantante.

Treinta años después, mis padres siguen trabajando en lo suyo, con sus éxitos, y por consiguiente sus gratificaciones económicas, porque claro: ¡¡tenemos muuuuuucho dinero!! Y

cuando alguna vez me he quejado por sentirme sola, la respuesta ha sido: ¿Acaso te hemos dejado sola alguna vez? ¡¡Siempre has estado acompañada de las mejores nodrizas!! Además, sabes que todo en la vida tiene su lógica, su por qué, y cuando te llegue el tuyo, entonces entenderás que no todo fue en vano.

Claro, así ya se puede hacer lo que se quiera ¿no? Cualquiera cosa la justificaré igualmente: tooodo pasa por algo. Así que así vivo la vida. Hago lo que me da la gana cuando me da la gana, y no me suelo preocupar por nada. Para eso ya están mis padres. O tampoco ellos.

Entonces, si todo pasa por algo,

¿alguien me quiere decir por qué me ha pasado esto a mí?

48 horas antes

Estoy mareada. El hielo seco de la discoteca me ha llegado hasta los pulmones y no paro de toser. Intento llegar hasta un cuarto de baño pero me cuesta porque me pesan mucho las piernas y además, a cada paso que doy, alguien me agarra e intenta entretenerme con no sé qué porque ni lo escucho, ni apenas lo veo. Todo está borroso y me doy cuenta de que si no me dejan dar un paso adelante, acabaré vomitándole a cualquiera en la cara. Bien, si eso es lo que quieren...

—¿... llamas? —es lo único que escucho de un tipo borroso, que al

parecer lleva gafas y... uff, si pudiera verlo mejor...

—¿Qué...?

—Que eres... cómo... lamas

Decido pasar de él, al fin y al cabo no estoy entendiendo nada de lo que me dice, ¿por qué sigo aquí?

Continúo mi camino sin que el tipo me detenga y consigo llegar al aseo. Una cola de chicas peripuestas para la ocasión están cotorreando sobre chicos, moda y más chicos. Me apoyo sobre la caliente pared y el calor hace que me retire y todo me dé vueltas porque no tengo punto de apoyo. Mientras andaba, aunque fuera tambaleándome, podía sostenerme en pie pero ahora que me he

quedado quieta, noto con más intensidad cómo todo da vueltas a mi alrededor. De pronto, empiezo a reírme a carcajadas. El problema es que como yo no me oigo no me he dado cuenta de lo alto que ha sonado y veo cómo una chica me está mirando con los ojos bizcos.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia, guapita de cara? — me dice la morena peleona.

—Eeeeeeyyyyyyy
perdooonaaaa. No me reía de ti, te lo juro por Snoopy.

—¿De qué vas, tía? ¿Te estás quedando conmigo?

—Nop.

Entonces, entro a regañadientes

entre las chicas que se piensan que pretendo colarme, llego al lavabo y empiezo a arrojar el chivito que me he cenado esa noche.

—Buaj, ¡¡qué asco!! —escucho que exclama una chica.

Me giro para intentar adivinar de dónde ha venido y veo a cuatro chicas riéndose de mi aspecto. Les sonrío y a una de ellas, que parece ser más tímida o que por lo menos tiene conciencia y me mira con cara de pena, le guiño un ojo. Me miro en el espejo y me doy cuenta de que tengo los ojos rojos, la pintura corrida, la cara blanca y la boca, buaj, la boca apestosa. Da igual, no tengo fuerzas para arreglarme y de todos modos, poco puedo hacer.

Empiezo a caminar hacia la salida ante la mirada reprobatoria de las chicas que fisgonean y me maldicen por haberles dejado un regalito en el lavabo. Lo siento chicas, apenas puedo mantenerme en pie, como para ponerme a limpiar el estropicio. Levanto la cabeza y paso por su lado con una sonrisa de oreja a oreja, o eso es lo que creo que estoy haciendo, porque cada vez pierdo un sentido nuevo y ya no sé ni lo que hago.

Llego a la barra, me apoyo con los brazos cruzados y escondo la cabeza entre ellos.

—¿... algo? —es lo único que escucho.

Levanto la cabeza y veo a un chico rubio con ojos grandes y saltones que me mira sonriente.

—Aunque sería mejor que no tomaras nada más —consigo escuchar. Por fin, ¡una frase entera!

—Un vodka rojo con naranja.

—En serio, no creo que debas beber más —insiste el rubiales.

—He dicho que quiero un vodka rojo —repito. Hasta yo me doy cuenta del estado lamentable de mi voz.

—Espera un momento.

El chico se retira y me deja allí, de nuevo apoyada la cabeza sobre mis manos. Me parece que han pasado horas

cuando noto que me tocan el hombro llamando mi atención. Levanto la cabeza con los ojos medio cerrados. La poca luz de la discoteca me molesta y me cuesta abrirlos del todo.

—¿Cómo te llamas? —me pregunta el camarero, preocupado por mi estado.

—¡A ti te lo voy a decir! —bromeo.

—Mira, creo que deberías irte a casa. ¿Con quién estás?

—Solita solita —contesto acercándome a él para darle un toquecito en la nariz con mi dedo índice. Hace una hora discutí con el tío con el que había quedado esta noche porque le

parecía que estaba tonteando con otros y se largó, dejándome sola en la discoteca. Desde luego, hay tipos que sin ser nada tuyo quieren una exclusividad que yo no estoy dispuesta a dar a nadie, así que si no le parece bien lo que hago, estoy mejor sola que acompañada.

Sonríó al camarero sin importarme la pinta tan desagradable que muestro en ese momento. Hasta así sé que estoy bonita, así que me atrevo a tontear con él, que insiste en saber mi nombre.

—Andrea —digo por fin.

—Andrea, mira, —se separa de mí y deja que vea a un tipo junto a él,

moreno y corpulento, como me gustan a mí los hombres —él es mi amigo Lucas. Se ha ofrecido a llevarte a casa. ¿Te parece bien que te lleve?

Lo miro frunciendo el ceño. ¿Pretende que me lleve a mi casa un desconocido? ¡Pues sí señor, de eso nada!

—No es por él, la verdad —le digo arrimándome a su oído— Pero por mal que vaya... me doy cuenta de que no conozco a ese tipo de nada.

De nuevo me dan ganas de vomitar y me pongo la mano en la boca. El camarero se da cuenta y después de pasar su brazo sobre mis hombros, me dirige hacia la salida. Yo me deslizo

junto a él entre el barullo mientras escucho el pumba pumba de la discoteca, cada vez más atronador.

—¿Tienes la chaqueta en el guardarropa? ¿Cómo has venido?

—¿Qué? —Uff, demasiadas preguntas para mí. ¡¡Por favor, un orden!!

—¿Llevas chaqueta? —repite el camarero.

Le muestro la muñeca en la que llevo atada la ficha del guardarropa. ¡Como para no llevar chaqueta a principios de enero que estamos! Con suavidad, la saca de mi mano y se la entrega al morenazo llamado Lucas, que en ese momento me doy cuenta de que

está a nuestro lado.

—No quiero que me lleve a casa, no le conozco —digo, con un sonido deplorable.

—Andrea, ¿has venido en coche?

—Claro —contesto pensando en que menos mal que quedé con mi ligue en la discoteca, porque de no ser así ahora mismo no tendría cómo volver a mi casa.

—Sabes que no estás para conducir ¿verdad?

—Claro que sí, si apenas puedo ver. Por eso te he dicho que no quiero irme aún a casa.

—Si no quieres irte aún, no te vayas. Lucas es buen tío, te lo aseguro. Cuando estés bien, entonces te vas. ¿De acuerdo?

—¿Por qué no te quedas tú conmigo? —le pregunto pestañeando exageradamente.

—Yo tengo que volver a la barra. Si mi jefe se da cuenta de que me he ausentado me despedirá, y tal como están las cosas no me lo puedo permitir.

—Te contrato yo.

El camarero suelta una carcajada y yo le miro con el ceño fruncido fingiendo estar enojada.

—¿Contratarme tú? ¿De qué? ¿De guardaespaldas o niñera?

—Te has pasado —digo, molesta por la poca consideración que me acaba de tener. Claro, como soy joven y mona, dan por hecho que solo puedo necesitar a un hombre para que cuide de mí.

La verdad es que en el estado en el que me hallo no puedo protestar por nada, bastante está haciendo el pobre chico con intentar ayudarme.

—¿Cómo te llamas? —me doy cuenta de que me ha presentado a su amigo pero no me ha dicho su nombre.

—Andrés.

—Jajajaja, igual que yoooo... —digo risueña, para acto seguido cambiar

el semblante y añadir —y que mi padre.

Lucas vuelve con mi chaqueta en la mano, me ayuda a ponérmela como un buen caballero y salimos de la discoteca. Una vez fuera, Andrés se despide de mí, no sin antes decirle a su amigo que me cuide bien y que no me deje conducir en mi estado.

—Sí papi, gracias papi —le digo sacándole la lengua.

Andrés me mira y sonrío. Sé que he conseguido gustarle, aunque sea un poquito. Me quedo mirando a Lucas y noto que se ruboriza. Me hace gracia que un hombre tan grande sea tan tímido.

—¿Dónde está tu coche? —me pregunta.

Giro sobre mí misma intentando recordar dónde lo dejé aparcado cuando llegué a Dance City hace cuatro horas. La vuelta, produce que me tambalee en el sitio, pues ha incrementado el mareo que ya de por sí llevaba. Lucas me coge al vuelo y apoya mi cabeza sobre su pecho. Ummm, me doy cuenta de que huele muy bien. Levanto la cabeza, lo miro a los ojos y sonrío. Él me mira sonrojado.

—Mira, será mejor que te sientes. Si no recuerdas dónde has dejado tu coche, podemos ir al mío.

Asiento con la cabeza. Empiezo a notar las piernas y las siento muy cansadas. ¿Qué me ha pasado esta

noche? Apenas recuerdo haberme drogado. ¿Tan solo la bebida me ha dejado así?

Llegamos a su Ford Focus y le da al cierre centralizado, entro en el coche y froto las manos heladas.

—¿Tienes frío? Pondré la calefacción.

Arranca el coche para poder poner el aire caliente y a los pocos segundos empieza a salir por los ventiladores, haciendo que el coche coja una cálida temperatura.

Apoyo la cabeza sobre el respaldo y lo observo. Él tuerce la cabeza hacia delante, tratando de ignorarme.

—¿Te pongo nervioso? —le pregunto.

—Un poco —me dice, sonriendo. Bien, eso es bueno.

—¿Por qué? No me como a nadie... a no ser que me lo pidan. Dime, ¿quieres que te coma?

Me mira divertido.

—Eres tan consciente de lo bonita que eres que das miedo. Estoy seguro de que nadie te ha dicho nunca que no, ¿verdad?

—Ummm, déjame pensaaar...
Nop.

Nos miramos durante unos segundos, divertidos. Paso mi lengua

por los labios provocadoramente y él vuelve a mirar hacia el frente.

—Andrea, estás borracha y no quisiera aprovecharme de tu estado.

—Ummmm, todo un caballero, sí señor. Pero siento decirte que soy consciente de todo lo que hago, y que por mal que esté nunca hago nada en contra de mi voluntad. Dime, ¿quieres que te coma o no?

—No puedo pasar un minuto más en este coche sin que me comas —me contesta, todavía algo tímido.

Me acerco a él y me siento encima, a horcajadas. Empiezo a lamer su oreja y lo escucho gemir. Muevo mis caderas sobre su abultado paquete

consciente de que me está reclamando. Le beso en la boca succionando cada centímetro de sus labios, y él me coge la cabeza para apretarme más y más. Sigo mareada pero me apetece tener un orgasmo. Me froto contra su pantalón, vaquero contra vaquero y cuando llego al éxtasis, él me mira con admiración.

—Veo que te dejas llevar con facilidad —me dice al oído, produciéndome cosquillas.

—Hay que vivir la vida sin límites, ¿para qué imponérmelos en cuanto al sexo?

—Entonces, yo también quisiera llegar al final.

Le miro coqueta mientras

desabrocho su pantalón y vuelvo a mi asiento ante su mirada reprobatoria. Entonces, libero su pene de los calzoncillos y me acerco de nuevo, lo lamo y provocho un intenso gemido ante algo que no se esperaba. Me encanta volver locos a los hombres, es tan sencillo. Absorbo su miembro hasta el fondo de mi boca una y otra vez, lo lamo, lo succiono, lo masajeo al compás arriba y abajo con mi mano, hasta que ya no puede más y se deja ir. Sigo lamiéndolo excitada ante los gemidos de Lucas, y cuando termino, le muestro una mirada imperante que lo hace estremecer.

—Dios, Andrea, eres... —no puede terminar la frase porque se ha

quedado sin palabras. Lo sé.

Le guiño el ojo y me incorporo en mi sitio, me desperezco y tumbo el asiento porque necesito estar en horizontal. Él se lo toma como una provocación y se dispone a darme mi parte. Ahora me toca a mí disfrutar, y vaya si lo hago. Umm, me encanta y se lo hago ver, volviendo a ponerlo a cien.

—Por Dios, estaría así toda la noche. ¿Te encuentras mejor? —me dice, después de conseguir que me corra en su boca.

—Sí, bastante mejor —le contesto con una sonrisa que muestra todos mis dientes. Miro el reloj y me doy cuenta de que son casi las seis de la

mañana. Dentro de cuatro horas tengo un concierto y apenas voy a dormir. Debería irme a casa, y así se lo hago saber.

—Está bien, te llevaré.

—No. Lucas, te lo agradezco, pero ya estoy bien. No puedo dejar mi coche aquí porque lo necesito dentro de unas horas así que será mejor que lo busque dondequiera que esté.

—Te ayudaré a buscarlo. ¿Qué coche tienes?

—Un Ferrari F430 rojo —
contesto.

—Venga ya, te estás quedando conmigo, ¿verdad?

—No —digo poniendo los ojos en blanco.

—Andrea, ese coche está delante de la puerta principal de la discoteca. Los seguratas han estado hablando de él toda la noche.

—Vaya qué bien.

—Venga, dime cuál es tu coche.

Empiezo a andar de camino a la entrada, donde acabo de recordar que efectivamente aparqué mi Ferrari. Estoy harta de que duden de mí, así que ignoro que tengo a Lucas siguiéndome incrédulo. Cuando saco el mando y hago que se abran las puertas, Lucas se queda con la boca abierta de par en par. Lo miro y le hago una mueca reprobatoria.

—Waw, ¿en serio es tuyo?

—¿Por qué no había de serlo?

—No sé, ¿a qué te dedicas?

¿Has robado un banco o algo así?

—Vete a la porra —contesto malhumorada y añado poniendo los ojos en blanco con los brazos levantados— ¡Me lo acaban de dejar los Reyes Magos!

Voy a entrar en mi coche pero una mano me frena.

—No voy a dejar que te vayas sola.

—¿Y qué vas a hacer? Te he dicho que necesito llevarme mi coche.

—Bien, pues yo te llevaré y luego volveré en taxi.

Me quedo mirándolo fijamente pensando en su propuesta. La verdad es que aunque me encuentre mejor, no puedo evitar sentir náuseas de vez en cuando y sé que sigo borracha.

—Te mueres por conducirlo, ¿eh? —bromeo.

—Ni te imaginas cuánto —me contesta cogiendo las llaves que le lanzo al vuelo.

Me coloco en el asiento del copiloto y me siento extraña en mi propio coche. Reclino el respaldo hacia atrás y me relajo.

—Me lo regaló mi padre cuando

terminé la carrera. —le aclaro, puesto que sé que sigue preguntándose cómo puedo tener un coche así.

—¡Vaya padre tienes! —exclama con admiración. “Sí, tengo un padre cojonudo. Ojala lo viera más”, pienso.

Por un momento me dan ganas de decirle quién es mi padre, pero puesto que no me suelen reconocer por el parecido y porque tengo la suerte de que la prensa me ha dejado vivir mi vida sin agobiarme demasiado, prefiero que no sepa quién soy.

Noto lo feliz que le hace conducir mi Ferrari. Está disfrutando como un enano y siento cierto gozo en mi interior. Al fin y al cabo, pese a que

voy por la vida de chica dura que no le importa nada, no hay cosa que más me guste que proporcionar felicidad a los demás. ¡Es tan gratificante! Pero ese es mi secreto.

Le indico cómo llegar a la urbanización en la que vivo en la zona residencial de L'Eliana y cada vez lo veo más alucinado.

—¿Vives con tus padres? —me pregunta como si le pareciera algo normal. A punto estoy de decirle que nunca he vivido con mis padres pero me contengo. Lo acabo de conocer y lo más seguro es que no lo vuelva a ver, así que no tengo por qué dar tantas explicaciones.

—No, vivo yo sola.

—Entonces, ¿puedo entrar y llamar a un taxi?

—Eeeeh, Lucas... Mira, me lo he pasado muy bien contigo, pero tengo que levantarme dentro de apenas dos horas y media y si entras me parece que haré de todo menos dormir —mientras hablo, he sacado el móvil de mi bolsito y he buscado el número del *Teletaxi*.

—Es una pena, ¿trabajas mañana? ¿En qué trabajas?

En lugar de contestar, empiezo a hablar por teléfono solicitando un taxi y dando mi dirección. Mientras llega, tendré que darle un poco de charla ya que me ha salvado la vida evitando que

coja el coche, así que le contesto.

—Soy músico. Toco en una orquesta.

—¿En serio? ¡Qué interesante! ¿Qué tocas?

—Lo que me dejan —contesto guasona— El oboe. —le aclaro.

—No sé qué es eso.

—Es parecido al clarinete, pero más estrecho, la boquilla es una caña finita y el sonido mucho más bonito —es la explicación para gente que no tiene prácticamente ni idea de instrumentos, que mejor suele funcionar.

Bajamos del coche y pienso que si he de esperar a que llegue el taxi, me

quedaré helada ya que debajo de la chaqueta tan solo llevo una camiseta de tirantes porque no pensaba estar esa noche en la calle. Lo miro con cara de pena.

—Entra en tu casa, no pasa nada
—agradezco que se haya dado cuenta.

—Me quedaría contigo pero...

—No te preocupes, te queda poco tiempo para dormir y a mí no me pasará nada por quedarme solo.

—Gracias —digo aupándome para darle un beso en la cara. Me mira extrañado. —Y gracias por traerme a casa, eres un sol.

Encoje las cejas poniéndome cara de chico malo dándome a entender

que no es tan bueno como creo. Antes de entrar en mi casa me vuelve a llamar.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro.

—Si en lugar de haber salido yo contigo hubiera sido Andrés, ¿habrías hecho lo mismo?

Me quedo mirándolo sin creer que me esté preguntando eso.

—No sé... supongo que sí.

Su cejo ha pasado de estar encogido con cara de chico malo pero simpático a estar irritado. Me da la espalda y empieza a caminar hacia la esquina.

Una vez dentro de mi casa, lo

observo subrepticamente desde la ventana. Su cara ahora denota decepción. En fin, a veces es mejor no ser sincera.

Me despierto de un brinco con la seguridad de que me he quedado dormida. Cuando me acosté hace dos horas, en lo último que pensé fue en ponerme el despertador, idiota de mí, y ahora me toca correr si no quiero llegar tarde al concierto.

Me lavo la cara y los dientes a toda mecha, me pongo las medias, la falda, la camisa la dejo por fuera, los zapatos, cojo la chaqueta, me miro en el espejo y pienso que debería haberme pintando un poco, pero ya no me da tiempo. Por lo menos mi cara ha mejorado desde la última vez que la vi en el espejo del cuarto de baño de Dance City. Me voy sin peinar, sé que

llevo acondicionador en el coche, así que me lo echaré cuando pare en un semáforo en rojo e intentaré desenredar mis bucles con los dedos. No es la primera vez que lo hago.

Llego acalorada al Auditorium y veo que ya están todos sentados. El director está hablando con alguien que intuyo debe de ser de la dirección del evento o algo así. Me pongo la chaqueta que todavía llevo en la mano, meto la camisa por dentro de la falda, abro el maletín, monto el instrumento, me meto una caña en la boca para ir humedeciéndola y subo la pequeña escalera que conduce al escenario.

—Llegas tarde —es cuanto me dice Silvia, mi compañera y segundo

oboe.

—Buenos días, lo sé —le digo. No nos llevamos bien, eso salta a la vista, pero a veces me gustaría que fuera un poquito más amable conmigo, al fin y al cabo, yo no le he hecho nada excepto ser mejor músico que ella.

—Algún día que seas la hija de Andrés Palacios no te salvará de llevarte una buena reprimenda.

—Tranquila, me las llevo a veces. Es solo que tú no tienes el gusto de presenciarlas.

Me mira con desprecio y me invade una ira interna que hace que me den ganas de partirle la cara a esa envidiosa. Menos mal que frente a mí,

justo al final del semicírculo que formamos, tengo a Alba, flauta travesera primera, y mi mejor amiga, que me saluda amablemente.

—Hemos afinado ya —me dice acompañándose con gestos.

“Mierda”, pienso, “esta vez sí me la voy a ganar”.

De pronto, el director, que ha dejado de hablar con el señor que dirige el cotarro, se acerca a mí y me hace un gesto para que toque la nota “La”. Empiezo a tocarla y hace callar al resto de la banda, y uno a uno empieza a tocar sus respectivas notas para afinar y estar de acorde a mi tono.

Cuando terminamos, miro a

Silvia con una sonrisa en los labios, ella se da cuenta y menea la cabeza hacia un lado con una mueca ridícula.

—Algún día, que sea la hija de Andrés Palacios, no será motivo para que te libres de una buena ostia —le susurro al oído, a punto como está de comenzar el concierto.

Ella me mira con los ojos muy abiertos. Desde luego no se puede creer lo que le acabo de decir, pero es que aunque estoy acostumbrada a hacer lo que me da la gana siempre, sé que ciertas cosas dejarían a mis padres en mal lugar, como por ejemplo andar pegando a quienes no me cayeran bien.

El director da unos golpecitos en

el atril con la batuta y un silencio atronador se cierne sobre la sala. El público está expectante, así que Manuel Cifuentes, nuestro *dire*, nos da el un, dos, tres y... y empieza a marcar el compás dirigiéndonos mientras tocamos el pasodoble “Ateneo Musical”, de Mariano Puig; seguimos con “Francisco Bravo”, de Manuel Carrascosa; continuamos con la “Rapsodia Valenciana”, de Manuel Penella Moreno; la obra “La del manojito de rosas”, de P. Sorozabal; y finalizamos con “Interplay for band”, de Ted Huggens.

Una vez hemos terminado nuestro repertorio, el señor Cifuentes hace que me levante para saludar al

público; después hace que hagan lo mismo Alba, David, clarinete primero, Amparo, saxofón y Héctor, tuba.

Tras los aplausos, bajamos del escenario y despacio, nos dirigimos al vestuario en el que se quedaron los maletines, aunque el mío lo dejé en un asiento de la primera fila porque, al llegar tarde, no quería entretenerme buscando el camerino. Lo cojo y acudo con el resto de la orquesta para limpiar allí el instrumento. Por fin puedo saludar a mis amigos, David y Alba como se merecen. Ellos son mis súper amigos, pero eso no quita que me lleve bien con un grupo, no demasiado amplio, eso también he de decirlo, pero bueno. Lo formamos Alba, flauta; David, que es mi

amigo de toda la vida y compañero en el conservatorio, que toca el clarinete; Sergio y Octavio, que tocan la trompeta; Judith y Héctor, saxofón y tuba; además del recién llegado a la orquesta, Nacho, que toca el trombón de varas. Todos somos primeros excepto Judith, que lleva menos tiempo en la banda y no consigue superar a la saxofonista primera, Amparo.

—¿Dónde comemos? Porque tengo a los tortolitos en casa y hasta esta tarde no puedo llegar —dice Alba, quien convive con una compañera de trabajo y no soporta estar con ella cuando llega su novio.

Alba es de Córdoba. Vino a vivir a Valencia hace siete años junto

con sus padres porque la empresa trasladó al cabeza de familia, y desde hace dos comparte piso con Pilar, porque siempre ha sido una persona muy independiente y no le gustaba el control enfermizo que ejercía su madre sobre ella. Aun viviendo separadas la llama continuamente para saber qué está haciendo y no la deja respirar, más cuando vivían bajo el mismo techo. Si Alba se retrasaba diez minutos de la hora que solía llegar, ya estaba llamándola a ver qué pasaba y eso la agobiaba sobremanera. Por eso, en cuanto aprobó la oposición de profesora de música de educación primaria, se fue de casa, porque por mucho que quería a sus padres, se sentía con una soga al

cuello de la que necesitaba escapar. Ahora convive con Pilar, profesora de inglés, aunque le moleste aguantar a su novio de vez en cuando.

—¡Ya será menos! —exclamo, dando a entender que mi amiga es una exagerada.

—¿Menos? Prima, tendrías que verlos. Son tan ñoños que te sube el azúcar nada más que guindándolos. La *hartá* de ganas que tengo que se casen —me gusta cuando me llama prima, costumbre de su tierra, porque como yo apenas tengo parientes, me hace sentir que formo parte de su familia.

—¿Guindanqué? —pregunta Nacho, que como es nuevo, no conoce

todavía la jerga de Alba.

—Mirándolos —le traduzco, poniendo los ojos en blanco.

—¿Tienen fecha de boda? — pregunta Judith.

—No, ¡qué más quisiera yo, prima!

—¿Por qué no se lo dices? O mejor dicho, si tanto te molestan, ¿por qué no te vas del piso y te independizas?

—Pues porque no me dan tanto coñazo. Vamos a ver, su novio no es que esté dando siempre la gorra en casa, y yo paso de estar sola porque me entra el cangue que me voy por la pata abajo.

—Entonces te aguantas, maja —

digo, partiéndome de risa por los comentarios de mi amiga mientras termino de limpiar y guardar el oboe en su maletín.

Al final decidimos ir todos a comer por ahí, claro que no con la ropa que llevamos. Alba va a tener que aparecer por su casa antes de lo que su compañera se espera, pero será breve la estancia. Quedamos en una hora en el pabellón donde ensayamos, así que he de darme prisa porque yo soy la que más lejos vivo del sitio. Antes de salir de la sala, como paso por el lado de Silvia, le susurro al oído:

—No olvides coger tu ego antes de irte, creo que se te ha quedado en el auditorio hace una media hora.

Ella me mira con inquina. Sé que piensa que soy oboe primero por “ser hija de”. Es una pena que no se dé cuenta de que si soy profesora en el conservatorio ha sido porque aprobé la oposición, y que si destaco sobre ella, pues es eso, ni más ni menos, que soy mejor.

Como siempre, llego tarde. Mis compañeros me miran poniendo los brazos en jarras y yo me excuso con lo de siempre, que vivo en un pueblo y me cuesta más llegar.

—Si yo tuviera tu coche a buenas horas iba a llegar tarde a los sitios —dice Octavio.

—Hay un máximo de velocidad, no sé si lo sabes.

—Bueno bueno, ¿tú no eres la que siempre está con lo de vivir la vida sin límites?

—Sí, claro, pero no soy una suicida.

Octavio y yo fuimos *follamigos* hace un tiempo. El problema era que vernos dos días por semana lo complicaba todo puesto que o había que dar un paso adelante y llegar a algo más, o como ambos decidimos, puesto que ninguno somos personas a las que les guste tener pareja, dejarlo. Desde entonces está un poco borde conmigo, y eso que fue de mutuo acuerdo. Los dos

somos almas libres y ninguno quería comprometerse, así que lo mejor era dejar de acostarnos.

—Yo no estaría tan seguro — dice Héctor. Le doy un puñetazo en el brazo y él finge que le he hecho daño.

—¿Pero qué os ha *dao* con la niña? ¿Queréis dejarla de una puñetera vez y vamos a comer ya, que tengo más hambre que el que se perdió en la guerra? —pregunta Alba, levantando los brazos y poniendo los ojos en blanco mientras se dirige ya hacia los coches.

De pronto siento un desmayo que hace que me tiemblen las piernas. Me doy cuenta de que no he comido nada desde el chivito de la noche anterior, y

que acabó en el lavabo de Dance City.

—Vamos a comer ya, por favor —digo famélica. —O soy capaz de empezar a comeros a vosotros.

—Por mí ya puedes empezar —dice Nacho. Me quedo mirándolo y le sonrío. Hace tan solo dos semanas que entró en la banda, recomendado por un colega mío del conservatorio, y noto que me tira cada vez que le viene al paso.

—No lo dirás dos veces —le replico.

Entonces me encara y me muestra el brazo, engrandecido por el plumífero que lleva puesto.

—No, gracias, la tela no me gusta.

—¡¡Oh, por favorrrr, cuanta ñoñería!! —exclama Alba con los brazos en jarras.

David, que se ha cansado de ver tanta tontería junta, nos interrumpe con un:

—Vale, pues repartámonos en dos coches.

Siempre que salimos los siete, cogemos mi coche y uno más, y se van turnando para ir en mi Ferrari porque yo les dejo conducir. Pero ahora, que con la llegada de Nacho, somos ocho, la cosa cambia. Al final, aunque se llega a dudar sobre si coger tres coches, nos damos cuenta de que es una tontería y cogemos el Citroën C4 de David y el

Peugeot 308 de Judith. Me dirijo directa hacia el coche de mi mejor amigo y veo que Nacho me sigue. Con nosotros se ha venido Octavio también y, consciente de las intenciones del nuevo, dejo que suba delante, ante la mirada reprobatoria de David. No entiendo por qué me mira así y prefiero no hacer caso.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—me interroga Nacho, con una almibarada mirada que me hace sonreír.

—Claro, dispara.

—Tu madre... en la vida real ¿es tan sexy como se muestra en las películas?

—¿A qué te refieres, a si en realidad es un cardo borriquero o qué?

—No te molestes, no era mi intención. Me refiero, a que como siempre hace de mujer fatal, no sé... me preguntaba si en la vida real es una mujer sencilla o si es así por naturaleza.

—Ojala supiera cómo es en la vida real.

—Apenas la ves, ¿cierto?

—Sip. Oye, pero dejemos de hablar de mi madre o voy a pensar que solo te interesa ella de mí.

—De eso nada —dice, y acercándose un poco más a mí, me susurra al oído—. Era solo por entablar conversación.

Cojo su cara con las manos y

pienso que ya está bien de tontear. Lleva dos semanas tirándome y no hace nada, así que o ataco yo o nos quedaremos así toda la vida. Que vale, que en un principio eso es divertido, pero estamos ya en una edad que no podemos vivir solo del tonto así que... Meto la lengua directa en su boca y la menea dominando la situación. Me sabe un poco mal porque Octavio va delante y no hace mucho éramos nosotros quienes nos acostábamos, pero pienso que yo ya no debo de importarle, como él no me importa a mí, así que no he de dejar de hacer lo que quiero por él, ¿no? De pronto, David frena de golpe y hace que nos separemos, chocando contra los asientos de delante.

—Auuu —me quejo.

—Si fuerais bien sentados y con el cinturón puesto no os habría pasado nada, así que si nos para la poli os encargaráis vosotros de pagar la multa por no llevarlo —dice David. Pero ¿qué mosca le ha picado?

Octavio se gira y nos mira, girando la cabeza a un lado y a otro. No me parece que su expresión sea de molestia por lo que estoy haciendo sino más bien estoy segura de que está pensando “anda que tarda en liarse con otro”. Pues bien, es mi vida y hago lo que quiero.

Comemos en un restaurante italiano en el que hacen unas ensaladas

que parecen montañas. A mí me encanta la ensalada César, así que me sacio con ella y no quiero pedir nada más. Después, salimos a tomar algo a los bares de alrededor.

Me muero de sueño. Apenas dormí la noche pasada y tengo ganas de marcha, pero mis piernas y mis ojos no responden. Necesito tomar algo que me espabile.

Me acerco a David y le pregunto si me puede pillar algo. Me mira y sonrío como queriendo decir “¿A mí me lo preguntas?”. Él es míster anfetas, siempre consigue algo, esté donde esté. Se levanta y desaparece. Me quedo sentada en el sillón del oscuro pub en el que nos encontramos y Nacho se acerca

y se sienta a mi lado.

—¿Podemos continuar lo que hemos empezado en el coche? —me pregunta, cada vez más cerca de mí.

No le contesto. Directamente paso los brazos por su cuello y mis labios se dirigen a su boca, que me espera con una medio sonrisa. No sé el tiempo que pasamos besándonos, olvidándonos del resto de músicos que están con nosotros. Y sigo así hasta que siento un golpe en mi pierna y me suelto de Nacho bruscamente. David está de pie con una bolsita en la mano.

—¿Quieres o no? —me pregunta, mirando con el ceño fruncido a Nacho.

—Claro —le contesto. Y

mirando a Nacho coqueta, añado— Espera un momento, ¿vale? No te me vayas —y me levanto del sofá, para seguir a David que ya ha empezado a andar hacia los aseos.

Ha conseguido media docena de anfetaminas. Genial. Me meto un *speed* en la boca y lo trago. David hace lo mismo.

—¿Se puede saber qué has visto en ese tío? —me pregunta. Creía que Nacho le caía bien, no sé a qué viene esa pregunta.

—Es mono, ¿no te parece?

—No sé. A mí me parece un tío de lo más normalito.

—A ti todos los tíos te parecen

de lo más normalitos —protesto.

—Es que ni siquiera te lo has pensado, te has lanzado a él como una loba hambrienta. Dime una cosa, ¿vais a estar enrollándoos y aislándoos del grupo toda la tarde? Porque yo he salido por divertirme un rato contigo. Si sé que mi mejor amiga me va a ignorar, pues me piro.

—Daviiiiid, no te pongas celosón que yo tengo para todos. Anda, vamos a tomarnos unos chupitos —digo cogiéndole del brazo para moverlo hacia la barra.

Pedimos unos chupitos de tequila y los tomamos de golpe. Noto un cosquilleo en la garganta y me da la risa

tonta. David se ríe conmigo sin saber por qué, pero la sonrisa se le nubla en cuanto ve aparecer a Nacho.

—¿Tomando chupitos sin mí? — pregunta simulando estar enfadado. Y llamando a la camarera, añade— Ocho chupitos de *Tía María* para todos.

El resto de compañeros se nos une y brindamos por el concierto que hemos dado hace unas horas, por el magnífico director que tenemos, y por nosotros que somos los mejores músicos de la banda. Y así pasamos toda la tarde, entre chupitos y cubatas, de manera que cuando llega la hora de cenar, apenas tenemos hambre y decidimos ir directos a la discoteca. Suerte que el *speed* me hizo efecto

rápido, pero me doy cuenta de que necesito otro, y así se lo hago saber a David.

A las tres de la mañana Alba y Judith deciden marcharse a su casa porque ya no pueden más. Sé que es inútil ofrecerles pastillas porque me las rechazarán. Ellas son así. Prefieren acabar la fiesta pronto antes que tomar drogas. Yo, sin embargo, no me pongo límites en la vida y prefiero divertirme todo cuanto puedo, por si mañana no amanezco. La vida es corta y hay que pasarlo bien.

—¡Qué ciego más grande llevo!
Creo que voy a echar la primera papilla
—dice Alba, apoyándose sobre mi hombro. Pero cuando veo que da una

arcada, huyo de ella como si tuviera la peste—. Me piro a mi casa antes de potar— continúa diciendo tambaleándose, y me doy cuenta de que es inútil que intente convencerla de que se quede un poco más. Alba no toma drogas pero a veces no tiene límite con la bebida, y por lo visto hoy ha sido una de esas. —Ains, virgen del amor qué malita estoy.

Estoy tranquila porque sé que Judith la lleva a casa, porque si tuviera que conducir en su estado, sería otro cantar.

Los chicos, como se han dado cuenta de que yo llevo mi propia fiesta con Nacho, también se quieren ir ya. Han ido con el coche de Judith y si ella

se va, no tienen cómo volver a coger sus coches. En realidad llevamos de fiesta desde que hemos comido y ya están cansados de tanto beber. David, sin embargo, prefiere quedarse con nosotros. El problema es que yo empiezo a tener ganas de otra cosa, y cuando se lo digo, nos recuerda que hemos ido con su coche y que si él no nos devuelve a donde he dejado el mío, no tenemos cómo ir. Para su desgracia, Octavio también quiere irse, así que le obligamos a marcharnos todos.

Esta vez soy yo la que le pido a Nacho que me lleve a mi casa en mi coche. Se le abren los ojos en cuanto se da cuenta de que va a conducir mi Ferrari.

Llegamos a mi casa y metemos el coche en el garaje, subimos las escaleras hasta el comedor y empezamos a besarnos frenéticos. Yo estoy con una energía desbordante y me doy cuenta de que en menos de dos minutos hemos acabado los dos desnudos y en el suelo.

—Espera —digo, poniéndome de pie, tambaleando. Nacho se incorpora y se queda sentado como un indio, completamente desnudo.

Voy a la cocina y saco una botella de champán de la nevera. Aparezco con ella en la mano, con una mirada sexy y sugerente que hace que Nacho se muerda los labios.

—¿La última? —pregunto.

Nacho se incorpora y me la coge de la mano, dispuesto a descorcharla. Saco dos copas de la vitrina, me acerco a él con paso delicado moviendo la cabeza suavemente para que mi rojiza melena ondee sobre mi espalda, y él se aproxima a mí y me aprieta una nalga.

—Eres tan bonita —me susurra con la voz rota. —Desde que llegué el primer día al ensayo de la banda, no he podido dejar de pensar en ti.

—Brindemos por ello —digo, mostrando las copas que sujeto con cada mano.

Nacho las llena y bebemos, nos besamos y bebemos, nos tocamos y bebemos, subimos a mi habitación y

bebemos, y cuando nos damos cuenta, el champán se ha terminado. Reímos como locos y empezamos a besarnos poseídos. No sé si él se ha metido algo pero está tan eufórico como yo, así que nos follamos hasta que se hace de día, hasta que nuestros cuerpos ya no pueden más, hasta que estamos tan saciados que el efecto del *speed* ha desaparecido por completo (aunque me tomo unas cuantas pastillas de melatonina porque sé que si no, no podré dormir) y acabamos tumbados en mi cama, dormidos y desconectados de todo, porque ya nada importa, porque nuestros sentidos han desaparecido.

Todo me da vueltas. Apenas puedo ver, tengo ganas de llorar y me siento tremendamente cansada. Parece mentira que no sepa los efectos secundarios que me ocasionarán las drogas al día siguiente cuando las consumo, debo de ser masoca. Me levanto de la cama como puedo y voy al cuarto de baño, me siento en la taza del wáter y empiezo a hacer pipí. Madre mía, ayer creo que me pasé mucho no, lo siguiente. Empezamos a beber tan pronto y estaba tan cansada que no recuerdo cuántas pastillas tomé y ahora tengo un bajón impresionante.

De pronto, recuerdo que no estoy sola. Oh, no. Espero que Nacho no se haya hecho demasiadas ilusiones

conmigo, yo no soy chica de un solo hombre. Hay demasiados tíos buenos por el mundo como para querer estar solo con uno y sí, aunque sé que es raro que una chica no crea en el amor, tengo que decir en mi defensa, que sí creo, es solo que no tengo porqué sentir amor únicamente por una persona. Eso es lo que me han enseñado mis padres. Ellos están felizmente casados, pero entre las continuas giras de mi padre y que mi madre se pasa más de media vida yendo y viniendo de Estados Unidos, es muy poco lo que se ven como para que cuando están juntos, se lo pasen discutiendo; así que los dos saben que el cuerpo humano tiene unas necesidades y que si no las pueden satisfacer con su

pareja puesto que se ven de uvas a peras, pues han de hacerlo con otras personas. Mis padres nunca han creído en la monogamia.

Salgo del baño y me dirijo hacia mi cama.

Me quedo petrificada ante lo que ven mis ojos. Los restriego pensando que es una mala visión, una pesadilla, estoy dormida y eso no está pasando. El cuerpo de Nacho yace sobre mi cama, cubierto de rojo, y su cara está totalmente desfigurada. Me acerco hacia él pensando que es una broma de mal gusto. Pero no puede ser, es demasiado real. Cuando estoy delante, me doy cuenta de que su cara está llena de cortes, de que hay un cristal verde

clavado en su ojo derecho y de que además, su cuerpo está totalmente rajado y ensangrentado. Me llevo las manos a la boca y mi cuerpo reacciona empezando a temblar. No, esto no me puede estar pasando a mí. Caigo de rodillas al suelo y cuando apoyo las manos me corto con un cristal. Entonces veo la botella de champán hecha añicos. Tan solo está intacta la boca y el cuello de la botella, y me doy cuenta de que es la que nos bebimos anoche, mientras nos hacíamos el amor como posesos. Dios mío, ¿he sido yo? No recuerdo nada, pero no puede ser, yo no haría algo así. Mi cuerpo no para de temblar y pienso que debo llamar a la policía, pero no tengo fuerza para levantarme del sitio.

Además, si he sido yo y no lo recuerdo... pero ¿qué puedo hacer? Estoy temblando, asustada y absorta. Me duele la cabeza y me doy cuenta de que una lágrima está cayendo por mi mejilla. Debería estar berreando y sin embargo estoy aquí, tirada en el suelo, incapaz de reaccionar.

De pronto se me ocurre que si no he sido yo quien ha matado despiadadamente a mi compañero de orquesta, el asesino puede seguir en mi casa. Eso me ayuda a levantarme de un brinco y correr hacia donde recuerdo que dejé el bolsito cuando llegué anoche. En el resto de mi casa no hay indicios de que haya ocurrido nada. Todo está en su sitio, así que quien entró

aquí, lo hizo únicamente para acabar con la vida de Nacho pero ¿por qué?

Con las manos temblorosas, marco el 091 y espero a que contesten. Tartamudeo y apenas me escucho cuando hablo y mi cabeza solo piensa en si me estarán entendiendo o no. Solo me oigo decir: “alguien ha asesinado a mi amigo en mi casa, alguien ha asesinado a mi amigo en mi casa, alguien ha asesinado a mi amigo...”.

—Señorita, ¿me puede decir su dirección? ¿Está usted en su domicilio?
—escucho una voz que me pregunta, pero yo no dejo de decir: “alguien ha asesinado a mi amigo en mi casa”.

Se me cae el móvil al suelo y me

agacho a cogerlo, me siento en el suelo con él en la mano y me arrastro buscando una esquina donde cobijarme. Me quedo pegada a la pared con las piernas encogidas sin dejar de tiritar.

Escucho: “señorita... señorita...” y me doy cuenta de que no colgué la llamada. Doy mi dirección tartamudeando y cierro los ojos, los aprieto deseando que todo haya sido una cruel pesadilla y yo siga durmiendo en mi apacible cama, junto con Nacho, vivo, y que cuando despertemos, volvamos a follar como locos, para después decirle que ha estado muy bien pero que no piense que tendrá nada más de mí. Pero, oh Dios mío, ¡eso ya nunca se lo podré decir!

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando escucho sonar el timbre de mi casa sin identificar de qué se trata. Me he quedado encogida pegada a la pared y de nuevo, soy incapaz de moverme. Entonces un estruendoso ruido hace que la puerta de mi casa se abra de par en par y aparezcan en mi comedor una serie de policías uniformados y con las pistolas alerta.

Un policía vestido de paisano se acerca a mí y me levanta la cara para verme los ojos.

—Soy el inspector Sandoval. ¿Estás colocada? —me pregunta con cierta brusquedad.

—Mi habitación... lo han

matado... han matado a mi amigo... — es lo único que articulo una y otra vez.

—Pajares, ve a la habitación de la chica —ordena el agente a un compañero, y devolviendo la mirada a mis ojos que deben de estar rojos por la pregunta que me acaba de hacer, me lo vuelve a preguntar —¿Estás colocada?

—No.

Levanta mi barbilla inspeccionando mi cuello, coge mis manos y las observa, extiende mis brazos buscando signos de pinchazos o algo así.

—Yo... yo.... no tomo heroína —tartamudeo.

—Bien, pero estoy seguro de que

otras cosas sí.

Se levanta y se dirige escaleras arriba no sin antes dar la orden a una agente para que me cuide. La agente llega hasta mí, me muestra una sonrisa apaciguadora e intenta levantarme.

—Me pesan las piernas —digo.

—Tranquila, poco a poco —dice la agente. —Me llamo Eva Salas, ¿y tú? —se presenta, con la intención de coger confianza.

—Andrea Palacios.

Llegamos al sofá y nos sentamos una al lado de la otra. Entonces empieza a preguntarme qué ha pasado, qué es lo que recuerdo y si sé de alguien que haya

sido capaz de eso.

—No... no lo sé, no... lo sé —
repito con temblequeras.

El agente que me ha estado escudriñando no tarda en volver al comedor, mira a su compañera y le dice que vaya a ayudar a los colegas que están en el escenario del crimen.

—¿Era su novio? —me pregunta, de pie frente a mí, tratándome de usted por primera vez.

—No.

—Bien. El hombre está desnudo, ¿un rollo de una noche, quizás?

—Eso no le importa —digo, como si de pronto hubiera recobrado la

cordura.

—Necesito saberlo todo para poder atar cabos.

—No hay cabos que atar. Me he despertado y Nacho estaba así, lleno de sangre, de cortes...

Me pregunto qué estarán haciendo los policías en mi habitación.

—¿Por qué ha pasado esto? ¿Por qué han matado a mi amigo? ¿Por qué aquí, en mi casa? —pregunto, ahora sí empezando a derramar las lágrimas que el estado de shock habían impedido que salieran.

—No lo sabemos, pero puede estar segura de que lo averiguaremos —dice mirándome todavía con cara de

pocos amigos. —Necesito que conteste unas preguntas.

El policía coge una silla y se sienta, manteniendo las distancias. Me doy cuenta de que tiene el pelo muy corto, ligeramente más largo de arriba, rubio, y que tiene unos ojos rasgados color miel que lo hacen parecer más angelical de lo que él pretende aparentar. Lo analizo. Pretende mostrar una fachada de poli malo, duro, oscuro; cuando en realidad su imagen muestra un ángel. Es muy guapo y me recrimino haber pensado eso en este momento, después de lo que estoy viviendo. No tengo arreglo.

—¿Su nombre es?

—Andrea Palacios.

—¿Tuvieron relaciones sexuales la víctima y usted?

—Sí.

—¿De qué lo conocía? —estoy segura de que piensa que soy una fresca y que seguramente no lo conozca de nada.

—Tocamos en la misma banda de música. Bueno... él tocaba, claro.

—¿Se conocían desde hace mucho?

—No. Llegó a la banda hace un par de semanas.

—¿Sabe de alguien que quisiera hacerle daño? ¿Alguien con quien no se

llevara bien? ¿Enemigos?

—No. Como le he dicho, solo le conozco desde hace dos semanas, y nos habíamos visto cuatro veces, en los ensayos; aparte de ayer, que actuamos por la mañana y luego salimos de fiesta junto con mis amigos.

—¿Tiene testigos que los vieran juntos ayer?

—Claro.

—Bien, tendrá que decirme sus nombres.

—Nacho... ¿cree que ha sufrido mucho? —pregunto preocupada de repente.

—Si tomó lo mismo que usted,

dudo que se haya enterado de nada.

—¿Cómo sabe que yo tomé algo?

—¿Usted se ha visto la cara?

Me doy cuenta de que este policía debe de ser de esos que detestan las drogas tanto que no soportan a todo aquel que las consume. Noto su antipatía hacia mí y eso me causa gracia. Nunca nadie se había mostrado así conmigo y me produce una grata satisfacción saber que tengo un reto en la vida: voy a conseguir gustarle a ese hombre.

—Solo tomé un par de pastillas... estaba cansada así que tomé anfetas, ¿qué hay de malo en eso?

Me mira fijamente y mueve

ligeramente la cabeza a un lado y a otro. En efecto, este tipo odia a todo el que se mete cualquier tipo de droga, se lo veo en sus afilados ojos.

—Señorita Palacios, me temo que va a tener que abandonar su casa — es lo único que me dice.

—¿Cómo? ¿Por qué? —pregunto preocupada.

—En estos momentos su casa es el escenario de un crimen. ¿Tiene algún lugar donde acudir? ¿A casa de sus padres, tal vez?

—Sí, podría ir a la vacía y fría casa de mis padres, pero antes muerta.

—Pues decida pronto dónde va a

permanecer y recoja sus cosas porque en cuanto los agentes tomen huellas y recojan pruebas, tendrá que salir de aquí.

—¿Me está metiendo prisa para que me vaya de mi propia casa? —pregunto poniéndome de pie para encararlo.

—Sí. Y será mejor que se lave esa cara.

“¿Cómo se atreve a hablarme así?”, me pregunto enfurecida. El coraje que me da que ese hombre me trate de esa manera hace que se me pasen las tiriteras y que recobre el juicio como por arte de magia.

—Voy a darme una ducha, si me

lo permite —le digo, usando todo mi desparpajo para hacerle ver que puedo ser sumisa y obediente a la autoridad, pero usando un tono de voz que deja entrever el sarcasmo.

—Tendrá que ser rápida.

—Gracias —contesto, todavía con retintín.

Me dirijo a las escaleras y noto que el inspector me sigue. Supongo que quiere ir al escenario del crimen, como él acaba de llamar a mi habitación, a supervisar cómo va todo, pues ya me he dado cuenta de que él debe de ser superior a los que van uniformados. No se despega de mi lado mientras cojo ropa interior de la mesita de noche. No

puedo evitar mirar el cadáver de Nacho. Su piel blanquecina ensuciada por la sangre reseca causa pavor y no puedo dejar de pensar en por qué, quien lo ha asesinado de aquella manera tan sanguinolenta, por qué no me ha matado a mí también. De pronto, me doy cuenta de que hay un papel en su mano, acerco un poco la vista y descubro que es una partitura.

—¿Le impresiona? —me pregunta el policía.

—¿Usted qué cree? Es la primera vez que veo algo así y además está en mi cama, no creo que pueda olvidar esto jamás —contesto, sin quitarme de la cabeza el detalle.

Veó que un policía sostiene una bolsa con los cristales rotos de la botella de champán y me doy cuenta de que mis huellas están ahí. Una angustia me recorre el estómago y antes de que pueda hacer nada, empiezo a vomitar en el suelo, junto a mi lado de la cama.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta la agente Salas, que ha venido corriendo a socorrerme.

—Perfectamente —intento bromear mientras observo como un agente acaba de coger la partitura ensangrentada.

—Será mejor que se dé esa ducha —me recuerda el inspector Sandoval. E inmediatamente llama a un

agente para que me vigile mientras me ducho.

—¿Qué cree que voy a hacer en el baño? —pregunto asqueada.

—No lo sé, señorita Palacios, pero de momento es usted la única persona que estaba con la víctima en el momento de su muerte, así que no podemos descartar nada.

—¿Cree que he sido yo? —cada vez estoy más molesta, sobre todo conmigo misma porque no consigo recordar nada de la noche anterior y me cuestiono si he podido llegar a hacer eso. Lo único que me hace sentir mejor es que no puedo entender de haber sido yo, por qué lo he hecho. Así que lo

descarto de mi cabeza porque es imposible.

—Yo no creo nada hasta que vea las pruebas, pero tendrá que decirnos su paradero.

—Oh, claro, cuando yo misma lo sepa.

Cuando salgo de la ducha mi habitación es un completo caos. Han llegado los forenses y la ambulancia. Además, a la policía se ha añadido la Guardia Civil, y veo que un militar está discutiendo con el inspector Sandoval sobre algo acerca de la jurisdicción. El inspector sostiene en la mano la partitura que minutos antes estaba sobre

el cadáver de Nacho.

Empiezo a recoger mis cosas preparándome una maleta puesto que no sé cuánto tiempo tardaré en poder volver, porque ahora soy yo quien tiene ganas de salir de aquí. Mientras me caía el agua he pensado en instalarme de momento en un hotel cerca del conservatorio de música, así por lo menos estaré cerca del trabajo. Miro hacia mi cama y solo veo las sábanas cubiertas de sangre. Ya se han llevado el cadáver de Nacho, pero mi mente todavía lo sitúa en mi lecho, divirtiéndonos, tomando champán y entregándonos el uno al otro, bajo esas sábanas que nunca más usaré.

—¿Le dice algo esta partitura?

—me pregunta el inspector en cuanto deja de discutir con el de la Guardia Civil.

La miro y me doy cuenta de que es *La Rapsodia Valenciana*.

—Es una de las obras que tocamos en el concierto de ayer — contesto. —Aparte de eso, nada más.

—¿Está segura? ¿No hay nada significativo en esta obra en cuestión?

—Que yo recuerde, no.

—Está bien —dice Sandoval, retirándose para que un agente meta la partitura en una bolsa junto con las pruebas del crimen.

Antes de salir, el inspector toma

mis datos, número de teléfono, lugar de trabajo, domicilio de mis padres... y me dice que no salga de Valencia en unos días. Cuando le digo mi nombre completo es como si de repente algo le viniera a la cabeza.

—¿Palacios Vilanova? ¿Usted es hija de...? —pero no le dejo terminar.

—De Andrés Palacios y Lola Vilanova. — digo con inquina, harta de tener que explicar continuamente quiénes son mis padres. Bueno, quizás en este momento sea beneficioso.

—Ya decía yo —es lo único que dice.

—¿Ya decía yo? —repito extrañada ante tal comentario.

—Perdone, no pretendía decirlo en voz alta. —Vaya, ¡pero si mister inspector Sandoval sabe disculparse!

—Pero lo ha dicho. Dígame, ¿qué ha querido decir?

—Oh, vamos, salta a la legua que usted es una joven a la que nunca le ha faltado nada.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Si usted no lo sabe, no voy a ser yo quien se lo explique. ¿Acaso cree que todas las chicas de su edad tienen un coche como el suyo?

—¿Cómo sabe qué coche tengo?

—¿Siempre es tan inconsciente? ¡Se dejó la puerta del garaje abierta, por

el amor de Dios!

—¡Claro! Eso es. ¡El asesino entró por ahí!

—O tal vez sea usted quien pretenda hacernos creer eso.

—Inspector Sandoval, ¿soy sospechosa?

—Como le he dicho antes, usted es la última persona que ha visto a la víctima con vida, no podemos descartar nada. Avíseme cuando esté instalada para que pueda localizarla —me contesta, tendiéndome una tarjeta.

La miro y leo: Inspector de policía Rubén Sandoval, y a continuación un número de teléfono de móvil y otro de fijo. Sonrío con la boca

torcida y bajo la escalera que me conduce al garaje, abatida. Allí está mi Ferrari resplandeciente y cuando subo a mi asiento, me doy cuenta de que mi cuerpo sigue temblando y no tengo fuerzas para conducir. Aun así, sé que he de hacerlo y arranco.

Mi cabeza está hecha un lío. Una vez me instalo en el hotel Astoria Palace, me tumbo sobre la cama e intento asimilar lo que ha pasado sin conseguirlo. De pronto siento un hambre atroz y me doy cuenta de que no he comido nada desde la ensalada César de la pizzería del día anterior. Mi estómago cruje famélico y empiezo a llorar, ¿cómo puedo tener hambre en un momento así? ¿Por qué mi estómago va por libre si el resto de órganos y sentidos van acorde a mi cabeza?

Cojo el móvil y llamo a David, necesito hablar con alguien, contar lo que ha pasado me hará darme cuenta de la realidad de los hechos. Empiezo a

tartamudear, consciente de que mi amigo no está entendiendo nada. ¿Cómo he podido hablar antes con el inspector Sandoval, enfrentarme a él, y sin embargo ahora estoy tan nerviosa? Es como si ese hombre me hiciera sacar fuerza de donde no la hay, y un cosquilleo intempestivo me recorre el estómago haciéndome estremecer.

—Espera, Andrea, ¿qué dices que le ha pasado a Nacho? —me pregunta mi amigo.

—Alguien... alg... alguien lo... lo ha... asesinado.

—¿Asesinado? Andrea ¡eso no puede ser! ¿Qué coño tomaste anoche? ¿Estás alucinando?

—Nooooo, joder David, te... te digo la verdad.

No sé si mi amigo me cree o no pero me pregunta dónde estoy y me dice que me quede quieta que en veinte minutos está conmigo. Bien, necesito estar con alguien, y quién mejor que mi mejor amigo. Me pregunto qué estarán haciendo los padres de Nacho en este momento, ¿les habrá avisado ya la policía de lo ocurrido? Joder, tenía que haber sido yo la asesinada, mis padres seguro que no me echarían de menos. Sin embargo los de Nacho... No quiero ni pensar en lo mal que lo estarán pasando. Su pobre hijo asesinado brutalmente, mientras dormía, ¿quién ha podido ser tan cobarde?

Oigo sonar unos nudillos en la puerta y abro sigilosa.

—Andrea, cuéntame, ¿qué es lo que ha pasado?

—Sabes que anoche Nacho vino conmigo a casa...

—¿Sí? ¡Qué sorpresa! — exclama sarcástico.

—Nos acostamos, en fin... ¡ya sabes! El caso es que esta mañana cuando he despertado lo tenía cadáver en mi cama. David, le han estampado una botella de champán en la cabeza y se han ensañado clavándole los cristales rotos por todo el cuerpo. Tenías que haberlo visto, ¡menuda carnicería!

—Pero ¿por qué? ¿Tú estás bien?

—Sí, lo estoy. Y eso me gustaría saber a mí, por qué alguien ha entrado en mi casa para hacer tal salvajada y a mí no me ha hecho nada. Y encima soy sospechosa.

—¿Cómo? ¡Eso no puede ser!

—Soy la última que lo he visto con vida, eso es lo que me han dicho — empiezo a sollozar y David me abraza.

—Vamos, cariño, no llores, todo se solucionará.

—¿Qué se va a solucionar? ¿No te das cuenta? ¡Nacho está muerto! Joder, era nuestro amigo y... y... ¡Ya no está!

—Lo sé, cariño, pero que te sientas mal no nos lo va a devolver.

Me quedo mirándolo incrédula, ¿cómo es posible que diga esas cosas? Claro, si hubiera visto lo que yo, si le hubiera pasado a él... De todos modos aunque apenas lo conocíamos, era nuestro compañero y me molesta que le importe tan poco.

—¿Has comido? —me pregunta.

—No, y tengo un hambre que me muero.

—Pues vamos a comer. No quiero que te me desmayes.

Bajamos a la cafetería del hotel. El inspector Sandoval me ha dicho que

no me mueva de aquí, y aunque siento que me está tratando como si me considerara culpable sin serlo y en mi estado natural haría justo lo contrario, pienso que será mejor que haga caso.

Mientras esperamos la comida le cuento a David lo de la partitura. Parece como si fuera un tipo de huella del asesino o algo así y eso me quita de la cabeza de una vez por todas que haya podido cometer yo el asesinato. ¿A santo de qué dejaría yo una partitura de esa manera premeditada?

—¿Silvia! —exclama David.

—¿Silvia? ¡No! Ella no llegaría a algo así.

—¿Sabes de alguna otra persona

que te odie o que odiara a Nacho como para matarlo? No sé, chica, pero a mí es la primera que se me ocurre.

—Tienes razón pero, ¿asesinar fríamente? Silvia es una envidiosa pero de ahí a cometer un asesinato... no sé...

—Entonces, ¿quién crees tú que ha podido ser?

Nos sirven la comida y antes de que le dé el primer bocado a los macarrones boloñesa que he pedido, aparece el inspector Sandoval acompañado de dos agentes.

—Señorita Sandoval, siento interrumpirle la comida pero está usted detenida por el homicidio de Ignacio Medina.

Mientras habla, los dos agentes hacen que me ponga en pie, me cogen las manos y las esposan.

—¿Yo? ¿Qué? Yo no he sido, yo no he matado a Nacho —grito, haciendo que todo el restaurante se dé cuenta de lo que está pasando.

—Tiene derecho a guardar silencio no declarando si no quiere, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que le formulen, o a manifestar que solo declarará ante el Juez —empieza a leerme mis derechos el inspector. —Tiene derecho a no declarar contra sí misma y a no confesarse culpable; tiene derecho a designar abogado y a solicitar su

presencia para que asista a las diligencias policiales y judiciales de declaración e intervenga en todo reconocimiento de identidad de que sea objeto —me va dirigiendo hacia la salida y yo miro a David, que viene detrás, asustado, con mi bolso en la mano. —Tiene derecho a que se ponga en conocimiento del familiar o persona que desee, el hecho de la detención y el lugar de custodia en que se halle en cada momento...

—¡Se equivocan! —grita David enojado. —Ella no haría daño ni a una mosca. No pueden detenerla, no tienen pruebas.

—Las tenemos —le contesta Sandoval, mirándome apesadumbrado.

Bien, al menos esa mirada demuestra que no esperaba tener que detenerme. Tal vez tenga alguna posibilidad de convencerle de que soy inocente.

—David, coge las llaves de mi coche y llévalo a mi casa, por favor. Y...

—¿Qué pruebas tienen? Andrea es buena persona, le repito que... —pero los agentes ignoran las palabras de David y siguen su camino, sacándome del restaurante y conduciéndome hacia la salida.

—Paga la cuenta del hotel, te lo devolveré —sigo diciendo, aunque no sé si me escucha o si solo está pendiente de

lo injusto que es que se lleven a una persona inocente, y encima esposada.

David nos sigue a pasos agigantados, nervioso de ver que me llevan sí o sí y que él no puede hacer nada por evitarlo. Veo que lleva las llaves de mi coche en la mano y eso me tranquiliza. He aparcado el coche en el garaje del hotel y no quiero dejarlo aquí desamparado puesto que no sé cuándo volveré.

—Andrea, demostraremos que tú no has hecho nada. Te ayudaré en lo que haga falta. Te lo prometo —me grita mientras ve, derrotado, cómo me meten en el coche patrulla.

Le miro desde la ventana y veo

la fatiga en su rostro. Por un momento pienso que está peor mi amigo que yo, pero es porque no me creo lo que me está pasando. Se ha quedado con mi bolso y me da igual, llevo el móvil en el bolsillo que es cuanto necesito para llamar a mis padres y contarles lo que me está pasando.

Si todo en la vida es por algo, si todo pasa con una finalidad, para alcanzar una meta mejor, ¿cuál será el desenlace de esta fatalidad que me está pasando ahora a mí? “Mamá, tú que todo cuanto haces lo justificas de la misma manera, ¿qué crees que me deparará el destino si estoy siendo llevada a comisaría detenida por ser sospechosa de asesinato?”, me pregunto pensando en

ella como si la tuviera delante.

Que venga alguien y me explique qué hay de bueno en esto. Y además, tengo un hambre que me muero, ¿qué más me puede pasar?

Los únicos objetos personales que llevaba se los quedan en cuanto entro en comisaría: mi teléfono móvil y mi reloj.

El inspector Sandoval me conduce por la comisaría hasta una puerta en la que se halla un hombre alto de aspecto serio y no muy amigable, pero que sin embargo se dirige a mí para presentarse como Daniel Vara y me dice que va a representarme como abogado de oficio, porque no se me puede hacer declarar sin estar en presencia un letrado, pero que si yo tengo uno y quiero esperarlo, estoy en mi derecho. Como yo no he hecho nada, lo que quiero es acabar cuanto antes, así que le

digo que me conformo con él y entramos a la sala de interrogatorio. Allí encuentro a otro hombre sentado de cara a un ordenador que ni me saluda. Hay sillas a ambos lados de la mesa así que tomamos asiento.

La agente Eva Salas me ayuda a sentarme, puesto que esposada me cuesta, me quita las esposas y se retira a un lado de la sala. Rubén se sienta frente a mí y me mira con sus ojos afilados como si no se creyera lo que me tiene que decir.

—Señorita Palacios, se lo preguntaré solo una vez. ¿Mató usted a Ignacio Medina?

—No —contesto fríamente. —

Me enrollé con él, ¿por qué iba a matarlo? ¿Y perderme el polvo de la mañana?

Frunce la vista disgustado por mi comentario y yo miro hacia otro lado. Ese hombre me perturba, no es como los que suelo seducir a diario, y me inquieta no ver en sus ojos el deseo que suelo ver en otros.

—Sus huellas están en la botella.

—Por supuesto que están, era mía, la compré yo, la metí en la nevera y la saqué anoche para bebérsola, ¿cómo no iban a estar mis huellas? También tienen que estar las de Nacho, él también sostuvo la botella.

—Eso lo entiendo, el problema

es que no hay huellas de nadie más, a excepción de las vuestras.

—Eso es porque quienquiera que haya matado a Nacho usaría guantes para no dejar huellas —protesto. —El asesino sería muy torpe si la hubiera cogido sin guantes ¿no cree?

—Lo que creo es que mientras no haya más pruebas, usted va a estar detenida como la autora del crimen. Así que piense, recuerde, y dígame algo que me haga creer que usted no fue quien mató a ese hombre.

—¿No le sirve mi palabra? —pregunto bajándome el escote de mi camiseta por un hombro de manera que lo muestro sensualmente. Lo miro

mostrando mis delicados labios y noto que se muerde los suyos. Bien, por fin una muestra, aunque sea pequeña.

—Aquí las palabras sirven de bien poco. Necesito pruebas.

—La partitura —digo de repente. —Mi compañera, Silvia Miralles, me odia. Ella también es músico y sería capaz de cualquier cosa por quitarme de en medio —no sé si sueño convencida o no, pero es la única baza que tengo y he de aprovecharla.

—¿Silvia Miralles dice? Bien —el inspector toma nota y yo sonrío victoriosa. —¿Qué tipo de relación tiene con ella?

—¿Relación? Ninguna. Solo

tocamos en la misma orquesta, el mismo instrumento, y yo soy mejor que ella. Por eso no me soporta.

—¿Cree que es motivo suficiente como para matar a un hombre que no le ha hecho nada? ¿Qué relación tenía con la víctima?

—Ninguna. Nacho se arrimó a mi grupo de amigos y no creo ni que intercambiaran un par de palabras —me doy cuenta de que estoy tirando piedras sobre mi tejado pero pienso que lo mejor es ser sincera. Inventar no me servirá de nada.

—¿Se da cuenta de lo pobre que es su defensa?

—Rubén, yo no he matado a mi

compañero —digo lentamente,
mirándole fijamente a los ojos sin
titubear.

—Inspector Sandoval —me
corrige. —Y guárdeme un respeto.

—Oh, vamos, ¿es que es usted un
abuelo?

—No, soy un inspector de
policía, posiblemente el único que crea
que usted es inocente porque desde
luego, una chica rica que lo tiene todo,
no entiendo por qué se metería en
semejante lío. Pero donde vive es
jurisdicción de la Guardia Civil y no
tardarán en venir a por usted. Tiene
suerte de que yo me haya adelantado,
pero cuando el capitán Tortajada llegue

reclamándola, él no se planteará si es inocente o no, verá que la única prueba que hay la acusa del homicidio y la meterá en la cárcel, otorgándose una medalla por haber metido entre rejas a una asesina, ¿me explico?

Me quedo helada en el sitio. De pronto me parece ridículo e infantil el haber querido seducir al inspector, cuando él lo único que está intentando hacer es ayudarme. Prefiero que lleve él el caso y me aterroriza pensar en ese tal capitán Tortajada.

—¿Por qué me tiene que llevar el capitán? —pregunto asustada.

—Porque el caso no pertenece a la policía.

—¿Y no pueden hacer algo? Llegasteis primero ¿no? ¿Eso no importa?

—No, no importa. El caso es suyo.

—Pero yo... quiero que investigue usted el caso —ahora parezco una niña pidiendo ayuda. —Si es la única persona que me cree, solo usted es mi salvación.

—Señorita Palacios, que crea en usted no significa que pueda ayudarla mientras las pruebas la incriminen.

—Tienen una mierda de pruebas, ¿no se da cuenta? Que mis huellas estén en la botella no significa nada —ahora el miedo ha hecho que me enfade, ¿cómo

pueden detener a alguien con tan poco?

—Pero es lo único que tenemos —el inspector también ha levantado la voz y en cierto modo me ha excitado. No, para nada este hombre es como con los que yo acostumbro a estar. Es fuerte, viril, firme, ummm... de nuevo no puedo evitar mirarlo provocadora.

El inspector se levanta, se dirige a la puerta y la abre. Llama a la agente Eva Salas que ha debido salir sin que me diera cuenta, y sin mirarme a la cara, en cuanto llega la policía, desaparece.

—Vamos, preciosa —me dice Salas.

—¿Dónde me llevas? —pregunto preocupada.

—Me temo que al calabozo.

—¿Cómo? ¿Qué? ¡Nooooooo!

—Lo siento cariño, es el procedimiento.

Me doy cuenta de que la agente Salas también me cree inocente, pero mientras no encuentren algo que incrimine a otra persona, yo soy la sospechosa número uno.

—¿Pu... puedo llamar a mis padres? —me sorprendo a mí misma.

—Claro. Pero solo una llamada.

Me dirige a un teléfono. Yo que pensaba que podría llamar desde mi móvil y casi no me dejan ni hacerlo desde aquí. Menos mal que me sé de

memoria los números de mis padres, porque si llego a necesitar llamar a otro me habría visto perdida sin tener la agenda del teléfono. A excepción de los de mis progenitores y los de mis mejores amigos, David y Alba, no he conseguido memorizar más. Además, ¿para qué, si siempre llevo el móvil con carga como para que eso no sea una preocupación?

Marco el número de mi madre. Suena cuatro veces y cuando estoy a punto de colgar, contesta.

—Andrea, ¿qué pasa? —me pregunta dando por hecho que si la llamo, es que pasa algo. ¡Sería inverosímil que la llamara para preguntar cómo se encuentra o qué está

haciendo!

—Mamá, tengo un problema muy gordo.

—Espera cariño... —dice, y la escucho quejarse de algo. —No, te he dicho que no pienso colocarme ahí... ¿no ves que los focos van a hacer que me brille la cara?...

—Mamá —la llamo porque parece ser que se ha olvidado de que me tiene al teléfono.

—Andrea, estoy trabajando, ahora no puedo atenderte. Luego te llamo.

—Pero mamá, yo... —pero no puedo continuar hablando porque mi madre ya ha cortado la llamada.

Maldición. Urrrrggggghhhh. Cuelgo el teléfono porque la línea solo me transmite un pipipipipipipi, y cuando tiro a llamar una segunda vez, la agente Salas me coge la mano.

—Solo una llamada, ¿recuerdas?

—Pero, ¡mi madre no me ha hecho caso! Por favor... —suplico.

—Anda, llama, pero que quede entre nosotras.

—Gracias —digo con un nudo en la garganta.

A mi padre lo pillo hablando con su manager, pero al menos sí me hace caso.

—Hola Andrea, ¿cómo estás? —

pregunta mi padre, no menos sorprendido de que le llame que mi madre. Al menos él se interesa por mí.

—Mal, papá. Me acusan de asesinato. Estoy en comisaría y me van a meter en un calabozo —sé que es impactante, pero tengo que ir al grano ya que no dispongo de mucho tiempo.

—Oh, vamos, nena. ¡No tengo tiempo para estas tonterías!

—Papáaaaa —gritó. La agente Salas me coge un brazo y con la mirada me pide que me tranquilice. —Te digo la verdad, me van a encerrar y te llamo porque necesito tu ayuda.

—¿Te van a encerrar? ¿Hablas en serio? Pero, ¿tú has hecho algo?

—Por favorrrr papáaaaa, ¡claro que no! Pero mis huellas están en el arma homicida y como de momento no tienen nada más, pues yo he pagado el pato.

—¿Cómo en el arma homicida?

—Una botella de champán, papá.

—Bien —noto que está empezando a creerme, pero eso no hace que mejore su actitud, sino todo lo contrario. Sé que está contando hasta diez para después hablarme, una terapia que le enseñó su psiquiatra para afrontar mejor las continuas trastadas que yo hacía. Pero últimamente no he dado problemas, debería ser eso un punto bueno para mí, ¿no? —Hazme un favor,

evita en todo lo posible que llegue a oídos de la prensa. Yo iré en cuanto pueda. ¿En qué comisaría estás?

—Estoy en Valencia —contesto con lágrimas en los ojos. Por supuesto a mi padre le importa más su reputación que lo que le está pasando a su hija. — En la Jefatura Superior de Policía de la Gran Vía Fernando el Católico.

—Bien. Ahora estoy reunido pero en cuanto acabe, cogeré el primer vuelo que me lleve a Valencia.

—Gracias —contesto con un hilillo de voz, y cuelgo.

Doy un pequeño giro y noto que me desmayo. Demasiadas emociones a lo largo del día y sin comer. La agente

me coge por la espalda e intenta que me recomponga, pero apenas tengo fuerzas. Llama a un tal agente Rubio y entre los dos me meten en el calabozo.

—Creo que está sin comer nada en todo el día —escucho que explica la agente.

—Mandaré que le traigan algo —dice el policía, saliendo de la celda.

Todo me da vueltas y apenas puedo mover un dedo. Me han dejado caer sobre un colchón mohoso y siento el olor a orina y a humedad por toda la estancia.

La agente Salas me deja sola y cierra la reja tras ella. Estoy encerrada. Intento mirar a mi alrededor pero no

puedo abrir los ojos. Me desvanezco poco a poco y dejo de sentirme agobiada. Me relajo y desconecto de todo.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando el ruido de la reja al abrirse me despierta. El mismísimo inspector Sandoval aparece con una bandeja en la mano. Ojalá su mirada no fuera la que veo en sus ojos melosos.

—Señorita Palacios, creo que debería comer algo.

—Claro, voy a morir si no como —intento bromear. La verdad es que ya me encuentro mejor, la siesta me ha recompuesto un poco.

Me incorporo en el incómodo colchón y me pongo en pie para coger la bandeja. Cuando estoy frente al inspector me quedo unos segundos mirándolo fijamente y me mantiene la mirada.

—¿Piensa comer o no? —me interrumpe.

—Claro.

Cojo la bandeja y me siento. Me ha traído unos espaguetis, una botella de agua y una manzana. Todo está envasado. Genial, me encanta la pasta y aunque sea prefabricada, ahora mismo es lo mejor que hay así que... a comer.

Rubén permanece de pie observándome mientras como y eso me

pone nerviosa.

—Rubén, ¿tienes algo más que preguntarme?

—Le dije que me llamara inspector Sandoval.

—Ya, pero como le veo joven, a veces se me olvida —vuelvo a tratarlo de usted.

—Pues procure no olvidarlo.

Sigo comiendo ignorando que está ahí, pero de vez en cuando levanto la mirada y observo sus brazos fornidos, su pecho marcado, su rostro cuadrado y sus ojos afilados color miel. Está para comérselo, ¡madre mía!

Cuando termino, Rubén se

acerca a mí y me coge la bandeja. Lo miro con una sonrisa y sé que no es lo que pretende, pero me la devuelve. Entonces yo hago lo peor que se me puede ocurrir, me lanzo y le doy un casi imperceptible beso, porque en cuanto se da cuenta me hace la cobra. Me quedo mirándolo avergonzada mientras se incorpora.

—Lo siento... yo... creí que te parecía atractiva.

—Ningún hombre en el mundo podría no considerarla hermosa —me dice, haciendo que un escalofrío me recorra el cuerpo al escuchar esas palabras. —Pero no sé si se da cuenta de que no es ni el momento ni el lugar para esto. Además, creo que la culpa de

todo lo que le ocurre es que está acostumbrada a tener cuánto quiere y no sé da cuenta de que las cosas se valoran más cuando cuesta conseguirlas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Si no lo sabe, no voy a ser yo quien se lo explique —no sé si es la segunda o la tercera vez que me dice eso y está empezando a cansarme. ¿Quién se ha creído que es? Posiblemente, la única persona que me pueda ayudar, así que será mejor que le dé la razón y me deje de tonterías.

—Lo siento —digo.

—No importa, pero no lo vuelva a hacer.

—Le aseguro que no lo haré —

digo pensando en que no consentiré volver a verme rechazada. Dios, qué mal sienta.

El inspector me abandona y me quedo ahora sí, dándome perfecta cuenta de dónde me hallo, de la luz, de la tristeza y de la agonía que se respira aquí.

—Ey, chica —me grita de pronto una mujer, sacándome de mi letargo.

—¿Quién me llama? —pregunto asomando la nariz por los barrotes. Entonces veo que justo enfrente hay otra celda y que una mujer despeinada y vestida con cuatro trapos mal repartidos me está mirando.

—He visto lo que has hecho —

me dice con chulería. —Yo creo que le gustas pero nena, ¿cómo te has atrevido? ¡Que es el inspector!

—¿Crees que le gusto? Yo no lo diría, ¿no has visto que me ha rechazado?

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Liarse con una presa? ¡Hay que joderse maja! ¿Tú de dónde has salido? Él nunca se liará contigo mientras te acusen de algo. A ver, dime, ¿de qué te acusan?

—De asesinato.

—Buá, pues la llevas clara, nena.

—Soy inocente.

—Ya, eso lo decimos todas, y yo

no soy prostituta. Hay que salvar el pellejo, ¿no?

Aunque me molesta que no me crea, hablar con aquella mujer me entretiene, así que no le hago ascos a su apariencia y paso la tarde hablando con ella. Hasta que un policía nos llama la atención y hace que nos retiremos de las rejas.

—Se acabó lo bueno —dice Manoli, pues así se llama la mujer de enfrente.

Vuelvo a mi colchón y rezo porque mi padre llegue pronto. Él pagará mi fianza y saldré de aquí. Ahora que estoy sola de verdad los minutos se hacen eternos. Y lo peor de todo es que

a pesar de lo que ha pasado hoy, de la pesadilla y la intensidad del día, no logro quitarme de la cabeza al inspector Sandoval, y su reacción cuando ha visto que me acercaba a él se me clava en la mente aguijoneando mi corazón cada vez con más intensidad. ¿Se puede saber qué me pasa?

Vuelve a despertarme el ruido de la verja al abrirse. Una agente desconocida para mí entra en la celda y me dice que me levante, que me esperan en la sala de interrogatorio. Me gustaría saber qué hora es, pero como me han quitado el reloj, es imposible saberlo. La agente me pone las esposas y yo miro su mano intentando llegar a su muñeca, y dándose cuenta de mi intención, se apiada de mí y me lo muestra para que lo pueda ver mejor. Son las diez y media de la noche. Me pregunto cuánto tardará mi padre en llegar.

De camino, me cruzo con Silvia, quien por una vez en su vida prefiere no decirme nada y descarga todo su odio en

una mirada que me retorcería el cuello si pudiera. Pero lo que de verdad me intimida es esa ligera sonrisa que asoma por sus labios. Yo no la miro de mejor forma, y para cuando decido qué quiero decirle, ya estoy demasiado lejos y la agente me ha metido en la sala.

En la sala de interrogatorio me espera de nuevo el inspector Sandoval, junto con el secretario y mi abogado. Cuando lo veo sentado con un montón de folios delante de él, algo me huele mal.

—Señorita Palacios, acabamos de hablar con la señorita Miralles.

Bueno, eso de señorita bien podría ahorrárselo, pero no es momento de decirlo, así que me muerdo la lengua.

—Silvia Miralles tiene coartada.

—No puede ser —es lo único que se me ocurre en mi defensa.

—Ella dice que pasó la noche con su novio, y lo hemos corroborado.

—Silvia no tiene novio —digo despectivamente. —Te está mintiendo, ¿no has visto cómo me acaba de mirar? Esa mujer me odia y haría lo que fuera por joderme la vida y quedar ella en primera posición en la orquesta.

—No creo que eso sea motivo como para matar a nadie.

—¿Y qué motivo tengo yo? Joder, me gustaba ese chico.

—¿En serio? —pregunta con una

media sonrisa que me hace recordar cuando me he tirado a su cuello hace apenas unas horas. No resulta muy creíble mi alegato después de eso, la verdad.

—Bueno, cuando me lié con él claro que me gustaba. No es que pensara tener nada más que una noche loca pero de ahí a matarlo...

—Señorita Palacios, no hace falta que dé este tipo de explicaciones —me interrumpe Daniel Vara.

—Sabe que la creo, pero que me dé pistas falsas no ayuda en absoluto —dice el inspector, ninguneando al abogado.

—Le doy las pistas que se me

ocurren porque ¡por Dios! Yo no he sido, joderrrr —escondo la cabeza entre mis manos y no me doy cuenta de cuando se acerca.

—Tranquilícese —noto su mano sobre mi hombro y me pongo nerviosa. —Intentaremos dar con el verdadero culpable.

—Mi padre... —empiezo a sollozar. —¿Sabe algo de mi padre?

—No, ¿debería saber algo?

—Me ha dicho que vendría en cuanto pudiera. Ah... y me ha pedido que no se entere la prensa.

—Como usted comprenderá, el homicidio ha salido en las noticias del mediodía y de la noche. Lo que sí

intentamos es que la prensa no dé noticias sobre detenidos hasta que se sabe algo a ciencia cierta. Aunque a decir verdad con el numerito que ha montado en el restaurante del hotel es difícil que no se haya enterado media Valencia.

—¿Y qué quería que hiciera? Me han detenido y esposado injustamente.

—El problema será como de aquí a mañana siga sin tener pruebas que la disculpen, porque en cuanto llegue el capitán Tortajada... —dice, haciendo caso omiso a mi réplica.

—Ya, se acabó.

Cuando más tarde me sacan del calabozo escucho un ajetreo por comisaría diferente. Entro en la sala y encuentro allí a mi padre. Claro, por eso el revuelo. Estarán todos preguntándose qué hace aquí el cantante Andrés Palacios. Ahora sí me siento avergonzada, voy a arruinar la carrera de mi padre.

—Papá —digo con un nudo en la garganta.

—Hija —mi padre se levanta de su silla y viene hacia mí para brindarme un abrazo. Umm, cuánto tiempo. Voy a tener que hacer que me detengan más a menudo. —Ya me han puesto al corriente de lo que ha pasado ¿Cómo pudiste ser tan descuidada? ¡Mira que

dejarte la puerta del garaje abierta!

—¿Y yo cómo iba a saber que alguien iba a entrar en mi casa e iba a matar a mi ligue?

Miro hacia el cristal desde el que supongo, Rubén me estará observando y siento su negativa como si lo traspasara.

—No sé, hija, pero te has metido en un buen lío, y eso ya sabes lo que supone para tu madre y para mí.

—Mamá, ¿lo sabe ya? Intenté hablar con ella —me doy cuenta de que acabo de delatar a la agente Salas, que me dejó hacer dos llamadas. Solo espero que no sean muy severos con ella.

—Sí, sí. ¡Cómo no lo va a saber, si ha salido en las noticias! Menuda la que se ha armado al descubrirse lo que ha pasado. Y menos mal que no se sabe que has sido detenida, porque si no, te puedo asegurar que no podría ni salir a la calle. Por suerte, he conseguido calmar a la prensa y la he desviado con el cuento de la puerta del garaje abierta. A tu madre la pillas rodando una nueva película en Nueva York y que venga no va a hacer que se te exculpe antes. No hay por qué molestarla.

—Claro —digo, apesadumbrada. Un abrazo de ella también me habría venido bien. No puedo imaginar lo enfadada que estará conmigo por haber salido su nombre en las noticias, y no

precisamente en la prensa rosa.

—Mira, he preguntado y me han dicho que no te puedo sacar de aquí porque se te acusa de homicidio y hasta que el juez decreta fianza has de estar en prisión preventiva. —sigue diciéndome mi padre, aunque yo todavía sigo pensando en mi madre.

—Oh, no.

—Sí, ni siquiera por ser quién soy puedo ayudarte, pero en cuanto se decreta una fianza no te preocupes que te sacaré de aquí. Y espero que no des más problemas —eso me llega al alma. Entiendo que esté enfadado, no he sido una hija modelo, pero es que ellos no son buenos padres tampoco, así que

quedamos en tablas.

—Mi intención no es daros problemas, por eso me independicé en cuanto empecé a trabajar y he intentado ser anónima para la prensa rosa. Esto que ha pasado no ha sido por mi culpa.

—¿Quieres decir entonces que ayer no te drogaste? ¿Que lo recuerdas todo y que sabes lo que pasó? Porque Andrea, de la manera en que mataron a ese chico era como para que te hubieras despertado.

—Tienes razón, había tomado algún que otro *speed* y luego unas cuantas pastillas de melatonina para poder dormir. Supongo que me pasé.

—Lo suponía. Dime una cosa,

Andrea, ¿cuándo piensas cambiar tu actitud y ser responsable de una vez?

—Soy responsable, tengo un trabajo, ¿qué hay de malo en que me guste divertirme?

—Conservas tu trabajo por ser quien eres, pero créeme que están hartos de que siempre llegues tarde y de que te lo tomes todo como si de un juego se tratara. ¡Madura de una vez, que ya tienes veintiséis años!

Las lágrimas salen de mis ojos contra mi voluntad. Me enfada lo que mi padre me dice pero en el fondo sé que tiene razón, y eso me enoja más todavía. Lloro de rabia más que otra cosa. Mi padre me dice que hará una llamada

para excusarme al día siguiente en el conservatorio y que sobre todo espera que no llegue a la prensa. Sé que se va a asegurar de que ningún policía chismorree por ahí que él ha estado en comisaría, cueste lo que le cueste.

Vuelvo al calabozo cada vez más abatida. Si pensaba que mi padre me sacaría de aquí, estaba equivocada, así que ahora solo me queda la esperanza de que el juez decrete una fianza lo antes posible. Me tumbo sobre el mullido colchón y cierro los ojos. Debo intentar dormir, puesto que es la única manera de olvidarme de lo que me está pasando, pero hace frío y la humedad se me cala hasta los huesos, huele mal y me hundo sobre el colchón.

—Pelirroja, veo que no consigues dormir. Yo de ti intentaría acostumbrarme porque los colchones de la cárcel son iguales o peores que estos —me dice la mujer de la celda de enfrente.

No le contesto. Solo espero no tener que probarlos. ¿La cárcel? Solo de pensar en ella me duele el estómago. Yo, una persona libre, independiente, músico profesional, ¿cómo he podido meterme en este lío?

Esta vez, cuando la reja se abre para traerme el desayuno, yo ya estoy despierta. Me incorporo en la cama, me tomo el zumo y miro las galletas con

recelo. Abro el paquete en el que van y pruebo una. Me gustan las galletas, pero no todas, y estas la verdad es que no están nada mal, son dulces y como estaban en paquete cerrado, están como recién compradas. Una vez termino me vuelvo a tumbar e intento dormir de nuevo.

Estoy cansada, ayer fue un día muy largo y con el despertar del nuevo día estoy intentando asimilar lo que me ha pasado y ser positiva. Seguramente pronto saldré de aquí y todo habrá quedado en un jodido malentendido. Entonces el inspector Sandoval me oirá, vaya si me oirá. No sabe el genio que me gasto y lo que odio las injusticias, y lo que me está pasando a mí es una

injusticia en toda regla.

Un hormigueo en el estómago me recorre cuando escucho la reja y veo aparecer al mismísimo inspector. Ni corto ni perezoso, se sienta en la esquina del colchón y yo me incorporo un poco y me restriego los ojos, preocupada por si llevo alguna legaña. No es justo, él viene recién afeitado, seguramente duchado pues huele de maravilla, y yo sin embargo no he podido ni tan siquiera lavarme los dientes.

—Señorita Palacios, siento decirle que la Guardia Civil la reclama.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir eso? —pregunto con el pulso acelerado.

—Pues que en breve tendremos

aquí al capitán Tortajada para llevarla al cuartel de la Guardia Civil. Como le dije, su domicilio pertenece a su jurisdicción y la policía no puede hacer nada contra eso.

—Pero, ¿tú me crees? —digo, consciente de que no le estoy tratando de “usted”.

—Te creo, pero no hay nada que demuestre tu inocencia —él también deja los formalismos. Supongo que si piensa que ya no me va a tener que custodiar ni será quien lleve mi caso, podemos ser más naturales.

—De momento. Tampoco hay nada que demuestre mi culpabilidad a excepción de la botella que tiene mis

huellas porque era mía —digo, con un nudo en la garganta. —¿Puedes ayudarme? —pregunto con delicadeza.

Me mira y medio sonrío.

—Estás acostumbrada a conseguir todo lo que deseas, ¿cierto?

—Más o menos —digo, un poco avergonzada.

En cierta manera tiene razón el inspector al pensar que soy una niña consentida, seguramente demasiado, pues mis padres prefirieron darme todos los caprichos que pedía a cambio de vivir sin ellos.

—Me gustaría conseguirte a ti, pero me parece que esta vez mi deseo no va a ser posible —me atrevo a decir.

Me mira y vuelve a sonreír.

—Andrea, no me gusta la gente que se droga, no me gustan las personas consentidas porque no saben valorar nada y no me gusta ser simplemente un objeto de deseo.

Ahora sí que estoy avergonzada de verdad. Debe de pensar de mí que soy lo peor, y con razón. Hasta yo misma no me gusto en este momento.

—Sé lo que piensas de mí, y solo quiero que sepas que soy más que eso. No me conoces.

—Me parece que no es el momento ni el lugar para hablar de esto —dice mientras se incorpora para salir

de la habitación. —Ve preparándote para cambiar de calabozo.

—¿Cuándo iré ante el juez y podré salir en libertad? Yo no hice nada —noto que me reitero, pero es que debo decirlo hasta la saciedad para que me crean y me saquen de aquí.

—No sé si será esta tarde o mañana. Todavía estamos buscando pruebas.

Me quedo tranquila al darme cuenta de que aunque me vaya a llevar la Guardia Civil, la policía no va a dejar de investigar el caso. ¿Será tal vez gracias al inspector Sandoval?

—Entonces, ¿me vas a ayudar aunque no te corresponda? —pregunto,

tentadora.

—Sí —me contesta antes de salir del calabozo. —No me gusta ver cómo una chica joven y bella se pudre en la cárcel injustamente.

Vaya, qué tierno. ¿Por qué en lugar de estar contenta porque el inspector me va a ayudar a salir de ésta solo pienso en que me considera bella?

Dos horas después voy en un coche de la Guardia Civil, acompañada del corpulento, soberbio, austero e imponente Capitán Tortajada y un par de militares. Llego a un nuevo cuartel, nueva inscripción y nuevo calabozo. Y yo sigo sin poder comunicarme con nadie. No dejo de pensar en lo mal que lo debe de estar pasando mi amigo David. Seguro que quiere ayudarme y no sabe cómo. Me pregunto si le habrá contado algo a Alba o si se lo habrá guardado para él. Tiene que habérselo dicho. La noticia ha salido en la prensa y Alba ha debido preguntarse dónde estoy yo. Seguro que me ha estado llamando al móvil, hecha una

energúmena, pero como no lo llevo conmigo es imposible hablar con nadie. Me tratan como si de verdad fuera culpable y eso me enfurece porque no tienen pruebas suficientes. No las hay contra nadie más pero, ¿por qué habría de matar yo a mi compañero y dejar una partitura sobre su pecho? ¿Es que no se dan cuenta de que no tiene ningún sentido?

A la mañana siguiente me llevan ante el juez. Bien, estoy entusiasmada porque por fin voy a estar ante alguien con dos dedos de frente que se va a dar cuenta de mi situación y que por lo menos pactará una fianza para que pueda salir de aquí mientras encuentran más pruebas y al verdadero asesino.

En cuanto veo la cara de amargado del juez, se me cae el alma a los pies. Me mira de arriba a abajo con arrogancia y desprecio. Oh, vamos, no puede ser que no se dé cuenta de que soy una mujer de buena familia que no voy por ahí matando a mis ligues.

Cuando el juez Solís decreta prisión preventiva y sin fianza me quiero morir. Mi abogado, Daniel Vara, no ha podido hacer nada para evitarlo y yo, rompo a llorar y a gritar como una loca.

—¡Soy inocenteee, soy inocenteee! No me pueden hacer esto. Mis padres son famosos y yo no he hecho nada. Por favor, piénselo, va a ser nuestra ruina. ¡Soy inocenteeeeeeeeee!

Dos guardias me cogen y sujetan las manos, me las llevan tras la espalda y me esposan. Lloro desconsolada y cada vez más incomprendida. No puede ser, no puede ser, no puede ser, me repito una y otra vez. Seguro que esto no es más que una cruel pesadilla y que pronto despertaré.

Pero cuando me vuelven a subir al coche de la Guardia Civil y veo que se dirigen por carretera hacia la penitenciaría, supuestamente hasta la espera del juicio, un miedo atronador me invade todo el cuerpo. De verdad voy a estar y voy a convivir con todo tipo de mujeres delincuentes, desde simples ladronzuelas hasta verdaderas asesinas. Oh, Dios, ¿cómo voy a salir de

esta?

En cuanto salgo del coche los nervios me delatan. Apenas consigo articular palabra cuando la funcionaria me pregunta mi nombre, me tiembla el labio inferior y me he quedado seca. De nuevo, una inscripción más. Mientras espero a que me llame el médico me pregunto si alguna vez cogen al verdadero asesino y yo quedo absuelta, si anularán mi expediente o si por el contrario, voy a quedar fichada de por vida.

La inspección médica es profundísima, incluso me miran en la intimidad, y me muero de vergüenza al pensar que llevo dos días sin ducharme.

—Yo no soy así, lo aseguro —
me atrevo a decir.

—Tranquila, enseguida podrás
ducharte —me dice la doctora, con
empatía.

En cuanto termina, me pasa con
el Trabajador Social y con el Educador.
Ambos insisten en preguntar cómo me he
metido en ese lío con mi profesión y la
carrera que tengo. No soy la típica
persona a la que tienen que encauzar
para que su vida tome un rumbo
determinado porque no sabe qué hacer,
o que no tiene estudios. El educador me
mira con curiosidad y yo me sonrojo
cada vez que tengo que dirigirme a él.
Creo que me ha reconocido y eso me
aterra. Poco tienen que hacer conmigo

así que acaban rápido, por suerte para mí.

Una funcionaria me informa de mis derechos y obligaciones con respecto a las instalaciones y al personal, así como con el resto de internos.

—¿Puedo llamar por teléfono a un amigo?

—¿Qué clase de amigo? Si es familia puede venir a verte en el horario de visitas.

—No es mi novio, si se refiere a eso, es solo un amigo.

—Entonces tendrás que dirigirte al Director del centro y pedirle permiso. Él estipulará los números de teléfono a

los que puedes llamar.

—¿No puedo llamar cuando y a quien quiera?

—Solo una llamada al día y si no es a un familiar o a tu abogado, tendrás que pedirle permiso al Director.
—repite, cansada de tener que dar explicaciones a una presa.

Permanezco en ingreso durante dos horas esperando a saber dónde me van a asignar. La misma funcionaria de antes me dice que la acompañe y me lleva hasta el nivel de segundo grado. Una vez allí me acompaña a los baños, coge ropa de una estantería y me la entrega. Bien, por fin una ducha. Por lo menos el agua caliente me relajará y

afrontaré donde estoy con la cara limpia.

Cuando me pongo el pantalón de tela azul y la camiseta blanca que me han dado me siento una auténtica delincuente. La camiseta me está grande y el pantalón me aprieta demasiado, pero no me atrevo a decir nada.

—Puedes pedirle a alguien que te traiga tu ropa si lo prefieres —me dice la funcionaria al darse cuenta de lo mal que me queda la que me ha dado. Asiento con la cabeza.

Una vez tengo el pelo cepillado, la funcionaria me acompaña hasta lo que de momento va a ser mi hábitat, una habitación con una cama, una mesa de escritorio con una silla y poco más. Por

el camino noto las miradas de las que estarán pensando en que llega carne fresca y me intentan sacar las entrañas con la mirada. Levanto la cabeza y saco pecho para que no piensen que soy de las que se amilanan, aunque en el fondo estoy que me tiemblan hasta las pestañas.

Una vez en mi habitación, coloco mi ropa en el armario vacío, me quedo mirando la celda fría y desoladora y siento que voy a empezar a llorar de un momento a otro.

—Falta poco para la hora de comer, búscame por aquí y te indicaré dónde está el comedor —me dice la funcionaria. —Me llamo Noelia.

—Gracias.

Una vez cierra la puerta, me tiro en la cama, me encojo en posición fetal y empiezo a llorar en silencio. No quiero que el resto de presas me escuchen y se den cuenta de que lo de antes no ha sido más que un paripé.

Cuando suena la sirena, reconozco que es la llamada al comedor, y como estoy con el zumo y las galletas desde muy temprano, pienso que será mejor comer algo. Las penas con el estómago lleno se llevan mejor, y al fin y al cabo no voy a conseguir nada afligiéndome y arrinconándome contra una pared como una colilla. Yo soy una mujer fuerte que vive la vida al límite y esto no va a ser más que otra

experiencia más.

—Anda, vaya, ¡pues si tenían razón cuando me han dicho que ha *llegao* una pelirrojita de ojos claros pidiendo socorro! —dice una mujer de unos cuarenta años mientras deposita su bandeja de comida en la mesa y se sienta a mi lado.

Levanto la mirada y emito un casi inaudible “hola”. Es una mujer muy guapa, morena de piel y pelo, con los ojos grandes y oscuros y los labios finos. Aparenta gastar una talla cuarenta y seis o cuarenta y ocho pero le quedan bien los kilos. Algo me dice que su rostro menguaría si pesara menos y que está en su peso ideal.

Desde que he salido de la celda voy cabizbaja no por vergüenza, puesto que todas allí están en la misma situación que yo, incluso son verdaderas culpables, sino porque temo ser reconocida. La mujer, que nota mi aflicción, me pone una mano sobre el hombro y añade:

—Tranquila, el primer día es el peor, pero acabas acostumbrándote a esto. ¿Qué has hecho, niña? ¿Por qué estás aquí?

—No he hecho nada —contesto entre sollozos y con cierta rabia. No quiero ponerme a llorar delante de todas las presas, eso sería mi ruina.

—Ya, bueno, eso decimos *toas*

pero, en serio, ¿qué has hecho?

—De verdad que nada —y rompo a llorar ahora sí más fuerte.

La mujer me coge la cabeza y la esconde en su considerable pecho.

—Tranquila, niña, tranquila. Es mejor que nadie te oiga llorar, ¿me oyes? Intenta tranquilizarte porque las de ahí, —no sé a quién está señalando— como vean que eres débil, se lo van a pasar en grande contigo.

Intento reponerme. Yo no soy débil. Me recompongo y miro a la mujer que me ha arropado como una madre.

—Me llamo Vanessa, ¿y tú? — se presenta.

—Andrea.

—Encantada, Andrea. Dime, ¿estás en prisión preventiva?

—Sí. Todo ha pasado tan deprisa... El domingo amanecí con mi ligue asesinado en mi cama, por la tarde me detuvieron y hoy martes estoy entre rejas, ¿cómo ha podido pasar?

—Jo, nena, qué *putá*, ¿dices que asesinaron a tu ligue? ¿Seguro que no te entró una paranoia ni *ná pareció* y te lo cargaste? —mientras habla, un grupo formado por tres mujeres de entre treinta y cuarenta años se ha añadido a nuestra mesa.

—Nooo, yo no fui.

—Eso decimos *toas* —dice una

de las que acaban de llegar.

—¿Ves? —me pregunta Vanessa, señalando a la que acaba de hablar con la palma de la mano. —A la pobre la han *matao* al novio y la acusan a ella.

—Pues si la acusan por algo será —dice una chica muy guapa que me hace preguntarme qué habrá hecho para estar aquí. Es una rubia natural de ojos castaños y aspecto débil que parece sacada de una película romántica. En realidad, me causan curiosidad todas, pero a esta en cuestión se la ve diferente, como si tuviera más cultura, quizás se hubiera cuidado más en la vida, por lo que tal vez fuera de familia adinerada... En fin, si el juicio no sale pronto mi estancia aquí hará que me

entere tarde o temprano de qué hizo así que de momento prefiero no preguntar. En cambio, ellas sí están muy intrigadas en mí y no paran de acribillarme. Les cuento lo de mis huellas en la botella de champán, lo de la partitura en el cadáver, incluso lo de mi afición a las drogas y el posible exceso del sábado anterior, ¿qué más me da contarlo? Necesito desahogarme y mejor que ellas, en este momento, no hay nadie.

Cuando terminamos de comer me dicen que van a ir a la celda de Rosa, la rubia que parece que pinte menos que yo aquí, y me invitan a ir con ellas, pero yo, agradeciendo mucho su invitación, les digo que todavía no me he hecho a la idea de lo que me está pasando y que de

momento necesito estar sola.

Dos horas después, encogida en la cama, escucho que aporrean la puerta.

—Niña —escucho a Vanessa llamarme.

Le abro la puerta preguntándome qué parte de necesito estar sola no ha entendido.

—Perdona la indiscreción pero ¿tus padres saben que estás aquí? ¿Les has llamado?

Un escalofrío me recorre ante la duda de que me haya reconocido y sepa quiénes son mis padres. Lo cierto es que ha ido todo tan deprisa que ni siquiera sé si mi padre sabe algo. Un buen padre habría ido a la comisaría del inspector

Sandoval y se habría enterado de que ya no estoy allí, habría investigado hasta saber dónde estoy. Pero claro, un buen padre.

—Me han dicho que para poder llamar tengo que pedir permiso al Director del centro.

—De eso *ná*, nena. Tienes derecho a hablar con tus padres, tienes que avisarles si no lo saben ya, de que estás aquí. Otra cosa es que quieras hablar con otra persona.

—Sí, la verdad es que quería hablar con un amigo.

—Para eso sí tendrás que hablar con el Director, que por cierto, está cañón —y cogiéndome del hombro, me

hace salir de mi celda. —Ven, te acompaño a hablar con Noelia para que te lleve al locutorio, es una funcionaria muy maja.

Diez minutos después estoy en el locutorio marcando el número de mi padre, con la mano temblorosa y ante la mirada de Vanessa, que se ha quedado a una distancia prudencial para no escuchar mi conversación.

—Papá, estoy en la cárcel —digo en cuanto descuelga.

—Lo sé, hija, menudo escándalo. ¡Ha salido en las noticias! Por Dios, mi hija en prisión. Tu madre de momento no va a venir a España porque sería su ruina, la prensa no la dejaría ni a sol ni

a sombra, como están haciendo ahora conmigo.

—Papá...

—He estado hablando con ese abogado tuyo, Daniel Vara, y no me gusta nada. Tengo la sensación de que no está moviendo un dedo por ti...

—¡Papá! —grito, y mi padre se calla. —Necesito que me traigas ropa —digo más calmada.

—Andrea, tu casa es el escenario de un crimen, la Guardia Civil no deja entrar a nadie en ella.

—Pues cómprame, joder. Estás autorizado en mi cuenta, saca dinero y cómprame ropa —digo enfadada con mi padre.

—No es por el dinero y lo sabes, pero no me conviene acercarme por la cárcel, hija, ya bastante por los suelos está ahora nuestra reputación.

—De verdad, papá, me parece increíble que me estés diciendo eso. Aunque la verdad es que no sé por qué esperaba más de ti en lugar de haber dado por hecho que esta sería tu reacción.

—No te preocupes por la ropa, te la haré llegar de un modo u otro —me dice ignorando lo que le acabo de reprochar. —Por cierto, tus amigos no paran de llamarme y al final he tenido que ser grosero con David. Por lo visto el chico no entiende que yo tengo un

trabajo y que no puedo estar atendiendo a sus llamadas para contarle siempre lo mismo, que estás en prisión preventiva hasta que se averigüe algo porque de momento la única prueba que tienen te apunta a ti.

—Oh, qué bien suena eso papá —digo con sarcasmo.

Me arrepiento de haberlo llamado. La conversación con mi padre me ha dejado más hecha polvo de lo que estaba, pues si antes estaba mal por ser culpada y tratada como a una criminal injustamente, ahora además se añade saber una vez más la mierda de padres que tengo.

Vanessa, que me ve derrotada,

me agarra la espalda y me acompaña hasta mi celda dándome cobijo con su brazo. Es increíble cómo una presa que me acaba de conocer pueda brindarme más apoyo que mi propia familia. Me muero por saber por qué está aquí, y así se lo hago saber cuando entramos en mi celda.

—Maté a mi *marío* —me dice como si tal cosa. La miro pensando en que me está tomando el pelo, y como se da cuenta de que me parece si no extraño, sí un tanto increíble, puesto que por su forma de comportarse conmigo me parece que es una buena persona, añade, sentándose en la cama junto a mí. —Mi *marío* me maltrataba. No hacía una cosa que no le pareciera mal,

sospechaba de mí cada vez que me veía hablando con cualquier hombre, ya fuera un vecino o el frutero, me insultaba continuamente y me pegaba mientras me gritaba que yo era una mierda y que no valía *pa ná*. No me separaba porque pensaba que sin él mi vida no tenía *sentío*, me creía incapaz de hacer *ná* sin tenerlo a mi *lao*, pensaba que lo necesitaba, y cuando me pegaba, creía que tenía motivos *pa* hacerlo, que yo lo había *provocao* y que me lo había *ganao*. —Vanessa se toma un segundo para coger aire, tragar saliva y continuar. —Pero cuando mi hija, Lorena, se hizo mujer y mi *marío* empezó a tratarla mal también a ella... Un día llegué de la compra y estaba

azotándola porque se la había *encontrao* en casa en lugar de estar en el instituto. Lorena estaba enferma y yo había *salío* a comprarle un jarabe para la tos, además de otras cosas *pa* casa que necesitaba. Mi *marío* la insultaba diciéndole que era una vaga y una guarra como todas las mujeres y mi hija lloraba en silencio. Cuando entré en su habitación, su padre tenía en la mano una barra de picha de toro que teníamos en casa por si entraba alguien a robar y con la que más de una vez se había enzarzado conmigo. Le supliqué que dejara la barra y que atendiera a razones, pero no lo hizo. Ante el primer golpe que le dio corrí a la cocina y tras el segundo, yo ya había *apuñalao* por la espalda a mi *marío*. No

fue en defensa propia ni porque pensara que él mataría a mi hija. Fue porque en ese momento pensé que no podía consentir que le pusiera la mano encima, y sabía que si no lo paraba de esa forma, eso jamás pasaría y mi hija sería una *desgraciá* durante el resto de su *vía*. — Vanessa suspira. — Ahora, mi hija se está recuperando de lo que su padre le hizo, y sé que tener a su madre en la cárcel no le hace bien, pero por lo menos sé que ese *malnació* nunca más nos pegara, ni a ella ni a mí.

—Oh, Vanessa, es una historia... —trago saliva porque apenas sé cómo describir lo que esa mujer ha tenido que soportar. Y luego me quejo yo porque mis padres me ignoran. Al menos ellos

nunca me han puesto la mano encima y jamás me ha faltado de nada. — Lo siento.

—Tú no tienes *ná* que sentir, niña —me dice sonriendo como si no pasara nada. —Además, dentro de poco cumpliré mi condena y saldré de aquí, reanudaré mi vida junto a mi hija y todo se arreglará.

La miro y me doy cuenta del coraje que tiene esa mujer. Ha sido capaz de matar a su marido por salvar a su hija. Para mí, es la nueva madre coraje.

Sobrevivo a mi primer día en prisión, y al segundo. Sigo sin atreverme a ir a hablar con el Director para poder llamar a David. Sé que está informado por mi padre y aunque me muero de ganas de ser yo quien hable con él y de que sepa por mi boca que estoy bien y que pienso salir de esta, los nervios ante ir a hablar con el mandamás de la prisión pueden conmigo y prefiero dejar pasar el tiempo. Eso sí, se me hacen las horas interminables, pese a que Vanessa y compañía intentan que lo sobrelleve lo mejor posible. Ya me han puesto al corriente de los grupos que hay en el pabellón en el que nosotras estamos y la verdad es que si presto atención es

porque de alguna manera me he de entretener, porque en realidad me importa un carajo saber quién es la más malota o de quién no me he de fiar puesto que lo que ansío es salir de aquí cuanto antes.

Esta tarde ha llegado un paquete para mí. Bien, mi padre se ha dignado a comprarme ropa y hacérmela llegar. Por nada del mundo se va a arriesgar a pasar por aquí y que lo puedan reconocer, pero por lo menos ha hecho lo que le pedí. La caja, después de pasar por el correspondiente control, está semiabierta y cuando la abro del todo descubro que dentro hay un par de vaqueros, un par de *leggings*, camisetas, ropa interior, un pijama y una cazadora

de piel fina. Bien, por lo menos si es mi talla es mejor que lo que me dan aquí. Así no me sentiré tan presa, vestida con mi propia ropa.

A la mañana siguiente, me sorprendo al saber que tengo visita. Noelia, la funcionaria de prisiones más enrollada, me dice que la acompañe y me doy cuenta de que paso la sala común y que me lleva a una habitación. Me quedo muerta cuando abre la puerta y veo al inspector Sandoval apoyado sobre la pared, esperándome.

—Inspector —digo, sorprendida.

—Señorita Palacios, ¿cómo se encuentra?

—Bueno, ¿usted qué cree? Estoy

en prisión por algo que no he hecho.

—La entiendo, pero quiero que sepa que no es por nada personal. Es más, se ha hecho todo lo posible porque su caso no se filtrara en la prensa pero ha sido en vano y la decisión que tomó el juez hubiera sido la misma de haberse tratado de otra persona.

—Ya, pero es que se trataba de mí. ¿Sabe lo que esto supone para las carreras de mis padres?

—Me habla como si yo tuviera la culpa de que esté aquí, cuando en estos momentos soy el único que cree en su inocencia.

—Usted fue quien me detuvo sin tener pruebas.

—Teníamos el informe de la inspección ocular —me dice, recordándome la dichosa botella de champán que en qué mala hora saqué de la nevera el sábado por la noche. —Y si me adelanté sabe que fue para que no lo hiciera el capitán Tortajada.

—¿Has dicho... el único? —me doy cuenta de que le he hablado de tú, pero si ya no se ocupa de mi caso no entiendo por qué hemos de seguir con tanto formalismo.

—Sí. Andrea, lo siento pero el capitán Tortajada ya tiene un culpable para su caso y no se va a molestar en investigar tu inocencia. Caso cerrado, medalla otorgada, punto final, así son

las cosas —dice acercándose un poco hacia mí.

—¿Cómo? ¿Así son las cosas? ¿Se coloca una medallita por meter en la cárcel a una inocente y a otra cosa mariposa?

—Sí. Lo siento —pretende crear una distancia cada vez más cercana entre nosotros, pero a mí me pone nerviosa y no entiendo por qué. Vamos, no es más que un hombre, muy guapo, muy atractivo, imponente, sí, pero un hombre, ¿por qué me pone así su cercanía? He de sacar la artillería pesada y ser más fuerte que él.

—¿Y quién me va a ayudar entonces? Porque si he de contar con mi

abogado ya me puedo pudrir aquí — digo insinuante.

—Sabes de sobra que yo te estoy ayudando, te dije que lo haría y lo haré —su cercanía ha hecho que mi espalda acabe apoyada en la pared y cuando veo que da un paso más adelante mi corazón empieza a palpar con fuerza.

—Y me vas a ayudar, ¿porque me consideras inocente y no te gustan las injusticias o por otro motivo?

—Porque no me gusta pensar que una chica tan superficial como tú, está entre rejas rodeada de verdaderas criminales. No creo que lo soportes durante mucho tiempo.

—Tranquilo, —digo con cierta

rabia por lo que me ha llamado— la gente aquí no es tan mala como tú crees —digo mordiéndome el labio.

—Si están aquí por algo será.

—Como yo, ¿no? Ni te imaginas las injusticias que se comenten en el mundo.

—¿Sí? ¿Y vas a ser tú quién me lo enseñe?

Su cercanía es tanta, que siento su aliento caliente junto a mi cuello y mis ojos azules se van directos a sus labios.

—Oh, Andrea, ¡qué acostumbrada has estado a tener todo cuanto has querido!

—¿Y eso es malo acaso? —
pregunto, atreviéndome a poner mis
manos sobre su cintura.

—Si tú no lo sabes, no voy a ser
yo quien te lo explique.

—Joder, ¡otra vez con esas! Me
gustaría que supieras que no soy lo que
tú imaginas.

—¿Qué crees que imagino?

—Que solo soy... superficial,
como me has dicho hace un momento.

—¿Acaso hay algo más dentro
de esa linda cabecita?

—Hay más de lo que tú crees.

Rubén está tan cerca que su
erección se clava en mi cintura. Apenas

le llevo a los hombros y me imponen los brazos musculosos que deja ver bajo la camisa arremangada. Dios, es tan varonil...

De pronto se separa de mí y me deja con la entrepierna húmeda y palpitante.

—¿Por qué has querido verme aquí? —pregunto, porque sé que hay una zona común donde podríamos haber hablado sin necesidad de estar a solas y crear esa situación.

—He tenido que enseñar mi placa para poder verte y quería intimidad. Además, creo que he metido entre rejas a alguna de tus compañeras y no quiero que te relacionen conmigo,

por tu bien sobre todo.

—Oh, ¡qué buena persona! —
exclamo.

Entonces el inspector se abalanza sobre mí, me coge de la nuca y me besa con fuerza, como si llevara tiempo deseando meterme la lengua en la boca. Yo me excito en un segundo. O qué va, ¡si llevo excitada desde que he entrado en esta maldita habitación a sabiendas de que estaríamos a solas!

—Andrea, no puedo evitar lo que tu mirada produce en mí, maldita sea —me susurra al oído, y eso provoca un cosquilleo y una sensación que me recorre todo el cuerpo que nunca he experimentado. Umm, me encanta este

hombre.

Me precipito a desabrocharle la camisa y él me acaricia la espalda arriba y abajo con entusiasmo, pero cuando se da cuenta de que está a punto de ser desnudado, se separa de mí bruscamente y me deja acalorada e impaciente porque le deseo con todas mis fuerzas.

—No puede ser, esto no puede ser —dice abrochándose la camisa.

—Pensé que me deseabas —me atrevo a susurrar con la voz rota. Joder, es la segunda vez que me deja con un palmo de narices.

—Oh, Andi, no lo sabes cuánto. Eres preciosa, pero no puede haber nada

entre nosotros.

A ver, que yo no es que haya pensado en que haya nada más entre nosotros que un buen polvo pero, ¿por qué no? Y ¿me ha llamado Andi? ¡Me encanta!

—Si ya no estás al cargo de mi caso... —empiezo a decir.

—No es por eso —se me queda mirando con ojos de deseo y frustración por lo que no pasará, y tras dejar pasar unos segundos interminables, añade — Yo... estoy casado.

Abre la puerta, llama a Noelia, y se va.

Casado. No se me había pasado por la cabeza que pudiera estar casado.

No lleva alianza. Además, por la forma en que me mira... sé que no me va a resultar fácil y que no le gusta la gente como yo, pero también sé que me desea, y eso no dice mucho de la mujer con la que está compartiendo su vida.

Esta tarde, siento que más que nunca necesito hablar con David, así que me hago el ánimo y voy a hablar con el Director del centro, el señor Eduardo Navas.

Entro en su despacho tras darme paso la funcionaria en cuestión y lo encuentro mirando el patio por la ventana. Me presento educadamente y a continuación empiezo a atropellar unas palabras con otras tratando de hacerle entender la importancia que tiene para

mí poder llamar por teléfono a mi amigo David. Parece que no me haga caso y eso me pone nerviosa, además de que por su porte de espaldas se le ve que tiene una magnífica silueta, y me muero de ganas de que se gire de una vez y comprobar si es cierto lo que dicen las chicas, que está cañón.

—Señorita Palacios, ya tenía yo ganas de verla por aquí —me dice, dándose la vuelta de una vez y mostrando un rostro moreno de ojos verdes que me hace recordar al actor Rubén Cortada. El problema es que acto seguido mis pensamientos se van hacia otro Rubén, el inspector casado, y trato de quitármelo de la cabeza puesto que no entiendo por qué no puedo dejar de

pensar en él en lugar de estar preocupada por salir de aquí cuanto antes. —Me han dicho que ha heredado la faceta musical de su padre y que toca el oboe en una banda de música.

—Sí —asiento, preocupada porque sigue sin hacer caso al tema de mi llamada.

—Su padre nos ha pedido, qué digo, suplicado, que su identidad se mantenga en el anonimato y eso es lo que estamos intentando hacer. ¿La ha reconocido alguna reclusa por el momento?

—No, lo cierto es que he intentado llevar mi vida al margen de la de mis padres y no suelen reconocerme.

—Estupendo. No quisiera crear problemas a un músico como su padre pero claro, estando usted aquí... todo puede pasar.

No me hace gracia lo que escucho, ¿a qué se refiere con que todo puede pasar? En fin, intento no hacer caso y volver al tema de mi llamada.

—¿Me permite entonces que llame a mi amigo?

—Oh, claro que sí. Perdona que no me haya dado cuenta del motivo de su visita a mi despacho. El caso, es que estaba pensando en que mientras se resuelve su inocencia, sale el juicio, etc., sabe que se puede pasar aquí una larga temporada y me preguntaba si le

gustaría colaborar con nuestros programas de inserción social.

—¿A qué se refiere? ¿Cómo podría colaborar?

—Estaría muy bien que nuestras reclusas pudieran aprender una actividad cultural, como por ejemplo la música. ¿Le gustaría crear un taller de música y enseñar algo a sus compañeras?

—Yo, no lo sé —la verdad es que me he quedado de piedra. Ni por un momento imaginé que el Director me fuera a querer contratar o como se llame a la relación laboral que se establezca aquí dentro. —Con un poco de suerte en breve saldré de aquí. No sé si le

interesa que empecemos algo para dejarlo en unos pocos días.

—Se equivoca, señorita Palacios. Su estancia aquí lo más probable es que sea larga, y sería de gran ayuda para nuestras reclusas que pudieran desconectar de sus obligaciones diarias para aprender algo tan agradable como la música. Al fin y al cabo las presas tenéis la obligación de hacer algo, si lo prefiere podría asignarle un trabajo en la cocina o en limpieza. La he dejado estos dos días tranquila para que se habituara a la penitenciaría, entiendo que para usted ha debido de ser un cambio de vida radical, y créame cuando le digo que no lo hago con todas. Pero usted es quien

es... Piénselo. A cambio yo le permitiría hacer esa llamada que tanto parece necesitar, todos los días. Podría llamar a quien quisiera sin necesidad de pedirme permiso.

—¿De verdad?

—Yo no miento, señorita Palacios.

—Está bien, lo pensaré.

Salgo del despacho del Director con la duda de si debo aceptar su propuesta o no. Trabajar en algo manual sería lo más lógico, entre otras cosas porque interactuaría lo menos posible con las demás presas. Prefiero pasar inadvertida, y si bien dice que mi padre le ha pedido que se mantenga mi

anonimato, ser profesora de música puede hacer que alguien me acabe reconociendo. Por otro lado, sería una grata distracción y dedicar mi tiempo a lo que más me gusta haría que se me pasasen más rápidas las horas aquí y tal vez para cuando me diera cuenta, ya estaría fuera.

En fin, ahora lo importante es llamar a David, que bastante preocupado está el pobre.

Descuelga el teléfono con cautela ante la llamada de un servicio público pero en cuanto lo saludo y se da cuenta de que soy yo, grita de alegría.

—Andrea, por fin. ¡No sabes las veces que he llamado a tu padre! El

pobre está de mí hasta la coronilla. ¿Cómo estás, cariño? Me duele en el alma saber que estás en prisión.

—Tranquilo, estoy bien. He conocido a una reclusa que me cuida como si fuera una madre y que me mantiene alejada de lo que ella llama, la mala gente.

—¿Comes bien? Cuéntame, ¿cómo es la vida ahí? Oh, cielo, ¡cuánto siento por lo que estás pasando!

—No te preocupes por mí, David. Lo que quiero es que intentes averiguar algo, ¿vale?

—Claro, cariño, lo que quieras.

—Bien. En el cadáver de Nacho había una partitura, concretamente era la

Rapsodia Valenciana, y quiero que intentes averiguar si a Silvia le falta dicha partitura o si alguien de la orquesta se pone nervioso al escuchar el dato.

—¿Quieres que se sepa lo de la partitura? Ni siquiera la policía ha dicho nada a la prensa al respecto.

—Lo sé, la prensa está siendo cautelosa por ser quien soy y la policía no está facilitando datos de la investigación. Lo que quiero es que lo comentes en los ensayos, como que te lo he contado yo, a ver si averiguas algo.

—Claro, nena, lo que sea. Te prometo que te pienso ayudar a salir de ahí, te voy a ayudar, ¿me oyes?

—Claro, David. Sé que harás cuanto esté en tu mano por ayudarme, pero ahora lo que necesito es que la policía encuentre pruebas del verdadero asesino que me exculpen a mí.

—¿Crees que ha podido ser alguien de la orquesta?

—No lo sé, aunque mi primera candidata es Silvia Miralles. Me odia tanto...

—Lo sé, cariño. Esa arpía es una envidiosa que no soporta que seas mejor que ella y no acepta la realidad. La tendré vigilada. Escucha, te voy a sacar de ahí, te voy a ayudar a salir.

—Gracias, David, de verdad. Da recuerdos a Alba y dile que en cuanto

pueda la llamaré a ella.

—Claro, nena, ya se lo digo yo.

—Por cierto, ¿llevaste el Ferrari a mi casa?

—Sí, pero tuve que dejarlo en la calle porque la Guardia Civil había precintado tu casa, incluida la entrada al garaje.

Imagino mi adosado rodeado de precinto amarillo como el que ponen en las series americanas como CSI o Mentas Criminales y mi corazón se estremece.

—Y no te preocupes por el pago del hotel porque no me quisieron cobrar —añade David.

—¿Por qué no? —pregunto, confusa.

—Te reconocieron y la recepcionista dijo que apenas habías ocupado la habitación una hora y que no hacía falta el pago.

—Vaya, qué amable —digo con retintín. —Me reconocieron, ¡genial! Mi numerito en el restaurante no tardará en salir en la prensa rosa contado por algún cazafortunas.

—Lo siento cariño, ¿qué puedo hacer yo por ti?

—Nada, déjalo. En realidad me da igual.

Cuando termino la conversación me quedo contenta porque sé que he tranquilizado a mi buen amigo y porque aunque sé que poco puede hacer por mí, David hará cuanto esté en su mano por ayudarme. Ha dicho que lo hará y sé que lo ha dicho de corazón.

Al día siguiente cuando el Director me hace llamar para preguntarme si he decidido aceptar su propuesta le digo que sí, que daré clase de música encantada, y que a cambio pido poder llamar por teléfono a mis amigos, a mi abogado y al inspector que lleva mi caso, sin tener que estar pidiéndole permiso. Como no dejan venir a nadie que no sea familia no espero que vaya a estar muy ocupada,

así que si por lo menos puedo llamar a mis amigos, pues será como estar con ellos aunque sea durante los cinco minutos que está permitida la llamada. El Director Navas acepta y quedamos en que el lunes, después del desayuno, una funcionaria me recogerá en mi celda y me llevará hasta el pabellón en el que se impartirá la clase. Las funcionarias se harán cargo de alentar a las presas para que vayan a la actividad, así que yo lo único que tengo que hacer es estar allí, ¿a dónde voy a ir si no?

—¿Podría pedir que me trajeran mi instrumento? — pregunto. —Me vendría muy bien para la clase.

—De momento empezarás con unas clases de solfeo. No me hago

responsable de que traigas aquí algo de tanto valor. Las presas te lo podrían robar sin que te dieras cuenta y no podríamos hacer nada.

—Qué pena —digo, resignada. Sé que tiene razón, pero me habría relajado poder tocar un poco en mis ratos libres. Aprecio demasiado mi oboe como para entender que no estoy en el sitio más adecuado como para tenerlo, así que me conformo con saber que me voy a entretener enseñando música. Es más de lo que había esperado de mi estancia en la cárcel así que mejor que nada sí es.

El sábado por la mañana me doy cuenta de que hace tan solo una semana yo estaba a estas horas tocando en un

concierto. Unos instantes después el director de la banda de música me hacía poner en pie para saludar al público como primera oboe y unas horas más tarde me estaba divirtiendo con mis colegas y tonteando con Nacho. ¡Cómo ha pasado la semana de rápida y lenta a la vez! Es increíble que hayan pasado tantas cosas en tan poco tiempo, y que parezca que haga siglos de aquel concierto en el Palau de la Música.

No puedo quitarme al inspector Sandoval de la cabeza, la vez que me hizo la cobra en el calabozo y el pasado jueves cuando estuvimos a punto de llegar a algo. Está casado, joder, ¿por qué entonces me comió la boca de aquella manera? Es incómodo pensar en

alguien a quien no crees que puedas llegar a conseguir nunca, le odio pero también me gusta, ¿seré masoca? No, es que es la primera vez que me siento así y me digo a mí misma que ya era hora, aunque no haya sido con la persona más adecuada ni como dice él, en el momento y lugar más propicios.

El lunes, parece que llevo aquí toda la vida. Sigo introvertida con las reclusas y apenas me relaciono con Vanessa, pero lo cierto es que saber que esta mañana voy a ser profe me llena de alegría. Al menos, algo bueno en mi vida, y como siempre he sido positiva, y pienso que a todo hay que verle el lado bueno de las cosas, pues en este caso esto lo es, así que me dirijo junto a la

funcionaria Noelia al pabellón donde daré mi primera clase. En cierto modo creo que esta forma de ser me la ha inculcado mi madre con su “todo pasa por algo en la vida”.

Como no tengo partituras ni nada parecido empiezo dibujando un pentagrama en una enorme pizarra y preguntando a las reclusas, que me miran unas atentas y otras con inapetencia, si alguna sabe qué es eso. Como no lo sabe ninguna, explico lo que es y a continuación empiezo a poner la escala musical en redondas. De momento solo me interesa que sepan qué nota va en cada espacio o línea.

La hora se me pasa volando y en cuanto termino tengo a Noelia

esperándome para decirme que tengo visita. Me conduce hasta la habitación en la que me encontré con Rubén la semana pasada y no he hecho más que entrar cuando el inspector me coge de la cintura, me coloca pegada a la pared y aprieta mis muslos contra él. ¡¡Menudo recibimiento!! Así que si a donde fueres haz lo que vieres, hago lo mismo con él y pongo una mano sobre su paquete erecto. Me devora la boca como un poseso y es que parece que esté poseído por una fuerza mayor que lo atrae a mí y me encanta. Muerdo su labio inferior y estiro de él. Umm, cómo me gusta ese labio, ahora a por el de arriba. Él gime mientras le invado la boca y me lame el cuello, hambriento de mí.

—Andrea, no he podido dejar de pensar en ti desde que me fui de aquí el jueves. Sé que esto no está bien pero no lo puedo evitar... me miras de una manera que...

Rápidamente, se desabrocha el pantalón vaquero, yo le saco la polla y se coloca un condón. Aunque no es que sea algo demasiado romántico lo que me acaba de decir, lo importante es que lo tengo, y es todo lo que en este momento deseo.

Mi *legging* ya está por los suelos así que aparta el tanga hacia un lado y me penetra sin miramiento. Grito de placer y él me pone una mano sobre la boca, suavemente, y se la muerdo. Él

gime y me penetra una y otra vez dándome golpes contra la pared. Me tiene en volandas y rodeo su cintura con mis piernas. Síiii, cómo me gusta sentir a este rubio dentro de mí. Llevo toda la semana imaginando cómo sería estar así con él, y por fin lo tengo dentro de mí y no quiero que se acabe nunca.

Le empujo un poco y se da por aludido. En brazos como me tiene, me tumba sobre la cama y pienso que ahora me toca a mí llevar las riendas. Hago que se gire sobre sí mismo y me coloco a horcajadas sobre él, empiezo a mover mis caderas adelante y atrás sintiendo mi clítoris sobre su pubis y su verga dentro de mí, profunda. Echo la espalda hacia atrás para sentirla más honda y él

estira la cabeza, gritando de placer. Esta vez soy yo la que sonrío y le pongo la mano en la boca y él quien me la muerde, pero me hace cosquillas más que otra cosa y se me estremece todo el cuerpo. ¿Qué me pasa con este hombre que me produce estos escalofríos cualquier cosa que me hace? ¡Pero si ni siquiera los rubios han sido nunca mi tipo! Pues este rubio me tiene loquita loquita.

Terminamos conmigo tumbada y con las piernas levantadas haciendo que su pene se introduzca tanto que siento unos calambrazos por mi cintura. Nunca nadie me había llegado tan hondo y no puedo evitar gritar, pues no estoy acostumbrada a tanta envergadura. Oh,

Dios, el inspector Sandoval es más fuerte de lo que yo había imaginado.

De pronto se levanta, se viste apenas sin mirarme a la cara y yo no sé qué decir. Está claro que en una situación normal yo no esperaría nada más aparte del sexo, y no es que en esta situación lo espere ni mucho menos, pero algo se me escapa y no logro entender cómo si hace unos días me dijo que no podía haber nada entre nosotros porque está casado, por qué ahora me ha follado sin importarle su situación.

—¿Cómo te miro? —es lo único que se me ocurre preguntar en este momento.

—Me miras con deseo. Hacía

tiempo que nadie me miraba así —y diciendo eso, tira el condón hecho un nudo en la papelera y sale de la habitación. —Lo siento —es lo único que dice como despedida.

“Que, ¿lo siente?”, me pregunto, de camino a mi celda. ¿Por quién lo siente, por mí, por su mujer o por él? Porque por mí desde luego no tiene que sentir nada. He disfrutado como nunca. Claro que me hubiera gustado que se hubiera ido de otro modo pero, ¿acaso no he hecho yo lo mismo alguna que otra vez? La alegría que llevo dentro de mi cuerpo se desvanece al recordar que las veces en las que me he vestido y largado en cuanto ha terminado el sexo ha sido o porque había sido malo y me he querido

largar de la presencia del tío en cuestión cuanto antes, o porque aunque hubiera sido bueno, no tenía la más mínima intención de llegar a nada más con la persona que me acababa de follar así que, ¿para qué seguir hablando o perdiendo el tiempo? Viéndolo así me doy cuenta de que he sido un poco tío en cuanto a mi forma de ver el sexo y las relaciones pero claro, como no es que haya tenido muy buenos referentes...

Aun así, estoy contenta porque acabo de tener el mejor sexo de mi vida, así que me pongo a cantar:

*“Y puse tus recuerdos a remojo,
y flotan porque el agua está
salada,*

*salada porque brotan de mis
ojos lagrimas desordenadas,*

*no pienses que estoy loco por
vivir a mi manera,*

*voy a pasarme todo el día
bebiendo y por la nocheeee,*

pegado a una botella”

—Vaya vaya, veo que estás
contenta —dice Vanessa, que ha entrado
en mi celda sin llamar.

—Hola —digo, dándome cuenta
de que estaba cantando por Melendi
dando saltos como si mi situación no
fuera la que es.

—¿Y eso que estás tan eufórica?

—Oooh, *l'amour, l'amour* —
digo abrazando la almohada.

—¿Ha venío tu novio a verte?

—¡Qué va! Yo no tengo de esas cosas. Ha venido el inspector buenorro que está ayudándome a demostrar mi inocencia.

—¿Cómo? ¿Te has *tirao* al único poli que te cree? Pero mi niña, ¿tú sabes bien lo que has hecho? ¿Qué credibilidad va a tener él ante un juez después de haberse *acostao* contigo?

—Joder Vanessa, no había pensado en eso. Pero da igual porque él no tendrá que declarar. Lo que está haciendo es llevar una investigación aparte intentando encontrarle pruebas a

mi abogado.

—Bueno, en ese caso... tú sabrás, mi niña. Pero que con *tos* los tíos que hay en el mundo y te vas a liar con un poli.

—Es que no es un poli cualquiera, es el inspector Sandoval —y se me llena la boca al pronunciar su nombre.

—Como si es el comisario Flores, da igual niña. Pero ya eres mayorcita *pa* hacer lo que te venga en gana, yo no voy a meterme en tu *vía*.

Esa noche cuando estoy intentando dormir en la mohosa cama de mi celda, me vienen las palabras de Vanessa a la cabeza y el recuerdo del

polvo de esa tarde. No, gana el polvazo, descarado. No pienso preocuparme porque me guste un policía ni mucho menos porque sea la única persona que me cree. Además, mis amigos también me creen, no es el único, aunque sí el único con la competencia y autoridad suficiente como para poderme ayudar.

Al día siguiente, después de mi clase, Noelia me está esperando de nuevo y me da un vuelco en mi interior cuando me dice que tengo visita, pero esta vez me conduce a la sala común y me encuentro a un Rubén alicaído sentado a una mesa.

—Hola, señorita Palacios —me dice cuando llego, aunque sin mirarme a la cara.

Me siento, y en cuanto la funcionaria se separa de nosotros, Rubén levanta la cabeza y me mira avergonzado.

—Andrea, yo... he venido a verte por dos motivos fundamentalmente. El primero es pedirte perdón por mi comportamiento de ayer. Sé que me deseas, lo veo en tus ojos y me aproveché de ello. Dios, hacía tanto tiempo que nadie me miraba así.

—Tonterías, seguro que muchas mujeres te miran con los mismos ojos de deseo que yo. Eres un hombre irresistible, ¿no te ves?

—Te equivocas, tu mirada... me intimida, me enloquece, me hace

olvidarlo todo y yo, me siento tan miserable... no he podido evitar caer en tus brazos como imagino que harán todos los hombres —esto último no me suena muy bien, y le giro la cara. —El segundo motivo —continúa hablando ignorando mi malhumor— es porque ha aparecido otro cadáver asesinado de la misma manera que Ignacio.

—¿Qué? —ahora sí estoy despierta e impaciente por saber.

—Esta mañana una joven despertó con el cadáver de su novio yaciendo en su cama. Le han roto una botella de champán en la cabeza y clavado los cristales por todo el cuerpo. Además...

—Dime, por favor.

—Había una partitura en su cuerpo.

—¿En serio? —casi no lo puedo creer. —¿Cuál?

—“Las golondrinas”.

—De José M^a Usandizaga — digo.

—¿La conoces? ¿Te dice algo?

—Es un pasodoble que he tocado con la orquesta en alguna ocasión, pero no entiendo nada. No le veo ningún sentido.

—¿Y a que estés aquí sí?

—A que esté aquí a lo que

menos. Y encima mis padres...

—¿Qué? Puedes contarme lo que quieras.

—Ni siquiera se atreven a venir a verme por la prensa. Estoy tan sola... —lo miro y noto compasión en su rostro y eso no me gusta, así que reacciono rápido — Pero no importa, estoy dando clases de música y tengo una protectora que me cuida. Siempre hay alguien a mi alrededor velando por mí o dándome el cariño que mis padres no me dan.

—Irradias ganas de darte cariño, no puedo entender cómo tus padres te hacen el vacío. Ahora entiendo que...

—¿Qué? ¿Qué me drogue? Oh, vamos, no hace falta que ahora vayas de

“no me importa que te drogues si es por un buen motivo” que no te pega. No te gusto y lo sé, no tienes que disimularlo.

—¡Claro que me importa que te drogues! Además, ¿te parece que lo de ayer fue porque no me gustas?

—Está claro que me deseas, pero no eres capaz de ver dentro de mí así que sé que piensas lo mismo que el primer día, que soy una niña mimada que se esconde en las drogas.

—Preferiría que no te drogaras, pero sí veo más allá de lo que tu fría imagen trata de aparentar.

—¿Mi fría imagen?

—Andrea, no quiero discutir contigo. He venido a pedirte perdón y a

darle una buena noticia. ¿Me perdonas por lo de ayer?

—En lo que a mí respecta no hay nada que perdonar, o en todo caso te tendrá que perdonar tu esposa. En cuanto a lo de las buenas noticias, ¿te parece que lo son que hayan asesinado a un chico?

—Claro que no, pero es el mismo modus operandi y hasta ahora es lo único que tenemos.

—¿Las huellas de la novia están en la botella?

—No, eso no es igual. Pero puedo tirar por ahí para justificar que en tu caso os bebisteis el champán, era tuya, solo que el asesino se sirvió de

ella. Esta vez la jurisdicción corresponde a la policía y he ido a hablar con el capitán Tortajada para que abra el caso y lo trabajemos en conjunto, pero como te decía, él ya se ha puesto su medalla y solo quiere que te juzguen y te declaren culpable.

—Oh.

—Pero no te preocupes porque este nuevo asesinato me abre un campo para poder seguir con la investigación. Hay que contrarrestar las similitudes y las diferencias. Para Tortajada, se trata de alguien que te quiere exculpar y para eso ha asesinado a alguien de la misma manera.

—¿Quéee? —cada vez estoy más

indignada, ¿cómo alguien va a ser tan macabro como para hacer algo así? Además, ¿quién se jugaría su cuello haciendo eso solo por salvarme a mí? No puede ser, tiene que tratarse del mismo asesino. Por mi bien, que tiene que ser el mismo. —Eso es imposible.

—Bueno, casos más raros he visto.

—Entonces, ¿tú también lo crees?

—No he dicho eso, pero no se puede descartar nada. Por lo pronto yo voy a intentar emparentar los dos casos, a ver qué consigo.

—Ojalá tengas suerte —digo cabizbaja. De pronto recuerdo el primer

motivo por el que ha venido y levantando la cabeza, pregunto —¿Tu mujer te ha perdonado?

—¿Cómo dices?

—Si a ella también le has pedido perdón.

—No.

—Pues deberías.

—Ella no sabe nada de lo que ha pasado. Es a ti a quien le debía una disculpa, pero si dices que no hay nada que perdonar...

—¿El qué? ¿Qué hicieras conmigo lo que llevo deseando desde que te vi en mi casa? Oh, vamos, no soy una cría.

—Entonces ya has conseguido lo que querías, ¿no? Muy bien, yo jodido y tú triunfal. Me voy a seguir trabajando, que no solo llevo tu caso —dice poniéndose de pie esta vez siendo él el cabreado.

Bien, pues que se enfade. ¿Qué quería? ¿Decirme que tiene esposa, follarme y luego pedirme perdón por ello como si tal cosa? ¿Pero de qué va? Ahora encima me siento culpable por la pobre mujer que no sabe nada. Cierto que yo lo deseaba cuando no sabía que estaba casado y cierto que no le puse peros cuando me agarró en el bis a bis y me folló como un poseso, pero ahora que lo pienso fríamente y me doy cuenta de lo que he hecho, me siento culpable y

ese sentimiento es nuevo para mí.

—Tienes mi teléfono —me dice antes de irse. —Si se te ocurre algo que tenga que ver con las partituras, lo que sea, o recuerdas algo que se te haya olvidado decirme, llámame.

—Claro —contesto con desgana. En el fondo no quiero que se vaya, quiero seguir discutiendo con él, que me explique por qué hoy no nos hemos visto en la celda para parejas, ¿acaso no puede resistirse a estar conmigo a solas sin que pase nada? Eso me gusta pero, ¿significa que nunca más nos veremos ahí?

Oh, lo veo marcharse y mis ojos se van directos a ese culito respingón

tan apetecible que tiene por trasero. Cómo me gustaría ahora mismo apretarlo contra mi vulva y agarrar su paquete por delante. Pero uff, Andrea, ¡quítate eso de la cabeza o mal vamos!

Esta tarde llamo a David para darle las buenas nuevas, aunque claro, él ya las sabe porque la noticia ha salido en todos los telediarios. Le pregunto por las partituras, por si a él le dicen algo que a mí se me está escapando, pero tampoco entiende que sean unas y no otras. Me cuenta que en un canal de televisión, se ha dicho que tal vez yo sea inocente y que se trate del asesino de la partitura, un posible nuevo caso de asesinato en cadena, y que hay que estar al tanto y tener cuidado porque al

parecer el asesino se ensaña con parejas que han tenido sexo recientemente.

—¿Te lo imaginas? Nuevo método anticonceptivo, abstinencia por miedo al asesino de la partitura —me dice David, tratando de bromear.

—David, es muy serio como para tomarlo a la ligera. Ya han muerto dos chicos inocentes y yo estoy en prisión acusada por uno de esos asesinatos.

—Lo siento nena, solo trataba de animarte. No me he dado cuenta de lo macabro de la situación.

En fin, mi amigo no acostumbra a tener demasiado tacto y estaba claro que no le caía bien Nacho, pero de ahí a que

le haga gracia que muera gente va un trecho y sé que no lo ha dicho con mala intención.

—Me doy cuenta pero bueno, no te preocupes. Cuéntame, por la banda ¿qué se comenta?

—Bueno, Silvia y compañía ya sabes que son unas arpías que se están cebando con tu prisión y por más que yo les recuerdo que es preventiva hasta el juicio, los comentarios son de que te volviste loca inducida por algún alucinógeno y que mataste a Nacho.

Sus palabras se me clavan en el estómago. Me da igual lo que piensen o digan Silvia y demás, pero que el resto de la orquesta me crea culpable, me

llena de congoja y rompo a llorar.

—Ey, cariño, pero que son solo ellas las brujas. Los demás están contigo, te apoyan y no creen que hayas sido capaz de algo así. Me dan recuerdos para ti porque saben que a veces me llamas y te mandan fuerza para que sigas adelante y ánimo porque pronto todo se solucionará. Te dije que te ayudaría, ¿no?

—Sí, claro —contesto, sin entender muy bien de qué manera me pueda estar ayudando. Claro que callarles la boca a más de una ya es bastante ayuda.

—Pues confía en mí y ya verás como antes de que te des cuenta estás en

la calle.

—Ojalá —suspiro. —
¿Averiguaste lo de la partitura, si le falta a Silvia o si alguien se pone nervioso al comentarlo?

—Andrea, no creí adecuado dar pistas en la orquesta que la propia prensa no había dado hasta el momento en televisión, sería ayudar al posible asesino a estar al tanto de cómo va la investigación. Lo que sí miré en la carpeta de Silvia en un descuido de ella y estaba su partitura. Claro que eso no nos puede decir nada porque podría haber hecho una copia, ¿no crees? Además, ahora que ha aparecido un posible asesino de la partitura, eso ya no es motivo para que ponga nervioso a

nadie. ¿O acaso crees que el asesino en serie pueda ser un miembro de nuestra propia orquesta?

—¡No, qué va! En fin, tienes razón. Será mejor que no se sepa más de lo que la policía vaya sacando a la luz —digo, dándome cuenta de que cuanto menos detalles cuente al respecto, incluido mi amigo David, será mejor para mí. Antes de despedirme, añado — Da recuerdos a todos, sobre todo a Alba, no me atrevo aún a llamarla.

Al día siguiente quien me visita es mi abogado, Daniel Vara. Por fin, después de una semana en prisión, se ha dignado a venir a verme. Me dice que aunque me parezca mentira tiene más casos aparte del mío y en pocas palabras me da a entender que no por ser quién soy tiene que mostrar una preferencia conmigo. Además, si no ha venido antes ha sido porque no tenía nada que decirme y que ahora con lo del nuevo asesinato tenemos una baza a nuestro favor. Vaya, qué listo, me parece que ya se le han adelantado. Me cae gordo, no lo puedo evitar. Sé que es un abogado famoso, pero desde que hace dos años lo vi en televisión defendiendo

un caso de violación que al final la fiscal Sara López consiguió condenar, me da a mí que a este tío le importa bien poco si a quien defiende lleva razón y es inocente o no. Le da igual el caso que le asignen, todos los defiende con el mismo ímpetu, y por lo que veo, en mi caso, el entusiasmo es nulo.

—Quiero prescindir de ti —digo molesta.

—¿Pero qué dices? ¿Estás mal de la cabeza? Mira, siento haber tardado en venir, pero ya te he dicho que...

—No hace falta que me vuelvas a explicar lo mismo, quiero cambiar de abogado.

—Está bien —dice enojadísimo

mientras recoge sus documentos de la mesa. —Como tú quieras, no me gusta estar donde no se me quiere o donde no se me ha llamado. Buenos días.

—Buenos días —contesto feliz de perderlo de vista.

En el patio, Vanessa me echa la bronca cuando le cuento que he prescindido de mi abogado.

—Total, para lo que está haciendo —digo.

—¡Pero tienes que tener un *abogao*, aunque sea malo!

—Ya buscaré a otro. Tengo el teléfono del inspector Sandoval, lo llamaré y le diré que me busque él a uno que conozca que sea bueno.

—Hay niña, el inspector el inspector... Me parece a mí que tú lo que quieres es llamar a ese hombre y no sabes qué excusa poner.

—Tal vez sea eso —confirmo, para mi asombro.

—Ey, tú, la cantante de Híspalis —me llama Graciela, una de las internas problemáticas de las que me aconseja Vanessa que me mantenga alejada. La miro preguntándome qué quiere. —¿No quieres venir a cantarnos un poquito? Porque anda que cuando quieres sí cantas por soleares. Anda, ven, cántanos, guapita.

Me acerco asustada. No me gusta la gente que te dice lo que tienes que

hacer como si no existiera la opción de decir que no. Vanessa me aprieta el brazo pero yo me suelto, le sonrío, y le susurro que no se preocupe, que yo me las apaño sola.

“Si mi corazón aún no se viste solo

Es porque no ha encontrao a su medio limón

Lucha en los asaltos que manda la vida

Vive con cien gatos en un callejón

Y en el horizonte de mi pecho en llamas

Soy un Superman que busca tu

cabina

*El sujeto de quien no llora no
mama*

*Una puta con horario de oficina
Y puse tus recuerdos a remojo
Y flotan porque el agua está
salada*

*Salada porque brotan de mis
ojos lagrimas desordenadas*

*No pienses que estoy loco por
vivir a mi manera*

*Voy a pasarme todo el día
bebiendo*

*Y por la nocheeee, pegado a una
botella*

Si mi corazón sigue de carabera

*Es porque aún no ha aprendido
a disimular...”*

Y así le canto a Graciela toda la canción de Melendi, con movimientos de melena incluida, como si ante un gran público me hallara.

—¡Ya decía yo que tu cara me sonaba! —exclama aplaudiendo cuando termino. —Tú eres la que sale en las noticias, la hija de ese cantante tan famoso.

Vanessa me mira sin entender.

—Graciela, preferiría que no supiera nadie quién soy, ¿vale?

Graciela me mira con una

expresión que significa: si de verdad quieres que nadie se entere de quién eres tendrás que pagar.

—Pídeme lo que quieras y lo tendrás, pero por favor, no cuentes por ahí quién soy.

—Pero niña, ¿de qué cantante eres hija, que me tienes en ascuas? —me pregunta Vanessa. La pobre no me ha reconocido ni por un segundo.

—De Andrés Palacios.

—Coñoóóo, ¿cómo no me lo habías dicho? —me pregunta, algo molesta.

—Porque no quiero que nadie sepa quién soy, ¿no lo entendéis? La carrera de mi padre se está viendo

perjudicada por este incidente, no quiero que se corra la voz de que la hija de Andrés Palacios está presa acusada de asesinato.

—Pero si sale en las noticias, por eso te he reconocido —me dice Graciela. —Puedo pedirte cualquier cosa, pero que no se sepa quién eres solo depende de la cantidad que prestamos atención a las noticias mientras comemos.

—Vaya, no sabía yo que tú preferías mirar la tele que cotillear con tus amiguitas —le dice Vanessa.

—No te pases —se le encara la otra presa. —Me gusta saber qué ocurre en el exterior, y los telediarios son la

única manera de estar al corriente. Aquí no tenemos mucho más con lo que estar entretenidas y enterarnos de lo que pasa fuera.

—Sí, tienes razón, pero no imaginaba eso de ti. —le dice Vanessa intentando calmarla.

—¿Por qué dices que me has reconocido por las noticias? —pregunto yo, todavía pensando en lo mío.

—Pues hija, porque han sacado tu foto en los informativos mientras explicaban tu caso.

—Mierda, mierda, mierda — repito una y otra vez, andando haciendo círculos con las manos en la cabeza. — Mis padres estarán que echan chispas,

joder.

—Entonces tu madre es...

—Lola Vilanova —confirmo sus sospechas.

—De *verdá*, ¡¡no puedo creer cómo no me habías dicho quién eres, a mí!!

Esa tarde, Vanessa está distante conmigo. Saber quién soy en lugar de acercarla la ha alejado y me siento sola por primera vez desde que ingresé en la cárcel hace una semana.

—Vanessa —la llamo desde la puerta de su celda. Está tumbada en la cama leyendo una novela rosa. Cuando me escucha, levanta la mirada y la vuelve a centrar en el libro,

ignorándome. —Por favor, no estés enfadada conmigo —continúo hablando mientras me acerco y me siento en el borde de la cama. —Entiéndeme, no suelo ir por ahí diciendo quién soy porque no me gusta que se me juzgue o valore por “ser hija de”, y aquí menos todavía. Además, mi padre me pidió discreción y ya bastante tenemos con haber salido mi foto en las noticias. Ahora, no dejo de pensar que cuando salga de aquí todo el mundo me reconocerá por la que estuvo acusada de asesinato, y aunque se me declare inocente, no sé si será suficiente como para borrar de la mente de la gente el hecho de que estuve encarcelada.

—Será que me importa si se

borra tu expediente o no. Mírame, yo sí maté a mi *marío*, a mí no hay forma de cambiar lo que hice, y mi hija tiene que vivir con ello. ¿Y a ti te preocupa que se te declare inocente y aun así tu imagen quede *manchá*? Me río yo de eso.

—Tú no eres un personaje público, no puedes hablar de lo que no conoces. Vanessa, te pido perdón por no haber confiado en ti y haberte dicho quién era desde el principio, pero tienes que entender que no se lo digo a nadie nunca, ¿por qué aquí iba a ser distinto? No ha sido por menospreciarte a ti ni nada parecido, y si tú estás enfadada conmigo yo... aquí me siento muy sola.

Vanessa me mira y me doy cuenta de que está molesta por lo que le

he dicho sobre que ella no sabe lo que es ser un personaje público. Aun así, noto que su semblante empieza a cambiar y decido aprovechar esa baza.

—Vane, te necesito aquí conmigo, por favor, no estés enfadada, ¿vale?

—Vale niña, ven *acá* —dice sentándose en la cama y agarrándome la cabeza para meterla en su pecho, como acostumbra a cobijarme cuando peor me encuentro. —A mí tampoco me gusta estar *enfadá* contigo, hay que cuidarte y si me enfado yo, ¿quién lo hará?

—Gracias, Vanessa. No podía soportar pensar que me ibas a dar de lado.

—Eso nunca, mi niña.

Un rato después estoy llamando al inspector Sandoval para contarle lo del despido de mi abogado. En un principio le sorprende mi llamada, pero si pensaba que se iba a molestar por haber prescindido de Vara, ha sido todo lo contrario. Él tampoco piensa que haya estado haciendo su trabajo como es debido, así que mejor cambiar a ver si otro lo hace mejor.

—Me pondré en contacto con un amigo abogado defensor que aunque no es famoso como Daniel Vara, se toma los casos verdaderamente en serio.

—Gracias Rubén, no sabía a quién llamar —miento. He tenido muy

claro desde el primer momento que quería llamarlo a él.

—No te preocupes, te di mi número de teléfono para que me llamaras ante cualquier problema. Por cierto, ¿has podido recordar algo sobre las partituras?

—No, siguen sin decirme nada —en cierto modo me da pena que nuestra conversación gire únicamente en torno a mi caso. ¿Acaso no tenemos que hablar de nosotros? Me pidió perdón por acostarse conmigo, o más bien por largarse y dejarme con un palmo de narices después, pero también dice que no puede resistirse a mi mirada. Uff, tengo que quitarme el recuerdo de nuestros cuerpos juntos porque ni

siquiera yo sé qué más quiero de él. Lo único que sé es que no me lo quito de la cabeza, y eso es más de lo que nunca he tenido con un hombre.

—Hoy he pasado por tu casa, por si encontraba algo nuevo que al equipo de investigación o a la Guardia Civil se le hubiera pasado por alto.

—¿Y bien?

—He estado hablando con una vecina tuya llamada Hortensia. Dice que la noche del homicidio vio un coche gris aparcado en tu puerta.

—¿En serio? ¿Cómo no lo había dicho antes? ¿Y quién es Hortensia?

—Vive en el adosado que hay frente a tu casa.

—Aaaah, Flor, ¡no caía en ella!

—¿Flor?

—Sí. Es una vecina cotilla que prefiere que le llamen Flor porque no le gusta su verdadero nombre. Lo que no entiendo es por qué no había dicho antes lo del coche, es muy importante porque eso quiere decir que alguien más estuvo en mi casa.

—Dice que no le dio importancia porque podía ser de algún amigo tuyo; dice que a menudo tienes visitas de hombres y que por eso pensó que sería de uno más —me dice, con tono severo.

—¡Joder con Flor! —exclamo

malhumorada— Aunque no le puedo echar nada en cara porque tiene razón. Si no me vio llegar con Nacho en mi coche, no pudo darse cuenta de que quien llegó en un coche gris era otra persona.

—O tal vez pensó que te gustaba la marcha y que no te importaba que te compartieran —dice, cada vez más enojado y no sé por qué. Esto que ha dicho me ha molestado, y bastante.

—¿Por qué eres así conmigo? ¿Acaso te he hecho yo algo a ti para que seas tan maleducado e irrespetuoso? ¡Se supone que me quieres ayudar, no tirar piedras sobre mi tejado!

—Lo siento, he estado fuera de

lugar. Mañana iré a la cárcel a verte y hablamos —y me cuelga, dejándome con la palabra en la boca. ¿Será hijueprrrrrrrggggghhhh? Ni siquiera consigo que me venga a la cabeza un insulto como toca para este tipo que se mantiene en mi cabeza la mayor parte del tiempo, menos cuando me estoy preocupando por salir de aquí.

Esa noche sueño con que al día siguiente me vuelve a ver en la habitación del bis a bis y que me agarra en cuanto entro, como la otra vez. Umm, cada vez que recuerdo cuando me cogió con la fuerza de sus tremendos brazos y me pegó contra la pared, dejando su cuerpo prieto a escasos milímetros de mí, ¡oooooh! Mi entrepierna se

humedece y me quiero correr. ¿Es muy extraño estar pensando en esto en una cama de una mísera celda de cárcel, donde me hallo prisionera a la espera de que se resuelva un crimen que de momento me incrimina a mí? Me parece que no tengo remedio, pero es que este hombre pese a ser rubio, que no suelen ser mi tipo, es policía, justo de lo que siempre voy huyendo, y me odia porque consumo drogas eventualmente, ¡joder que me tiene como una moto!

Al día siguiente, como veo que mis alumnas aprenden rápido, me atrevo a empezar a enseñarles los tiempos de las figuras, aunque de momento solo empiezo con las negras y las corcheas como me enseñaron a mí de pequeña, es decir, al ritmo de taa titi taa titi taa taa taa.

Graciela, que el primer día permanecía mal sentada en su sitio y mirando a todas partes menos a la pizarra o a mí, parece que hoy me presta más atención, aunque todavía me estoy preguntando si querrá algo de mí por su silencio. Debería aprovechar la baza que tiene conmigo, yo lo haría.

Esta mañana, cuando Noelia me acompaña al bis a bis, mi corazón empieza a palpar con más fuerza. Encuentro a Rubén sentado en la cama con las manos en la cabeza. En cuanto me ve entrar, levanta la mirada y me observa. Yo permanezco de pie, delante de él como un pasmarote, sin saber si acercarme o no.

—Eres tan sexy, tan hermosa, tan femenina —me dice con la voz rota.

—Vaya, gracias.

—Y tan ingenua, joven y estúpida.

—Tenías que estropearlo. ¿Por qué solo ves mi lado malo? Te dije el otro día que no solo soy lo que tienes

delante, en mi interior hay mucho más — pretendo que suene profundo y me doy cuenta de que cuando estoy con este hombre, no me reconozco ni yo.

—Ven aquí —dice, dando una palmadita en el colchón para que me siente a su lado. No me hago de rogar, y en menos de dos segundos estoy bien pegadita a él. —La pista del coche gris no nos lleva a ningún sitio mientras tu vecina no recuerde exactamente la marca del coche.

—Oh.

—Lo bueno, es que he hablado con mi amigo Lorenzo Sánchez y está conforme en llevar tu caso. Es un abogado muy bueno y estoy seguro de

que lo dará todo para demostrar tu inocencia.

—Gracias, no sabes cuánto te lo agradezco.

—No me las des, y más después de cómo te traté el otro día. Ahora más que nunca quiero ayudarte.

—¿Estás hablando de nuevo de cuando me follaste? Joder Rubén, que fue consentido, ¿cuál es el problema? ¿Tan arrepentido estás? Porque yo no lo estoy.

—¿No te molesta que te deseara estando casado?

—En todo caso le debería de molestar a tu mujer, o a ti. Entiendo que te sientas culpable por ella pero, ¿por

mí?

Me mira fijamente y su rostro va cambiando como si algo malo le pasara por la cabeza. Finalmente no puede evitar decirlo.

—Tienes razón, olvidaba que para ti solo he sido un tío más al que has conseguido. ¡Qué idiota he sido al pensar que podías querer de mí más de lo que te puedo dar!

Ahora soy yo la que lo mira mal. De nuevo está pensando de mí lo que le viene en gana, y en este caso es verdad que no acostumbro a tener nada más que un par de polvos con los tíos, pero en su caso... nunca antes he tenido a un hombre metido en mi cabeza durante

todo el tiempo haciendo que me olvide de todo lo que me rodea, y eso debe de significar algo.

De pronto, como si no pudiera contener las ganas de hacer lo que ha estado evitando desde que he entrado por la puerta, me coge la cara y me mete la lengua en mi boca con desespero. Joder, qué bien saben sus besos, cómo me posee solo con su lengua y cómo me gusta dejarme llevar. Me acaricia el rostro mientras me besa y eso provoca en mí un placentero cosquilleo que hace que se me erice el vello. ¡Es tan fuerte y tierno a la vez!

Nos desnudamos sin dejar de sobarnos mutuamente. Rubén acaricia mis pezones sobre el sujetador y pasa

una mano por mi espalda para desabrocharlo. Yo acaricio su enorme pene erguido hacia mí, y me doy cuenta de que está deseando penetrarme, aunque no más que yo lo estoy de ser penetrada. Una vez sin sujetador, mordisquea primero un pezón y luego el otro y yo vuelco mi espalda hacia atrás, sintiendo sus dientes, su boca que me quiero comer toda, y dejándome hacer, porque nada me gusta más que lo que me está haciendo este hombre. Oh, Dios, vaya si me gusta.

Me tumba sobre la cama pero yo, a pesar de que me muero por tenerlo dentro de mí, me apetece mucho más llevarme su polla a la boca, porque sé el placer que le voy a proporcionar y eso a

mí me vuelve loca. Lo giro sobre mí haciendo que sea él quien quede tumbado en la cama y me retiro lentamente hacia atrás, mirándolo con cara perversa, mientras veo cómo se relame los labios y me observa, diría yo, un poco nervioso. ¿Cómo puede ser que un hombre tan imponente, varonil, perfecto como él, se ponga nervioso ante lo que le voy a hacer?

Cojo su polla con mi mano derecha y empiezo a acariciarla apretándola con firmeza arriba y abajo, y ante su primer gemido, la meto en mi boca y la succiono hasta el fondo, provocando en él un grito arrollador que no me esperaba. Desde luego, sí le ha gustado, así que sigo con más ímpetu si

cabe, comiéndome su verga, saboreándola, lamiéndola, dándole el placer que parece nadie le haya dado en mucho tiempo.

—Oh, Andrea, no quiero correrme en tu boca, quiero hacerlo dentro de ti.

Lo miro descarada y sigo succionando haciendo caso omiso a lo que acaba de decir.

—Nooo, por favor —me implora, sin hacer nada por evitar lo que está a punto de pasar.

Entonces un crujido sale de su pecho y una caliente explosión arrolla mi garganta. Me lo trago y sigo lamiendo, haciendo que tire hasta lo más

profundo de su ser.

—Ooooooh, noooo —se queja.

Se incorpora haciendo que su pene salga de mi boca, y haciendo alarde de su masculinidad, me coge, me tumba sobre la cama, me arranca el tanga y se lleva mis labios vaginales a su boca, produciéndome un ligero cosquilleo por su barba de dos días. Pero me da igual, el cosquilleo en breve se convierte en un placer desorbitado. Rubén tiene una forma de comerme el clítoris que lo abarca todo de un solo lengüetazo, y me siento llena cada vez que pasa esa lengua que Dios le ha dado moviéndose tan bien, recorriendo toda mi vulva, mientras acompaña mi placer introduciendo un par de dedos dentro de

mí. Lo agarro del pelo y lo presiono contra mi sexo, haciendo que frote su boca cada vez con más fuerza sobre mi clítoris. Tiene el pelo corto pero suficiente para cogerme de él y dirigir su cabeza por donde yo quiero. Eso, acompañado de su experiencia, hace que llegue a un orgasmo vigoroso que desemboca en un cosquilleo un tanto insoportable. Empiezo a reír y a pedirle que pare, pero no lo hace.

—Por favor, yaa... yaaa...

Me mira y sonrío. Se acerca a mí y planta sus labios salados sobre mi boca, al tiempo en que su polla se introduce en mi vagina como si estuviera acostumbrada a recorrer ese mismo camino continuamente. Oooh, me muero

de gusto cuando me penetra. Me gusta tanto este hombre que por primera vez en mi vida deseo tenerlo entre mis piernas una y otra vez. Creo que nunca me cansaría de él.

Quince minutos después estamos los dos tumbados sobre la cama de la celda, y me parece el lugar más maravilloso del mundo, solo porque estoy con él. Qué pena que el horario de visita está a punto de terminar porque me gustaría estar abrazada a él siempre.

—Perdóname —me susurra. — Debo de estar haciéndote un lío.

—Tranquilo, no más del que me estoy haciendo yo misma. Rubén, yo... tenías razón cuando dijiste que solo

quería de ti un polvo pero... no sé qué me está pasando, la verdad —digo echándome a reír intentando no dar importancia a mis palabras.

—Yo estoy igual. El día que te vi en tu casa, arrinconada en tu comedor, nerviosa, asustada... un instinto de protección me invadió y enseguida supe que era por algo más.

—Pues no me trataste muy bien que digamos.

—Me daba rabia saber que estabas colocada, es algo que puede conmigo.

—Rubén, yo no me coloco siempre. De hecho solo lo hago los fines de semana, y según con quién esté y

cómo me lo esté pasando. No me gusta que pienses de mí algo que no es.

—Lo haces, y es suficiente.

Gira la cara intentando no mirarme. Por algún motivo él odia a todo aquel que se mete alguna sustancia nociva en su organismo, y a mí no me gusta el camino que está tomando la conversación, así que decido cambiar de tema.

—¿Qué pasa con tu mujer?

—¿Qué pasa? Eso me gustaría saber a mí —contesta intentando no mirarme, como si meditara si hablarme de ella o no. Finalmente se gira hacia mí y añade —Creo que te debo una explicación.

Se incorpora y se sienta sobre el borde de la cama, así, desnudo como está, y yo hago lo mismo a su lado.

—A mi mujer no le gusta el sexo. Es una creyente que roza el fanatismo. Cuando la conocí, acepté sus creencias y respeté que no quisiera acostarse conmigo hasta que nos casáramos, pero después, el sexo se limitó a la búsqueda de hijos. Cuando supo que era estéril fue como si una llama se hubiera apagado en su interior, y nunca más me buscó. Por más que yo insistía me rechazaba, hasta que me cansé y dejé de buscarla —me explica afligido.

—¿Por qué no te separas de

ella?

—Lo he intentado muchas veces, pero amenaza con suicidarse. Me dice que juramos estar juntos para toda la vida ante Dios y ante la iglesia y que no soportaría que la gente viera que no ha cumplido con el sacramento del matrimonio.

—Pamplinas, seguro que a la hora de la verdad no lo haría.

—Te equivocas. En una ocasión, harto de que me menospreciara físicamente, de sentirla fría y distante, de sentirme una mierda a su lado, me largué. Le dije que no aguantaba más y que se podía quedar con el piso y con todo, que yo lo único que quería era

perderla de vista para siempre. Esa misma noche me llamaron del hospital porque mi cuñada la había encontrado en casa con una sobredosis de pastillas. Encima intentó matarse de la manera que sabía que más me pesaría, con drogas.

—¡Pero no lo consiguió! Estoy segura de que solo pretendía asustarte para seguir teniéndote atado a ella pero, ¿por qué quiere estar con un hombre al que no disfruta?

Rubén me mira y sonrío.

—¿Ves por qué no puedo resistirme a ti? ¡Eres tan entregada que me pierdo en ti sin ningún esfuerzo! Siento el deseo en tus ojos y me siento impotente ante esa mirada. Solo pienso

en tenerte, en poseerte, en hacerte mía una y otra vez —me mira con una mezcla de deseo, lujuria y vergüenza al mismo tiempo. —Debes de pensar que soy un estúpido por aguantar a una mujer que no me desea y sentirme tan importante cuando estoy contigo. Soy patético.

—No, no lo eres. Y me halaga saber que te sientes importante conmigo. No puedo mirarte de otra manera ni aunque lo intente porque te deseo desde el día que me preguntaste en mi casa si estaba colocada y no entiendo cómo todas las mujeres no sienten lo mismo hacia ti. Solo de pensar que estabas casado, que otra mujer te tenía día y noche no podía pegar ojo, así que perdóname si soy egoísta pero me alegro

de saber que tu mujer no te disfruta como yo lo haría si fueras mío.

—Soy tuyo, ¿no te das cuenta?

—No, ¡ya quisiera yo! Tienes otra dueña aunque te quieras convencer de lo contrario no llevando la alianza. Me conformo con tenerte aquí, pero de ahí a que me llene, no sé por qué pero... Uff, ya te decía que estoy hecha un lío, ¡todo esto también es nuevo para mí! Nunca he querido pasar más de dos ratos con alguien y sin embargo contigo, estoy temiendo que se acabe el horario de visita y tengas que marcharte.

Me vuelve a sonreír y me da un tierno beso en la cabeza. Algo está pasando entre nosotros, aunque no

sepamos qué es. Es algo que se resiste a nuestras voluntades, yo porque nunca he estado interesada en nadie en serio, y él porque está casado y porque no le gusta la gente como yo. Pero lo cierto es que algo está pasando y no podemos negarlo.

—Mañana vendré con Lorenzo y le pondremos al día con las pistas que tenemos.

—¿Pistas? ¿En serio?

—Hay que ser positiva, melocotón —me dice, sorprendentemente animado mientras se viste.

—¿Melocotón? —pregunto extrañada, haciendo lo mismo.

—Tienes una piel aterciopelada

como un melocotón que me encanta. Y tu pelo naranja es jodidamente sexy.

—¿Ahora viene cuando me dices que además soy una idiota por consumir anfetaminas?

—Tú lo has dicho, melocotón, no yo. Vamos —me tiende una mano y se la cojo, sin entender sus pretensiones. Tira de ella y me acerca hasta su pecho, pegándome a él para que una vez más aspire el perfume embriagador que rezuma el inspector.

Me besa dulcemente mientras me susurra al oído que mi piel es de melocotón y mis labios son de fresa.

—Menos mal que me encanta la fruta porque eres todo un disfrute

tropical para mis sentidos.

Siento que me derribo y me sorprendo a mí misma, viéndome vulnerable ante ese hombre. Estoy acostumbrada a llevar las riendas de mi vida, sobre todo con los hombres, y si bien algo me dice que él se siente igual conmigo, creo que me domina él más a mí de lo que hago yo con él.

Me dan ganas de preguntarle si dejaría a su mujer por mí, pero me doy cuenta de que es demasiado pronto y decido contenerme. No quiero asustarlo y hasta que sepamos qué pasa entre nosotros, no le puedo pedir ni exigir nada.

Por la tarde llamo a mi amigo

David y le cuento lo del coche gris. Si pensaba que se alegraría, me equivocaba.

—¡Pues ya ves que hayan visto un coche gris! ¡Yo mismo tengo un coche gris! ¿Y qué?

—Pensé que te alegraría saber que la policía por fin tiene indicios de que en mi casa hubo alguien más.

—Y me alegra, cariño, es solo que hay cientos de coches grises y siguen sin tener por dónde buscar, ¿me equivoco? ¿Y qué me dices del otro asesinato? ¿Lo relacionan con el de Nacho? ¿Piensan que pueda ser un asesino en serie o algo así?

—De momento la Guardia Civil,

que es quien oficialmente lleva el caso, es decir, que no lo lleva porque lo han dado como caso cerrado porque ya me tienen a mí entre rejas, piensan que es pura casualidad o más bien la treta de alguien que me quiere salvar y para eso ha sido capaz de matar a un pobre inocente, ¿te lo puedes creer?

—¿Quién sería capaz de arriesgar su vida por la de otra persona? ¿Tienes algún admirador secreto del que no me hayas hablado?

—Ni de coña, más bien todo lo contrario, pero bueno. De todos modos, según el inspector Sandoval, no se considera asesinato en serie hasta que como mínimo hayan encontrado tres cadáveres con el mismo modus

operandi. De ahí en adelante —a mi amigo le hablo de Rubén por el calificativo que le corresponde porque todavía no pienso decirle que tengo algo con él y que por primera vez en mi vida me he enamorado, y cómo hablarle de él evitando lo evidente. David es listo y notaría que algo no le cuento.

—¿Tres? Pues ojalá aparezcan más porque si no, nena te veo muy mal.

—Gracias por tu apoyo —digo con sarcasmo, obviando el hecho de que para que eso ocurra, tiene que morir otra persona.

—Sabes que te quiero, y por eso es mejor que sea sincero contigo, ¿no? De todos modos, te dije que te ayudaría

y lo seguiré haciendo. En la banda ya tengo a casi todos convencidos de que eres inocente y Silvia ha quedado relegada al grupo de las envidiosas que no aceptan ser peor y que por eso inventan historias para dejar mal a la gente.

—¿Ahora? Ese grupo debería haber existido desde siempre, con Silvia a la cabeza —digo riéndome.

Al menos, aunque la conversación con David no haya sido todo lo grata que imaginaba, ha hecho que por un rato me olvide de Rubén.

Salgo del locutorio y me dirijo a mi celda tan eufórica porque todavía llevo en los labios el sabor de mi

inspector favorito, que no me doy cuenta cuando tropiezo con Graciela.

—Eyyyy, a ver si tenemos más cuidado, cantante de Híspalis —me dice moviendo mucho las manos.

—Lo siento, no te he visto.

—Pues anda que soy pequeñita.

Graciela mide por lo menos un metro ochenta y cinco y pesará alrededor de los cien kilos, es de todo menos chiquitita. Intenta ser dura conmigo pero me doy cuenta de que mis clases poco a poco están calando en ella y que aunque le guste meterse conmigo, todavía no me ha pedido nada por su silencio ni ha ido pregonando por ahí quién soy, así que no es tan mala como

intenta aparentar y eso me tranquiliza.

Por la noche, en la cama, no puedo quitarme a Rubén de la cabeza. Nunca he pensado en un tío cuando no he estado con él. Es más, ni cuando he estado. Mis relaciones han sido puramente sexuales y esto de tener a un hombre metido en mi cerebro día y noche es algo tan nuevo para mí que hasta me produce risa. Cualquiera que me viera, encerrada en prisión sin motivos, y yo feliz como una perdiz porque siento un cosquilleo en mi barriga que no estoy acostumbrada, pensaría que estoy loca. Como yo siempre digo, no tengo remedio.

La visita del inspector Sandoval junto con el abogado Lorenzo Sánchez es puramente formal, y eso me decepciona. No puedo evitar mirarle con ojos de deseo y cuando se da cuenta, se ruboriza y eso me fascina. Cada vez que le veo hacer semejantes actos, siendo un hombre grande, todo un inspector de policía, me siento importante porque yo, una joven diminuta que apenas llego al metro sesenta, consigo sacar ese lado de él, y me encanta.

Ponemos todos los documentos sobre la mesa y Rubén le cuenta a su amigo lo que estoy segura de que ya hizo antes de venir. Lorenzo me pregunta

sobre la noche de autos, sobre la mañana siguiente y demás, y yo vuelvo a contarlo todo, recordando la angustia y el miedo. Al menos este abogado está demostrando más interés en un rato que Daniel Vara las veces que nos vimos. Me siento tranquila por primera vez porque confío en que este hombre lo dará todo por demostrar mi inocencia.

El resto del día pasa lento. Me he quedado con ganas de Rubén, así es que en cuanto llega la hora de las llamadas telefónicas, aprovecho y lo llamo, porque me muero de ganas de hablar con él, a solas.

—Esta mañana te he añorado — digo, sin más en cuanto contesta al aparato.

—Andrea, no me digas eso por favor, ¡no sabes cómo me pones!

—Me gusta saber que te pongo a cien.

—Lo sé, disfrutas volviéndome loco. ¿Cómo crees que he estado yo, teniéndote tan cerca, mirándome de la forma en que solo tú sabes? Parecía que me quisieras comer con la mirada, joder.

—Y quería, ¿acaso tú no deseas comerme a mí?

—Más que nada en el mundo.

Nos callamos durante un par de segundos. Sus palabras me han hecho ponerme nerviosa y se me ha secado la

garganta, y eso que era yo la que quería provocarle.

—¿Y tu mujer?

—¿Qué pregunta es esa?

—No sé, siento curiosidad por saber si le has contado lo que ha pasado entre nosotros.

—Se moriría si se lo contara.

—Pues entonces problema resuelto, ¿no? ¿No te amenaza con suicidarse? Pues cuéntale lo que haces a sus espaldas a ver si es tan grave como ella te lo pinta o si por el contrario le da igual.

—No sé si le importaría más el hecho de que le haya sido infiel ante los

ojos de Dios o saber que me ha tenido otra mujer. Más bien creo que lo segundo le traería sin cuidado.

—No puedo entender cómo una mujer se preocupa más por lo que piensen los demás, o un ser supremo del que nadie puede asegurar su existencia, que el hecho de perder a un hombre como tú.

—Hay mujeres para todo, melocotón.

Me quedo callada de nuevo y él se da cuenta de que algo me pasa.

—¿Andrea? ¿Estás ahí?

—Sí, joder, estoy aquí.

—¿Qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? Ironías de la vida: para una vez que me enamoro, y resulta que estás casado, y ni siquiera piensas en dejar a tu mujer por miedo a que cometa una locura. ¡Soy lo peor!

—¿Estás enamorada?

No contesto.

—Andrea...

—Joder, ¿tú qué crees? Porque yo ni siquiera estoy segura pero... porque lo que me pasa desde que te conozco es nuevo para mí. No estoy acostumbrada a pensar en un hombre, a añorar sus caricias, sus besos, a desear estar con él todo el tiempo. —De pronto rompo a llorar y me avergüenza cometer ese acto de debilidad por teléfono.

—Andrea, no llores por favor. Mañana iré a verte y hablamos, ¿vale? Estaremos a solas, te lo prometo. Yo tampoco puedo dejar de pensar en ti.

Sigo llorando sin desenfreno.

—Me gustaría que no estuvieras ahí dentro, haberte conocido en otra situación, ¡mierda!

—No te habrías fijado en mí. Si lo has hecho ha sido porque te has apiadado de mí creyendo en mi inocencia y has provocado que nos veamos, pero nada más.

—¿No crees que si me apiadé de ti fue precisamente por lo atraído que me sentí desde el primer momento?

—No creas que si me hubieras conocido en una discoteca te hubiera gustado lo más mínimo. Casi que me alegro de que aunque pienses mal de mí, no lo hayas visto porque entonces sé que jamás te habría tenido, por tu aversión a las drogas.

—¿Dejarías de consumir por mí?

—¿Dejarías a tu mujer por mí?

—y cuelgo.

Sé que he ido directa al grano y que ni siquiera he sopesado la posibilidad de que nos hubiéramos conocido en otro sitio pero ¿dónde? ¿En el supermercado? ¿En el conservatorio? ¿Paseando al perro? ¡Pero si ni siquiera tengo perro! Estoy segura de que, de

haberme conocido en mi salsa, me habría despreciado, y más por como me he comportado siempre con los tíos. Borracha y drogada ni siquiera me habría dado cuenta del tío bueno que tenía delante, y le habría tratado como a todos. Desde luego, tengo que cambiar. Lo tengo decidido, si sigo por este camino estaré siempre sola.

Al día siguiente termino la clase con el entusiasmo que me provoca saber que voy a ver a mi inspector, esta vez a solas, pero cuando Noelia me dirige a la sala de visitas común y allí me encuentro con el abogado Lorenzo Sánchez, se me cae el alma a los pies.

—Buenos días, señorita Palacios —me saluda amablemente. Menuda diferencia con mi anterior abogado. Aunque yo no estoy de humor porque esperaba a otra persona y en otro sitio, le contesto intentando no ser grosera, pues el pobre no se lo merece. — Imagino que se estará preguntando qué hago aquí si nos vimos ayer.

—Más bien —me sincero.

—Vengo fundamentalmente por dos motivos. El primero es que sé que entre usted y el inspector Sandoval hay algo, y quería que habláramos a solas por si ayer había preferido omitir algún detalle por encontrarse junto a él. Sabe que puede confiar en mí, soy su abogado y lo que a mí me diga queda entre

nosotros, yo jamás lo desvelaré en ninguna situación ni por ningún motivo.

Me quedo mirándolo incrédula. ¿Cómo sabe lo mío con Rubén? Son amigos, ¿acaso se lo habrá contado él o es tan evidente a simple vista? Me doy cuenta de que en una mesa cercana a la nuestra está Vanessa con una señora que rondara los setenta años y una adolescente morena, de ojos oscuros, guapísima. Vanessa habla con ella con dulzura, con sus manos cogidas, y me doy cuenta de cómo la acaricia, anhelando el contacto de la criatura.

—¿Y bien? —me pregunta, viendo que no digo nada. Vuelvo a mi visita y contesto:

—Oh, no, no hay nada que no dijera delante del inspector. Confío en él plenamente porque es la única persona que ha creído en mí.

—Bien. Por otro lado, como le decía... ejem... El segundo motivo por el que he venido es porque supongo que sabe que Rubén es amigo mío, —me doy cuenta de que cuando habla de él profesionalmente lo llama inspector Sandoval y ahora que se está refiriendo a él por la relación que hay entre ellos, lo menciona por su nombre de pila— y bueno, no me gustaría que le hiciera daño.

—¿Cómo? ¿Yo a él? —ahora sí que estoy flipando en colores.

—Señorita Palacios, nunca había visto a mi amigo así. Desde que conoció a su mujer, no le había escuchado hablar de alguien como lo hace de usted. Creo que le ha calado hondo y sé que él lo está pasando mal en su matrimonio. No sé por qué sigue con Nieves pero sí sé que es un desgraciado, y ahora lo escucho hablar de usted con tanto entusiasmo que... me da miedo que vuelva a ilusionarse y acabe por los suelos una vez más.

Me quedo alucinando por lo que acabo de escuchar. Es increíble que mi abogado venga a hacer de padre de su amigo y me pida que no haga daño al hombre que me quita el sueño. ¿Y qué hay de mí?

—Mi intención no es hacer daño a nadie —susurro tragando saliva.

—No quería decir eso. Lo que quiero decir es que se piense bien qué quiere de mi amigo, porque si él deja a su mujer por usted y al final le sale mal...

—Nunca he tenido una relación, pero he visto a gente que sí las ha tenido, y a veces salen mal, por no decir la mayoría.

—Si ya de antemano piensa que una relación saldría mal, hágase lo saber, porque me parece que él se está haciendo falsas ilusiones con lo que pueda llegar a tener con usted.

—¿Ha venido a algo que tenga

que ver con el caso y la forma de sacarme de aquí? Porque si no es así, preferiría irme a mi celda a descansar —digo malhumorada. ¿Quién se habrá creído que es este hombre como para decirme lo que tengo que hacer? ¡Con lo bien que me había caído!

—Si no tiene nada más que añadir a la conversación de ayer, seguiré investigando para que pronto pueda estar en su casa.

—¿Podría volver ya a mi casa?
—pregunto esperanzada.

—No lo sé, déjeme preguntarlo y en cuanto sepa algo se lo hago saber. Tengo que verificar si la Guardia Civil ha terminado con las investigaciones.

—Gracias —todavía estoy enfadada, pero lo cierto es que Lorenzo Sánchez tiene razón y lo único que quiere es el bien de su amigo.

Comprendo que Rubén ha sufrido mucho con su esposa, es más, está sufriendo, y Lorenzo, sin saber lo que el inspector me ha contado a mí, conoce de su agonía, cuanto más si supiera por lo que esa tal Nieves le está haciendo pasar por sus creencias y su maldad. Porque a mí que no me digan, que una persona podrá ser muy creyente, pero obligar a otra a permanecer a su lado cuando no le estás haciendo feliz sino todo lo contrario, y encima amenazar con quitarse la vida si la dejas, es de ser muuuuuy mala persona.

Esta tarde no tengo ganas de hacer nada. Me tumbo en la cama y recuerdo las palabras del abogado una y otra vez. “Piénsese bien lo que quiere de mi amigo, piénsese bien lo que quiere de mi amigo... porque si deja a su mujer por usted y luego sale mal... si deja a su mujer por usted... si cree que va a salir mal de antemano hágasele saber...”. Joder, ¿por qué no me dejan en paz mis pensamientos? Lo quiero todo de él, y ¿qué es todo? Pues no lo sé. Supongo que lo que tienen las parejas, los novios, los matrimonios, ¿cómo voy a saberlo? Solo sé que quiero estar con él a todas horas, contarle cómo me ha ido el día, que me cuente cómo le ha ido a él. ¿Y si sale mal? Pues mala suerte. No es que

piense que tenga que salir mal, es que sé que existe esa posibilidad y hay que ser realista pero, ¿acaso está mejor con su mujer? Porque lo que no creo, de lo que estoy completamente segura, es de que Nieves no se quitaría la vida solo porque su marido la dejara.

Cansada de comerme la cabeza decido ir a la celda de Vanessa a hacerle una visita. Siento curiosidad por que me cuente si la joven que he visto con ella esta mañana es su hija. Desde que estoy aquí no había tenido visitas y me daba un poco de pena, pero hoy la encuentro feliz, sentada en su escritorio escribiendo algo.

—Hola, ¿interrumpo?

—Tú nunca, mi niña. Pasa.

—¿Qué haces?

—Estoy escribiendo un diario *pa* mi hija.

—¿En serio?

—Sí. Hemos *quedao* en que de aquí a los dos meses que me quedan *pa* salir, ambas vamos a escribir todo lo que hagamos y cuando estemos juntas nos leeremos y sabremos con exactitud lo que ha hecho la otra y será como haber sido partícipe.

—Me parece una estupenda idea. Dime, ¿era la joven que te ha visitado esta mañana?

—Sí. Ha *veníó* con mi madre

porque como es menor no la dejan venir sola. Ella querría venir más veces pero es *complicao* porque tiene que pedir cita, y además tiene que estudiar y cada vez que viene pierde la mañana de clase —su rostro se ha nublado ante el hecho de saber que tardará en volver a verla.

—Bueno, te queda muy poco para salir. Ya verás como antes de que te des cuenta ya estás fuera.

—Holaa, ¿os apetece venir a la celda de Rosa a jugar a cartas? —pregunta Mercedes, una presa amiga de Vanessa, quien acaba de entrar en la celda.

—Yo no estoy de humor para jugar a nada, la verdad —contesto.

—¿Te importa si voy yo? —me pregunta Vanessa.

—Claro que no.

—Vale, dile a la Rosa que *enseguía* voy.

—Vale —contesta Mercedes, y se va.

—Rosa... —emito su nombre sin darme cuenta.

—¿Ocurre algo, niña? —me pregunta extrañada.

—No, es que... cada vez que la veo pienso que no pega aquí dentro, se la ve tan fina, tan educada...

—Vaya, gracias por lo que me

toca.

—Vanessa, no quería decir que las demás sí quedemos bien aquí, es solo que Rosa...

—Tranquila, niña, que era broma. La verdad es que la pobre Rosa tardó mucho en adaptarse a la prisión, más que tú, y es que hay cosas por las que una persona no debería ir a la cárcel.

—¿Qué hizo?

—Hizo que su hermana dejara de sufrir.

—¿Cómoooo?

—Mira, la hermana de Rosa estaba enferma de cáncer. Era terminal

pero la aguantaban con morfina. Aun así, tenía mucho dolor y ya no podía aguantar más. Sabía que el final estaba cerca y le pidió a su hermana, que trabajaba de enfermera en el hospital donde estaba ingresada, que le acortara el camino.

—¿Quieres decir que la mató?

—¡Niña! Eso no se puede decir que fuera matarla. La hermana se lo suplicó y Rosa solo le hizo un favor. Acabó con su sufrimiento, ¿no te das cuenta? Rosa era la única que tenía medios para poder hacerlo, y lo hizo, sin más.

—Pobre Rosa. Y encima acabó en la cárcel por ello. No es justo.

—No, no lo es. La vida no es justa, mi niña. Por lo menos no le ha *caído* una pena *mu* gorda, en un año o poco más saldrá por buen comportamiento.

—Cuántas mujeres estamos aquí injustamente —suspiro.

—Ya, pero tampoco te vayas a creer que todas. Graciela, por ejemplo.

—¿Qué hizo Graciela?

—Encontró a su *marío* con otra en la cama y los mató a los dos.

—Pero, ¿cómo?

—No los mató ese día, pero lo premeditó y planeó asesinarlos cuando estaban en plena faena.

—Madre mía.

—Lo que te vengo a decir, es que aquí estamos *metías* algunas injustamente, pero otras no tanto.

—Pobre Rosa —es lo único que puedo decir, sin poder quitármela de la cabeza.

El domingo no hay clase de música, por lo que la mañana se me hace mucho más larga que de costumbre. Salgo al patio con Vanessa impaciente porque llegue la hora de las visitas y enseguida Graciela viene cara a mí, sacando pecho imponiéndose ante mi cuerpo menudo.

—¡Estoy harta de tus clases que no sirven para nada! —me habla con un volumen demasiado alto, haciendo que unas cuantas presas nos miren y presten atención. —Estoy harta de tanto do, re, mi fa, sol, tanto taa titi taa y de no hacer nada interesante.

—Supongo que puedes pedir no

asistir a mis clases, ¿o es obligatorio?
¡Porque no todas las presas vienen!

—Lo que quiero es que me enseñes a cantar como lo haces tú.

Anda qué sorpresa. Es lo último que me esperaba de Graciela.

—Pero para saber cantar primero hay que aprender lenguaje musical, solfeo. A no ser que te venga innato. ¿Me quieres seguir?

—Venga, cántate algo —me dice, alentándome con las manos a que lo haga.

Empiezo a cantar:

“Algo ha cambiado cuando desperté,

Una sonrisa yo me dibujé”

Canto, impaciente por volver a ver a mi policía favorito.

—Vamos, sígueme —le digo a Graciela ante la mirada estupefacta de Vanessa.

“y lo demás ya no importaba, lo olvidé

*Y todo lo que en la pared colgué
por dos fotos tuyas lo cambié,*

*Con la luz de tu mirada que
alumbré.*

*Aunque me llames soñador,
quererte tiene más valor,*

Porque a mí me alcanza solo

con tu amor.

Feliz con lo que tengo,

feliz con lo que siento,

*Es que cada momento está lleno
de ti.*

Completamente libre,

mil sueños imposibles,

*Soy dueño de la luna si estás
cerca de mí.”*

Poco a poco se han ido añadiendo a la canción de David Bustamante, Vanessa, Rosa, Mercedes y unas cuantas amigas de Graciela, de manera que no parece que estemos en el patio de una cárcel. El que no se consuela es porque no quiere, ¿no? Y yo

en este momento espero ver pronto a Rubén, y por eso estoy como dice la canción, feliz.

Cuando por fin llega la hora de las visitas y Noelia me conduce hasta la celda de bis a bis, mis piernas empiezan a temblar. ¿Por qué estoy tan nerviosa? Cuando entro, encuentro a un guapísimo inspector Sandoval apoyado en la pared esperándome con una media sonrisa en la cara que hace que ahora me tiemblen hasta las pestañas.

—¿En serio me preguntaste si dejaría a mi mujer por ti? —me pregunta, sin antes darme siquiera los buenos días.

—Sí —contesto levantando los

hombros.

—¿Te das cuentas de lo que me pides?

—Eh, no confundas los términos que yo no te estoy pidiendo nada. Yo solo te pregunté si lo harías.

—Es lo mismo que pedirme que lo haga.

—Bueno, tú me pides que cambie mi vida por ti entonces, ¿no?

—¿Dejar de consumir drogas es cambiar tu vida?

—Más o menos sí —miento.

—Y ¿quieres que deje a mi mujer?

—No lo sé, es todo tan complicado... Yo estoy aquí encerrada, no sé cuándo saldré.

—Contesta, ¿quieres que la deje o no?

—Quiero que la dejes, pero no por mí. Quiero que la dejes para que consigas ser feliz, para que te valores y dejes atrás lo que esa mujer te ha hecho sufrir, el daño que te hace estando a tu lado, pero por mí no... —pero no he terminado la frase cuando tengo los carnosos labios de Rubén pegados a los míos, haciendo que me calle y lo bese, lo bese con intensidad, porque llevo dos días añorándolo y ansío el sabor de su boca, el contacto de su piel.

El deseo se apodera de nosotros y nos desnudamos casi sin darnos cuenta. Solo nos miramos, nos tocamos el uno al otro saboreando cada segundo que podemos pasar en esta celda, porque el tiempo corre y el placer se verá interrumpido por el toque de queda que dará fin a la visita. Por eso, nos poseemos con nerviosismo, anhelando cada momento que ya se perdió y apreciando cada embestida como si fuera la última. Nos corremos en un sinfín de sensaciones, yo porque nunca antes había hecho el amor, él porque hacía mucho tiempo que no follaba. El caso es que acabamos los dos tumbados sobre el colchón que se está convirtiendo en mi mejor amigo,

besándonos como una pareja de adolescentes.

—Pensé que vendrías ayer — digo, recordando la visita inesperada del abogado.

—Lorenzo me pidió hablar contigo a solas y entendí que debía dejarle hacer su trabajo. Siento no haber podido avisarte de que vendría él en mi lugar.

—Yo también lo sentí cuando me di cuenta de que no te vería. Se me hace muy largo el día cuando no estoy contigo.

—Andrea, si solo estás conmigo media hora.

—Pues eso, imagínate el resto

del día cómo se me hace. Tengo que salir de aquí o me volveré loca.

—Lorenzo está haciendo cuanto puede, pero como el juez Solís ya tomó una decisión, es difícil hacerle cambiar.

—No me puedo creer que ese amargado no se haya dado cuenta aún de que no hay pruebas suficientes que me acusen y que yo no tengo ningún motivo para matar a nadie.

—Saldrás de aquí, te lo prometo. Si antes quería ayudarte, ahora más porque mi intención es doble.

—¿Doble?

—Claro. Quiero llevarte al cine, quiero salir contigo a cenar, quiero

hacerte el amor en una cama como Dios manda, quiero...

—¿Quieres ser mi novio o algo así? ¿Qué pasa con tu mujer?

Me mira afligido.

—No lo sé, Andi. No puedo dejarla, es más complicado de lo que tú crees.

—¿Complicado? Mira yo creo que simplemente tienes que decirle “oye nena, lo siento pero ya no te quiero, el no querer follar conmigo ha hecho queee... te deteste más bien”.

—No puedo decirle eso —dice con cierta sonrisa en los labios — Aunque a veces me gustaría.

—¿Por qué no? Que intente suicidarse, ya verás como solo intentará llamar tu atención.

—No es solo eso. Ojalá pudiera explicártelo.

—Entonces, ¿hay algo más que no me quieres decir?

—Dejemos que las cosas sigan según su rumbo, ¿vale?

Ha llegado el peor momento de la visita, justo cuando empieza a vestirse y me doy cuenta de que ya no le voy a volver a ver hasta el próximo día, si viene. Tiene razón en cuanto a que es mejor ir según la corriente, después de todo yo sigo aquí y no sabemos hasta cuándo. Se me pasa por la cabeza la

conversación con su amigo Lorenzo del día anterior mientras me visto, y por un momento estoy a punto de contarle a Rubén lo que me dijo respecto a él. Mejor no. Lorenzo solo quiere el bien para su amigo y pareceré una chivata si lo delato. Me quedó claro que Rubén es una buena persona que no merece sufrir, pero eso ya lo sabía yo. Mi intención no es que suframos ninguno de los dos, así que será mejor no decir nada, intentar no pensar continuamente en que el inspector tiene mujer y que de momento no la piensa dejar, y vivir los buenos momentos que me da cuando viene.

—¿Vendrás mañana?

—Si puedo, ni lo dudes —
contesta, acercándose a mí para besarme

en los labios, un dulce y cálido beso que me sabe a despedida.

—Ojalá puedas —digo, mirándolo con los ojos de deseo que sé que tanto le gustan.

—No me mires así, por favor, o no me voy.

—Pues no te vayas.

Pero ambos sabemos que Noelia ya está en la puerta esperando a que salgamos, que lo bueno del día ya acabó y que nos toca esperar veintitrés horas y media para volver a estar juntos.

Vuelvo a mi celda con el sabor de su boca por todo mi cuerpo. Me doy cuenta de que me estoy acostumbrando a sus labios, a su piel, a su olor. Es todo

tan maravilloso cuando estamos juntos, que me da igual estar en la cárcel y que únicamente sea mío a medias. El tiempo se para y solo existimos él y yo.

Por la tarde llamo a David porque me apetece hablar con mi amigo y estoy tentada de contarle la relación que se supone que estoy empezando con el inspector Sandoval. Después de escuchar tonterías sobre Silvia Miralles que me hacen reír y anécdotas del último concierto que han dado sin mí, prefiero no contarle nada. Seguramente no entenderá que pueda estar enamorándome en mi situación porque, ¿quién sería capaz de entenderlo? Nunca antes he amado a nadie, y me pillo por alguien justamente cuando menos

debería. David no entiende por qué sigo encerrada después de que haya habido otro asesinato con las mismas características, y tengo que volver a explicarle que todavía no se considera que haya sido un asesino en serie porque como mínimo tienen que darse tres casos iguales.

Esa noche, duermo como un bebé, recordando cada caricia que las enormes y fuertes manos de Rubén han recorrido mi cuerpo, cada beso que me ha dado, cada embestida que me ha llegado hasta el alma. Es la primera vez que hago el amor con alguien, y me gusta, me gusta muchísimo porque además de sentir el placer que el sexo y los orgasmos me producen, mi cuerpo se

estremece ante una sensación que soy incapaz de describir, que hace que mi piel se erice y mi pulso se acelere, el corazón me palpite con más fuerza y me sienta más viva, y que es maravillosa.

La clase del lunes intento que sea más interactiva. Si quieren que cantemos, cantaremos, pero también tienen que aprender algo de solfeo, así que entre una cosa y otra pasamos la hora más rápido de lo que me pensaba, puesto que mis ansias por volver a ver a Rubén son tales que el tiempo se me suele pasar muuuuy lento.

Pero la decepción me invade cuando Rosana, otra funcionaria de

prisiones, me acompaña a la sala común. Una mujer con un pañuelo envuelto en la cabeza y unas enormes gafas de sol está esperándome, intentando no ser reconocida.

—Hola mamá —digo no demasiado alto, para no llamar la atención de las demás presas.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Pues para estar aquí, bien. Aunque estaría mejor en mi casa, claro.

—Perdona que no haya podido venir antes.

—No te preocupes, al menos has venido.

—Entiende a tu padre, la prensa

lo sigue a todas partes. Yo, por suerte, como no suelo estar mucho en España, normalmente paso más desapercibida, pero él es muy popular y que se le relacione con una hija acusada de asesinato no es bueno para su carrera.

—Lo sé, pero que se me acuse no quiere decir que sea culpable.

—Ay, hija, ¡cómo has crecido tan rápido! Apenas me parece que fue ayer cuando jugabas a las Barbies y te enfadabas con la nodriza Patri porque no hacía lo que tú querías.

—Ya, te parece que fue ayer porque no me has visto crecer.

—No seas tan cruel conmigo, nunca te ha faltado de nada.

—Ya estamos con lo de siempre —pero recordando la dura vida que ha llevado Vanessa, añado —Perdona mamá, no debí decir eso. Me alegro de que hayas venido a verme.

“Aunque hubiera preferido la visita de un rubio de ojos color miel que me tiene loca”, pienso.

Paso un rato agradable con mi madre. Me cuenta cómo va el rodaje de su película, problemas que ha tenido con el director porque le tiró los trastos y ella le tuvo que recordar que es una mujer casada... Como si a mí me la fuera a pegar. Olvida que ya tengo veintiséis años y que me doy cuenta de todo. Seguramente se habrán acostado,

luego él habrá querido más y ella le habrá frenado los pies. Lo de siempre. Y es que mi madre es una mujer madura irresistible. Con su melena rubia, sus ojos azules, apenas arrugas, delgada porque tiene una dieta muy estricta..., a veces pienso que está mejor que yo, y es que seguro que se cuida, o más bien la cuidan, tropecientas mil veces más de lo que lo hago yo.

—Te quiero hija, no lo olvides nunca. Y recuerda, todo pasa por algo en la vida —me dice, cuando se despide.

“Claro que sí,” pienso, “de no ser por esto, no habría conocido a Rubén y seguiría sin saber lo que es el amor”. ¿Y no que al final va a tener razón mi madre?

Una nueva decepción me abruma cuando una vez más, la funcionaria me conduce hasta la sala común. Cuando entro, para mi sorpresa, Rubén tiene una sonrisa de oreja a oreja. El abogado Lorenzo Sánchez le acompaña, y no sé si alegrarme o enojarme. El pulso se me acelera conforme me acerco a ellos y a punto estoy de preguntar por qué estamos aquí en lugar de a solas, mi inspector y yo, en el bis a bis. Por suerte para todos, me contengo.

—Andrea, buenos días —me saluda el abogado educadamente. Noto que me mira un tanto intranquilo, como si temiera que le hubiera contado a Rubén nuestra conversación del otro día,

o si pensara que voy a decir algo al respecto aquí mismo.

—Buenos días, ¿a qué se debe el placer? —pregunto un poco con retintín aunque enseguida me arrepiento. Por suerte ninguno de los dos me lo ha tenido en cuenta.

—Tenemos buenas noticias —se adelanta Rubén. —Esta mañana ha aparecido un nuevo cadáver con el mismo modus operandi.

—Buenas noticias —repito, sin acabar de entender por qué a que muera alguien lo llaman “buenas noticias”.

—Señorita Palacios, la prensa está empezando a hablar del asesino de la partitura, y eso es muy bueno para

usted —me dice Lorenzo, que se ha dado cuenta de que no nuestro demasiado entusiasmo.

—¿Qué partitura había esta vez?

—Sait, de Rafael Giner Struch, ¿le dice algo?

—No. Una vez más, es una de las distintas obras que he tocado en la orquesta, pero nada más. No sé si es casualidad que yo sea músico y que por eso conozca todas las obras que el asesino está dejando en los cadáveres, si es una huella que deja y que no tiene nada que ver conmigo; o si realmente sí es alguna pista que el asesino me quiere mostrar y que no logro entender. ¡Ojalá lo supiera!

—¿Quieres decir que piensas que pueda ser que las obras estén relacionadas de alguna manera contigo? ¿Que el asesino te conoce? —me pregunta Rubén.

—No lo sé, maldita sea, no lo sé. No sé qué pensar. Seguramente sea coincidencia que el primer crimen ocurriera en mi casa, que yo toque en una banda de música y que por eso conozca las obras...

—La botella de este tercer homicidio tampoco contiene las huellas ni de la víctima, ni de su pareja.

—Pero habían tenido relaciones recientemente —afirmo.

—Sí, según la novia, la noche

anterior —me dice Rubén. —Andrea, hemos pedido a la Guardia Civil que se reabra tu caso y parece que por fin nos quieren escuchar. Se les escapa de las manos que hayan más crímenes del mismo modo y aunque barajen la posibilidad de dos homicidas, están empezando a dudar de que tú mataras a Ignacio.

—Oh, ¡por fin!

—Todavía no tenemos nada claro, pero estamos trabajando en ello y creemos que en breve podrías salir de la cárcel.

—¿De verdad? —miro a Rubén con ojos esperanzados, aunque no puedo negar que el deseo cada vez que me

dirijo a él es inevitable, y me doy cuenta del efecto que produzco en él. No para de mover una pierna y sus melosos ojos están que se salen.

—Bueno, yo he acompañado a Rubén para darle la noticia. Ahora os dejaré solos —dice el abogado, dejándome una sonrisa en los labios que no pensé que hoy se daría.

En cuanto se va, intento coger a Rubén de la mano, pero me rechaza y eso me produce malestar.

—Andrea, no puedes hacer eso delante de las reclusas —me explica. — Recuerda que cuanto menos se te relacione conmigo sentimentalmente será mejor, ¿o acaso quieres crearte

enemigas aquí?

—¿Y qué pasa cuando nos vemos en la habitación?

—Nadie se entera.

—Me muero por besarte, joder.

—¿Te crees que yo no? —me pregunta, mostrándome los documentos que ha traído sobre el nuevo crimen, para que nadie sospeche de que nuestra conversación es personal.

—Creí que vendrías ayer —digo mirando las fotos que me muestra. No puedo evitar girar la cara cuando me enseña el rostro blanquecino de la víctima.

—Lo intenté, pero hay que pedir

cita y se me adelantaron —me dice, mirándome con una ceja fruncida interrogatoria.

—Vino mi madre —le aclaro. — Aunque hubiera preferido que vinieras tú.

—¿No te quejabas de que tus padres no venían a verte?

—Sí, pero eso era antes de que prefiriera que viniera otra persona.

—Pues alégrate de que tu madre se preocupe por ti.

—Sí, tal vez no sea tan arpía como yo la veo.

—Seguro que no, si ha sido capaz de hacer una preciosidad como tú.

—Ya, preciosa por fuera, ¿no?
—le recrimino, pues sé lo que piensa en realidad de mí. Un sabor amargo me nubla los sentidos cuando me doy cuenta de que estoy perdidamente enamorada de un hombre que piensa que tan solo soy una drogata consentida.

—Sé que eres más de lo que tu bello rostro muestra. Sé que ahí —dice, señalándome el pecho— dentro hay un corazoncito tierno y dulce que no sabe que en la vida hay más cosas además de salir los sábados y ponerse a tope.

—Llevo dos sábados sin salir y no me ha pasado nada, ¿no? Tal vez no sea tan importante para mí después de todo.

—No has salido porque no puedes hacerlo. Dime, ¿qué será lo primero que hagas cuando salgas de aquí? Celebrarlo, ¿verdad? Y ¿cómo?

Me quedo pensando durante unos segundos. Lo cierto es que la antigua Andrea habría llamado a sus colegas y les habría convencido para montar una fiesta por todo lo alto, con pastillas, alcohol y mucha música. Ahora, solo pienso en salir de aquí y llegar a mi casa, tumbarme en mi cómoda cama y dormir durante veinte horas seguidas, porque el horario de la cárcel me tiene agotada.

—¿Podré ir a mi casa?

—Lorenzo tendrá que presentar

un escrito ante el Juez solicitando que deje sin efecto el precinto de tu vivienda dado que ya no hay más pruebas que extraer de ella, y así que se te permita volver a tu domicilio. De no ser así, se te estarán vulnerando tus derechos como propietaria de la vivienda y les conviene dejarte ir.

—¿Ante el Juez Solís?

—No lo sé si será el Juez Solis u otro. Pero no te preocupes porque ahora ya no tienes a ese Daniel Vara que no movía un dedo. Lorenzo conseguirá lo imposible por ti, además de porque es muy buen abogado, sobre todo porque se lo he pedido yo.

Como Rubén se está empezando

a dar cuenta de que nos miran mucho las reclusas que están en la sala con sus respectivas visitas, decide dar por terminada la suya, dejándome agotada psicológicamente. Para nada ha sido lo que me esperaba hoy, pero por lo menos me han traído “buenas noticias”.

—¿Vendrás mañana, solo? — pregunto, una vez ya se ha levantado de su sitio.

—A no ser que se me adelante alguien, sí.

—Por favor.

—Lo intentaré.

El miércoles mi corazón empieza a palpar con fuerza cuando Noelia me dirige hacia el bis a bis. Estoy deseando plantarle un besazo en los morros a mi inspector tío bueno macizorro...

Cuando se abre la puerta y veo allí a un hombre de larga melena morena, de ojos marrones alicaídos y una delgadez extrema, se me cae el mundo a los pies. David no es muy agraciado que digamos, pero tiene un pelo estupendo, tanto que estoy segura de que muchas de las chicas que se fijan en él lo hacen porque les resulta atractivo por su melena.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —

le pregunto, quien pasa de tener una enorme sonrisa en la cara a apretar mucho el ceño.

—Vaya, qué recibimiento, ¡yo también me alegro de verte!

—Yo... esperaba a otra persona.

—¿Aquí? Joder, Andrea, ¿sabes todo lo que he tenido que hacer, mover y remover para poder verte aquí? ¿A quién cojones esperabas?

—A ti no te importa —no me está gustando su comportamiento así que hoy no es mi mejor amigo quien tengo delante de mí, por lo que no pienso hablarle de Rubén. — Lo que no entiendo es cómo has llegado a esta celda. Quiero decir, ya me parece

asombroso que hayas conseguido venir a verme pero ¿aquí?

—He tenido que decir que soy tu novio. Al parecer a las parejas de las presas sí las dejan visitarlas, ¿cómo no me lo habías dicho?

—Pues porque tú no eres mi pareja, joder.

—¿Y a quién esperabas aquí sí? ¿Te has echado un novio estando en la cárcel? Joder, nena, eres increíble.

—No me he echado ningún novio, tú sabes cómo soy. Solo me he reunido aquí con el inspector que me está ayudando porque hay más intimidad que en la sala común pero tú... —estoy tan decepcionada de no poder estar hoy

junto a mi policía, que no soy capaz de reconocer el mérito que tiene el trabajo que ha hecho David para conseguir verme. Poco a poco me voy calmando y mi amigo se da cuenta. Así que se acerca a mí y me levanta la barbilla alzando mi vista hacia sus ojos, que me miran con dulzura.

—Dime, ¿cuándo sales de aquí?

—No lo sé. ¿Te has enterado de que ha habido otro asesinato?

—Por supuesto, no deja de salir en las noticias: el asesino de la partitura.

—Así lo llaman, ¿eh? Yo más bien lo llamaría el energúmeno amargado malfollado que no soporta que

las parejas disfruten de sexo saludable y por eso se carga al de su género, porque no soporta no ser él quien esté entre los brazos de la chica.

—Caray, Andrea, ¡cómo te pasas!, ¿no?

—¿Que me paso? Estamos hablando de un posible asesino en serie, un tío que mata por envidia, de eso estoy segura.

—Sí, pues ese tío va a conseguir que te saquen de aquí, no sé si te has dado cuenta.

—Te equivocas, ese malnacido es el culpable de que esté aquí, no el que me va a ayudar a salir.

—Está bien, Andrea, cálmate.

No he venido a discutir, sino a pasar un rato agradable con mi mejor amiga.

Pero lo cierto, es que yo no tengo ganas de hablar con él. Lo que quiero es que se vaya y que venga el inspector Sandoval, aunque me temo que eso hoy ya va a ser imposible, pues tenemos una visita al día.

—Sigo sin sentir que te alegres de verme. Alba pregunta por ti. Bueno, en realidad preguntan todos.

—No es que no esté contenta —miento. —Es que no es lo mismo cuando hablamos por teléfono, que no me ves la cara, a verme aquí encerrada. ¿Qué quieres, que esté como siempre? No puedo. Estoy agobiada, harta de estar

entre rejas por algo que no he hecho, de que a las ocho y media me cierren la celda y ya no pueda salir hasta el día siguiente y que por tanto tenga que cenar a la hora que yo de normal merendaría, de tener que madrugar todos los días, de comer la mierda que ponen sí o sí porque no hay otra opción, ¿y tú te preocupas porque no te he hecho el recibimiento que esperabas? ¡No seas egoísta David!

—Lo siento cariño, tienes toda la razón. Perdóname ¿vale? Yo también estoy de los nervios porque sigues aquí. No sé cómo ayudarte, la verdad. Pensaba que con lo del asesino en serie saldrías ya, pero veo que no y...

—Tranquilo, no tienes que hacer

nada. Y te agradezco que te preocupes y que hayas venido a verme. Es solo que no me pillas en uno de mis mejores momentos, ¿vale?

—Claro, cariño —dice, pasándome un brazo por la espalda y pegándome a él para cobijarme en su pecho. Me acurruco buscando cariño y me da un beso en la cabeza. —Ya verás como saldrás pronto —me susurra con un nudo en la garganta. Sé, que no llora por vergüenza, porque es un hombre y no quiere aparentar debilidad.

Cuando nos despedimos, le digo que dé recuerdos a todos, especialmente a Alba. Sé que debería haberla llamado alguna tarde, pero es que me da tanta vergüenza verme en esta situación, que

no puedo hablar con ella sin ponerme a llorar. Aunque sepa lo que me pasa y esté al día en todo, contárselo yo o hablar con ella me pondrá en la realidad que intento afrontar cada día. Y es que me creo que por estar desconectada de cuanto rodea mi vida, me hace más fácil la estancia aquí. Es como si no fuera yo la que está presa, como si fuera otra persona con otra vida, y solo quiero tener de conexión con el exterior a David, y porque me interesa que me tenga al corriente de todo, que si no, tampoco.

Por la tarde llamo a Rubén porque me muero de ganas de hablar con él. Supongo que se habrá sentido

decepcionado cuando haya intentado pedir cita conmigo y haya visto que ya tenía una concertada. ¡Maldito David que ha venido sin avisar! Rubén no coge el teléfono y eso me desconcierta. Estoy segura de que sabe que soy yo quien lo está llamando, el número de la cárcel lo debe de tener reconocible por las veces que lo he llamado. Pienso que lo debo de haber pillado trabajando y que por eso no contesta y como veo que Noelia hace la vista gorda, me decido de una vez por todas a llamar a mi mejor amiga. Tarde o temprano me voy a tener que enfrentar a ella, así que mejor lo hago ya y un peso que me quito de encima.

Encuentro a Alba tan preocupada como lo estaba David antes de hablar

conmigo por primera vez, y me alegro de haberme decidido a llamarla. Le digo que dentro de lo que cabe estoy bien, que he hecho una amiga y que aunque no es ella, me está ayudando a afrontar el día a día aquí.

—¡Ay prima, qué ganas tenía de que me llamaras! —exclama, con la voz temblorosa.

—Siento no haberlo hecho antes. Me daba vergüenza mi situación y no podía hablar contigo sin ponerme a llorar.

—Pues no has *llorao*.

—Eso es porque me he mentalizado antes de llamar, porque sabía que te sentirías peor si me veías

mal.

—Entonces, ¿estás mal?

—Que no, cariño. Estoy bien. Deseando salir de aquí, pero bien.

Alba me cuenta un poco cómo va su vida, me dice que todo el mundo le pregunta por mí y que era desesperante no saber nada, no haber hablado conmigo, y tener que contestar a todos con una sonrisa en los labios para que no se dieran cuenta de lo mal que estaba por mí. Pobre Alba, qué mal lo ha pasado la pobre. David no me había dicho nada y yo no tenía ni idea. Tengo la sensación de que mi amigo ha querido abarcar todo el protagonismo conmigo y por eso no me ha incitado a que llamara

a Alba, y ahora me arrepiento de no haberlo hecho antes.

Cuando terminamos de hablar, hago el intento de llamar de nuevo pero Noelia mueve la cabeza a ambos lados y me doy por aludida. Espero que mañana venga Rubén a verme, así que aunque para mí es muy importante hablar con él ahora, supongo que no es como para hacer un trauma por no poder hacerlo.

Me paso por la celda de Vanessa y encuentro allí a Rosa y a dos presas más que no conozco. Vanessa me las presenta como M^a José y Alejandra y antes de que yo diga nada, me explica que ellas también están allí injustamente, aunque evita darme más detalles.

—Ya, como todas —digo yo, acostumbrada a que sea la frase favorita de las demás, cada vez que alguien niega el motivo por el que está presa.

Paso una hora con ellas escuchando los planes que tiene Vanessa para cuando salga libre. Nos cuenta que su hermana le tiene medio apalabrado un trabajo de ayudante de cocina en un bar que está cerca de su casa y que se quiere cambiar de piso porque donde vive la conoce todo el mundo y no quiere que los vecinos la miren mal. Dice que está segura de que para ellos es una asesina y que no quiere tener problemas con nadie.

—Prefiero cambiar de aire, irme a vivir a un sitio donde nadie me

conozca, aunque tenga que coger un autobús para llegar al trabajo —dice Vanessa, eufórica porque cada vez le queda menos para salir.

Al día siguiente en la clase de música compruebo que mis alumnas ya entonan la escala musical y que distinguen los tiempos de las blancas, las negras y las corcheas. Me invento una estrofa y hago que la solfeen, y como lo hacen bien, como premio cantamos una canción, que es lo que realmente les gusta a todas.

Tengo un nudo en el estómago porque me muero de ganas de ver a mi policía. Acaba la clase, salgo del aula y busco con la mirada a Noelia o a alguna otra funcionaria de prisiones, pero nada,

no veo a ninguna. Permanezco en la puerta por si ha habido algún problema y de ahí el retraso y empiezo a preocuparme cuando a los diez minutos, no ha venido nadie para llevarme a ver a mi visita de hoy.

—Andrea, ¿qué haces aquí? — me pregunta Vanessa, que al no verme por ningún lado ha vuelto a la clase porque es el único sitio que le ha faltado por mirar.

—Estoy esperando a Noelia — contesto nerviosa.

—Noelia está en el patio controlando.

—No lo entiendo, siempre hay alguien para llevarme a la visita,

¿tendría que ir yo sola, acaso?

—Niña, ¿te has *planteao* que hoy no haya *veníó* nadie a verte?

—No puede ser, Rubén debería estar aquí si nadie más se le ha adelantado.

—¿Puede ser que esté trabajando y que por eso no haya *veníó*?

—No lo sé, joder, no lo sé —me echo las manos a la cabeza agobiada. ¿Por qué no ha venido Rubén? Me preocupa que ayer no me cogiera el teléfono y que encima hoy no esté aquí, ¿le habrá pasado algo? Necesito llamarlo cuanto antes, y me doy cuenta de que hoy el día se me va a hacer muuuuuuy largo.

Cuando por fin llega la hora y lo llamo, de nuevo no me coge el teléfono. Me quiero morir de tristeza, siento un pellizco en el estómago y una sensación de mareo que nunca antes había experimentado. ¿Qué habrá pasado para que una vez más, su teléfono esté activo pero no me conteste? ¿Será que no quiere hablar conmigo? Pero ¿por qué?

A la mañana siguiente me levanto apesadumbrada. Apenas he podido dormir pensando en Rubén, en los momentos que hemos pasado juntos, en lo ansiosa que estoy por verlo, en lo preocupada que me tiene no saber de él y vuelta a empezar. Rubén, Rubén, Rubén, ¿quién me ha visto y quién me ve! ¿Por qué he tenido que enamorarme?

Con lo bien que vivía yo sin importarme nadie.

Después de la clase, Noelia me conduce hasta la sala común. Deseo que sea Rubén quien haya venido a verme, aunque no sea en el bis a bis, pero cuando llego me encuentro a mi abogado. Me mira sonriente e intento devolverle la sonrisa.

—Señorita Palacios, ¿se encuentra bien? —me pregunta.

Vaya, parece que al letrado no lo puedo engañar.

—Claro, perfectamente —
miento, aun así.

—Le traigo buenas noticias. Espero que le hagan cambiar la cara —

me dice abriendo su maletín.

Me dan ganas de decirle que lo único que me hará cambiar la cara es ver a su amiguito o por lo menos saber algo de él, pero me contengo porque me parece que a él no le importa si yo tengo algún problema con el inspector. Si ni siquiera puedo entender yo qué le pasa conmigo... Aunque pensándolo mejor, igual Lorenzo sabe algo... No, mejor no le digo nada. Me muero de vergüenza solo con pensar en que le vaya a contar mi vida privada, ya bastante tengo con tener que contestar a todo lo que me pregunte que le parezca que tenga que ver con el caso.

—He estado investigando —
empieza a decir sacando unas fotos que

me hacen ponerme las manos en los ojos. Muestran las caras de las víctimas y es muy desagradable, así que prefiero no verlas. —Después de hablar con el forense, estoy totalmente seguro de que usted no pudo matar a Ignacio Medina.

—¿En serio? ¿Por qué? Quiero decir, eso es estupendo, si puede convencer al juez de lo mismo.

—Usted no tiene la fuerza suficiente como para romper una botella en la cara de una persona y producir las heridas que el cadáver mostraba.

—¡Claro que no!

—Y otra cosa, cuando usted coge una botella para beber, ¿cómo lo hace?

—¿A qué se refiere?

—La posición, muéstreme cómo lo haría.

Hago lo que me pide y reproduzco con una botella invisible cómo la cogería para llenar una copa.

—Bien, fíjese en qué posición quedan las huellas, Ahora reproduzca lo mismo como si la cogiera con la intención de estamparla contra alguien.

—La cogería como si fuera un bate —explico, y me doy cuenta de que coloco la mano justo al revés a como lo he hecho antes.

—¡Exacto! —exclama Lorenzo, eufórico. —Las huellas están al revés a

como deberían de estar de haber matado usted a Ignacio.

—¿Por qué nadie se ha percatado de eso? —pregunto, con la voz temblorosa.

—Señorita Palacios, porque tenían un arma homicida y unas huellas, no había nada más y a alguien tenían que acusar.

—¿Y no podían hacerlo cuando tuvieran más pruebas en lugar de meter en la cárcel a alguien inocente?

—La justicia a veces es muy dura y se equivoca. Pero no se preocupe porque voy a hacer todo lo posible para que el juez lo sepa y pueda sacarla de aquí lo antes posible.

—Gracias, de verdad. Ahora me doy todavía más cuenta de lo poco que hizo por mí mi anterior abogado.

—No tenía interés. Por el contrario, yo sí lo tengo, así que no tiene de qué preocuparse.

—Se lo agradezco.

—No tiene que agradecerme nada, es mi trabajo y me gusta hacerlo bien.

Por la tarde el inspector Sandoval sigue sin cogerme el móvil y yo empiezo a ofuscarme. Tal vez debería por lo menos haberle preguntado a su amigo si se encuentra bien o si por el contrario le ha pasado algo, si está enfermo o qué. Cada vez

estoy más preocupada.

El sábado no recibo visita y el domingo, desesperada, deprimida y más afligida de lo que lo he estado en mi vida, me siento en el escritorio de mi celda, saco papel y boli, y empiezo a ponerle letra a una canción que sonaba en mi casa cuando era pequeña. No tengo apenas recuerdos de mi infancia con mi madre, pero siempre que venía y pasaba unos días conmigo, *How Deep is your love* de los Bee Ges estaba presente.

Conforme voy componiendo una letra sobre la música que suena en mi cabeza de fondo, las lágrimas recorren

mi rostro y me doy cuenta de que es la primera vez que lloro por un hombre.

Al día siguiente, en la clase de música, se la canto a mis alumnas y veo que a alguna se le escapa alguna lagrimilla:

“Cuando te vi por primera vez

Yo de ti me enamoré

Ya medida que pasó el tiempo

Yo más te iba queriendo

Y tu nombre en un papel dibujé

Ya besos y besos yo lo borré

Y en mis labios tú estarás

Para la eternidad

Oh, mi vida yo te quiero

*Y el estar junto a ti
Es lo más bello que me pasó
Y ahora no sé
Si fui yo quien te rechacé
Por un arrebatado de ceguez
Y ahora no lo sé
Si fue quizás por mi estupidez
Ya que no me daba cuenta
De que tenía al mejor amor
Y tu rostro en mi corazón grabé
Y ahora sellado lo tendré
Y allí palpitarás
Para la eternidad.*

Oh, mi vida yo te quiero...”

Las reclusas empiezan a aplaudir y yo tengo que girarme porque no quiero que me vean llorar, sé que sería mi ruina. Sin embargo, noto unos brazos que me rodean y antes de que pueda reaccionar tengo a media clase rodeándome con sus brazos dándome su apoyo.

—Tranquila, mi niña, todo se arreglará, ya lo verás.

Salgo de la clase, todavía con lágrimas en los ojos, y no me doy cuenta de que Noelia me espera. Ya ni siquiera pienso que sea Rubén quien haya venido a verme, así que la sigo sin ni siquiera preguntarme quién me estará esperando.

No me importa si no es él. Casi preferiría no tener visita, así podría irme a mi celda, tirarme en la cama e hincharme a llorar.

Y cuando llegamos al bis a bis y abre la puerta, encuentro a un inspector Sandoval con la nariz encogida y los brazos cruzados.

Me quedo quieta, observándolo, impaciente por hacer algo pero sin saber cómo actuar. Lo veo tan distante que aunque me muero por correr y tirarme a sus brazos, espero a ver una posible muestra que me dé a entender que lo puedo hacer. Pero no.

—Hola —digo, con la voz rota.

Ahora frunce el ceño, como si no supiera por qué ha venido a verme y sin saludarme, directamente me interroga.

—¿Quién vino el miércoles pasado?

Tengo que hacer memoria para recordar si mi madre vino el martes o el miércoles, y cuando me doy cuenta de

que fue el martes, contesto:

—Mi amigo David.

—¿Tu amigo? —pregunta enfadado.

—Sí. Es el chico con quien estaba intentando comer en el hotel cuando viniste a detenerme, mi mejor amigo —explico, un tanto malhumorada al recordar ese día.

—¿Y entonces por qué me dijeron que ese día no podía verte en el bis a bis porque lo tenía pedido tu novio?

—¿Te dijeron eso?

—Joder, Andrea, tuve que enseñar mi placa para conseguir que me

dijeran quién había pedido la celda, ¡me volví loco!

—Rubén, lo más parecido a un novio que he tenido en mi vida eres tú. David solo pidió vernos aquí porque tuvo la genial idea de que estuviéramos a solas. Créeme cuando te digo que no lo recibí con mucho entusiasmo, cosa que hizo enfadar a mi amigo.

—Pero, ¿por qué dijo que era tu novio si no lo es? — me pregunta Rubén, todavía no muy convencido.

—Porque aquí solo dejan entrar a las parejas. Me pregunté cómo creyeron que él era mi novio si estás viniendo tú todos los días.

—Porque yo no vengo como tu

novio. Yo enseñé mi placa el primer día y exijo vernos aquí para interrogarte con más tranquilidad —me explica, acercándose a mí.

—Ya, y se lo creen —digo, incrédula.

—Pues por lo visto sí, igual que se creyeron que ese amigo tuyo es tu novio.

—Rubén, de verdad, David es mi amigo de toda la vida. Estudiamos juntos, tocamos en la misma banda de música, ¡aprobamos la oposición a la vez! Somos muy amigos, pero solo eso —ahora soy yo la que camino hacia él, despacio pero segura.

—Joder, Andrea, ¿sabes cómo

me sentí? —me pregunta, dándome la espalda al darse cuenta de mi cercanía.

—¿Y tú sabes cómo me siento yo sabiendo que tienes una esposa con la que te acuestas todas las noches? —sorprendido por mi pregunta, se gira con una extraña expresión en su rostro.

—Duermo, no me acuesto, que no es lo mismo.

—Da igual, te metes con ella en la cama ¿sí o no?

De pronto, Rubén se derrumba y me deja desconcertada. Sus rodillas caen al suelo y se agarra a mí de la cintura. Apoya su cabeza en mi entrepierna y yo acaricio su corto pelo. Me doy cuenta de que su mujer lo ha

convertido en un desgraciado y me siento mal porque este hombre se merece lo mejor.

—Desde que te conozco no he sido capaz de meterme en su cama —me dice, con la voz entrecortada.

Le levanto la barbilla y hago que me mire, pero vuelve a sumergirse entre mis piernas.

—No consigo dejar de pensar en ti y solo saber que tenías un novio del que no me habías hablado, no lo soportaba.

—¿Y por qué no viniste el jueves y me lo preguntaste? Te he estado llamando y ni siquiera me has cogido el teléfono. ¡Estaba preocupada!

—No podía y lo siento, pero hablarlo contigo me resultaba demasiado doloroso.

—¿Por qué? Te habría aclarado que solo había sido un malentendido, ¿sabes cómo he estado yo estos días? Me moría porque vinieras, te echaba de menos, apenas puedo respirar cuando tú no estás, y si a eso le añades que es la primera vez que me pasa esto con alguien, quería morir si no volvía a verte.

—¿Cómo no ibas a volver a verme? He aguantado sin venir, pero ya no podía más. Andrea, me vuelves tan loco, sacas algo de mí que creí que estaba muerto. Es como si me hubieras

devuelto a la vida, y no podía soportar pensar que me hubieras mentido, o que más bien me habías ocultado algo tan importante. Yo te dije desde el primer momento que tenía una esposa, habría sido el momento para hablar de tu novio...

—¡Que no hay novio! —grito.

Entonces Rubén, en la misma postura en que está, baja mi *legging* hasta los pies, aparta mi tanga a un lado y se mete toda mi vulva en la boca, haciendo que me tiemblen las piernas. Oh, Dios, síiiiiii.

Agarro su pelo con fuerza mientras se come mi sexo con tal ímpetu que a punto estoy de correrme, y eso que

acaba de empezar. Pero es que llevo tanto tiempo ansiándolo...

Mi orgasmo es bestial, siento que voy a caer, pero Rubén se levanta del suelo, me coloca una mano en mi trasero, me aprieta hacia su erección, y me devora la boca, gimiendo ante mi contacto, no más de lo que lo estoy haciendo yo. Mi cuerpo se estremece, unos escalofríos lo recorren, y pienso que es porque por fin tiene lo que quiere, que no es ni más ni menos que al inspector Sandoval.

Rubén me da la vuelta, me pasa la mano por delante apretando mi clítoris que todavía está palpitante, y noto cómo se desabrocha el pantalón y se saca su miembro. Me da un ligero

azote en el trasero y me susurra al oído: “Eso por hacerme creer que perteneces a otro y haberme matado durante estos días”. Me dan ganas de decirle que no he sido yo quien le ha hecho creer eso y que yo también he pasado lo mío estos días, pero prefiero callarme y dejarle hacer. Su polla se introduce en mí de una sola estocada, estoy muy húmeda y se ha deslizado hacia dentro sin ningún impedimento. Gimo con fuerza porque en esa postura me llega muy hondo y me siento tambalear. Entonces Rubén me acerca a la pared y coloca mis manos sobre el cemento, haciendo que ese sea mi punto de sujeción. Mientras se mueve dentro de mí tiene una mano oprimiendo mi clítoris arriba y abajo y la otra la ha

metido por debajo de mi camiseta, ha levantado el sujetador y pellizca mi pezón produciéndome una pizca de agradable dolor que me hace desear más y más. Nos corremos entre chillidos. Reconozco que nunca he disfrutado del sexo así, o por lo menos, no lo recuerdo, y una vez más me viene a la cabeza que es porque ahora siento algo tan profundo por este hombre, que hace que todo me sepa mejor, y disfrute más.

—No sabes cuánto deseaba esto —me susurra al oído, todavía jadeante como está.

—Rubén, yo...

—Dime —me gira hacia él y me mira ahora sí, relajado.

—Yo no sé si voy a llevar bien lo de que tengas mujer. En cierto modo, me siento culpable haciendo esto contigo, aunque no podría vivir sin ello, y eso me tortura cuando tú no estás conmigo.

—No tienes que sentirte mal por nada. Nieves y yo hace años que no nos acostamos juntos y como te he dicho hace un momento, desde que te conozco ni siquiera dormimos en la misma cama. Ella me amenaza con hacer tonterías si no me comporto como lo que espera de un marido, y sabes que no se refiere al sexo precisamente, pero no puedo fingir más... No desde que te conozco.

—Sigo sin entender cómo a una

mujer no le pueda gustar el sexo.

—Y yo sigo admirando tu forma de mirarme, porque por primera vez en mi vida siento.

—¿Cómo que sientes?

—Sí, Andi, siento. Siento el olor de las cosas, el sabor de las comidas, siento tu piel de melocotón sobre mi cuerpo, siento el aire dándome a la cara...

—¿No sentiste algo por tu mujer cuando la conociste, cuando te casaste con ella?

—Supongo que sí, pero hace tanto tiempo... Y desde luego no tiene nada que ver con lo que siento ahora. Tú... me haces sentir tan vivo con solo

una mirada...

Lo miro y lo requeitemiro como sé que le gusta, porque no puedo mirarlo de otra forma, y me muerde los labios frunciendo la nariz como un chico travieso.

Al día siguiente Rubén vuelve a venir a verme, y al otro, y al otro, y el resto de la semana. Cada vez que nos encontramos nos hacemos el amor el uno al otro, unos días con cuidado, otros nos follamos con ansia, y evitamos mencionar la situación familiar de Rubén, porque es algo que cuando me quedo sola, me atormenta y prefiero olvidarlo estando juntos.

Después de amarnos apasionadamente, comentamos cómo va el caso. Estamos esperanzados en que Lorenzo avance con el tema de la fuerza física y las huellas del revés. Ahora, Rubén se siente confuso y culpable por haber ido a detenerme tan a la ligera. Sabe que si estoy aquí es por su culpa. Quiso adelantarse a la Guardia Civil, según él porque pensó que me trataría mejor que ellos, y no midió todas las pruebas. Debería haber esperado a tener el informe del forense y darse cuenta de que el homicida tuvo que ser un hombre, pero no lo hizo, y la Guardia Civil tampoco lo habría hecho, así que trato de tranquilizarlo y le agradezco que fuera él quien me detuviera y no los

verdes.

Por las tardes a veces llamo a David y otras a Alba o a mi madre, que normalmente la pillo liada pero habla conmigo al menos cinco minutos. Le he pedido que me mande dinero y algo de ropa de abrigo, porque hace mucho frío y salir al patio con la chaqueta de piel que me mandó mi padre es mortal. Lola Vilanova no entiende para qué necesito dinero en la cárcel y me dan ganas de contestarle la frase típica de Rubén: “si tú no lo sabes, no voy a ser yo quien te lo explique,” pero me contengo. ¿Ella qué sabrá? Estoy cansada de gorronearle tabaco a mis compañeras y sí, claro que hay en qué gastar el dinero, aunque sea poco.

David no acaba de entender por qué no he salido ya si hay tres asesinatos que siguen el mismo patrón, y dos de ellos se han producido estando yo en la cárcel; y Alba me cuenta que ha conocido a un chico y que no sabe si atreverse a algo con él porque aunque le gusta mucho, son muy diferentes y no sabe si saldrá bien. Hablar con mis amigos me ayuda porque desconecto de todo. Ahora me arrepiento de no haber llamado a Alba antes.

—Menos mal que me has *llamao* prima porque te tengo que contar una cosa, que uff ¡virgen del amor, no sabes cómo estoy! Me ha *pasao* una cosa que me tiene loca, pero locaaa de locura que no sé cómo explicártelo mira, tú

escúchame prima. He *conocío* a un moreno, alto, de estos de tabla de planchar, musculitos, de estos de que nos volvemos locas del papo. ¡Ay Dios mío prima, que estoy que me arranco la piel a tiras *parriba!*

Las carcajadas tras escuchar a mi amiga, ese acento andaluz y ese desparpajo que la caracterizan, se oyen en toda la sala y veo cómo las funcionarias me miran extrañadas. Qué bien he hecho llamando a Alba.

—Pero ahora escúchame, resulta que tiene un problema y es que no lo veo yoooo, no sé no lo veo yo como si fuéramos ideales el uno para el otro porque el macizorro es muy heavy y tú sabes lo clásica que soy yo, y yo no sé si

al final... pero ¡ay! que me tiene loquita loquita, ¡ay mi virgen de la *caridá!* Por Dios que no puedo dormir y ¿tú sabes lo que me ha *pasao* nena? ¿Tú sabes lo que me ha *pasao*? Que me he *bajao* a la calle y me he *comprao* música de esta italiana, romántica de los ochenta y los noventa y ¡ay que no paro de escucharla pensando en mi moreno!, ¡ay cómo me tiene de loquita loquitaaaa! Es que está que te cagas este cacho de moreno pero por Dios qué te voy a decir más, ¡que he *mojado* hasta las bragas!! —mis carcajadas son tan sonoras que hasta las demás presas están empezando a reír, contagiadas, y las funcionarias están con los brazos en jarras ante tanto alboroto. Mientras tanto, Alba sigue contándome

lo enamoradísima que está pero lo poco que cree que tienen en común. —Pero no sé la *verdá* es que no sé qué hacer, es que fue la cosa más toonta como nos conocimos... Yo que decía que no me iba a enamorar, toma por culo voy y me enamoro. ¡Ayyyyyy, prima ayúdame, dime qué hagooo! Si es que está *pa* comerle hasta las uñas de los pies y no dejar ni un cachito de él, si es que está *pa* empotrarlo contra una pared o que me empotre él a mí. Tengo los nervios nerviosos prima, es que no puedo más con mi vida de *verdá*, cómo está de cañón.

Las risas son cada vez más sonoras y noto que hasta las funcionarias se están contagiando. Parece que más

que en una cárcel estemos en un espectáculo, y todo se lo debo a mi divertida amiga y su forma de hablar que me está alegrando el día. Cada vez que intento intervenir para aconsejarla mi amiga continúa soltando una de las suyas y yo no paro de reír, tanto que las lágrimas ya se han quedado asiduas a mis ojos, porque no puedo parar ante el desparpajo de Alba.

—Mira prima, tú sabes que en mi tierra un huevo es lo más grande, ¿no? Pues este está huevo por huevo y más que huevo. Pero es que creo que no nos acabamos de compenetrar bien, prima, qué hago. Chocho loco si es que el tío está que no te puedes ni imaginar, de esos que te quita hasta el dolor de

muelas si lo tienes, yo creo que su madre cuando lo parió se quedó a gustito porque vaya telita como está el hijo de su madre, si es que tiene unos ojazos que te prometen la luna no, sino el firmamento por tres. ¡Ayyyyy que me tiene loca! Yo creo que no somos compatibles, pero prima es que tengo unos sueños con él de estos que me menea *parriba*, *pabajo* y *chimpún* que ay no veas cómo me levanto.

Desde luego, llamar a Alba me ha alegrado la tarde. Por fin, consigo decirle que siga adelante si tanto le gusta el chico y que el tiempo dirá si de verdad son tan diferentes como ella cree o si por el contrario esas diferencias no importan y pueden llegar a algo. Me

muerdo de ganas de conocerlo después de tanto que me lo ha descrito y aunque contenta por ella y por el rato agradable que me ha hecho pasar, vuelvo a mi celda con tristeza porque no sé cuando saldré de aquí y podré seguir mi vida con mis amigos.

Las clases de música van avanzando y me he apuntado a un curso de inglés. Espero salir pronto de aquí pero por lo menos, mientras tanto, paso el rato más llevadero aprendiendo algo. Para que luego mi padre diga que soy irresponsable. No puede decir que le haya dado problemas nunca con los estudios, desde siempre me gustó la música y me saqué la carrera con sobresaliente. Me gusta estudiar, y que

además me guste divertirme no quiere decir que no sea responsable.

El sábado me doy cuenta de que llevo un mes en la cárcel, un mes sin salir de fiesta y por consiguiente, un mes sin consumir drogas. Y estoy bien. Bueno, de no ser porque estoy encerrada, claro está. Después de todo, tal vez no sea tan complicado hacer lo que Rubén me pide, si lo estoy haciendo aquí, bien podría hacerlo fuera.

Fuera... Un mes aquí y no sé cuándo podré volver a mi casa. Lorenzo nos cuenta que casi tiene convencido al juez para que me deje salir con fianza y eso me alegra, pero hasta que no lo vea no lo creo así que mejor no me hago ilusiones.

Por lo menos mi inspector viene todos los días a verme y eso hace que parte de la mañana se me pase rápida. Primero porque estoy deseando que venga, después porque estoy con él, y finalmente, recordando el momentazo que acabamos de pasar, disfrutando, rememorando el recuerdo, deleitándome con mis pensamientos. Hasta que llaman a comer y reacciono, me reúno con mis compañeras y paso el resto del día como una presa más, entre las clases de inglés, la llamada permitida, el patio, la cena, y alguna que otra partida de cartas en la celda de Vanessa o de Rosa, que son las que siempre se ofrecen. Y cuando cierran las celdas y me quedo tumbada en la cama esperando que pasen las

horas y pueda coger el sueño porque todavía no me he acostumbrado a acostarme tan temprano, pienso de nuevo en Rubén, en sus ojos color miel, en su cuerpo... y soñando con lo que pasará al día siguiente, me duermo.

El lunes me reúno con Rubén en la sala común. Viene acompañado de su amigo y mi abogado, Lorenzo Sánchez, y por su expresión, parece que traen buenas noticias.

Me siento frente a ambos inquieta. Tengo el pulso acelerado y no porque piense en lo que me quieran decir, sino porque Rubén hoy está extraordinariamente guapo. Viene recién afeitado, con un jersey de cuello de cisne azul marino que se le pega al

cuerpo y unos vaqueros desgastados. Me lo comería aquí mismo de no ser porque sé que montaríamos un numerito y porque me ha repetido hasta la saciedad que muchas de las presas le odian y que no me conviene que se me relacione sentimentalmente con él. ¡Pero si es que con solo mi mirada cualquiera que nos vea se va a dar cuenta!

—Andrea, traemos buenas noticias —me dice Rubén, con los ojos que echan chispas.

Lo miro con un nudo en la garganta, ¿será que me voy ya de aquí?

—Señorita Palacios, por fin mi trabajo da frutos —empieza a explicarme Lorenzo. —Tras los escritos

presentados, tanto recursos, solicitando pruebas y habiéndose practicado algunas, el Juez Solis va a dictar un Auto en el que decretará la libertad provisional bajo fianza.

—Pero ¿eso se puede hacer? ¿No debería esperar al juicio?

—Se la detuvo demasiado deprisa sin tener en cuenta que faltaban pruebas, así que he presentado un alegato y sí, se puede hacer.

—Eso es sensacional, ¿cuándo sería?

—Dentro de un par de días un coche patrulla la llevará al juzgado. Tenemos que comparecer a las once de la mañana, así que prepárese y no esté

nerviosa, que yo me encargo de todo.

El resto de la visita lo pasamos preparando el Auto del miércoles y aunque no puedo quitarle el ojo a mi poli favorito, sé que he de aguantar y contener las ganas que tengo de besarle. También nos encargamos de elaborar un escrito solicitando al juez que me permita volver a mi domicilio, puesto que según Rubén mi casa sigue precintada a pesar de que ya han terminado con la fase de investigación. Hemos de tenerlo preparado para el caso de que quede en libertad, y yo estoy que no me lo creo. Como siempre que vienen abogado e inspector juntos, Lorenzo nos deja solos cuando da por zanjado el trabajo, para que podamos

despedirnos su amigo y yo, aunque sea disimulando lo que sentimos el uno por el otro.

—Pronto estarás fuera, mi Andi, ya lo verás —me dice, y noto que a punto está de cogerme una mano, pero se contiene. Recuerdo hace unas semanas cuando fui yo la que hizo ese gesto y él lo rehusó, y me doy cuenta de que hemos avanzado tanto, que llega un momento en el que no nos damos cuenta de que no estamos solos, de que estamos rodeados de gente que podría hacernos mucho mal, y para lo poco que supuestamente me queda de estar aquí, más vale que nos contengamos.

Por la tarde, paso de llamar a nadie. Aunque me muera de ganas de contar que estoy a punto de salir de aquí, prefiero esperar a saberlo seguro. No quiero hacerme y crear falsas ilusiones en mis amigos para que luego el Juez Solis tenga un mal día y vuelva a joderme.

A mis compañeras de prisión sí les cuento la visita de mi abogado. Vanessa se alegra mucho por mí, aunque le entristece que me vaya.

—Te queda apenas un mes para salir, ¿acaso no quieres que yo esté fuera para entonces?

—Lo dices como si una vez libres fuéramos a seguir viéndonos —

me replica.

—¿Es que no quieres saber cómo soy en libertad? —pregunto revoloteando las manos como si fuera un pájaro volando.

—No, niña, lo que dudo es de que tú quieras verme a mí una vez fuera.

— ¿Tú estás tonta o qué? Me muero de ganas de conocer a tu hija, ¡claro que nos veremos!

Las demás, nos miran con una mezcla de alegría y tristeza que me hace darme cuenta de que ellas van a tener que seguir aquí durante un tiempo. Las voy a echar de menos, de eso estoy segura, porque hayan hecho lo que hayan hecho, conmigo se han portado muy bien

y sé, que en el fondo, todas son buena gente.

El martes recibo el paquete con lo que le pedí a mi madre. “A buenas horas”, pienso. Agradezco el abrigo cuando salgo al patio, y como estoy feliz, me acerco a la presa que sé que provee de tabaco siempre a Vanessa y le pregunto si me puede conseguir un par de cartones de tabaco rubio para esta tarde. La presa me mira con cara de “¿acaso lo dudas?” y yo se los pago por adelantado, mucho más caros de lo que cuestan en la calle. Pero esto es la cárcel y si quieres algo, tienes que pagar lo que te pidan. Quedamos en que después de comer me los tendrá listos, así que no he de hacer más que pasar

por su celda y recogerlos.

Después de la clase, Noelia me espera para llevarme al bis a bis y mi corazón pretende salirse de mi pecho.

La cara de Rubén es de desconcierto.

—Ahora no sé si decirte que traigo buenas noticias o pensar que son malas —es lo primero que me dice.

Un nudo se me coge en el estómago porque no tengo ni idea de lo que me está hablando, ¿acaso se ha anulado lo de mañana?

—Ven, mi Andi —me dice, moviendo una mano hacia él.

No dudo en hacerle caso y

cuando estoy entre sus brazos, con sus labios pegados a los míos, me relajo un poco y le susurro que no me vuelva a recibir así.

—Lo siento, pastelito, pero es que estoy turbado todavía por lo ocurrido —me dice, cogiendo mi barbilla para levantar mi cara. Me besa la barbilla y suspira. Le gusta mi olor corporal, sé que le encanta, y eso me regocija.

—Cuéntame, por favor, no me tengas más en vilo.

—Ha habido otro asesinato. La Guardia Civil ha accedido a que trabajemos juntos porque esta vez ha sido en su jurisdicción y sigue el mismo

patrón que todos: botella de champán, partitura, pareja que recientemente habían tenido relaciones sexuales...

—¿Obra?

—Sinfonía Classica, de Ted Huggens —me mira interrogador, como siempre que me nombra una partitura.

—Nada, una más del repertorio de mi orquesta.

—Tal vez el asesino no tenga nada que ver contigo, y sea solo una casualidad que tú toques en una orquesta las mismas obras que va dejando en los cadáveres. — me recuerda, intentando que no me ponga nerviosa.

—Eso espero porque si no, no le veo sentido. Al principio pensé que

podría ser Silvia Miralles porque me odia, pero ahora me doy cuenta de que es imposible, igual que lo es que fuera yo, pues es una chica y tampoco tiene la fuerza suficiente como para romper una botella de champán en la cabeza de nadie. Además, si mató a Nacho para incriminarme a mí y quitarme del medio, ¿por qué sigue matando? No, es imposible que fuera ella. Pero entonces...

—No lo pienses, pastelito. Tú preocúpate por salir de aquí y deja a la policía y a la Guardia Civil hacer su trabajo.

—¿Pastelito? —pregunto, dándome cuenta de que es la segunda vez que me lo llama desde que he

entrado en la celda.

—Hoy me sabes a pastel de chocolate.

—Jajajajaja, eso es porque he comido bizcocho en el desayuno.

—¿Desde cuándo ponen bizcocho en la cárcel?

—Lo trajo la madre de una presa ayer porque era su cumpleaños, y la chica lo ha compartido con sus amigas.

—Amigas, ¿eh? Ten cuidado con las amigas que te haces aquí.

—Algunas no están aquí justamente, sino todo lo contrario.

—Tú lo has dicho, algunas.

—Pues con esas son con las que yo me relaciono. Y ahora... —digo pasando un dedo por la varonil barbilla que sabe a mi inspector y mirándolo con cara insinuante. —¿Podemos dejar ya de hablar de las presas y hacer otra cosa más interesante?

—¿Otra cosa como qué? —me pregunta con una sonrisa de felicidad que me llega al alma.

—Como esto —contesto lamiendo su oreja.

Rubén gime nervioso. Me encanta verlo tan susceptible cuando está conmigo. Todo lo que le hago lo excita sobremanera y eso a mí me pone no a cien, sino a mil por lo menos. Le

doy un ligero azote en el trasero mientras le digo: “Eso por hacerme perder el tiempo hablando de tonterías en lugar de estar follándome en el poco tiempo que tenemos”. Rubén me aprieta una nalga contra él y en cuanto me rozo con su paquete me pongo fuera de mí. Hago que se suelte, le saco el jersey de lana por la cabeza y lo empujo hacia la cama. Queda medio cuerpo sentado con las piernas en el suelo y el otro medio tumbado. Entonces le bajo los pantalones, acaricio su polla por encima de los bóxers y lo miro con cara de niña mala.

—Andi, por favor, no me mires así que me matas.

Me relamo los labios con la

lengua y bajo los bóxers hasta los pies, me acerco a la polla que parece suplicarme lo que estoy dispuesta a hacer y veo el miedo en el rostro de Rubén. Me acerco y me meto el pene hasta la campanilla.

—Oh, Andrea, por Dios... —
grita.

—Ssssssh, ¿quieres que te escuchan afuera?

—Estás paredes están insonorizadaaaaas —la última palabra la alarga porque he lamido su erecto pene arriba y abajo, apretándolo con la mano al tiempo, y sé que si en algún momento podía dudar del deseo y de lo que siente este hombre por mí, ahora ya

es mío por completo. —Andi, nooooo...
por favor... para.

—¿No te gusta? —pregunto,
levantando mi cara mientras mis rizos
rojizos abrazan su pelvis.

—Me encanta pero... me matas,
¿no lo ves?

—Lo que veo es que te llevo al
cielo, nene.

Y vuelvo a coger el pene que sé
que me está anhelando y lo vuelvo a
introducir en mi boca, para darle el
placer que se merece. Sé que el tiempo
nos va a jugar una mala pasada hoy,
pero tengo más ganas de complacer a mi
inspector que de satisfacerme yo misma.

Lamo y relamo la polla mientras

observo cómo el cuerpo de Rubén se estremece, cómo cierra los ojos y aprieta los labios; siento cómo me agarra del pelo y lo estira con cuidado de no hacerme daño y eso me excita y me da más gozo lo que estoy haciendo. Lo amo. Amo a este hombre y aunque siempre me ha gustado satisfacer a la gente, me doy cuenta de que con él es más importante eso que mi propio disfrute, y eso sí que es nuevo para mí.

Rubén se corre en mi boca y un crujido desgarrador sale de su garganta.

—Oh, mi Andi, ¿cómo me haces esto? —gime.

Yo sigo lamiéndolo, tragando hasta la última gota mientras su cuerpo

se convulsiona, porque sé que sigue regocijándose de gusto, y eso me tiene loca. Lo veo tan suplicante... Sé que hace muuuucho que nadie le hace esto, a excepción de la primera vez que yo se lo hice, y me siento orgullosa al ver su rostro relajado.

—Oh, mi vida, ven aquí —me dice, todavía tumbado, jadeante. Con la mano que todavía tiene en mi pelo, me mueve la cabeza hacia arriba para que suba hasta él.

Me tumbo a su lado y nos besamos largo y tendido.

—No es justo que me hayas hecho esto. Ahora me voy a ir con pesar porque tú no has disfrutado —dice,

mirando el reloj de su muñeca.

—¿Estás de coña? No te puedes ni imaginar lo que he disfrutado mirándote.

—Te debo de haber parecido un adolescente, ¿no?

—¿Por qué?

—Porque he disfrutado como si fuera la primera vez —escuchándolo me doy cuenta de cuánto ha disfrutado, se ha relajado y se ha dejado llevar con profundidad, y eso me hace sentir halagada porque me encanta dárselo todo.

—De adolescente nada, eres un hombre que necesita ser amado, y no voy a permitir que vuelvas a pensar que

no eres deseable.

Lo miro y trato de disimular la tristeza que siento porque este hombre tan guapo, fuerte, masculino, con este cuerpo de infarto, haya pasado tanta hambre. Pero ya me encargaré yo de que no vuelva a ocurrir.

—Andi, estás empezando a significar mucho para mí.

—Tú significas mucho para mí desde que me preguntaste si estaba colocada, aunque no me diera cuenta. ¿Por qué tendrás que tener esposa? ¡Joder! —me quejo, levantándome de su lado como si algo me hubiera pinchado. —Es injusto que no la dejes solo por miedo a que haga algo que estoy segura

de que no va a hacer.

—Andi, no hablemos de eso ahora, por favor —me suplica, incorporándose para sentarse a mi lado y pasar un brazo por detrás de mi espalda.

Me siento tan bien entre sus brazos, tan segura, tan protegida...

—Pero es un tema del que debemos hablar si los dos tenemos claro que sentimos algo el uno por el otro. Yo no estoy acostumbrada a tener una relación, pero de lo que estoy segura es de que en una pareja, la esposa o el marido de uno de ellos, sobra.

—Lo sé, tienes razón pero... dame tiempo, ¿quieres?

—Quiero, pero no sé si podré.
Te necesito y te deseo solo para mí.

—¡Soy solo para ti! Con mi esposa solo comparto techo y el qué dirán. La gente cree que somos un matrimonio pero hace años que dejamos de serlo.

—Me da igual, no me sirve.

—Dame tiempo —me mira suplicante y le doy un beso en la boca con sabor a despedida.

¿Qué puedo hacer si no es respetar su decisión? No me queda otra que esperar, porque no quiero perderlo. Le necesito y amo demasiado como para no dárselo.

Después de comer, como había acordado, paso por la celda de mi compañera y recojo los dos cartones de tabaco que le encargué esta mañana. Vuelvo a mi habitación y los guardo. Me tumbo en la cama e intento relajarme pensando en mi príncipe, porque eso es lo que es Rubén para mí, el príncipe azul con el que toda mujer sueña, solo que en mi caso el príncipe tiene que separarse de su princesa, o en este caso, de la bruja malvada del cuento, para poder estar conmigo. Oh, Dios, ¿por qué es todo tan difícil?

Por la tarde llamo a mi padre porque a él sí he de contarle lo de mi posible salida bajo fianza de mañana,

entre otras cosas porque necesito que venga y que traiga dinero por si acaso. Me dice que a las nueve de la mañana tiene que estar en el estudio de grabación y que no sabe si le dará tiempo a venir, pero que lo intentará. Vaya, “los intentaré” de mi padre suelen quedarse en un no aparecer y esta vez lo necesito de verdad. Espero que no me decepcione.

Cuando vuelvo a mi celda, mis compañeras están en la puerta esperándome. Están convencidas de que mañana saldré de aquí y no volveré más, y aunque le prometo a Vanessa que quiero seguir viéndola cuando ella salga libre, no la acabo de ver convencida de que vaya a cumplir mi palabra. La pena

es que no sabe cuánto ha significado ella para mí durante el mes que llevo aquí metida.

Hasta Graciela ha venido a despedirse, quien aunque en un principio iba de dura conmigo y se burlaba de mi faceta musical, al final la he enganchado a las clases como a la que más y le encanta cantar canciones de Melendi, de David Bisbal, del Busta, de Marc Anthony, de Ricky Martin... ¡Y eso que iba de dura!

—¿Quién nos va a dar clase de música ahora? Yo que le estaba cogiendo el gustillo —me pregunta Graciela, casi con lágrimas en los ojos.

—Seguid cantando por mí,

¿vale? Y Graciela —digo encarándome con ella. —Gracias por no delatarme. Todavía estoy esperando a que me digas qué quieres por ello —y le guiño un ojo.

—Ay Andreíta, si tú supieras todo lo que te pediría pero, ¿de qué me va a servir aquí?

—¿No quieres dinero?

—No soy tan ruin. Preferiría si puede ser...

—Dime —la apremio a que siga, pues esta tipa fuerte y agresiva que Vanessa me describía, tiene sentimientos y no es una abusona como pensábamos.

—Tengo dos hijas. Si no es mucha molestia, estaría bien que les compraras un chándal a cada una. Lo

necesitan para la gimnasia y como se están criando con mi madre, que apenas cobra una pensión de cuatrocientos euros, pues las pobres van con lo que pueden a clase.

—No te preocupes, les compraré el chándal y lo que les haga falta. Y a Lorena también —digo mirando a Vanessa. —Escribidme la dirección donde viven vuestras hijas y me pasaré a conocerlas y a ayudarlas en lo que haga falta.

—Oh, mi niña, pero si resulta que teníamos un ángel *caído* del cielo y no nos habíamos *enterao* —grita Vanessa, cogiéndome del cuello para darme un fuerte abrazo.

—No soy ningún ángel, pero por suerte no tengo problemas económicos, me gusta ayudar a los demás y vosotras os merecéis más que nadie que lo haga. Os quiero, aunque no lo creáis.

—Y nosotras a ti, cantante de Híspalis —dice Graciela, uniéndose al abrazo que empieza a ser común, pues entre todas estamos formando una pelota.

Entonces recuerdo que tengo algo para ellas, así que me suelto, entro en mi celda y saco los cartones de tabaco del cajón en el que lo guardé hace un rato.

—Es para vosotras, repartidlos —digo entregándoselos a Vanessa y a su

amiga Mercedes.

—Pero, niña ¿y esto por qué?

—Es solo una devolución de todo lo que os he gorroneado estos días. Siento no haber podido disponer de dinero antes.

—Lo que yo diga, es un ángel mi niña.

Me despierto muy temprano porque estoy nerviosa. Apenas he podido dormir pensando en lo que dirá el Juez Solís. Por favor, que tenga un buen día y no pague conmigo su malhumor, por favor, por favor, por favor...

Me lavo la cara, me mojo el pelo para poder peinarme mis rizos, me pongo un pantalón vaquero y un jersey de cuello de cisne rosa pastel y me calzo unas bailarinas. Me las había enviado mi madre junto con la ropa de abrigo y me pregunté para qué las querría aquí, y más con el frío que hace, pero lo cierto es que ahora se lo agradezco porque me dan un toque más formal que si hubiera

acudido al juzgado en deportivas. Lola Vilanova antes muerta que sencilla, y eso me produce una dulce sonrisa en este momento en el que me miro al espejo y veo lo bien que voy. Nadie diría que salgo de la cárcel. Lo cierto es que de estar en mi casa me habría maquillado un poco para disimular las pocas pecas que surtan mis mejillas pero llevo tantos días sin usar polvos que me he acostumbrado a verme así y no me importa.

Durante el desayuno estamos tensas. Como nos despedimos ayer, las chicas ahora están más bien tristes porque me voy y yo no sé cómo animarlas, porque lo que quiero es largarme de aquí de una vez, ¿cómo lo

expreso sin dañar sus sentimientos?

Una vez he terminado, me hace llamar el director de la penitenciaría, el señor Eduardo Navas, quien clavándome sus ojazos verdes en cuanto entro en su despacho, me desea suerte en la comparecencia.

—No me quiero hacer muchas ilusiones —digo, cada vez más nerviosa porque en breve vendrán a por mí para llevarme al Juzgado.

—Según lo que he hablado con su abogado, estoy casi convencido de que va a tener suerte —un estremecimiento se apodera de mi cuerpo. No sabía que Lorenzo hablara con el director de la cárcel y que me

diga eso me da una esperanza que antes no tenía, y me produce más miedo por el tremendo bajón que me dará si no ocurre. —La vamos a echar de menos, sobre todo a sus clases.

—Ya le dije si no era absurdo empezar algo que pronto tendría que terminar.

—La verdad es que creí que hasta el juicio no saldría de aquí —me mira con una sonrisa traidora en los labios y me doy cuenta de lo que piensa.

—Y que era culpable, ¿no? —me atrevo a decir.

—Como le decía, que tenga suerte en la comparecencia —evita contestar a mi pregunta y pienso que el

que calla otorga. Joder con el doble de Rubén Cortada, yo que creía que me consideraba inocente.

Dos horas después, estoy sentada en la sala del Juzgado de Instrucción núm. 7 de Valencia, en la parte de arriba del edificio, donde están las oficinas. Lorenzo está a mi lado, y fuera, a través del cristal, veo a Rubén sentado dándome ánimos con su presencia. Estoy tan nerviosa que me tiemblan hasta las pestañas, y no puedo evitar mirar hacia atrás continuamente cada vez que escucho abrirse la puerta. No quiero decepcionarme aún porque todavía faltan cinco minutos de la hora acordada, pero que mi padre no esté ya aquí no es nada alentador.

—Tranquila, vendrá —me da a entender Rubén, desde atrás, mediante señas.

Hace poco tiempo que nos conocemos y en cambio tenemos más complicidad de la que hasta ahora yo haya tenido con cualquier otra persona, sean amigos o familia. No solo quiero que mi padre venga porque me haga falta su dinero si el juez decreta libertad bajo fianza, sino porque necesito su presencia, su calor, su protección. Necesito a mi padre, joder.

Cuando el Juez Solís entra en la pequeña sala, se me hace un nudo en el estómago. No sé qué se hace exactamente ni si tendré que hablar o no.

Tras el Juez entra otro señor, el cual se identifica como el Secretario Judicial, y le da unos papeles a mi abogado. La puerta se cierra y la esperanza de que mi padre aparezca desaparece. Mierda, ahora sí que estoy decepcionada.

Lorenzo se mantiene callado mientras el juez lee y yo estoy exasperada porque nadie se dirija a mí. Cuando termina de leer, el Juez me explica los términos de su Auto, me pregunta si lo he entendido todo y nos indica que nos harán saber cuando el Auto esté redactado, para notificármelo y que preste la fianza.

Ahora, el juez Solís me mira de una manera distinta a la de la primera vez que me vio, cuando la única prueba

que tenían apuntaba a mí.

Media hora después, Solís decreta mi libertad bajo fianza y la estipula en cien mil euros. Además, he de ir al juzgado a firmar los días uno y quince de cada mes, hasta que salga el juicio.

En ese momento, Lorenzo le entrega la copia sellada del escrito en el que se solicita que se deje sin efecto el precinto de mi vivienda. El Juez, que continúa por allí, lo lee y nos indica que en el menor plazo posible harán la resolución pertinente en la que se me permita regresar a mi domicilio en cuanto pague la fianza y quede libre.

Me quedo sentada sin poder

levantarme del sitio. Lorenzo me mira contento y no entiende qué me pasa que no doy saltos de alegría.

—Andrea, ya estás fuera —me dice Rubén, acercándose a mí desde atrás, aunque manteniendo las distancias delante de los presentes. Todavía no es buena idea que se nos relacione como pareja sentimental porque su opinión se podría ver entredicha si creen que me defiende solo por lo que siente por mí.

—Estoy fuera, pero no soy libre.

—¿A qué te refieres? —me pregunta el abogado.

—Yo... pensaba que si el juez decretaba fianza ya estaría libre de cargos... y sin embargo me doy cuenta

de que el juicio sigue adelante y de que puedo volver a la cárcel si un jurado me declara culpable.

—Te declararán inocente, te lo seguro —dice Lorenzo, poniéndome una mano en el hombro. —Mi investigación aún no ha terminado, ni la de Rubén. Entre los dos y en colaboración con la Guardia Civil, cogeremos al verdadero asesino antes de que llegue el juicio.

—Ojalá sea así.

De pronto, un funcionario se acerca a mí para llevarme de nuevo al coche patrulla.

—Pero cómo, ¿vuelvo a la cárcel? —pregunto, sin entender por qué me llevan.

—Andrea, ¿tienes dinero para pagar la fianza? —me pregunta un Rubén preocupado.

—No. Contaba para eso con mi padre —contesto, recordando cuando el juez ha dicho que quedaré en libertad en el momento en que se pague la fianza. Joder, joder Andrés Palacios, otra vez han sido más importantes tus asuntos que tu propia hija.

Rompo a llorar por la impotencia. Cien mil euros no es una cifra como para que cualquiera la pueda pagar, por lo que no puedo pedir ayuda a nadie. Solo me queda esperar a que mi padre dé señales de vida, y espero que sea pronto.

—Vuelvo a la cárcel —emito con un nudo en la garganta.

—Lo peor ya ha pasado, Andi — me dice Rubén, haciendo que el funcionario deje de andar.

Le miro con tristeza. Yo que pensaba que ese día podría salir con él a comer y celebrar mi libertad, y resulta que ni soy libre ni sé cuándo saldré de la cárcel.

—Piensa que solo vas a recoger tus cosas. Ya verás como cuando menos te lo esperes, tu padre te habrá ayudado.

—Ya, eso dices tú porque no lo conoces —suspiro pensando en que me había dicho que tenía que grabar a las nueve y que dudaba que le diera tiempo

a venir pero ¿no podía haberlo dejado por una fuerza mayor como esta? ¿Acaso está grabando en Miami?

Como llego a la penitenciaría con lágrimas en los ojos, mis compañeras piensan lo peor y me reciben con un fuerte abrazo que dice mucho.

—Chicas, no os preocupéis, todo ha salido como quería —las tranquilizo.

—Entonces ¿por qué esa cara, mi niña? —me pregunta Vanessa, levantando mi rostro alicaído para ver mis ojos rojos.

—Porque hasta que a mi padre le dé por aparecer tengo que seguir aquí, puesto que yo no tengo cien mil euros

para pagar mi fianza...

—Joer, ¡cien mil euros! Me cago en...

—Y porque aunque me vaya a mi casa no soy libre del todo, tengo que ir a firmar al juzgado dos veces al mes y todavía sigue adelante el juicio.

—Oh, perla, pero estarás fuera que es lo importante —intenta consolarme Mercedes.

—Chicas, dejadme sola, ¿vale? Ahora mismo no soy la alegría de la huerta.

—Y una leche, yo me quedo contigo —me reprocha Vanessa.

—Vane, por favor.

—Está bien, pero si necesitas algo, ven a mi celda.

—Gracias, lo haré.

Entro en mi celda y me tiro en la cama como si me dejaran caer de un décimo piso. Estoy agotada. Sé que debería estar contenta pero es que sigo aquí, y eso me hastía.

Me quedo dormida y no escucho el aviso para comer. Me da igual, aunque lleve sin comer nada desde el desayuno, no tengo hambre, lo que tengo es una congoja que no me deja respirar, y por primera vez desde los primeros días en los que llegué aquí, vuelvo a sentirme agobiada.

Por la tarde, me despierta

Noelia, que entra en la celda y se sorprende al verme tirada en la cama y sin haber recogido mis cosas.

—¿Qué hago? ¿Las meto en una caja? —pregunto asqueada.

—Te puedo traer bolsas si las necesitas —contesta Noelia, pasando por alto que mi tono no ha sido el apropiado. —Pero date prisa en recoger porque te están esperando.

—¿Esperando? ¿Quiénes?

—Tú abogado y tu padre.

Me quedo petrificada. Al parecer mi padre ha aparecido, aunque aún no tengo muy claro si para bien o para mal.

—Pero, ¿dónde me esperan?

—En la calle.

—¿En la calle?

—Andrea, tu fianza ha sido pagada, solo tienes que recoger tus cosas y cuando estés lista yo misma te acompañaré a la salida.

Me pongo de pie de un salto y empiezo a amontonar la ropa encima de la cama mientras Noelia se va a por bolsas para que la meta. Salgo de la celda corriendo para decirle a Vanessa que me voy, que me despida de todas, especialmente de Rosa, Mercedes, Alejandra, M^a José y cómo no, de Graciela, porque yo no tengo tiempo de hacerlo ya que me están esperando

fuera.

—Oh, mi niña, ¡qué emoción!

—Nos veremos cuando salgas —digo dándole un fuerte abrazo y unos enormes besazos en los mofletes.

—Nos veremos —me contesta, sin poder contener una lágrima cayendo de su mejilla.

Salgo corriendo de su celda y regreso a la mía, en la que Noelia me espera en jarras.

—¿Crees que tengo toda la tarde para ti? —me pregunta cuando me ve entrar acalorada.

—Lo siento, solo quería despedirme de una amiga.

—Anda, mete la ropa en estas bolsas y vamos —me dice con una sonrisa cómplice en los labios que me da a entender que era un enfado fingido.

Antes de salir me devuelven mis efectos personales. Parezco una niña con zapatos nuevos al recuperar mi reloj y mi teléfono móvil, claro está, sin batería.

Cuando salgo a la calle, me quedo inmóvil cuando veo a Rubén junto a mi padre y a Lorenzo. Me giro para despedirme de Noelia y la funcionaria me guiña un ojo. No me ha dicho que estaba el inspector para darme una sorpresa. Entonces corro hacia él con los brazos extendidos y me tiro a su

boca en cuanto lo tengo cerca. Él me coge de la cintura y me besa sin importarle que mi padre y mi abogado estén a nuestro lado. A mí tampoco me importa.

Conseguimos soltarnos y me dirijo a mi padre, que nos mira incrédulo.

—Gracias por pagar la fianza — le digo algo seca.

—Cariño, siento no haber podido llegar a tiempo esta mañana, he tenido una disputa con mi manager que a punto he estado de despedirlo —se explica. Me dan ganas de decirle que me importan una mierda los problemas que tenga con su manager y con la

producción del álbum entera, pero me contengo porque después de todo, le debo cien mil euros, y he de estar agradecida porque de no ser por él, seguiría en prisión.

—No importa —contesto, con un timbre de voz que no me lo creo ni yo.

—Claro que importa. No he estado con mi hija en un momento muy importante, pero tienes que entenderme.

—Claro, lo entiendo —entiendo que todo va antes que tu propia hija, entiendo que nunca vas a cambiar y entiendo que cuando necesite un padre, no estarás, pienso, y prefiero no decir.

—Un policía ha de acompañarte a tu domicilio, que acaba de ser

desprecintado, y me he ofrecido voluntario —dice el inspector, para romper la tensión que hay entre padre e hija.

Le sonrío picaronamente y le doy las gracias con la mirada. Lorenzo me explica mejor la resolución del juez de esta mañana y me repite que esté tranquila, que no me van a condenar, que el juez del juicio, aunque no será el mismo, verá todo lo actuado en la causa y no me condenarán.

El problema es que no tenemos un cabeza de turco a quien culpar, pero de aquí a que salga el juicio darán con el culpable y a mí se me libraré de los cargos.

—Gracias por todo —le digo, dándole un abrazo. De haber tenido a Daniel Vara de abogado estoy segura de que ni se habría molestado en averiguar lo de la fuerza del impacto ni se habría dado cuenta del detalle de las huellas y yo seguiría encerrada a la espera del juicio.

Me despido de mi padre, que como siempre tiene prisa, y me pregunta cuándo creo que estaré preparada para volver al trabajo.

—¿Cómo puedo saber eso? Papá, estoy desubicada, ni siquiera sé qué me voy a encontrar cuando llegue a mi casa.

—Tengo que decirle algo a la

directora del conservatorio. No creo que tardes en salir en las noticias y de alguna manera hemos de justificar que no asistas a tus clases.

—Vale papá, ya soy mayorcita. Déjame encargarme a mí —le digo avergonzada de que Rubén tenga que escuchar esa conversación.

Mi casa huele que apesta. Entro sigilosa sin apenas reconocerla, y eso que todo está tal y como lo dejé. Me quedo inmóvil en el comedor y Rubén se acerca a mí y me abraza por la espalda. Doy un respingo y me suelto.

—¿Estás bien? —me pregunta sorprendido.

—No. Estar aquí solo me trae malos recuerdos.

—Se pasará, ya lo verás.

Me voy directa a la cocina porque no soporto el olor, abro la nevera y encuentro un pollo de hace más de un mes que ha debido pasar por todos los colores hasta acabar verde oscuro.

Me pongo unos guantes y lo cojo, lo meto en una bolsa, luego esa dentro de otra, y por fin lo tiro a una nueva que he puesto en el cubo de basura. Toda la comida está estropeada pero por lo menos lo que peor olía ya está precintado.

—¿Quieres que te ayude a poner orden? —me pregunta Rubén, sin saber si acercarse a mí o no, tras el respingo de antes.

—No, gracias. Rubén, sabes que lo que más me gusta en el mundo es estar contigo...

—¿Pero?

—Ahora preferiría estar sola. Necesito poner en orden mi vida, y

contigo aquí... no creo que pueda.

—Te entiendo, mi Andi. No te preocupes. Pon el móvil a cargar y esta noche te llamo.

—Creo que nunca te di mi número.

—¿Y a qué esperas? —me pregunta con una de sus sonrisas que me deja cao.

—Luego te mando un whatsapp y te lo guardas.

—Está bien, pero no te olvides.

—Claro que no.

Me quedo sola y me dejo caer en el suelo de la cocina. Rompo a llorar sin saber por qué. Estoy en casa, es lo que

quería, ¿qué me pasa ahora?

Cuando termino de vaciar la nevera me doy cuenta de que no tengo nada para cenar. Saco la basura y respiro el aire fresco de la noche.

Entro en el adosado, cojo el móvil y lo desconecto del cargador porque ya está cargado. Me siento en el sofá y empiezo a escribir un whatsapp.

“No tengo comida en casa, kiers q cenemos juntos por ahí o es peligroso?”

“Peligroso por q?”, me contesta inmediatamente.

“Tu mujer”

Tarda un par de minutos en

contestar que se me hacen eternos.

“No importa. Voy a por ti”

“Vale”

Me levanto del sofá y subo la escalera. No he entrado aún en mi habitación, no me atrevía, y encontrarme aquí es volver a mi cabeza un sinfín de buenos y malos recuerdos que me producen una jaqueca insoportable. Cojo ropa interior de mi mesita de noche, dándome cuenta de que todavía sigue ahí la vomitera del día de autos, y tras dudar sobre si limpiarla ya o meterme a la ducha ignorando el estropicio, opto por lo segundo. Mientras me cae el agua no puedo evitar recordar la última vez que me duché

aquí, cuando el inspector Sandoval me estaba esperando fuera.

No puedo mirar mi cuarto, me agobio, me asfixio, es insoportable. Cuando salgo del baño me quedo petrificada junto a la puerta abierta, mirando la cama en la que tuve relaciones con Nacho y con tantos otros y donde lo hallé cadáver. Desde luego, no pienso volver a meterme en ella, no puedo volver a tumbarme en ese colchón, tener mi cuerpo donde mataron a mi compañero. No, no puedo seguir viviendo en esta casa. No soporto estar aquí. La policía se llevó el cadáver pero mantuvo todo intacto para no obstruir las pruebas, y ver las sábanas ensangrentadas me produce náuseas.

Tengo que salir de aquí cuanto antes.

Me pongo unos pantalones vaqueros negros y un jersey de lana rojo rápidamente, cada vez con más ganas de salir. Bajo al garaje y cojo un par de maletas, las subo a mi habitación y empiezo a llenarlas con lo primero que pillo. Me preparo una bolsa de aseo con mis útiles de maquillaje, me calzo unos botines negros y después de guardar las babuchas en una de las maletas, bajo al salón. Prefiero terminar de arreglarme en el aseo de abajo, me trae menos recuerdos.

Estoy impaciente por que llegue Rubén, sobre todo porque ansío salir de mi casa cuanto antes. Cuando suena el timbre yo ya estoy en la puerta, me

apresuro a abrir y salgo con las maletas en la mano ante la asombrosa mirada de mi inspector.

—Andrea, no hace falta que te vuelvas a ir de casa, sabes que conseguimos que volvieras —me dice, confuso.

—No puedo seguir viviendo aquí, no después de lo que pasó.

—Es cuestión de tiempo —me dice, cogiéndome la cara para darme un beso en los labios.

—No creo que el tiempo borre de mi memoria lo que siento al ver mi cama —digo, dándome la vuelta para echar la llave.

Salimos de la entrada de mi

adosado y encuentro un Ssangyong Kyron negro en la acera. Rubén aprieta el botón del mando centralizado y los pestillos de las puertas suben. Abre el maletero y mete las maletas mientras yo me subo en el asiento del copiloto.

—¿Qué has pensado hacer? — me pregunta, una vez dentro del coche.

—La verdad es que no he planeado nada, solo quería salir de mi casa.

—Vale, de momento vamos a cenar y pensamos qué hacer después.

Me gusta el comentario de Rubén, ese “pensamos qué hacer” me da a entender que no estoy sola, y eso es algo que me reconforta, puesto que en

este momento no sé qué rumbo va a tomar mi vida.

—No nos vayamos muy lejos, creo que tendré que volver a por mi coche —digo, con la voz temblorosa.

—Eeeh, mi Andi, tranquila, cielo. Todo se arreglará, ya lo verás. Me tienes aquí para lo que necesites.

“Ya, menos cuando te tengas que volver con tu mujer”, pienso.

—Vamos a Bétera, hay un restaurante chino que está bastante bien —digo.

Rubén arranca el coche después de guiñarme un ojo que significa “vamos a dónde tú mandes” y yo intento relajarme en el asiento.

Mientras cenamos, Rubén intenta contarme cosas triviales para entretenerme pero yo no consigo centrarme y apenas escucho lo que me cuenta.

—Creo que de momento pasaré la noche en un hotel —digo, sin venir al caso. —Mañana iré a una inmobiliaria y pondré en venta mi casa. Mientras se vende alquilaré un piso cerca del conservatorio.

—Es una buena idea, si es lo que quieres —dice Rubén, dándose cuenta de que mientras él me ha estado hablando, yo no he podido dejar de pensar en qué hacer con mi vida.

—No sé qué es lo que quiero

sino más bien, qué es lo que no quiero, y eso es volver a mi casa.

—Bien, por algo se empieza. ¿Has pensado en algún hotel en especial para pasar la noche?

—Menos el Astoria Palace, el que sea —contesto, recordando el numerito que monté en el restaurante cuando me detuvo.

—Lo siento, Andrea. No sabes lo mal que me siento por haberme precipitado ese día —noto que Rubén está afligido y le cojo la mano. A diferencia de cuando estaba en prisión acompañada de más gente, ahora sí me la coge y la acaricia. —Ojalá todo hubiera sido de otra manera. Cada vez

que pienso que puedas reprocharme lo que hice, que puedas odiarme por ello yo...

—Sssshhh, yo no te odio, sería imposible odiarte. Solo hacías tu trabajo.

—Ya, pero es que lo hice bastante mal.

—De no haberlo hecho tú lo habría hecho la Guardia Civil, ¿no?

—Sí, estoy seguro de que el capitán Tortajada te habría detenido con las mismas pruebas.

—Pues me alegro de que fueras tú.

Levanta las cejas y me mira con

una expresión que quiere decir “¿Estás segura?”. Sonríe y lo miro como sé que le gusta. Ahora que estoy lejos de mi casa vuelvo a ser yo, aunque poco a poco. El deseo, que siempre ha estado ahí, se hace más latente y Rubén se da cuenta.

—Andrea, oh, mi Andi. —me susurra con la voz algo rota. —Tú no sabes qué hacer con tu vida pero yo... te juro que lo mandarí a todo a la mierda solo por estar siempre contigo.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no puedo, es más complicado de lo que tú crees.

Yo no veo que dejar a su mujer sea nada complicado. Mi mirada se

oscurece y él lo nota, pero ¿qué puedo hacer si no soporto saber que nuestra relación no puede ser completa?

—La dejaré, pero dame tiempo, por favor.

—Eso me dijiste ya hace días pero ¿cuánto tiempo crees que vas a necesitar? No quiero agobiarte, es lo último que deseo, pero no sé cuánto pueda aguantar yo sabiendo que nunca te tendré por completo.

—Me tienes por completo. Nieves no me tiene, no soy de ella sino tuyo, ¿por qué no te das cuenta de eso?

—Porque sigues bajo su techo, porque no le has dicho que amas a otra y que te quieres divorciar.

—¡Pero lo haré!

—Pues hazlo pronto o empezaré a dudar de tu palabra, porque no consigo entender el motivo por el que no lo has hecho ya, y no me digas que es porque piensas que se suicidaría porque no me lo trago.

—Andi, por favor, déjame que te demuestre que solo te amo a ti.

—Está bien, demuéstramelo.

Después de cenar nos tomamos un café y buscamos en internet hoteles que no queden demasiado lejos del conservatorio. Todavía no he pensado en ir a trabajar pero por si no encuentro un piso de alquiler pronto y tengo que pasar días, prefiero hallarme cerca de

todo. Nos decidimos por el Hotel Dimar, un moderno hotel situado en la plaza Cánovas, que me permitirá ir dando un paseo hasta el trabajo. Rubén insiste en que deje el coche en el adosado y que cuando lo necesite hará por hacérmelo llegar a donde esté. Como no me apetece conducir en este momento, acepto y nos encaminamos hacia el Dimar.

Ya en el ascensor con la llave de la habitación en mano, no podemos aguantar más las ganas que tenemos el uno del otro y nos besamos apasionadamente, sin importarnos si se parará en alguna planta que no sea la nuestra y nos sorprenderá alguien al entrar.

A regañadientes llegamos a la habitación, parando a cada metro para besarnos y tocarnos. Abro la puerta con la tarjeta y una vez dentro, Rubén la cierra con el pie, me coge en brazos y me lleva hasta la cama. La habitación es muy moderna, con paredes lisas y un dibujo del Oceanogràfic en el cabecal de la cama. Echo mi roja melena por detrás de mi cabeza y miro juguetona a Rubén, mientras se quita la camiseta. Su cuerpo es perfecto, fibroso y musculoso pero sin ser en exceso. Nunca me han gustado los hombres demasiado marcados, sin embargo Rubén está en su punto, se nota que va al gimnasio a mantenerse pero sin pretensiones. Me encanta verle el vaquero caído

enseñando cadera, es un hombre tan sexy...

Se acerca a mí y me baja el vaquero con cuidado, besándome mientras lo conduce hasta mis pies. Mi cuerpo sufre un escalofrío tras otro. ¡Es tan placentero sentir sus labios recorrer mi cuerpo! Me quita un calcetín tras otro y acaricia mis pies con suavidad. Siento un cosquilleo y me los sujeta fuerte para que no los retire. Me muero por que me penetre, pero cuando lo miro dándoselo a entender, mueve la cabeza a ambos lados y me susurra:

—Esta noche no tenemos ninguna prisa. Hoy voy a disfrutarte como te mereces, como llevo un mes deseando tenerte.

Solo escucharlo me vuelve loca y siento cómo mi entrepierna me acompaña. Rubén se concentra en mi pie derecho y lo masajea, se mete un dedo tras otro en la boca y yo siento un placer desconocido. Umm, pero cómo me gustaaaa. Cuando termina con el derecho pasa al izquierdo y cuando considera que ya me ha relajado bastante los pies, inicia el camino hacia arriba. Oh, síii, hacia arriba.

Cuando llega a mi entrepierna, besa mis ingles produciéndome cosquillas, y cuando me reboto porque no lo soporto, las lame de tal forma que me pone cardíaca. Me muero de ganas de que llegue al centro, pero se está haciendo de rogar. Baja mi tanga

cuidadosamente mientras su lengua empieza a recorrer mis labios vaginales, y cuando llega al centro de mi deseo, mi cuerpo está ya totalmente convulsionado. El orgasmo ha sido tan rápido que una sonrisa maliciosa se refleja en su cara, una sonrisa de placer de “esta noche soy el amo, y no sabes lo que te espera”. Uff, estoy acalorada solo de pensar que acabamos de empezar, que me ha dicho que me quiere disfrutar y de las ganas que tengo de sentirlo dentro de mí.

Entonces, me levanta el jersey recorriendo mi cuerpo con su boca y lo saca por mi cabeza. Me desabrocho el sujetador porque me muero por ponérselo fácil y él me mira y

frunciendo el ceño como si estuviera enfadado por haber hecho su trabajo, lo aparta de mí, coge mis dos manos y las eleva por encima de mi cabeza. Así, mordisquea mis pezones haciendo que mi cuerpo se balancee y gimo angustiada porque me muero por empezar a tocarlo.

—Ssssshhh, ¿me quieres disfrutar? —me susurra al oído.

—Síiiiiii —grito.

—Pues tendrás que esperar tu turno, señorita —y metiéndome un par de dedos en mi vagina, muerde el pezón de tal forma que vuelvo a correrme ahora en su mano. Debe de tenerla empapada, pues ya llevo dos y eso que aún no lo he tenido a él dentro.

Mientras con una mano me sigue sujetando las mías, con la otra se desabrocha el cinturón y los botones del pantalón y saca su firme polla.

—Me gustaría poder ayudarte — digo.

—No hace falta, mi Andi.

Se baja el pantalón con una soltura que me sorprende. Abro las piernas dispuesta a recibirle y me penetra con firmeza, aunque sin prisas. Esta noche va a saborear cada embestida, cada estocada, cada movimiento, y yo lo voy a disfrutar como si fuera la primera vez que hacemos el amor, porque es la primera que no tenemos que estar pendientes del

reloj colgado en una habitación de celda.

Tres horas después, estamos agotados, tumbados en la cama del Hotel Dimar, pero sin dejar de besarnos. Me pregunto qué pensará su mujer de que no esté en casa, y lo cierto es que el móvil de Rubén ha sonado en alguna ocasión, aunque él lo haya ignorado.

Lo que más me sorprende es cuando se queda dormido. Lo veo tan relajado. Lo observo admirando su belleza, su valentía, su fuerza. Me agarro a él y me siento segura, protegida. Y entre sus brazos, me quedo dormida.

Por la mañana encuentro una nota en la mesilla de noche.

“Preciosa, he tenido que irme a trabajar. Te he visto tan relajada durmiendo que no he querido despertarte. Luego te llamo. Te quiero”

“Me quiere”, me quedo pensando, todavía en la cama, con el papel de la nota en la mano. Es la primera vez que alguien me lo dice, me lo escribe o lo que sea. El caso es que es la primera vez que alguien siente eso por mí, y eso me hace feliz de una manera que jamás pensé que se pudiera ser. Me estiro y desperezoz y me doy cuenta de que hoy me siento mejor. O

será que por fin me doy cuenta de que ya no estoy encerrada en la cárcel y de que aunque sé que esto no ha acabado todavía, hay más posibilidades de que no vuelva que de lo contrario, porque sé que tanto mi abogado como mi “novio” harán todo lo posible para que no vuelva a ingresar en prisión.

Me levanto de la cama, me doy una ducha y pienso que ya es hora de llamar a mis amigos y decirles que estoy fuera. Se merecen saberlo y creo que ya estoy tardando demasiado. Llamo a David pero su móvil está apagado. Imagino que lo he pillado dando clase así que llamo a Alba. Ella sí coge el teléfono. Por suerte, hoy es su día libre.

—Prima, ¿me llamas desde tu

móvil! —exclama sorprendidísima.

—Síiiii, estoy libreeeeeeeee.

—¿De *verdá*? ¿Estás en casa?

¿Ya ha terminado todo, hija de mi vida?

—No exactamente. Estoy en libertad bajo fianza a la espera del juicio que bueno, puede tardar meses, años... quién sabe. Y tampoco estoy en mi casa, no puedo vivir allí.

—Entonces, ¿dónde estás, chocho?

—De momento estoy en un hotel, pero la intención es alquilarme algo hasta que venda mi adosado y me pueda comprar un piso. ¿Quieres acompañarme a la inmobiliaria?

—Claro, estoy loquita por verte y contarte cómo me va con mi moreno.

Quedamos en vernos en una hora en la plaza Cánovas y de ahí tomaremos algo juntas e iremos a visitar inmobiliarias. Sé que hoy va a ser un buen día, porque no puede ser de otra manera con Alba a mi lado.

Una hora y media más tarde, Alba ya me ha puesto al corriente respecto a su nuevo novio, el que le parecía que eran tan diferentes. El caso es que el chico es muy heavy y ella es todo lo contrario, siempre le ha gustado la música pop y suele ser muy clásica vistiendo para la edad que tiene. Sin embargo, se han atraído mutuamente desde el primer momento y al parecer

sus diferencias en cuanto a los gustos no es motivo suficiente como para que no funcione su relación. Se llevan muy bien y eso es lo importante. Me muero de ganas de conocerle y ver la pareja que hacen juntos, debe de ser muy curiosa pero como para gustos los colores y de diversidad está hecho el mundo, me parece por cómo escucho hablar a mi amiga de Rafa, que si superan sus diferencias juntos, pueden tener un futuro agradable. Desde luego, Alba está loca por él eso no cabe duda.

A mitad mañana me llama Rubén, y me siento como una adolescente cuando una enorme sonrisa aparece en mi rostro al ver su nombre reflejado en la pantalla de mi móvil.

—Hola preciosa, ¿cómo llevas la mañana?

—Bastante bien. Estoy con mi amiga Alba y ya hemos visitado una inmobiliaria, he puesto mi adosado en venta y estoy a la espera de que quedemos para que vayan a hacerle fotos. He llamado a una agencia de limpieza para que vayan al adosado a dejarlo en condiciones de poder ser visto porque está todo... bueno tú ya sabes cómo está todo. —suspiro, y continúo— También he preguntado por pisos de alquiler por el centro de la ciudad pero ¿te lo puedes creer? ¡Me han pedido ochocientos euros por un piso de una habitación! ¿Pero qué se han creído? ¡Si eso es lo que pago yo de

hipoteca de mi casa que tiene cuatro habitaciones y tres cuartos de baño!

—El centro es una de las zonas más caras de Valencia.

—Ya, pero teniendo en cuenta que yo vivo en una zona residencial, pensaba que no notarí tanto la diferencia en cuanto al precio.

—Sigue buscando, mi Andi. Acabas de empezar, seguro que acabas encontrando algo bueno.

—Eso espero. Y en cuanto a mi caso... ¿alguna novedad?

—De momento no, cariño. Seguimos sopesando la posibilidad de que el asesino de la partitura sea el mismo que mató a Ignacio Medina pero

todavía no lo tenemos claro.

—Pero, ¿estás trabajando junto con la Guardia Civil?

—Sí, por eso no te preocupes que lo tienen en cuenta. Es una posibilidad y lo saben.

—Menos mal —digo
esperanzada. La verdad es que tener a la Guardia Civil de mi parte es una ventaja.

—Te dejo que sigas buscando piso —me doy cuenta de que alguien lo ha llamado. Seguramente tiene que volver al trabajo — Te quiero.

—Y yo —contesto, sintiendo mariposas en el estómago.

A mediodía hemos visitado cuatro inmobiliarias y en todas he puesto mi adosado en venta. De la tercera que hemos entrado he salido deprimida porque la agente inmobiliaria me ha reconocido en cuanto me ha visto, y no solo eso, sino que además sabe por lo que he pasado este último mes y qué pasó en mi casa. Me ha dicho que si quiero venderla tendré que ponerla a bajo precio porque de lo contrario va a costar que alguien quiera vivir en un lugar donde ha habido un asesinato. La mujer me hablaba con sangre fría y he empezado a temblar como si me estuviera juzgando y declarando culpable. Desde luego, le he dado los datos del adosado y le he dicho que le

mandaré fotos por whatsapp, que tengo que pensar en el precio y que ya la llamaré, pero no sé si lo haré. No me gusta tratar con gente así. Seguro que es una teleadicta que ve lo que quiere sin pensar en que los que salimos en televisión también tenemos sentimientos, seamos gente famosa o no, culpables o inocentes. Ella ya me ha juzgado y yo no quiero tratos con alguien que me va a estar mirando imaginándose cómo maté al tío con el que me había acostado la noche antes.

—Tranquila prima, esa tía es una *amargá* envidiosa que no sabe ni lo que dice —trata de ayudarme Alba. —No le hagas caso que seguro que a la gente le importa un carajo lo que haya *pasao* en

tu casa. Tu adosado está de lujo y eso que dice la idiota esa son tonterías. ¡Ay virgen del amor! Porque no he *querío* dejarte en mal lugar a ti que si no iba esa a enterarse de quién es Alba Reyes.

—No, Alba. El caso es que tiene razón, ¿acaso tú te comprarías una casa en la que supieras que hubo un asesinato?

—¿Y por qué coño no? ¡Menuda gilipollez!

—Menuda boquita tienes, maja —bromeo.

—Uff, es que hay gente que me poneee... Pero bueno, ni caso. Anda, vamos a comer a mi casa que no hay nadie. Te voy a contar una cosa que me

ha *pasao* con mi moreno que te vas a *jartar* de reír.

—¿Y la parejita feliz?

—Luna está trabajando, así que no hay moros en la costa. Por cierto, ¿sabes que ya han puesto fecha de boda los tortolitos?

—¿Sí? ¿Para cuándo?

—¡Para dentro de dos años, virgen de la *caridá*! ¿Te lo *pués* creer?
—exclama mi amiga, muerta de la risa.

—¿Dos años? ¿Y van a estar esperando dos años para casarse?

—Esperando y preparando el bodorrio.

—¿Tanto hay que preparar?

—Claro que no prima, pero me dijo Luna que donde quieren celebrar el convite no había fecha antes. Virgen del amor, ¡¡anda que yo iba a esperar dos años *pa* casarme con mi cacho maromaco!!

—Vaya tela, y luego dicen que hoy en día la gente no se casa.

—Eso es mentira.

En el piso de Alba, mientras ella prepara unos macarrones para comer, yo cojo mi bolso y saco el papel en el que apunté la dirección de Lorena, la hija de Vanessa, y la de las hijas de Graciela. Me parece que Lorena no vive muy lejos de aquí, así que le pregunto a mi amiga si le suena la calle.

—¡*Sipote* pero si eso está a solo dos manzanas! —exclama como si yo debiera saberlo. Pongo los ojos en blanco y los brazos en jarras y mi amiga se carcajea y me guiña un ojo mientras meneas los macarrones.

Como esta tarde he quedado para ver un par de pisos con una de las inmobiliarias, pienso que debo aprovechar ahora que estoy cerca.

—Alba, ¿te importa si me acerco un momento mientras terminas de preparar la comida?

—Claro que no, pero, ¿qué es lo que hay en esa calle, chocho loco?

—La hija de una amiga — contesto, cogiendo ya mi bolso para

salir del piso mientras me río con ella. Con los años que la conozco y aún no me he acostumbrado a algunas expresiones de Alba.

Alba se queda pensativa y le digo que cuando vuelva, mientras comemos, le contaré de qué se trata. Salgo a la calle y sigo las indicaciones que me ha dado. Encuentro el patio y toco al timbre, algo nerviosa. Entiendo que me estoy presentando a la hora de comer, sin avisar ni nada, pero no puedo esperar a conocer a la hija de Vanessa. Sé que es muy importante para ella y yo quiero ayudarla en lo que pueda.

—¿Quién? —contesta una vocecita que más que de una joven adolescente parece de una niña.

—Hola, soy Andrea Palacios, una amiga de tu madre, ¿puedo subir?

La puerta del patio se abre sin que la joven diga nada más y yo entro en el patio, subo las escaleras pues la finca es antigua y no tiene ascensor y llego al tercer piso acalorada, sobrándome el abrigo y la bufanda. Una mujer de mediana edad me recibe con la puerta entrecerrada.

—¿Quién eres? —me pregunta desconfiada.

—Hola, soy Andrea, no sé si Vanessa le habrá hablado de mí.

—¿Vanessa?

—Sí, ¿no es su hija? Me dio esta

dirección porque le prometí que vendría a conocer a su hija Lorena y a ayudarla en lo que le hiciera falta.

—Lorena no necesita ayuda de desconocidos —me dice la mujer, iniciándose a cerrar la puerta. Meto el pie al ver las intenciones de la anciana y evito lo que se propone.

—No soy una desconocida para su madre, soy su amiga.

—Mi hija no tiene amigas.

—Claro que tiene, y yo soy una de ellas. ¿Quiere que le diga que su madre ha evitado que su hija tenga un chándal nuevo, una mochila para el instituto o cualquier cosa que pueda necesitar? ¿Eso es lo que quiere, que su

nieta no reciba ayuda solo porque usted, no sé por qué motivo, desconfía de mí?

—Porque estoy segura de que vienes de la cárcel, y allí no hay buena gente.

—Se equivoca, ¿o es que su hija no es buena? Porque yo creo que sí lo es y que lo que hizo, lo hizo por una buena causa como evitar que Lorena sufriera lo mismo que ella. Mire... —trago saliva porque me estoy quedando seca por los nervios. Como diría mi Alba, tengo los nervios nerviosos. —A mí se me acusó erróneamente y ahora estoy libre a la espera de juicio, pero soy inocente. Y en la cárcel hay muchas mujeres que han sido condenadas igualmente, o incluso algunas que sí son culpables pero que lo

que hicieron fue por salvarse, o por ayudar a otros... No somos mala gente, créame.

La puerta se abre y con una mano me indica que entre. Me dirige al comedor, donde una joven adolescente, morena de ojos oscuros como su madre, está sentada en la mesa esperando a su abuela para empezar a comer.

—Hola, soy Andrea, una amiga de tu madre —me presento.

La joven me mira con la misma desconfianza que la abuela y siento que me va a tocar repetirle lo mismo, pero entonces cambia la cara y acercándose a mí me da dos besos y se presenta.

—Yo soy Lorena. ¿Te ha pedido

ella que vengas a verme?

—No, bueno, en parte. Yo le dije que te quería conocer, que quería saber si necesitabas algo y ayudarte, y ella me dio tu dirección para que pudiera hacerlo. Perdóname por la hora en la que he venido pero es que estaba cerca y no he podido esperar a conocerte.

—No te preocupes por la hora, ¿quieres comer? Mi abuela siempre se pasa con la comida.

—No, gracias, me está esperando una amiga. Yo, solo quería verte y que me dijeras si necesitas algo para clase, ropa... no sé, lo que te haga falta.

—¿Me vas a comprar lo que yo quiera? —me pregunta, un tanto ilusionada.

—¡Niña! —la recrimina la abuela por su comportamiento.

—No se preocupe, es normal en los jóvenes. Lorena, me ha dicho tu madre que te hacía falta ropa, ¿te gustaría que quedáramos una tarde y nos vamos de compras?

—¡Síiii! —exclama, entusiasmada.

—Siempre que a tu abuela le parezca bien, claro —digo mirando a la matriarca de la familia, quien aunque sé que Lorena me da su autorización para que me lleve a su hija, ha de dar también

el visto bueno.

—Si es por el bien de la niña...

—asume la abuela.

Veo una mochila tirada en el suelo que tiene las correas peladas y la base agujereada. Esa será mi sorpresa el día que la recoja, llevarle una mochila para clase nueva.

—Bien, ¿tenéis algún teléfono donde poder llamaros para quedar?

—Solo tenemos un móvil y lo compartimos —dice la abuela. —Pero la verdad es que lo lleva más la niña que yo, que no sé muy bien usar esos aparatos.

La abuela debe tener unos

setenta años, y no parece que tenga ganas a esas alturas de aprender a usar los móviles.

Saco mi móvil y guardo en la agenda el número que Lorena me da y quedo con ella en que en breve la llamaré y quedaremos, si puede ser este mismo fin de semana que entra y si no la semana que viene, pero que no se preocupe que no me demoraré.

—Gracias —me dice la niña.

—De nada, cariño. Tu madre es una buena persona que me ha ayudado mucho cuando más lo necesitaba y yo no puedo hacer menos por ella.

Me despido de Lorena dejándola con una cara de orgullo hacia su madre

que no tenía cuando he llegado. Seguramente abuela y nieta, antes no entendían que en un sitio así se pudiera hacer el bien como Vanessa ha hecho conmigo y que eso la hace tener gente que la quiere, amigas que estarán ahí tanto dentro como fuera de la cárcel.

Cuando vuelvo al piso de Alba, le hablo de Vanessa, la amiga que ya le había mencionado por teléfono, y le explico lo que quiero hacer por su hija. También le hablo de Graciela y del resto de compañeras y noto como ella está alucinando. Seguramente nunca pensó que en la cárcel pudiera hacer amigas, pero es que hay que vivir esa situación para entender lo que es verse encerrada, el no tenerse más que unas a

otras, las une de tal manera que los días se concentran y cada uno de cárcel equivale por lo menos, como un mes de amistad fuera.

—Bueno, ahora cuéntame tú qué te ha pasado con tu moreno —la insto a que hable, pues sé que lo está deseando.

—Pues mira niña, te voy a contar. Parece que yo viva en un anuncio de estos de compresas, de esos en que vives feliz en las nubes entre saltitos y hay unicornios de color de rosa o no sé, virgen del amor. Bueno pues me he *pegao* una leche impresionante con mi cacho de moreno, no te puedes de creer. Tú sabes que a mí me gusta mucho la música de Ricky Martin, de la Pausini, de Melendi, mi estilo es más bien

clásicooo, un poquito de pop, pero bueno, yo tampoco le hago ascos a nada, también me gustan las baladas de Bon Jovi, de Aaron Smith y eso. Pero es que yo no me creía que me podía pasar esto, yo creo que el universo se tiene que estar cachondeando de mí, prima, pero bueno te voy a contar lo que me pasó. Resulta que va y me dice el polvazo que tiene mi moreno que me quería presentar a sus amigos porque quiere que lo nuestro vaya en serio y que bueno pues ya era hora de conocerlos y yo digo pues vale. Tú sabes que él tiene su estilo, yo sabía que le gustaba el heavy pero yo no pensaba que... yo no le veía un estilo así muy... Pues nos vamos a cenar y después de comernos bajo la luz de la

luna, resulta que me lleva a un local que no te puedes ni imaginar, menudo antro en el que me metió. Yo que entro y lo veo, bueno, yo que me veo el local ¿tú has visto la segunda parte de la película Isi Disi, esa del Santiago Segura y el Florentino Pérez? Pues lo mismo prima, yo me quería morrrrrrrir nena. Aquello parecía el puñetero infierno, digo dónde leches me ha *traído* a mí este, todos dando botes y gritando *Aaaaaaaaaahhhhhh*, y a mí me faltaba gritar “rata muertaaaaaa”. Allí todo el mundo pegando saltos con la música *aaaaaaaaahhhhhh*, *desmelenaos* con el chunda chunda. Y cuando me giro y me lo veo dando saltos con sus amigos, mira prima, yo me puse azul, amarilla,

verde y *colorá*, de tos los colores de las ceras de los chinos. Bueno pues yo con *tó* mi clase pensé en pegarme el piro y decirle que ahí te quedas, que ya nos vemos otro día. ¿Pero sabes qué? Pues que mi moreno ni se enteró, ¡¡ni se coscó!! Pero entonces lo vi dando saltos, con ese sudor recorriéndole esa tableta de chocolate y esos músculos, que ya se me olvidó *to*, volví y me puse como una loca a pegar saltos con él y ya no te puedo contar más porque me pegó un cacho de morreo que me borró la memoria y ya no te puedo ni contar porque me borró el chi. Y luego resulta que nos estamos ahí liando pimpon pimpon pimpon, y ahora a mí se me va la olla, y ya no sé ni dónde estaba, si en

un concierto de heavy, si de la Laura Pausini o en un concierto de Parchís. Yo empecé a ver esos ojos cómo le brillaban, cómo me enganchaba, cómo me apretaba, y yo ya me quería morir. *Asín* que ahora tengo un gran problema que yo no sé lo que va a pasar porque a él le gusta esa música de locos del papo pero es que como te pega esos besos, te agarra el culo de esa manera que puf, yo soy capaz de hacer el club de fans de Parchís de nuevo si es necesario por él, de *verdá*.

Me duele la mandíbula de tanto reír, desde luego mi amiga es auténtica y sé que por mucho que se queje, puede más lo mucho que le gusta ese morenazo que lo poco que le gusta lo heavy, y más

viendo cómo le brillan los ojos cuando habla de él. Me parto de risa con mi amiga y siento que me hace mucho bien estar con ella. Me alegro de que hoy David no me haya cogido el teléfono y que hayamos podido quedar nosotras y pasar el día juntas como hace tiempo que no hacíamos.

Después de comer vamos a ver un piso que está en la calle San Vicente, cerca de la plaza San Agustín. Me piden seiscientos euros pero por lo menos tiene dos habitaciones. Es una finca antigua pero tiene ascensor, y lo agradezco ya que es un octavo piso. Las paredes están desconchadas y huele mucho a humedad, pero la agente inmobiliaria insiste en que es por llevar

vacío tanto tiempo.

No me acaba de convencer así que le digo de ir a ver el otro. El segundo piso es un segundo sin ascensor, los cuartos de baño son de origen y solo de pensar en la paliza que me tengo que meter en limpiar los azulejos que están tan sucios que no se sabe ni qué dibujo hay debajo, me agobio. Con razón solo piden quinientos euros, para ser un piso de cuatro habitaciones. Aunque podría decirse que son solo tres, porque una de ellas es una habitación ciega que usaría como trastero. Pero no, no quiero vivir aquí y se lo hago saber a la comercial.

Salgo a la calle y me lio la bufanda. Estamos a mediados de febrero

y hace un frío que pela. Me despido de la comercial y me dirijo a otra inmobiliaria. Ahora mismo mi meta es encontrar piso y no pienso en nada más. Sé que mi padre no tardará en llamarme para saber cuándo voy a volver al trabajo pero estoy pensando en acudir al médico y pedirle la baja por depresión porque aunque no me encuentre triste, creo que algo me pasa. ¿O es normal no saber qué hacer con mi vida?

Consigo ver un par de pisos más, pero como en esta época se hace de noche muy pronto y todo lo que hay disponible por el centro son pisos viejos, sin apenas luz no puedo verlos bien y no me molesto en quedar para

volver a verlos al día siguiente por la mañana. Simplemente, desesperanzada, digo un “No es lo que busco”, y me despido.

Mi adosado ya está en seis inmobiliarias, y aunque en una de las que he entrado por la tarde también me han reconocido y al igual que esta mañana, me han aconsejado que no ponga un precio demasiado alto, por lo menos esta vez me han tratado con educación y respeto. Me temo que si quiero vender mi casa voy a tener que hacerlo por lo que me queda de hipoteca porque pedir más será no venderlo en mucho tiempo, y necesito comprarme otra cosa. Sobre todo ahora que veo lo que me va a costar encontrar un piso de

alquiler.

—Mi móvil suena y veo que es David.

—¿Cómo no me llamaste ayer para decirme que estabas fuera? —me pregunta, sin ni siquiera saludar primero.

—David, ayer no estaba como para hablar con amigos. Aunque pienses que debería estar feliz por haber salido de la cárcel, me va a costar mucho hacerme a mi nueva vida. Te he llamado esta mañana en cuanto me he levantado pero no me has cogido el teléfono, luego he quedado con Alba y me he olvidado de ti, lo siento.

—¿Qué lo sientes? Vaya, ¡qué

bonito! Además, ¿a qué te refieres con tu nueva vida? Andrea, no ha cambiado nada. Tienes que seguir trabajando en el conservatorio, tienes que venir esta noche al ensayo de la banda y...

—¡David! —le grito —Deja de organizar mi vida, no pienso ir esta noche al ensayo y claro que ha cambiado todo. Para empezar, no soy capaz ni de dormir en mi cama, todo el mundo me va a mirar juzgándome y necesito prepararme para eso.

—Nadie te va a mirar de ninguna manera porque nadie te cree culpable.

—Eso es lo que tú crees, pero yo no tengo ganas de enfrentarme al mundo todavía.

—Andrea, quiero verte, seguro que si hablamos...

—Mañana te llamo —digo, sabiendo que al día siguiente mi compañero no tiene clases que dar en el conservatorio.

—¿Mañana? ¿Por qué no quedamos esta noche?

—Porque tienes que ir al ensayo de la banda y yo... necesito estar sola —miento, lo que necesito es estar con Rubén, porque solo con él me siento a gusto.

—No te hace bien estar sola.

—David, déjame en paz, por favor —y le cuelgo.

—¿Qué le pasa? —me pregunta Alba, que se ha dado cuenta de que era David con quien hablaba.

—No entiende que esté desubicada, que mi vida ya no vaya a ser como antes de entrar en la cárcel.

—Prima, no se lo tengas en cuenta. David depende mucho de ti y te ha echado mucho de menos, por eso está que se muerde las uñas por volver a verte.

—Solo le he dicho que es muy pronto para ir al ensayo de la banda, creo que es normal, ¿no?

—Claro que sí, niña. Escúchame prima, esta noche voy yo a hablar con él y le voy a decir que te deje un poco

tranquilita, ¿vale?

—Gracias, Alba.

Imagino que el mosqueo de mi amigo en este momento debe de ser monumental pero me da igual. Si él no me entiende o no quiere entenderme no es mi problema, así que ya se le pasará. Espero que Alba hable con él y consiga hacerle entender cómo me siento, si no es así, dos problemas tiene.

Después de ver un último piso de alquiler y darme cuenta de que tampoco es lo que quiero, decido volver al hotel. Es tarde y estoy cansada, así que mando un whatsapp a Rubén diciéndole que me gustaría verlo esta noche y me dirijo a mi momentánea

casa. Me despido de Alba con un fuerte abrazo y le susurro que siga adelante con su moreno, que estoy segura de que les irá bien y que me muero por conocerle.

—Pues eso está hecho, chiquilla, ¿no he *conocío* yo a los cabestros de sus amigos? Pues ahora le toca a él conocer a mi prima.

Para cuando llego a la habitación del hotel, Rubén todavía no ha visto mi mensaje, así que pienso que estará trabajando y me meto en la ducha. Por fin una ducha sin tener que compartir espacio ni que me atormenten los recuerdos.

Me tumbo en la cama y llamo a Rubén. Que no vea mi whatsapp está empezando a impacientarme, así que marco su número sin pensar si es buen momento o no.

—Andrea, ahora no puedo hablar —me dice en cuanto descuelga.

—Solo quería decirte que estoy en el hotel y... que me gustaría que vinieras —digo, preocupada por un sospechoso ruido de muebles que estoy escuchando de fondo.

—¿Quién es? ¿Es esa puta por la que me quieres dejar? —escucho a lo lejos.

— Rubén, ¿dónde estás? —pregunto cada vez más agobiada.

—Andrea, no es buen momento
—y me cuelga.

Me quedo con el móvil en la mano y con las lágrimas brotando de mis ojos sin pedir permiso. Es la primera vez que me siento así y es muy desagradable. No puedo dejar de pensar en qué estará pasando en casa de mi inspector, qué estará haciendo Rubén, si su mujer será capaz de darle lo que lleva tanto tiempo negándose a dar solo con tal de no perder a su marido y si Rubén lo aceptará, puesto que es la mujer que en su día deseó y con la que dejó de tener relaciones sexuales porque ella no quería, no él.

Me retuerzo en la cama, me

desespero, miro mi móvil una y otra vez, por si se ha silenciado sin darme cuenta y he podido recibir una llamada o mensaje suyo sin enterarme. Pero no, todo está como hace una hora, y de dos, y no sé ya cuánto tiempo ha pasado.

Cuando estoy a punto de dormirme escucho golpes en la puerta y me levanto sobresaltada. Abro con cuidado. Nadie, a excepción de Rubén y de Alba, sabe donde me hospedo, pero aun así no puedo evitar sentir miedo.

Rubén tiene la cara desencajada. Entra como un huracán, me coge en brazos y me besa agarrándome mi pelirroja melena con las dos manos. Yo hago lo mismo pero no puedo evitar, mientras le beso, que salgan lágrimas de

mis ojos.

—Andi, ¿qué ocurre? —me pregunta asustado.

—Yo... temí que no vinieras —sollozo.

—Eso nunca, mi amor. Me dijiste que querías que viniera, ¿cómo no iba a hacerlo?

—Escuché a tu mujer llamarme puta, pensé que te daría lo que necesitas y te olvidarías de mí.

—¿Por qué? ¿No sabes cuánto significas para mí? Andrea, yo te necesito a ti.

—Yo no soy tu mujer ideal —lloro, pensando en que de haberme

conocido en mi hábitat habitual no se habría fijado en mí.

—Eres todo cuanto deseo en una mujer, eres mí mujer.

—No, tu mujer es Nieves.

Me lleva a la cama y me tumba, colocándose él a mi lado. Me acaricia el pelo y con su dedo índice me quita una lágrima que cae por mi mejilla.

—Andrea, mi Andi... Esta mañana cuando llegué a mi casa para cambiarme de ropa e ir a trabajar, Nieves me estaba esperando con los brazos en jarras. Es la primera vez desde que estamos casados que he pasado una noche fuera, me estuvo llamando y no le cogí el teléfono ni la

avisé. Entiendo que tenía toda la razón para enfadarse, y se la he dado, pero le he dicho que no la soporto más y que me quiero divorciar de ella.

Le miro expectante, quiero que me cuente más, saber si lo ha amenazado con suicidarse de nuevo o qué otra estratagema habrá inventado esta vez para mantener a un marido con el que solo comparte techo a su lado.

—Le he hablado de ti. Le he contado que he conocido a una mujer que me vuelve loco, que no solo me da lo que necesito, sino que me da más, sin que yo se lo pida, y que quiero darle todo lo que se merece, porque se lo merece todo—. Trago saliva con el corazón a mil porque no puedo creer que

haya sido capaz de decirle todo eso, ¿de verdad piensa eso de mí? —Imagínate cómo se ha puesto. Ha empezado a chillar y a amenazarme con lo de siempre, a humillarme psicológicamente diciéndome que solo me quieres para follarme y que cuando te canses de mí no tendré nada, que sin embargo ella estará siempre a mi lado y que le estoy faltando a Dios si hago lo que pretendo. La he ignorado y me he ido a trabajar, eso sí, avisándola de que cuando volviera esta tarde recogería mis cosas y me largaría de su lado. Cuando he llegado... —para y traga saliva, esta vez él. No puedo ni imaginar qué me va a contar a continuación. —la casa... la casa estaba patas arriba. Se ha vuelto

loca, ha empezado a romper figuras, a resquebrajar los muebles, a rajar cojines llenándolo todo de algodón y plumas... Mi casa era un caos.

—Esa mujer está de psicólogo —opino.

—Sí, y por eso necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —mi sorpresa es evidente.

—Sí, preciosa. Necesito que me des tiempo para llevarla a un psicólogo que la haga entender que lo nuestro terminó hace mucho, que la ayude a afrontar que no pasa nada porque nos divorciemos, para no sentirme culpable por lo que estoy a punto de hacer ni de

las posibles consecuencias que pueda acarrear.

—Lo que faltaba, ¿y ella ha accedido a ir a un psicólogo? —pregunto extrañada porque normalmente los que están mal no lo suelen reconocer.

—No. Cuando me has llamado me estaba tirando los trastos a la cabeza pero al final he conseguido calmarla y le he prometido que iríamos a un consejero matrimonial.

—¿Quéee? —pregunto, incorporándome en la cama indignada.

—Cariño, es mentira. Cuando ella crea que está yendo a un consejero para solucionar nuestros problemas, en

realidad la estaré llevando al psicólogo para que le ayude a aceptar nuestra ruptura.

—Joder, Rubén, tu mujer me pone de los nervios. No la conozco y la odio con todas mis fuerzas.

—Lo imagino, mi vida. Yo no la odio porque eso significaría que todavía me hace sentir algo. Pero te puedo asegurar que no siento nada por ella desde hace mucho, y conocerte a ti ha sido el detonante para hacer lo que hace mucho tiempo debía haber hecho pero que por miedo no me atrevía a hacer.

—No me fío ni un pelo de ella, ¿y si en el fondo está fingiendo?

—Sea lo que sea, tendrá que

aceptar que nunca más estará conmigo. Y ahora, ¿podemos dejar de hablar de Nieves y disfrutar el uno del otro como estoy deseando hacer desde que he entrado? Feliz día de San Valentín mi amor.

—¿Cómoo? —pregunto extrañada, pues no sé ni en el día en que vivo.

—Siento no haber podido disfrutar este día contigo, y más haber venido tan tarde, pero quiero que sepas que te amo y que he estado todo el día pensando en ti. Te recompensaré —dice, besando mi cuello de manera que con su incipiente barba, me hace estremecer.

—Oh, Rubén, yo te quiero

tanto... —me giro y lo abrazo fuerte, sintiendo su cálido pecho sobre mi cuerpo como si temiera volver a separarme de él.

Me vuelvo a tumbar a su lado y abro las piernas sugerente. Me mira y sonrío, y entonces le miro yo como sé que le pone a cien, con los ojos ardientes de deseo, con la cara encendida por la pasión, con la boca ansiosa por tener su lengua dentro. Y volvemos a hacernos el amor despacio, porque tenemos toda la noche, porque no tenemos prisa y queremos saborear cada centímetro del cuerpo del otro.

Al día siguiente me llama mi padre a primera hora de la mañana.

—¿Cuándo piensas volver al conservatorio? —ese es su saludo.

—Hola papá, ¿qué tal estás? Yo jodida, ¿y tú?

—Hija, no me vengas con excusas porque yo ya te he excusado bastante con la directora del centro y creo que no hay motivo como para que no acudas al trabajo. ¿Quieres hacer que me arrepienta de haber pagado tu fianza?

Lo mato, de verdad que a mí me meten un día de nuevo en la cárcel por parricidio.

—Papá, necesito poner orden en mi vida, y para eso primero he de encontrar un piso en el que vivir.

—¿Qué pasa con tu casa?

—No puedo dormir en la cama donde asesinaron a mi amigo. No soporto estar allí. He puesto el adosado en venta, pero mientras he de vivir de alquiler en algún sitio y todavía no he encontrado ninguno que me interese.

—Andrea, el lunes, te doy hasta el lunes para que vuelvas al trabajo.

—¿O qué? —pregunto encarándome a un padre que se cree que todavía soy una niña pequeña.

No contesta. Sabe que no puede hacer nada, ya no soy una chiquilla a

quien tiene que decirle lo que tiene que hacer y lo que no.

—Andrea, es por tu bien. Comprende que tienes un trabajo que has de conservar.

—Aprobé una oposición, voy a ir al médico a pedir la baja, no me pueden echar.

—¿La baja por qué? ¿Estás enferma?

—De momento voy a pedir la baja por depresión.

—¡Venga ya, hija! —exclama mi padre, dándome a entender que no cree que tenga motivos para pedirla.

—¡Qué pena que no puedas

ponerte en mi lugar y entender por lo que estoy pasando, papá! No puedo volver al trabajo sin esperar que todos me miren preguntándose si seré una asesina o no, mirándome por encima del hombro porque he estado en prisión... Yo no sé cuándo podré volver al conservatorio, la verdad.

—Hija, no pensé que estuvieras tan afectada, como siempre has sido tan fuerte y has vivido la vida como si nada te importara... —ahora parece que esté arrepentido por no haberse dado cuenta de mi estado de ánimo.

—Si hablaras más conmigo, si me preguntaras cómo estoy en lugar de decirme lo que tengo que hacer constantemente, quizás entonces sabrías

qué me pasa.

—Lo siento, cariño. En cuanto tenga un rato pasaré a verte y hablamos. Hazme saber dónde vas a vivir cuando estés instalada.

—Claro —y cuelgo. Eso quiere decir que ese rato no será dentro de poco, puesto que le estoy diciendo que no encuentro piso y no piensa verme antes de que lo haga.

No he hecho más que dejar el móvil en la mesita de noche para meterme en la ducha cuando vuelve a sonar. No reconozco el número.

—Buenos días, ¿Andrea Palacios?

—Sí, soy yo.

—Hola, Andrea, soy Soraya García, de la Inmobiliaria Valenpisos. Te llamaba porque me acaba de entrar un piso en alquiler que está muy bien, por si estás interesada en ir a verlo. Es un segundo sin ascensor pero el pisito está todo reformado y por lo que tengo apuntado, lo buscas cerca del conservatorio de Música y este está en el barrio del Carmen.

—¿Reformado? Genial. ¿Cuándo puedo verlo?

—Pues en cuanto puedas tú porque es un piso muy baratito que nos van a quitar de las manos como no te des prisa.

—Vale, si me dices la dirección

exacta, en una hora puedo estar ahí.

Después de quedar con Soraya, llamo a David, tal como le prometí ayer, a pesar de que no tengo ganas de que empiece a agobiarme con que siga con mi vida como si no hubiera pasado nada, ya que se pone más pesado que mi padre. Sé que si no lo hago será peor, porque además de atosigarme con sus rollos, lo tendré de morros y eso tampoco es lo que quiero. ¡Ya bastante tengo en este momento como para añadir amigos enfadados!

Una hora después estoy con David en la puerta de un pub llamado Quiero Bailar Contigo, donde he quedado con Soraya García para ver el piso del propietario del pub, que está

justo encima. Por lo visto toda la finca es suya y él alquila los pisos a bajo coste para la gente que no se puede permitir alquileres más elevados. Veo llegar a la mujer que me atendió el día antes en la inmobiliaria Valenpisos, acompañada de un hombre moreno que parece latino. Soraya es la agente comercial que me recomendó poner mi adosado a un precio no demasiado elevado, pero su empatía no me hizo sentir tan mal como la anterior. Más bien me hizo comprender la gravedad de la situación y me dijo que me ayudaría cuanto pudiera.

—Buenos días, Andrea, te presento a Alejandro Quesada, él es el propietario del piso que vas a ver. Es

que como apenas me acaba de entrar, aún no me había dado las llaves.

—Buenos días —saludo al propietario, dándole un par de besos. No puedo pasar desapercibida una mirada de perplejidad en el rostro del morenazo. —Él es mi amigo David.

Subimos las escaleras hasta el segundo y Alejandro abre la puerta del piso, haciéndome entrar a un pequeño recibidor con una ventanita que da a un patio de luces pero que le da una claridad nada más entrar que se agradece. La primera impresión ha sido buena, le miro y veo que frunce el ceño y empiezo a preocuparme.

Alejandro me va enseñando el

pequeño apartamento de dos habitaciones y David me acompaña poniendo caras. Desde luego, mi amigo no puede entender que vaya a cambiar mi tranquilo adosado por un viejo piso en pleno centro y zona de pubs de Valencia.

El piso está reformado con mucho gusto, las paredes son lisas y la cocina, pese a ser pequeña, es muy acogedora. Además, tiene una mesa desplegable pegada a la pared con un par de taburetes, ideal para una comida o cena rápida en la cocina. Cuando termino de verlo, Soraya me recomienda que le dé otra vuelta y mientras lo hago, la escucho hablar con el propietario.

—Soraya, sabes que alquilo mis

pisos a gente sin recursos, no me dijiste que me ibas a traer a la hija de Andrés Palacios.

—La chica ayer vino a la inmobiliaria desesperada porque no encuentra nada económico, pensé que a pesar de ser quien es, no le sobra el dinero. Además, después de lo que ha pasado, la cárcel... He pensado en ella en cuanto me has llamado esta mañana.

—Soy como cualquier persona —digo, interrumpiendo la conversación que tienen sobre mí—. Ahora mismo estoy pagando una burrada de hipoteca y hasta que venda mi casa no puedo permitirme pagar un alquiler elevado. Mis padres no me ayudan en nada, aunque no lo creas —le digo al

propietario, directamente.

—En ese caso, si te gusta el piso, es tuyo —me dice, algo avergonzado por haber pensado de mí a la ligera.

—Entiendo que pienses que siendo mis padres famosos adinerados yo tenga que tener la misma fortuna, pero me independicé muy joven y me he negado a que me mantengan. Ya sin hacerlo mi padre pretende controlar mi vida, contra más si me beneficiara de alguna manera. No es que diga que me falte el dinero, pero no sé lo que tardaré en vender mi casa y poder comprarme otra cosa así es que...

—Lo siento, no necesitas

explicarme nada, te entiendo perfectamente —me dice Alejandro.

—No lo sientas, no importa. ¡Me encanta tu piso!

—¡Andrea! —exclama David, que me ve lanzada a alquilar. — Deberías pensarlo un poco más.

—No, lo tengo claro. Lo quiero —digo, sonriendo a mi futuro casero.

—Bien, pues vamos a formalizar gastos y demás en la inmobiliaria, si os parece bien —dice Soraya.

Por la tarde, ya he firmado el contrato de alquiler, me han dado las llaves, he pagado la cuenta del hotel y he llevado mis maletas al piso de Alejandro Quesada, todo eso sin dejar

de escuchar a David, que parece una mosca cojonera detrás de mi oreja, reprochándome que me vaya de mi casa, que sea tan débil como para no afrontar la vida, y que baje de nivel de esa manera.

—David, déjame en paz o tendré que pasar de ti.

—¿Pasar de mí? ¿A qué te refieres?

—Pues que si quieres seguir siendo mi amigo, déjame respirar.

—¿Acaso no te dejo?

—No, me estás asfixiando desde que... desde que... —no sé si decirle desde que he salido de la cárcel o desde

que entré más bien, porque lo cierto es que está raro desde entonces.

—Vale, muy bien. Espero que no tengas que arrepentirte de haber vendido tu casa —dice, saliendo de mi nuevo piso.

Estoy deseando que venga Rubén y lo vea, es lo mejor que podía haber esperado encontrar: reformado, amueblado, barato y cerca del trabajo al que aunque aún no estoy preparada para ir, tarde o temprano tendré que hacerlo y me vendrá de lujo. Para hacer tiempo, decido ir al supermercado para poder llenar la nevera y así esta noche prepararle una cena casera a mi chico.

“Mi chico”, ni siquiera me siento

con el derecho a pronunciar esas palabras en mi mente, sabiendo que tiene una mujer que lleva una alianza en su dedo que demuestra que es de todo menos mío.

Cuando he llamado a Rubén a mediodía para contarle que tengo un sitio en el que vivir hasta que venda mi casa y pueda comprarme algo, me ha dicho que esta noche me traerá mi Ferrari. Ayer le di las llaves del adosado y del coche para que fuera a por él cuando pudiera y hoy ha quedado con su amigo Lorenzo para poder ir y volver con su Ssangyong y mi Ferrari. Lo cierto es que no sé dónde voy a dejar el coche, porque en pleno Carmen es imposible aparcar, pero aunque lo tenga

que dejar en la zona de la alameda, que me queda un poco retirado, prefiero tenerlo a mano por si en algún momento determinado me hace falta, a que esté en mi adosado muriéndose de la risa.

Cuando llega la noche y aparece Rubén por mi nuevo hogar, todas las preocupaciones desaparecen. Por supuesto, le encanta el piso, pero sobre todo le gusta que tengamos un sitio cálido donde poder estar juntos, sin preocupaciones de horarios ni de tener que salir a por comida porque no hay una cocina con una nevera provista de lo necesario.

—El lunes he pedido cita con mi médico, le voy a pedir la baja —le digo, mientras cenamos la primera comida

casera que le he preparado a mi policía favorito, salmón con berenjenas en tempura y una ensalada completa.

—Me gustaría poder ayudarte a sentirte mejor —me dice, dolido por no poder hacer más.

—Y a mí poder ayudarte a ti.

—¿A mí?

—Claro, tú también estás deprimido, aunque no lo creas.

—No, yo lo que tengo es que soltar el lastre que no me deja vivir. Pero en cuanto lo haga, mi vida cambiará por completo.

—¿Y a qué esperas?

—Andrea, no volvamos a hablar

de lo mismo, por favor.

—Ya, pero es que no entiendo por qué le tienes tanto respeto a una mujer que te amarga la existencia.

—Cariño... se me ocurre una cosa para que olvides a Nieves y te des cuenta de que mi intención es buena.

—Dime —le incito, impaciente por saber qué ha pensado hacer.

— ¿Te gustaría mañana ir a comer a casa de mis padres? ¿Quieres conocerles? Podría contarles que voy a dejar a Nieves por ti y...

—No, de eso nada. ¿Te has vuelto loco? ¡Así no se hacen las cosas!

—¿Cómo te parece a ti que debo

hacerlo?

—Primero deberías hablarles del problema que tienes con ella, lo que llevas años pasando, sin mencionarme a mí para nada. ¿No te das cuenta de que de lo contrario pareceré yo la causante de tu ruptura y seré la mala en tu familia?

—¿Qué mala? No hay buenos ni malos en esto.

—Además, nada menos que yo, una mujer que he salido en las noticias, que he estado en la cárcel...

—¿Y qué pasa con eso?

—Nada, no pasa nada —me levanto de la mesa nerviosa porque no se dé cuenta de que es una mala idea

llevarme ante su familia tan pronto. —
¡Y de paso les contamos que nos
enamoramamos cuando viniste a detenerme
para llevarme a comisaría!

—Andrea, por favor, solo quería
que vieras que mi intención es estar
contigo.

Intento calmarme, pero de
momento no puedo. Me pongo a fregar
los platos y noto unas manos que pasan
por mi cintura y unos labios que
acarician mi cuello.

—Mi vida, no pretendía que te
pusieras así. Solo quiero que sepas que
me voy a divorciar de Nieves, pero
supongo que tienes razón respecto a mi
familia. Debería ir contando las cosas

paso a paso.

Me giro y le rodeo con mis brazos. No puedo estar enfadada con él y mucho menos por esta tontería. Ni siquiera sé por qué me he puesto como lo he hecho. Le beso y me abrazo a él aferrándome a su cuerpo, pues solo así me siento segura.

Sus labios empiezan a devorarme la boca desesperados y yo me dejo hacer, dichosa porque este hombre rubio, alto, guapo, me desea con locura, casi tanto o más de lo que lo deseo yo a él.

—Tus ojos... —me dice— ese azul cielo me tiene hipnotizado, esa forma de arder cuando me miran me

embriaga, me fascina...

Le quito la camiseta y acaricio su musculoso pecho, enredando mis dedos entre su escaso vello. Rubén me coge en brazos y me sienta en el mármol y yo emito un pequeño gritito puesto que está frío. Como el piso tiene calefacción, apenas llevo una batita encima de la ropa interior, así que mis muslos desnudos han quedado sobre la bancada de la cocina. Mi inspector aparta un poco el tanga e introduce un dedo en mi húmeda vagina y me mira con picardía al darse cuenta de lo expuesta que estoy para él. Debo de ser tan distinta a su exmujer que todavía se sorprende cada vez que me toca. Intento quitarme de la cabeza a esa mujer a

quien no he visto en mi vida y que tanto aborrezco y paso la lengua por la oreja de Rubén. Noto como su cuerpo se estremece y me encanta.

—Oh, mi Andi...

Se desabrocha el pantalón, se lo bajo con premura, y saco su miembro; lo acaricio y le doy una palmadita en el trasero, haciendo que frunza un lado de la cara con una medio sonrisa. Entonces me penetra con tal fuerza que tengo que agarrarme al filo del mármol para no caer. Él me ha cogido de las nalgas, las aprieta y me excita, al tiempo en que me embiste una y otra vez, rozando mi clítoris contra su pubis, hasta que me corro y me baja al suelo, me da la vuelta y me vuelve a embestir, colocando mis

manos de nuevo sobre la bancada, pero esta vez dándole la espalda a mi chico.

Media hora después, estamos recién duchados, en mi nueva cama, relajados.

Pasamos el fin de semana juntos. El móvil de Rubén suena constantemente. Nieves no acepta que su marido no esté en casa y yo le pregunto cómo se va a creer que van a ir a un consejero matrimonial si él no pone de su parte.

—Francamente, me da igual. Si tengo un par de días libres, prefiero pasarlos contigo que estar preguntándome si se creerá lo del

consejero o no.

—Que tengas libre no sé si me alegra —digo, a punto de soltar una carcajada que delatará que estoy hablando en broma.

—¿Por qué no? —me pregunta sin darse cuenta de que no hablo en serio.

—Pues porque considero que hasta que cierres mi caso no deberías estar perdiendo el tiempo. ¿Acaso has conseguido alguna pista más desde que salí de la cárcel?

—¡Pero si saliste hace tres días! —exclama, y al darse cuenta de la sonrisa en mi rostro, se lanza sobre mí y empieza a hacerme cosquillas. —¡Con

que esas tenemos, ¿eh?! No puedo tomarme un descanso hasta que la señorita esté libre de culpa. ¿Acaso te preocupa aún tu futuro? Pues nena, olvídate de que vayas a volver a prisión, porque este hombre que tienes delante no lo piensa consentir.

Me retuerzo por las cosquillas e intento tranquilizarme, por la parte que me toca, pues aunque hablara en broma, no dejo de pensar que sigue la posibilidad de que un jurado me declare culpable y tenga que volver a estar encarcelada.

El domingo, tumbados en el sofá bien pegaditos mientras vemos una película, me susurra al oído:

—Me sorprende que no hayas querido salir de fiesta.

—¿Por qué?

—Creía que te gustaba divertirme, ya sabes...

—Y me gusta, pero también me gusta mucho estar contigo.

—Me sorprende.

—¿El qué, que me guste estar contigo?

—No, que no hayas preferido salir con tus amigos.

—Rubén, has cambiado mi vida. No he pensado en salir no solo porque todavía no me encuentre con ánimos de enfrentarme al mundo, sino porque me

apetece más estar contigo aquí, tirada
junto a tu cuerpo, tranquila, besándote,
tocándote...

—¿Amándome?

—Amándote —contesto,
metiendo las manos por debajo de su
camiseta para quitarle lo que me
empieza a estorbar.

El lunes, después de ir al médico y conseguir la baja por depresión, me paso por el conservatorio para entregársela a la directora. Sé que no tengo más remedio que dar la cara, y prefiero hacerlo antes de que me llamen preguntándome por qué no lo he hecho antes. La directora se muestra muy amable conmigo, pese al miedo que me había metido mi padre puesto que pensaba que debía estar muy enfadada por mi ausencia. Comprende lo que me está pasando y me dice que esté tranquila, y que no piense en volver hasta que me encuentre bien. Han contratado a un profesor sustituto que perderá su trabajo en cuanto me

incorpore así que me siento tranquila porque sé que mi baja al menos beneficia a alguien.

Por la noche, Rubén me habla de su familia por primera vez. Es increíble cómo la situación que hemos vivido estas últimas semanas haya hecho que nuestros encuentros se limitaran a relaciones sexuales o a hablar de mi caso o de cuanto me rodea a mí pero, ¿qué pasa con mi inspector?

Me cuenta que sus padres se llaman Carlos y Encarna, que tienen setenta y sesenta y seis años respectivamente y que tiene dos hermanos, Carlos y Jorge. Carlos, el mayor, tiene treinta y siete años y está casado con Loles, compañera de colegio

de Nieves y a quien está seguro que más le costará llevar su separación. Tiene dos hijos, otro Carlos, por no perder la tradición del primogénito, y David, de cinco y dos años respectivamente. Su hermano Jorge tiene treinta y tres años y está separado. Tiene una hija, Laura, de cinco años y desde que se separó no quiere saber nada de mujeres. Más bien se lía con ellas para calmar su apetito sexual pero nada más. Rubén pelea mucho con él porque no está de acuerdo en cómo las trata pero Jorge no le hace caso. Según él su exmujer le hizo sufrir tanto que ha aborrecido las relaciones y se piensa que eso le da derecho a acostarse con una mujer y pasar de ella.

—Me preocupa tu cuñada —

opino.

—¿Loles? De ella me encargo yo, no quiero que tú te preocupes por nada, que ya bastante tienes.

—Lo sé, y sé que no se puede gustar a todo el mundo pero... que ya de entrada sepa que tu cuñada y tu mujer son amigas, no es que me tranquilice mucho.

—Tendrá que aceptarlo, a mí ella me da igual.

Acordamos de mutuo acuerdo, aunque no sin que nos pese, que el resto de la semana no nos vamos a ver porque el viernes ha pedido cita con el psicólogo y tiene que hacer creer a Nieves que van a solucionar sus

problemas y claro, no sería creíble si estuviera todos los días en mi casa. Hablaremos por teléfono, por whatsapp, pero no vernos es un sacrificio que tenemos que pasar para que Rubén deje a su mujer sin remordimientos de conciencia ni miedo a que haga alguna locura, así que habrá que aguantar.

Lo que tengo muy claro es que esta semana va a ser larguíiiiiiiiiiiiiisima.

Hablamos todos los días tres o cuatro veces. No le veo pero creo que estoy contándole más cosas que cuando estamos juntos. Poco a poco yo me voy soltando también a hablarle de mi familia y sé que él ya no piensa que soy

una niña caprichosa que lo ha tenido todo en la vida. Es cierto que siempre tuve todo lo material, pero no criarme con mis padres me ha afectado como a cualquier persona que le hubiera pasado lo mismo. Ya se ha dado cuenta de mi faceta por dar gusto a las personas y le sorprende que sea tan espléndida, porque según él, las personas cuanto más tienen menos dan. A mí no me preocupa tener menos dinero si con ello hago feliz a alguien, y eso me recuerda que tengo a una adolescente esperando que la llame.

Cojo el teléfono y llamo a Lorena esperando que sea ella quien lo coja y no la abuela.

—Lorena, soy Andrea, ¿te

acuerdas de mí?

—¡Claro! —exclama la niña, feliz porque sabe para qué la llamo.

—¿Cómo estás? ¿Y tu abuela?

—Bien, gracias.

—¿Te gustaría que quedáramos mañana cuando salgas del instituto? Podría recogerte, comemos juntas por ahí y luego nos vamos de compras.

—Me encantaría, pero tengo que pedirle permiso a mi abuela.

—Claro, ¿quieres pasármela y yo hablo con ella?

Lorena me pasa a la abuela y noto que ya no está tan reticente como el día que la conocí. No sé si habrá

hablado con su hija o si se habrá dado cuenta de que solo quiero ayudarlas, pero la verdad es que agradezco la amabilidad que esta vez me brinda.

Por la noche, me sorprende el whatsapp de David preguntándome si estoy en casa. Son más de las once y media y debe de haber terminado el ensayo en este momento, ¿qué querrá a estas horas? Como no le quiero mentir, y además no sería normal que no estuviese, le contesto que sí y acto seguido me escribe: “Vale, voy a verte”.

Me dan ganas de contestarle que no son horas de hacer visitas pero es mi amigo y me sabe mal. Me levanto de la cama, me pongo un sujetador y enciendo la televisión, a la espera de que llegue.

Tarda tan solo diez minutos en aparecer, lo cual me hace deducir que estaba cerca.

—¡No te puedes creer lo que ha pasado hoy en el ensayo! —exclama, irritado.

Me quedo mirándolo expectante sin apetecerme preguntar, ¿en serio quiero saberlo?

—Silvia se ha encargado de ir pregonando por ahí que con el dinero que tienes has debido pagar a alguien para que asesine a sangre fría a tres personas, solo para que la policía se crea que se trata de un asesino en serie y se te exculpe a ti. Yo he tenido que recordarle que te han sacado de la

cárcel porque se ha podido demostrar que quien le abrió la cabeza a Nacho debía de tener una fuerza que tú no tienes y me ha ignorado como una zorra. Y lo más fuerte de todo, está convenciendo a los músicos de que eres inestable emocionalmente, que tener unos padres famosos que no te han criado te ha hecho ser una persona egocéntrica, excéntrica y desequilibrada y que está segura de que algún cable se te cruzó con Nacho y que por eso lo mataste, además de que como eres una drogadicta seguramente tomaras algo que te aumentara la fuerza para cometer el crimen. Urrgghh, estoy que muerdo, ¡no te imaginas lo enfadado que estoy!

Bostezo.

—¿No dices nada? ¿Solo una muestra de sueño? Por el amor de Dios, ¡Andrea! —se dirige a mí, me coge de los hombros y me zarandea para que reaccione a lo que me acaba de contar.

—Preferiría que no me hubieras contado nada de esto —le digo, sentándome tranquilamente en el sofá.

—¿Cómo? ¿Qué actitud es esta?

—¿Te das cuenta de que esto hace que todavía tenga menos ganas de volver a los ensayos?

—Entonces, ¿preferirías ir sin saber lo que está pasando?

—Lo que me cuentas es fácil de imaginar tratándose de Silvia y

francamente, me da igual lo que diga de mí. Lo único que me puede afectar es lo que piensen los demás, si la creen... bueno, si la creen es porque no me conocen como yo creía.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo?

—David, no son horas de ponerse a discutir por cosas con las que no se puede hacer nada.

—Me parece increíble que digas eso.

—No entiendo por qué. Son las doce, estaba ya en la cama cuando me has mandado el whatsapp y vienes a calentarme la sangre y a hacer que me sienta impotente porque no puedo callarle la boca a esa malnacida. ¿Qué

quieres que te diga? Pues que te vayas a descansar porque yo lo que quiero es hacer lo mismo y mañana otro día será.

—¿Me estás echando? ¿Encima que he venido a avisarte de lo que pasa en la banda? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—David, agradezco que me defiendas siempre que esa arpía me insulte o ponga en duda mi inocencia, pero ni son horas de hacer visitas ni tengo ganas de cháchara ahora mismo, así que por favor, vete.

—Me echas —dice, poniéndose una mano en la barbilla sin creérselo. — Así me agradeces lo que he hecho por ti.

—¿Qué quieres, quedarte a

dormir? Ahí tienes el sofá, —digo levantándome de él— puedes quedarte, pero yo me voy a la cama.

—No te preocupes, no quiero molestarte más —dice de malos modos, dirigiéndose hacia la salida.

Lo acompaño hasta la puerta y una vez allí le digo que ya le llamaré y le vuelvo a dar las gracias por defenderme. No dice nada, ni siquiera me mira, y sale del piso.

Antes de irme a dormir, le mando un whatsapp a Alba: “*q ha pasado en el ensayo q David ha venido a mi casa como loco?*”

Alba no tarda ni un minuto en contestar: “*No te preocupes prima, no*

es para tanto”.

Bien, ahora ya me puedo ir a la cama tranquila.

El viernes paso a recoger a Lorena al instituto tal y como hemos quedado y nos vamos al centro comercial Bonaire. Comemos en Vips y empezamos el recorrido por las tiendas. Le compro un chándal y una mochila para clase, que no he podido comprarle yo antes y sorprenderla con ella, en Decathlon y un par de vaqueros y unas camisetas en Zara, Bershka y Stradivarius. Está loca de contenta porque es la primera vez que se compra ropa en tiendas que no sean de chinos.

La chiquilla es muy introvertida y cada vez que le pregunto qué más necesita me dice que nada y me da las gracias por todo, pero yo no estoy ciega y me doy cuenta de que lleva agujeros en las botas. Cuando por la noche aparecemos por su casa con ropa y calzado nuevo, la abuela me abraza y se echa a llorar.

—Gracias, gracias —me dice, con un nudo en la garganta.

—No hay de qué.

—Oh, claro que sí. Mi niña, la pobre no pide nunca de *ná*, pero yo sé lo que le hace *farta*. El problema es que apenas subsistimos con mi pensión y se *tié* que aguantar con poco, y yo me siento muy mal de que mi Lore no pueda

lucir bonita como sus amigas.

—Lorena está bonita se ponga lo que se ponga —le digo, cogiéndole la cara y quitándole las lágrimas de la mejilla.

—Sí, mi niña es la más bonita de *toas*.

Miro de reajo a la nieta y veo que se ha puesto roja como un tomate. Le guiño un ojo y sonrío.

Vuelvo a mi casa feliz porque por un día he mejorado la vida de otra persona, aunque solo sea de forma material, y yo he conseguido quitarme de la cabeza mi problema. Además, por la mañana Rubén tenía la visita al psicólogo y gracias a Lorena he podido

olvidarlo. Me he relajado con la niña y eso me ha ayudado a sentirme mejor. Ahora me queda llamar a las hijas de Graciela, a las que también les he comprado un chándal en Decathlon, y quedar con ellas para llevárselo.

Por la noche, estoy impaciente porque no he sabido nada de Rubén en todo el día. Suponía que cuando saliera del psicólogo me llamaría para contarme cómo ha ido la sesión, pero son casi las diez y no sé nada de él. Decido llamarlo yo, porque ahora estoy sola y mi cabeza ha empezado a darle vueltas a todo. No contesta, mierda.

Me preparo una pizza congelada en el horno porque estoy cansada y no tengo ganas de cocinar y mientras se

hace pongo la televisión y me siento en el sofá sin hacer caso a lo que tengo delante. Solo puedo pensar en por qué Rubén no me ha cogido el teléfono y se me ocurre de todo, y nada bueno. ¿Estará Nieves tirándole los trastos a la cabeza de nuevo? ¿Será que el psicólogo en lugar de hacerle entender que Rubén ya no la quiere y que han de separarse, le ha explicado la importancia de tener relaciones sexuales en el matrimonio y ella le habrá pedido otra oportunidad? ¿Sería capaz Rubén de dársela?

Saco la pizza del horno y a pesar de que hace un frío de mil demonios, salgo con ella a comérmela al balcón. Necesito mirar la calle y comprobar si

Rubén está de camino. Cada vez que un hombre gira la esquina pienso que va a ser él y mi decepción se acrecienta cada vez que me doy cuenta de que no lo es. Me enciendo un cigarro y tiritando, me lo fumo, preguntándome por qué soy tan idiota de estar aquí pasando frío, si de eso no va a depender que mi inspector llegue antes. Además, tampoco sé si va a venir porque no hemos hablado, y eso hace que me impaciente y me enoje cada vez más.

La calle se empieza a llenar de gente en la puerta de Quiero Bailar Contigo. Miro el reloj y pienso que debe de haber terminado la clase de baile y ahora se empieza a llenar con los que van a pasar el rato. Me doy cuenta de

que es viernes y estoy sola en casa, ¡quién me ha visto y quién me ve!

Media hora después, he llamado tres veces a Rubén y ninguna ha aceptado mi llamada, así que como además me he quedado sin tabaco, me pongo un pantalón de licra negro que marca mi figura y una camiseta ancha de gasa morada, me maquillo con un poco de colorete, la raya de los ojos y la máscara de pestañas, preparo mi bolsito con las llaves, el monedero, el móvil y el mechero, me calzó las botas, y salgo de casa, escaleras abajo.

En cuanto entro en el pub busco la máquina de tabaco, pero no la he encontrado aún, cuando un hombre de unos treinta años me coge de la mano y

me dirige a la pista sin pedirme permiso. Divertida, me dejo llevar. Está sonando *La Bomba*, de Ricky Martin, y aunque no sé bailar salsa, me defiendo con el baile y el que me lleva lo hace muy bien, así que disfruto del momento, de nuevo intentando olvidar mis penas.

Cuando termina la canción, el hombre me da un beso en la frente, me da las gracias por haber bailado con él, y se va en busca de otra chica con la que hacer lo mismo. Lo miro complacida mientras me dirijo, ahora sí, a la máquina de tabaco que ya he divisado mientras bailaba. Saco un paquete de Marlboro y me dirijo a la barra. Necesito beber algo porque el baile me ha dejado la boca seca. Me siento, pido

un Vodka rojo con naranja y mientras me lo sirven ojeo la pista, donde las parejas se divierten ahora al ritmo de *A Dios le pido*, de Juanes.

—Hola, eres Andrea Palacios, ¿verdad? —escucho una voz femenina que me pregunta. Me giro y me quedo de piedra al ver ante mí a la fiscal Sara López.

—Sí —contesto, tragando saliva.

—Yo soy Sara López, he seguido tu caso en las noticias.

—Lo sé... quiero decir, que sé quién eres. Uff, ¡no te imaginaba en un sitio así! —exclamo, sorprendida de ver a la implacable abogada en un pub de salsa.

—Ya, bueno, el pub es de mi marido. La verdad es que esto me lo llegan a decir hace un par de años y yo tampoco me lo creería, pero lo cierto es que ahora es como si llevara una doble vida, de día y de noche.

—Entonces, ¿eres mi casera?

—Sí. Alejandro me ha hablado de ti, espero que estés a gusto en el piso.

— Oh, sí, estoy de fábula, me encanta. Es muy diferente de donde yo vivía pero estoy bien, gracias.

—He visto tu casa en las noticias, debes de haber notado mucho el cambio, pero te entiendo, yo creo que tampoco podría volver a vivir allí después de lo que ha pasado.

—Gracias.

—Bueno, me voy a la pista que Alejandro me reclama. Cualquiera cosa que necesites, solo has de decirlo. Alejandro está prácticamente todo el día aquí metido y yo algunas noches, o si no, te mandaré mi número de teléfono.

Se lo agradezco de nuevo y la observo dirigirse hacia donde se halla su marido esperándola para bailar *Rabiosa*, de Shakira.

Me pido otro cubata, y después otro, y cuando me levanto del taburete y me doy cuenta de que las piernas me fallan, decido salir afuera a que me dé el aire y fumarme un cigarro, pues dentro del pub no está permitido.

Me apoyo en la pared cercana a la puerta y no me doy cuenta del rubio que está en el portal de al lado. Cojo el paquete de tabaco, lo abro, saco un cigarro y lo enciendo.

—¿Andrea?

Me giro sobresaltada provocando que mi cigarro caiga al suelo y me entra la risa tonta al ver a Rubén con la cara desencajada.

—¿Se puede saber de qué te ríes? ¡Me estaba volviendo loco sin saber dónde estabas!

—Pues mira qué cerquita estaba —le digo, mostrándole morritos.

—¿Por qué no me has mandado

un mensaje diciéndome que estarías aquí? He estado muy preocupado.

—¿Sí? ¿Desde cuándo? Porque te he estado llamando hasta más de las doce y no te has dignado a contestar.

—Andrea, he tenido problemas con Nieves, no ha sido un día fácil.

—Ya, Nieves, Nieves, Nieves, ¿no sabes cómo la odio!

—Andrea, deberíamos subir a tu casa. Creo que la calle no es el lugar más apropiado para que hablemos.

—No estamos hablando, estamos discutiendo —digo, un poco más alto de lo que debería, sabiendo que estoy en la puerta del pub de mi casero.

Rubén me coge la mano y me conduce hasta el patio que hay a menos de un metro.

—Abre, por favor.

Saco las llaves del bolso a regañadientes consciente de que parezco una niña pequeña. Una vez en casa, me coge la cara y me besa, pero yo sigo enfadada, así que intento separarme de él sin éxito.

—Andi, ¿no comprendes que no podía cogerte el teléfono en mitad de una pelea?

—¿Pelea de enamorados?

—No, joder, pelea de enamorados es lo que estamos teniendo ahora mismo tú y yo, ¿no te das cuenta

de lo importante que eres para mí? Cuando por fin he podido llamarte y no me lo cogías he pensado que estarías molesta conmigo por no haber contestado a tus llamadas. Por eso me he venido directo a tu casa, y cuando he llamado al telefonillo y no has contestado, todo se me ha hecho negro.

—Yo no he rechazado tu llamada a conciencia, ni siquiera sabía que me hubieras llamado.

—Mira tú móvil y verás la cantidad de llamadas mías que tienes.

Hago lo que me dice y lo saco del bolsito. Dieciocho llamadas perdidas, ¿tanto tiempo he estado en el pub? Además, hay un mensaje en el que

me pregunta dónde estoy y me avisa de que él está esperándome en mi patio. Se le ve desesperado.

—Rubén, yo no sé si voy a poder seguir contigo mientras tu sigas con tu mujer. Dejando a un lado el remordimiento de conciencia que cae sobre mí porque sé que esto no está bien, cada vez que pienso que deberías estar conmigo, que tenías que haberme llamado y no lo has hecho, no puedo evitar creer que has decidido darle una oportunidad a la mujer con la que te casaste un día enamorado.

—Ya te dije que me casé con Nieves queriéndola, pero que nunca sentí por ella lo que ahora siento por ti, ¿cómo quieres que te lo demuestre? Lo

que tú me haces sentir cuando me miras... es superior a mis fuerzas y sé que seré tuyo mientras viva. Dime, por favor, ¿qué puedo hacer para convencerte de que soy tuyo y solo tuyo?

Me quedo mirándolo y como siento que voy a empezar a llorar de un momento a otro, me doy la vuelta porque no quiero que me vea. Entonces noto sus brazos recorrer mi cintura y su cabeza se apoya sobre mi hombro.

—Andi, te quiero.

Me giro y lo beso con pasión. Es la primera vez que me lo dicen así y sé que quiero seguir escuchádoselo decir durante el resto de mi vida. ¿Cómo se puede llegar a amar tanto a una persona?

Mi cuerpo se estremece ante sus caricias, mi corazón se acelera, el pulso de desorbita, las piernas me tiemblan. Oh, Dios, cuánto lo amo.

Rubén me quita la camiseta de gasa y me susurra al oído:

—¿Te has puesto esta camiseta para castigarme?

—¿Por qué lo dices?

—Oh, mi Andi, es transparente, no puedo soportar pensar en lo que se les habrá pasado por la cabeza a los hombres que estuvieran contigo en el pub al verte.

—No creo que hayan pensado en nada. A excepción de uno con el que he bailado nada más entrar, el resto del

tiempo he estado sentada en la barra.

Me besa con delicadeza el escote y yo llevo mis manos a su paquete, le desabrocho el pantalón y lo acaricio por encima del bóxer. Lame cada centímetro hasta llegar a los pezones que ya ha sacado del sujetador, mientras con una mano lo desabrocha y lo deja caer al suelo. Mi cuerpo está ansioso, ha sido una semana muy larga y lo deseo dentro de mí cuanto antes.

—Creo que llevamos demasiada ropa —opino, bajando el pantalón vaquero de Rubén.

—Ven, démonos una ducha juntos —me coge de la mano y me conduce hasta el baño.

Nos desnudamos con los ojos que parece que echen fuego y nos metemos en la ducha, abrimos el agua caliente y esperamos que salga tibia sobándonos el uno al otro, recorriendo con nuestras manos el cuerpo, los genitales, las nalgas, los muslos... Umm, cómo me gusta que me toque mi inspector de policía favorito. Cuando el agua está lista, nos mojamos y Rubén no pierde más el tiempo y después de girarme y hacer que me agarre del grifo, me penetra agarrándome de la cintura para que no me dé contra las baldosas ante el impacto. Síiii, oh, síiiii.

Con una mano me levanta una pierna para que me abra más y lo sienta más profundo, y la otra la baja hasta mi

vulva y aprieta mi clítoris mientras me embiste una y otra vez. Mis pechos se mueven a cada sacudida y mi espalda se yergue hacia atrás. Cuando por fin nos dejamos ir, nos quedamos unos minutos jadeando acalorados por el vapor que ha soltado el agua y por la energía gastada, y mientras me recupero Rubén me acaricia la espalda provocándome un placer indescriptible. Oh, Rubén, ¿dónde has estado toda mi vida?

Una vez en la cama, recuerdo cuando hace un momento me preguntó qué podría hacer para demostrarme que me ama y que quiere estar conmigo el resto de su vida, y decido lanzarme a la piscina.

—Rubén, yo... he decidido que

quiero conocer a tu familia.

—¿De verdad? Hace tan solo una semana te molestaste conmigo por proponértelo.

—Lo sé, pero ahora creo que me ayudará a confiar en que lo nuestro va en serio, en que vas a dejar a tu mujer.

—Eso ni lo dudes, mi Andi.

—Y ahora, ¿me vas a explicar por qué es tan complicado dejar a Nieves? ¿Por qué después de haber ido a un psicólogo esta mañana por la noche todavía seguías discutiendo con ella?

—Cariño, es complicado. Ella está haciéndome chantaje emocional con algo de lo que no me siento orgulloso, algo que me lleva atormentando desde

hace mucho y que solo ella sabe.

— Oh, ¡será hija de perra! ¿Puedes contármelo a mí? Seguramente no sea nada y te sientas mejor después de desahogarte.

—No puedo, mi vida. Ojalá pudiera, pero ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta, es algo que me avergüenza y que llevo arrastrando desde hace tres años. Ya te dije en la cárcel que dejar a Nieves era más complicado de lo que parecía, sabía que esto saldría a la luz y ha aprovechado el momento adecuado, justo cuando se ha dado cuenta de que no hay nada que solucionar, que le he hecho una encerrona para que según ella, un loquero le diga que acepte que me

perdió y se niegue aun así a reconocer que es lo mejor para los dos. Me ha llamado adúltero, le he gritado frígida, me ha dicho que solo quiero tener un sitio donde meter la polla y le he contestado que ella debería dejársela meter de vez en cuando, que tal vez así sería menos agria y más feliz. Oh, preciosa, ha sido horrible y estoy tan arrepentido de las cosas que le he dicho...

—No te arrepientas, ella se lo ha buscado —le digo, acariciando su corto pelo. Tiene la cabeza sobre mi pecho y me encanta estar así, con él, en la cama, tranquilos.

—Nunca le había hablado así, nunca pensé que llegaríamos a esto.

—Rubén, no quiero que vuelvas a esa casa, no pienso consentir que vuelvas a dormir bajo su mismo techo.

—Pero, ¿y si se vuelve loca? ¿Y si cumple su amenaza?

—Mira, —me incorporo y me encaro con él— me importa una mierda lo que hicieras hace años, te amo y me da igual lo que esa mujer quiera decir de ti y sobre todo me la refanfinfla lo que pueda hacer con su vida.

—¿Te la refanfinfla? —me pregunta con una sonrisa en los labios que me dan ganas de comérmelos.

—Sí, me da igual, quiero decir.

—Te he entendido, preciosa.

Le doy una palmada en el hombro y me tiro sobre él, hambrienta de nuevo porque esta semana me ha tenido a dieta y ahora he de recuperar el tiempo perdido.

Pasamos el sábado tranquilos viendo películas que he encontrado en el piso. Descubro que Rubén es un friki de los superhéroes y me alegro, porque a mí también me encantan las películas de Spiderman, del capitán América, de los X-men... Ha tenido que desconectar su móvil porque Nieves no dejaba de llamarle y aunque la primera vez le ha cogido el teléfono, cuando se ha dado cuenta de que lo único que quería era seguir martirizándolo sin asumir que ha sido una mala esposa y que su marido ya no la quiere, ha decidido apagarlo para que deje de molestarnos. Pobre Nieves, en el fondo me da pena que sea como es porque sé que nunca será feliz, ¿cómo va

a encontrar a un hombre que pase del sexo? No sé, si hay alguno por ahí que me lo digan, porque yo jamás he conocido a un tío al que no le guste echar un buen polvo.

El domingo por la mañana Rubén me dice que tiene que ir a su casa a por ropa y yo lo comprendo, aunque no me haga ninguna gracia saber que verá a su mujer. Hemos quedado para comer con sus padres y estoy muy nerviosa porque es la primera vez que voy a conocer a la familia de alguien, y sobre todo porque yo voy a llegar como la intrusa, la mujer por la que Rubén va a dejar a su esposa, y temo que no les parezca bien.

Cuando aparece con dos maletas en sus manos, una sonrisa de oreja a

oreja ilumina mi rostro. Corro hacia él y lo abrazo, feliz porque eso significa que va a pasar mucho tiempo conmigo, ojalá todo.

Entro en el piso de los padres de Rubén con una timidez no habitual en mí. Estoy acostumbrada a ser una chica lanzada, sin complejos, por lo que no me preocupa a quién guste y a quién no; pero esto me supera. Es la primera vez que de verdad quiero gustarle a alguien, porque para mí es muy importante lo que piensen los padres del hombre que amo.

La madre me recibe con los brazos abiertos y eso me reconforta. Rubén ya ha estado hablando con ellos sobre su incipiente divorcio, les ha hablado de mí, cómo nos hemos llegado

a enamorar pese al infortunio vivido y lo mal que lo ha pasado durante los últimos años con Nieves. Es una mujer rubia, aunque el pelo amarillo se entremezcla con las canas. Pese a eso, aunque cuenta con sesenta y seis años, tiene una expresión de juventud en su rostro plagado de arrugas que le aporta un brillo pacificador. Sus ojos color miel transmiten bondad, como los de su hijo, y eso hace que sienta algo por ella desde el primer momento en el que la he visto.

El padre, un hombre de setenta años, delgado, con el pelo blanco, los ojos marrones, consumido por el trabajo, denota un nervio y un talante activo que me hace dar cuenta de lo mucho que ha trabajado en su vida. Es

pura dinamita, capaz de levantar a un toro si se lo propone, con lo pequeño que es, solo por la fuerza que su vitalidad denota, pese a la edad que tiene.

Pasamos al comedor y nos sentamos a la mesa. Encarna nos ha preparado un aperitivo mientras se termina de hacer el arroz al horno y esperamos a Carlos, el hermano de Rubén, que también viene a comer junto con su esposa y sus hijos. Eso me pone tensa. Recuerdo que la cuñada es amiga de la futura ex de mi novio y me temo lo peor. Aun así, pongo buena cara e intento disimular, no sin dejar de mirar de reojo al policía sexy que me mira sonriente como si nada y me guiña un

ojo. Pero cuando suena el timbre del patio quiero que la silla en la que estoy sentada me engulla y me haga desaparecer. Enseguida, un alboroto originado por un par de niños pequeños, alegra la estancia y veo aparecer a un hombre rubio, de facciones marcadas, parecido a Rubén pero de rasgos más adustos, al que me presentan como Carlos, su hermano. Loles, su esposa, tiene el pelo castaño oscuro y rizado y unos enormes ojos marrones que me penetran inspeccionándome de arriba abajo con cara de pocos amigos. Me da dos besos por educación pero no me dirige la palabra. Me temo que ésta y su amiguita ya han debido de hablar de mí.

Pasamos al comedor y Carlos

empieza a charlar amigablemente con su hermano sobre lo callado que se tenía su mala relación con la hasta el momento su esposa. Yo me mantengo callada escuchando cómo Rubén explica a su familia que estaban mal desde hacía años y que no se había atrevido a dar el paso hasta conocerme a mí, cosa que hace que de nuevo quiera que la tierra me trague, ya que ahora tengo cinco pares de ojos mirándome, unos con cariño, otros con odio, pero todos escudriñándome al fin y al cabo.

—Lo que me sorprende es que te hayas fijado en una mujer como ella — dice Loles, sin ningún tipo de miramiento. Carlos la mira sorprendido de que su mujer ose hacer ese

comentario, pero ella lo ignora y mira a Rubén interrogante. Yo estoy a punto de intervenir, pero se me ha quedado la boca seca y me siento incapaz de articular palabra.

—¿A qué te refieres? —le pregunta Rubén, molesto.

—Bueno, es bien sabido por las noticias, que Andrea no es que sea una mujer demasiado moderada. Por lo que han estado contando le gusta mucho la marcha, y siendo hija de famosos y adinerada, imagino que las drogas y el alcohol es algo que van unidas, ¿me equivoco? —pregunta, esta vez dirigiéndose a mí con toda su jeta. Me dan ganas de levantarme de la silla y plantarle cara desde lo alto, pero me he

quedado petrificada y no puedo ni tan siquiera decir nada. En el fondo, tiene razón respecto a todo lo que ha dicho, por eso no puedo defenderme, y francamente, me duele, me duele muchísimo y me doy cuenta de que jamás me he sentido más avergonzada.

—Andrea es una joven responsable, divertida y que ha hecho que me sienta vivo por primera vez desde hace mucho tiempo, y eso es lo que me importa —me defiende mi novio.

—Si yo no digo que la chica no pueda ser estupenda —sigue diciendo con sarcasmo dejándome a mí cada vez más alucinada por su desfachatez, y más siendo que me acaba de conocer y que está delante de sus suegros. —Solo digo

que me extraña que te guste una mujer así después de lo que pasó.

Rubén la mira perdonándole la vida, aprieta la mandíbula y noto cómo echa humo por las orejas. No sé a qué se refiere la cuñada, pero desde luego le acaba de tocar la fibra a mi pareja.

—¿Qué... qué es lo que pasó?
—me atrevo por fin a preguntar.

—¿No te lo ha contado? —me pregunta Loles, piracoramente. —Su hermana Paula falleció hace tres años por una sobredosis de cocaína.

Encarna sale del comedor con lágrimas en los ojos, y su marido va tras ella para arroparla. Yo, miro a Rubén interrogante.

—¿De verdad que no se lo habías dicho? —sigue metiendo cizaña la cuñada.

—Loles, basta ya —la increpa su marido.

—Está bien, me callaré, pero considero que en una pareja no han de haber secretos, y más de ese tipo. ¿O tan poco importante era tu hermana como para que no le hayas hablado de ella a tu... tu... “novia”? —esto último lo dice con retintín.

—¡Loles! —le regaña Carlos, cogiéndola de la mano y haciendo que salgan del comedor.

Una vez nos quedamos solos, miro a Rubén a punto de llorar. Las

manos me tiemblan, y creo que los labios también.

—Te lo pensaba contar —es lo único que dice.

—Por eso no soportas que la gente se drogue —susurro.

—Sí, pero eso no te tiene que importar, cariño. Además, ¿no habíamos quedado en que cambiarías eso por mí?

—Sí, igual que tú dejarías a Nieves pero... me doy cuenta de que yo no soy el tipo de mujer de la que un hombre como tú se enamoraría.

—¿No? ¿Y entonces cómo es que lo he hecho? Además, ya la he dejado, mis maletas están en tu casa,

¿no?

—No, Rubén. Como en una ocasión te dije, si me hubieras conocido en otro contexto, en mi hábitat habitual, nunca te habrías fijado en mí, me aborrecerías, te daría asco.

—Te equivocas, me habría enamorado de ti en cuanto hubiera visto esos ojos azules mirándome como solo tú lo haces.

Me quedo mirándole sin saber qué pensar. Estoy hecha un lío. De pronto suena el timbre y me pongo más nerviosa todavía. ¿Esperamos más invitados?

—A ver si es Jorge que al final se ha decidido a venir —escucho que

dice Encarna mientras se dirige al recibidor.

Rubén y yo permanecemos en silencio, mirándonos a los ojos, yo pensando en que ese hombre nunca verá en mí más que a una chica atolondrada a la que le gusta consumir drogas por diversión; él, me gustaría saber qué piensa, pero no se lo digo. Los dos niños corretean por el comedor y me doy cuenta de lo inocente que es la infancia, con la situación tan tensa que estamos viviendo los adultos, y ellos juegan a su antojo por la casa como si nada.

—¿Cómo has podido hacerle esto a mi hermano? —escucho a Carlos decirle a su mujer desde el pasillo.

—¿A tu hermano? ¿Y qué pasa con lo que le está haciendo él a mi amiga?

A los pocos segundos, alguien entra en el piso, Encarna se dirige a la cocina santiguándose y unos pasos firmes se escuchan llegar al comedor, seguidos del resto de la familia.

—¡Nieves! ¿Qué haces aquí? — pregunta Rubén, poniéndose de pie sobresaltado.

Me quedo mirando a la mujer que acaba de entrar en la sala. Debe de ser unos cinco o seis años mayor que yo, tiene el pelo negro cortado por encima del hombro, los ojos muy oscuros, rodeados de una aureola roja que denota

haber llorado mucho últimamente y la piel blanquecina, a la que no ha tratado de mejorar mediante maquillaje. Es un poco más alta que yo, delgada, y si pusiera un poco de empeño en cuidarse, se vería hermosa. Consigo ver lo que Rubén vio en ella cuando la conoció y me siento fuera de lugar aquí.

—¿Cómo que qué hago aquí? Esta es la casa de mis suegros, nunca he necesitado tener que ser invitada para poder venir.

—Ya, pero es que estamos en trámites de separación, mis padres ya no son tus suegros.

—¿Trámites de separación? Que yo sepa a mí aún no me han llegado los

papeles que me indiquen que estoy realizando ningún trámite de nada. Es más, si me apuras mucho, aún podría denunciarte por abandono de hogar, porque esta mañana has salido de casa con maletas y no me has dicho a dónde ibas.

Hasta aquí he llegado. Me armo de fuerza, me pongo de pie, cojo mi bolso que está colgado sobre el respaldo de mi silla y me dispongo a salir de esta casa cuanto antes. Ya me he sentido suficientemente avergonzada por hoy.

—Andrea, ¿qué haces?

—Me voy —susurro.

—¿Así que tú eres la mujer por

la que mi marido me quiere dejar? —me pregunta Nieves cerrándome el paso.

La miro conteniendo las lágrimas. No es justo, debería de ser ella la que estuviera a punto de llorar y no yo, pero me siento como una hormiga a la que están pisoteando y siento que nadie hace nada por evitarlo.

—Hola Nieves, no te esperábamos —dice Carlos padre, intentando apaciguar.

—Hola Carlos, siento si os ocasiono alguna molestia, pero supongo que estáis informados de la decisión que ha tomado Rubén de dejarme por esta mujer, y solo quería venir a conocerla.

Ya no aguanto más. Le doy un

empujón y, aprovechando que en ese momento han entrado los niños correteando entre las piernas de los adultos, hago que se retire, saliendo disparada hacia la puerta con Rubén detrás de mí.

—Andrea, no te vayas. ¡Quien se tiene que ir es Nieves! —me grita.

—No, hay demasiadas cosas que has de aclarar todavía en tu familia y yo no he de estar presente. No he hecho más que sentirme mal desde que he llegado —digo ahora sí, con lágrimas en los ojos.

Empiezo a bajar las escaleras porque no puedo esperar a que llegue el ascensor y Rubén sigue detrás

suplicándome.

—Andrea, por favor, les diré que se vayan y nos quedaremos solos con mis padres. Ellos son los únicos que me importan.

—No.

Salimos a la calle y me dispongo a buscar una parada de metro o de autobús.

—Está bien, pues vámonos — dice Rubén, cogiéndome de la mano.

—No, quiero irme sola.

—De eso nada, nos vamos juntos.

—Rubén, necesito estar sola para poder pensar en todo esto.

—¿Qué tienes que pensar? Andrea, te pido perdón por el comportamiento de mi cuñada y de Nieves, te pido perdón por no haber intuido que esto pudiera pasar, pero por favor, que esto no influya entre nosotros, no merece la pena, ¿no lo ves?

—Claro que va a influir. Tuviste una hermana de la que nunca me has hablado que murió por sobredosis de cocaína, me odiaste la primera vez que me viste porque te recordé a ella y lo que le pasó y sé que si me hubieras conocido en una situación normal, nunca me habrías amado.

—Pero no fue así.

—Mira, seguir contigo y tu

familia va a conseguir que acabe sintiéndome una mierda, yo, que siempre me he valorado por encima de todas las cosas, y no estoy dispuesta a eso. Me quiero lo suficiente como para darme cuenta de cuando algo me hace mal, y en este momento tener una relación contigo me lo hace. Lo siento —y diciendo esto, paro un taxi que he visto llegar mientras hablaba y me meto en él, sin dar opción a que Rubén entre conmigo.

En cuanto el coche arranca y me veo lejos de Rubén, rompo a llorar como una descosida, y agradezco que el taxista no se inmiscuya. Mi móvil empieza a sonar, lo saco del bolso y veo que es mi inspector de policía favorito. Mi pulso se acelera pero sé que voy a

hacer lo correcto, así que apago el teléfono.

Una vez en mi casa, me tranquilizo al ver que Rubén no ha corrido detrás de mí, aunque en el fondo siento un poco de pena. Miro sus maletas dejadas en mi habitación e imagino qué estará haciendo en este momento, si habrá vuelto al piso de sus padres, si se estará enfrentando a su mujer y cuñada... Y la verdad es que pensar me agota. Me meto en la ducha para que el agua me relaje, porque estoy tensa tras la reciente situación vivida. Para nada ha sido lo que me esperaba del día cuando me he levantado esta mañana. Mientras me cae el agua por la cara, lloro desconsoladamente

reprochándome haber sido tan débil como para enamorarme, con lo bien que vivía yo antes.

Me paso la tarde tirada en la cama, no he comido, y cuando por fin enciendo el móvil por la noche, veo que tengo trece llamadas perdidas de Rubén y unos cuantos whatsapps pidiéndome disculpas por todo y diciéndome lo mucho que significa para él. También tengo whatsapps de David, pero ni siquiera me molesto en leerlos porque en estos momentos no estoy para amigos.

Mi mano empieza a vibrar ante la llamada que estoy recibiendo, y como no reconozco el número, contesto algo asustada.

—¿Andrea? Soy Encarna, la madre de Rubén.

—Hola Encarna —digo tragando saliva. Mi hipotética suegra es la última que esperaba que me llamara.

—Cariño, siento mucho lo que ha pasado hoy en mi casa. Te pido perdón por no haber sabido reaccionar, pero es que no esperaba que pasara nada de eso.

—No se preocupe —susurro.

—Claro que me preocupo. El comportamiento de mi nuera Loles ha sido inconcebible y ha supuesto una pelea en su matrimonio y bueno, la visita de Nieves ha sido de lo más inoportuna y como hasta hace tan poco ella era mi

nuera... Ay, hija no sabes cuánto siento no haberte podido conocer y que te hayas ido así de mi casa.

La mujer está verdaderamente abochornada por lo que ha pasado a mediodía en su hogar.

—Espero que entre mi hijo y tú no haya ocasionado ningún problema el mal comportamiento de las otras. Me he preocupado al ver que no volvíais y he llamado a Rubén desolada. ¡Imagínate cómo me he quedado cuando me ha dicho que no os esperáramos para comer, cuando se suponía que la comida era por vosotros!

Bien, al menos ahora sé que Rubén no ha vuelto a subir a esa casa,

aunque no sé si eso es bueno o malo, porque quiere decir que sigue sin enfrentarse a su mujer. ¿O tal vez ha vuelto a su casa y más tarde se han enfrentado allí? Uff, no sé qué pensar, y creo que será mejor que no recele nada, puesto que cuanto más sospecho, imagino o supongo, peor me siento, pues no ingenio nada bueno.

—Andrea, te pido disculpas de nuevo y quiero que sepas que Rubén ya nos estuvo hablando de cómo lo ha hecho sentir Nieves durante su matrimonio y lo bien que está contigo. Solo espero que no tengas en cuenta el incidente de hoy y que podamos conocernos más adelante.

—No se preocupe, Encarna, de

verdad —es lo único que puedo decirle, aunque suene repetitivo. ¿Cómo voy a explicarle a una desconocida, a la madre del hombre al que amo, cómo me siento en estos momentos?

—Gracias, cariño. Espero que decidas volver por mi casa pronto.

—Encarna, yo... —y tras pensar durante un par de segundos si es conveniente lo que le voy a decir o no, añado —Siento lo de su hija.

—No importa, cariño. Fue hace tres años y aunque la echo de menos cada día, el tiempo va haciendo que cada vez sea más llevadero.

Cuando cuelgo, me doy cuenta de que el estómago me está crujiendo,

famélico. Voy a la cocina y saco el fiambre y el pan de molde, me preparo un sándwich y mientras me lo como, releo los whatsapps de Rubén, martirizándome por sentirme tan insegura en estos momentos. ¡Quién me ha visto y quién me ve! Ahora me arrepiento tanto del tipo de vida que he estado llevando hasta que conocí a Rubén, que siento vergüenza de mí misma, y pienso que hasta que yo no me acepte, no podré creer que él lo vaya a hacer.

Esta vez, cuando suena mi móvil y veo el nombre de mi amado en la pantalla, decido descolgar.

—Andrea, por fin —lo escucho angustiado. Yo permanezco callada, así

que él continúa —¿Cómo estás?

—¿Tú qué crees?

—Andi, yo no sé qué más decirte para convencerte de que no has de estar mal por nada. Te quiero.

—No puedes querer a una persona que ni siquiera se quiere a sí misma.

—No digas eso, mi Andi. Eres la persona con la autoestima más alta que he conocido en mi vida.

—Eso era antes.

—¿Antes?

—Sí, antes de que me diera cuenta de lo poco que había merecido la pena mi vida hasta ahora, antes de que

alguien me hiciera ver que no soy más que una drogadicta a la que le va la fiesta.

—Tú no eres eso y lo sabes. Por favor, no dejes que la arpía de mi cuñada y la frígida de mi exmujer te convenzan de que no vales la pena porque las únicas que no merecen que se las mire a la cara son ellas, ¿me oyes?

—No, si tienen razón. Además, tampoco tú has hecho hoy nada —se me escapa sin pensar.

—¿A qué te refieres? ¿Te parece que no te he defendido?

—Rubén, para empezar no deberías de haber permitido que Nieves pisara hoy la casa de tus padres.

—Tenía que haberla echado, ¿verdad?

—Eso creo, pero ya da igual.

—No, no da igual. Es solo que tenía miedo a que se fuera de la boca y...

—¿A que se fuera de la boca? Mira, no sé con qué te chantajea y ahora ya no importa, pero creo que no deberías dejar que lo hiciera.

—Lo cierto es que ya todo me da igual si no puedo convencerte de lo mucho que te amo. Mira, si te parece, voy a tu casa y lo hablamos, ¿vale? Quiero contártelo todo.

—No, no me parece.

—¿No quieres que vaya?

—No.

—¿Mañana?

—No lo sé, Rubén. Ahora mismo estoy tan deprimida que no sé cuando voy a querer verte, tal vez nunca, ¿qué te voy a decir?

—De eso nada, no te librarás de mí tan fácilmente.

—Buenas noches —y cuelgo.

A los dos minutos recibo un whatsapp: *“Te amo más q a nada en el mundo y voy a encargarme de hacer que lo creas y q vuelvas a ser la Andrea q conocí, cuando creí q estaba colocada y aun así me enamoré de*

ella".

Lo leo y rompo a llorar, mirando las maletas que esta mañana me han hecho tan feliz.

Paso dos días sin salir de casa, de la cama al sofá y del sofá a la cama. No puedo creer que mi vida haya cambiado tanto en tan poco tiempo y ahora más que nunca siento la falta de unos padres amorosos de esos que te abrazan y consuelan en las situaciones malas. Sin embargo, mi madre está a miles de kilómetros de distancia, y mi padre a no tantos, pero sí los suficientes y con tanto trabajo como para no poderle dedicar tiempo a su única hija.

Rubén ha dejado de llamarme tras darse cuenta de que no cojo sus llamadas, pero los whatsapps son constantes. Yo, cada vez que leo lo mucho que me ama me pongo a llorar,

porque no puedo creer que eso sea así, cuando me siento tan miserable. Me pregunto dónde estará si tiene su ropa en mi casa, si habrá vuelto a su piso con Nieves o si estará en un hotel con lo puesto, o en casa de algún amigo. Pero me doy cuenta de que cuanto más pienso en él peor me siento, así que intento dejar la mente en blanco, aunque sea imposible.

El miércoles me escribe que han encontrado una nueva pista sobre el presunto asesino de la partitura, y eso hace que por primera vez en la semana, sea yo quien le llame.

—Andi, ¿te parece bien que vaya a tu casa y hablemos?

—No, solo quiero que me cuentes qué habéis encontrado — contesto lo más seca que puedo.

—El equipo de investigación ha encontrado un pelo largo, negro, en uno de los escenarios del crimen.

—Genial —digo con desgana. —¿Tenéis algún sospechoso?

—No, pero podemos empezar a hacer un retrato robot, puesto que ahora sabemos que el individuo es un hombre de pelo largo y moreno.

—Como si no hubieran tipos así —digo asqueada.

—Bueno, es más de lo que teníamos antes —dice jubiloso. —Dime, ¿cómo te encuentras? Me muero por

verte.

—Estoy bien —miento. —
Tenme informada si encontráis algo más
—y cuelgo.

Esa tarde, como si la inspiración llegara a mis sentidos en busca de una refulgente salida, de pronto parece que lo vea todo claro. El pelo largo, el coche gris, las veces que me repitió que me ayudaría a salir de esta y lo mal que le sentó cuando le dije que el asesino de la partitura no me estaba ayudando sino que era él quien me había metido en la cárcel.

Me visto rápidamente, mando un whatsapp a Rubén, y salgo de casa.

Veinte minutos después estoy en

el piso compartido de mi mejor amigo, quien se sorprende gratamente cuando me ve llegar.

—¡Túuuuuuuuuuu! —entro en su casa gritando y señalándolo con el dedo.
—¡Fuiste túuuuuu, maldito degeneradoooooooooo!

—Pero ¿qué dices? ¿Se puede saber qué te pasa?

—Fuiste tú quien mató a Nacho, ¿cómo pudiste?

—Andrea, te estás equivocando por completo y no sé por qué dices esa estupidez, ¿por qué iba yo a matar a nuestro amigo?

—No era tu amigo, le tenías manía no sé por qué, y lo mataste a

sangre fría —grito. Miro hacia todos lados esperando ver indicios de que sus compañeros estén en el piso porque me doy cuenta de que estoy a solas con un tipo que ha matado a cuatro personas, ¿y si se ve descubierto y decide acabar conmigo?

—Pero, ¿por qué mataste a los otros tres?

De pronto empiezo a temblar, dándome cuenta de la situación. David es un ser peligroso, no está bien de la cabeza, y si Rubén tarda en llegar, corro verdadero peligro.

—Andrea, cálmate —dice agarrándome de los brazos. —No sé qué te ha llevado a pensar eso de mí, pero te

estás pasando. Porque soy tu amigo que si no...

—Noooooooooooo —le empujo, me lanzo sobre él y me tiro a su cuello, haciendo que caigamos los dos al suelo. —Por tu culpa he pasado más de un mes en la cárcel, hijo de putaaaaaaaaa.

—Andrea, por favor, para — dice, intentando defenderse de los golpes que le estoy propinando por donde pillo. —Yo no maté a Nacho.

Pero como él es hombre y su fuerza mayor, enseguida me veo tumbada bajo sus garras, con las manos sujetas y su mirada salvaje sobre mi cara.

—Solo he pretendido ayudarte, y que yo sepa lo he conseguido —lo miro

con asco y eso lo pone rabioso. — Siempre he hecho por ti cuanto me has pedido, porque soy tu mejor amigo ¿verdad? Te dije que te ayudaría y lo hice, pero nena, no era tan fácil sacarte de la cárcel —me mete una mano por debajo del jersey, mientras con la otra sujeta las mías, que luchan por liberarse. No entiendo por qué si solo se considera mi amigo, me mete mano aprovechándose de la situación.

—¿Y por qué las partituras? — pregunto intrigada, tratando de hacerle hablar y que así se olvide de mi cuerpo y yo gane tiempo.

—Tenía que crear un asesino en serie, y como tal tenía que tener un rasgo característico, que lo definiera.

Encontrar la *Rapsodia Valenciana* en el cuerpo de Nacho fue ideal para poder seguir con esa firma.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué mataste a Nacho?

—Te equivocas, cariño. Te estoy diciendo que yo no mate a Nacho —me grita, enfurecido porque según él no le estoy entendiendo. —Solo creé un asesino en serie para sacarte de la cárcel, para ayudarte. ¿Cuántas veces quieres que te lo repita? —me aprieta una teta con la mano que tiene metida por debajo de mi jersey y yo chilló y trato de sacársela inútilmente.

—Lo hiciste, tú lo mataste. ¿Porque me acosté con él? ¿Qué más te

daba a ti? —digo, intentando zafarme de su prisión.

—Nacho no era ningún rival, yo no tenía por qué hacerle daño —dice pellizcándome un pezón. Siento náuseas e intento con todas mis fuerzas soltarme, pero tiene más fuerza y me resulta imposible. —Quería que te dieras cuenta de que te estaba ayudando y por eso seleccioné minuciosamente las partituras, pero no te enterabas de nada.

—¿Crees que me hubiera alegrado de haber sospechado de ti?

—Cariño, ¿no te alegras de que te haya sacado de la cárcel? Supongo que si sabes que fui yo es porque por fin te has dado cuenta de que las partituras

eran las que tocamos en nuestro primer concierto juntos, en el que debutamos. Me acordaré toda la vida de lo nerviosa que estabas ante tu primer solo de la Rapsodia Valenciana.

—Estás mal de la cabeza — digo, girando la cabeza hacia un lado para evitar mirarle. David me coge la cara y la coloca recta pero yo cierro los ojos y él aprovecha para besarme. —Y no he salido gracias al asesino de la partitura, sino porque las pruebas han demostrado que yo no pude matar a Nacho —declaro, abriendo los ojos para mirarlo con odio.

—Oh, cariño, eres tan bonita — ignora mi comentario. —Y sin embargo yo nunca he intentado abusar de ti, me he

conformado siempre con ser el mejor amigo, porque te quiero, ¿no lo ves?

Le escupo a la cara y consigo ganarme una bofetada.

—¿Por qué haces que me comporte así? Andrea, eres mi mejor amiga, yo nunca me habría comportado así contigo, pero has llegado aquí, a mi casa, mirándome con desprecio, con ojos acusatorios, con asco diría yo, y me he dado cuenta de que no agradeces todo lo que he hecho por ti.

—¿Y qué esperabas, salir de esta como si nada?

De pronto, la puerta del piso se abre bruscamente y entran en el comedor Rubén junto con dos policías más,

uniformados. David, al verlos, me coge del cuello como si fuera a partírmelo y veo el pánico en los ojos del inspector.

—David, no hagas tonterías ¿quieres? Sabes que no puedes hacer nada por evitar que te detengamos, ¿qué ganas haciéndole daño a tu amiga?

—¿Mi amiga? Eso es lo que yo me creía que era, pero últimamente ni siquiera se digna a contestar a mis mensajes.

—David, piensa bien qué vas a hacer —lo amenaza Rubén, intentando estar calmado para transmitir tranquilidad al asesino.

Mi amigo me mira, sonrío y me guiña un ojo.

—Lo hice por ti —dice, soltándome y levantando las manos en señal de derrota. —Porque te quiero.

Los dos policías uniformados se apresuran a esposar al agresor y yo corro a los brazos del inspector. David nos observa cuando pasa por nuestro lado escoltado por los agentes de la autoridad, quienes le están leyendo sus derechos. Se detiene unos segundos olvidando que va acompañado y me mira con desprecio.

—¿Hasta con el poli que te detuvo? ¿Por eso te molestó tanto cuando fui a verte a la cárcel? Desde luego eres de lo que no hay —me dice, echando pestes por su boca.

Me cobijo en el cuerpo de Rubén, evitando mirar al que creía mi amigo, y mi novio me abraza brindándome apoyo.

—Ya está, ya lo tenemos —me susurra.

Rubén me lleva a mi casa, me acompaña hasta dentro y me dice que tiene que ir a comisaría a encargarse de la detención, pero que volverá en cuanto termine. Asiento con la cabeza, no me siento con fuerzas ni para negarme a su compañía ni para estar sola.

No puedo creer lo que ha pasado, y ya no solo me refiero al hecho de haber descubierto que mi mejor amigo es en realidad un criminal que

mató a sangre fría a un compañero porque se había acostado conmigo o quién sabe por qué y que además fue capaz de matar a tres desconocidos más para sacarme de la cárcel. Me refiero a lo que ha pasado estos últimos meses. He sido acusada de asesinato, he estado en prisión, me he enamorado y me he dado cuenta de que hasta ahora mi vida no ha tenido ningún sentido. Me siento tan vacía que noto cada hueco de mi ser perforándome por todos los costados. Por eso, cuando unas dos horas después vuelve Rubén, dejo que me llene con sus besos y sus caricias, porque las necesito, mi cuerpo las ansía con desespero, cada segundo que sus manos tocan mi cuerpo, cada vez que sus labios

rozan mi cuello, me siento estremecer.

Rubén me devora la boca como si fuera la primera vez. Mi piel está totalmente erizada, siento un cosquilleo por la cintura que me hace sentir viva como nunca antes lo había estado. Cuando coloca la palma de la mano en mi entrepierna para palpar mi humedad, gime y se relame, bajando poco a poco, sin dejar de mirarme a los ojos, hasta quedar de rodillas en el suelo. Entonces, me baja el pantalón del pijama y deja mi sexo al descubierto, acerca su nariz y aspira. Umm, siento cuánto le gusta, empatizo con él y me siento dichosa. ¿Verdaderamente puede haberse enamorado de mí sin importarle pese a todo lo que yo antes haya hecho? ¿Puede

haber visto en mi interior lo que yo tanto ansiaba y haber olvidado que yo era como su hermana? En este momento prefiero no pensar y dejarme llevar. No quiero estropear lo que estoy sintiendo, ya hablaremos después. O no.

Rubén succiona mi clítoris y yo me agarro de su pelo. Con una mano aprieta mi culo hacia su boca y mis caderas empiezan a moverse hacia él, haciendo que meta la lengua dentro de mi ser. Oh, Dios mío, cómo me gusta este hombre, ¿sería capaz de vivir sin él ahora que sé lo que es tenerlo?

Cuando llego al clímax gimo descontrolada, Rubén se pone en pie y cogiéndome de la barbilla, acerca mi boca a la suya y me mete la lengua hasta

el fondo. ¡Cuánto he añorado estos balsámicos besos que me dejan tan satisfecha!

Saco la camiseta de manga larga por su cabeza y acaricio su suave pecho, recreándome cuando llego a sus pezones. Él me observa mientras le toco y noto cómo su pulso se va acelerando cada vez más. Muerdo primero un pezón, luego otro, y Rubén arremete un par de dedos dentro de mi vagina haciendo que dé un pequeño grito. Entonces, terminamos de desnudarnos mutuamente, impacientes, y sin más preámbulo, Rubén me coge en brazos y se introduce dentro de mí, conduciéndome así hasta la mesa del comedor, donde me sienta y empieza a

mover sus nalgas, al tiempo que agarra mis tetas y muerde mis pezones. Le doy una palmada en el trasero y eso lo excita, aprieta más mi pezón y eso me excita a mí, y entre uno y otro nos vamos dando el placer que tanto necesitábamos y que solo consigue calmarnos.

Una hora después estamos tumbados en mi cama, yo sumida de nuevo en mis pensamientos, Rubén de medio lado mirándome a los ojos.

—¿Y ahora qué? —pregunto en un susurro.

—¿A qué te refieres?

—David, ¿cómo demostraréis que fue él?

—Le han hecho una prueba de

ADN, la cotejaron con el pelo que tenemos y verán si coincide.

—¿Y si no coincidiera?

—Coincidirá, se ha delatado, ¿no?

—Sí, pero él insiste en que no mató a Nacho, no entiendo por qué.

—A los psicópatas es difícil entenderlos, cariño.

De pronto, las lágrimas inundan mis ojos y Rubén me abraza fuerte contra él.

—Ya está, mi Andi, ya pasó, no tienes que preocuparte ya de nada —me susurra al oído.

—Pero es que era mi amigooo,

¿lo entiendes? Era mi mejor amigo, ¿cómo voy a vivir ahora con esto? ¿Cómo voy a seguir adelante sabiendo que el que creía mi amigo se obsesionó tanto conmigo que fue capaz de matar a cuatro personas?

—Lo harás, ya lo verás, el tiempo lo cura todo. Solo te pido, por favor, que no te derrumbes.

—Ya, solo me pides que no consuma, ¿verdad? —pregunto, separándome de él.

—Andrea yo, temo que hagas una estupidez.

—Joder, te dije que consumía para divertirme, solo eso. Pero ya veo que piensas que soy una adicta y la

manera en que crees que soluciono mis problemas.

—No, Andrea, yo no quería decir...

—Lárgate, quiero estar sola.

—Andrea, por favor, me da igual si...

—¡¡Te he dicho que te vayas!!
—digo, subiendo el tono conforme termino la frase.

—Está bien, me iré. Pero no pienso rendirme contigo. Me ha costado mucho volver a sentirme vivo y no pienso perderte.

Lo miro irritada preguntándome por qué estoy más enfadada, si por lo

que piensa de mí o por si puede que tenga razón.

—Y llévate tus maletas —añado, una vez se ha vestido, antes de que salga de la habitación.

Apoyado sobre el marco de la puerta, sus ojos denotan una tristeza que no había visto nunca antes. Cuando no era feliz con su exmujer se le veía un hombre insatisfecho, pero ahora, es como si le faltara una parte de él, y prefiero no verlo. Así que meto la cabeza debajo de la almohada y espero a oír la puerta de la calle que me asegure que ya se fue.

Al día siguiente, un nuevo

whatsapp me despierta de lo que ha sido una horrible pesadilla. En ella, me encontraba por la calle con un viejo ligue y cuando me disponía a darle un par de besos, una botella de champán era estampada en su cabeza desde atrás. Mi ligue caía al suelo desplomado y veía a un David con la mano ensangrentada, sujetando el cuello de la botella hecha pedazos y mirándome con unos ojos desorbitados mientras me decía: “No pienso permitir que vuelvas a tocar a ningún otro hombre, si no eres mía no serás de nadie más”. Entonces, en la oscuridad de la noche, empezaba a correr e iba encontrando cadáveres de antiguos ligues tirados en el asfalto, todos con las cabezas ensangrentadas y

los ojos mirándome como diciéndome: “Si no me hubiera acostado contigo, esto no me habría pasado”.

Me levanto sobresaltada y cojo mi móvil con la intención de leer algo que me haga olvidar mi mal sueño.

“Prueba cotejada, coincide el ADN. David es nuestro asesino”

Bien. Me quedo sentada en la cama con el móvil en la mano. Debería alegrarme, pero que sea David precisamente es lo último que hubiera deseado así que no, no puedo estar contenta, aunque algo sí aliviada porque el peso ya no recaiga sobre mí. De todos modos, todavía no sé qué pasará ahora, si quedaré absuelta o si por el contrario,

que acusen a David de un asesinato no quiera decir que también matara a Nacho y yo siga imputada. Me preocupa que él insista en que no lo hizo, no tiene sentido que reconozca unos crímenes y no otro.

Me meto en la ducha e intento no pensar. Cuando salgo, pongo la televisión mientras me preparo el desayuno y me doy cuenta de que las noticias vuelan. La detención de mi amigo ya es sabida por la prensa y no dejan de hablar de si se trata del verdadero asesino de la partitura o si no es más que alguien que quiso ayudar a una amiga a salir de la cárcel. Mierda, alguien ha debido infiltrar la relación entre David y yo y eso no me beneficia

en nada. Justamente están hablando de lo que me temía pero, si ni yo ni David matamos a Nacho, ¿quién cojones lo mató? Tuvo que ser David, estoy segura, coincide que mi vecina vio un coche gris en mi casa, esa noche él estaba molesto porque me había enrollado con nuestro compañero. Sí, se enfadó tanto con nosotros que descargó su ira sobre él.

 Mi móvil suena y me derrumbo cuando veo que es Alba, a ella también le debe de haber caído esto como un jarro de agua fría, primero su amiga, ahora su amigo. Pobreta.

 —Hola Alba —la saludo.

 —Andrea, ¿es verdad lo que están diciendo en televisión? ¿David,

nuestro David, mató a Nacho?

—Me temo que sí. La policía encontró una prueba en uno de los escenarios y tras detenerlo ayer, la cotejaron con el ADN de David.

—Pero, ¿por qué? Virgen del amor que no entiendo *ná*.

—Ni yo. Por lo visto está enamorado, obsesionado o no sé qué le pasa conmigo, pero se obcecó y empezó a matar por mi culpa. Dice que fingió el asesino de la partitura para sacarme de la cárcel —rompo a llorar, dándome cuenta de lo que soy capaz de provocar en los hombres y mi llanto es tan desgarrador que asusto a mi amiga.

—Prima, corazón, ¿estás en

casa? En media hora estoy ahí.

Y justo treinta minutos después, mi amiga aparece por mi piso alquilado, con lágrimas en los ojos. Nos damos un largo abrazo reconfortante y nos sentamos en el sofá, intentando encontrar una inútil explicación a todo.

Pasamos el día juntas y ambas conseguimos tranquilizarnos mutuamente, sobre todo yo, que soy la que llevo la carga a la espalda y cada vez me pesa más. Por la tarde, recibo un whatsapp de Rubén en el que me dice que ya le ha entregado los papeles del divorcio a Nieves, que le da igual lo que intente hacer con su vida ni con qué lo amenace, puesto que ya nada le importa si no está conmigo. No puedo evitar

sonreír aunque mi alegría venga acompañada de una lágrima, y cuando Alba me pregunta, decido contarle todo lo que me ha pasado con mi inspector, desde el día de la detención hasta el momento. Alba cada vez está más sorprendida, sobre todo porque me haya enamorado por primera vez en mi vida, y cuando termino mi larga explicación, me dice:

—Andrea cariño, ese *peazo* de hombre está enamorado de ti hasta las trancas y si me aprietas mucho diría que iría hasta el infinito y más allá por ti. Yo creo que pasa de todo ese rollo de cuando te metías de todo por ese cuerpo serrano y estoy segura de que no te compara con su hermana. Tú piensa que

él vive en su mundo y está todos los días viendo cosas muy heavys en su trabajo y claro ¿cómo no iba a pensar que te ponías hasta el culo para sentirte mejor y que ahora pudieras hacer lo mismo? Pero bueno, yo no es que pretenda juzgarte ¿eh, prima? Que yo no soy San Pedro el guardián de la puerta y solo quiero hablarte con *sinceridá*. Tienes que reconocer que te has *pasao* tres pueblos y que es normal que en una situación como la que estás pasando ahora volvieras a caer en la adicción, pero es normal chocho, ¡si hasta yo podría hacerlo!

—No creo que tú recurrieras a meterte nada en el cuerpo para sentirte mejor.

—¿Y tú qué sabes? Lo mismo a mí me da por ponerme hasta el culo de pirulas o de caramelos de fresa o me da por fundirme la tarjeta de crédito en el sex-shop de la esquina. La madre que te trajo Andrea, una nunca sabe por dónde va a salir el sol cuando se levanta de la cama.

—Tienes razón, tal vez me haya pasado con él pero es que, ¡me siento tan mal conmigo misma en este momento que no creo que sea digna de que nadie me ame!

—¡No eres más tonta porque no te entrenas, deja de darle vueltas a esa cabeza tuya que tienes llena de pelos, porque hija mía parece que solo te sirva

para ir a la peluquería! —exclama mi amiga, intentando que reaccione. — Mira, lo *pasao*, *pasao* está y no tienes que liar más la bola. Tuviste un *pasao*, ¿y qué? Todos tenemos un grano en el culo o una mancha negra en nuestro historial, pero esta vida es como un libro, pasas página y empiezas otro capítulo en blanco. Te voy a dar un consejo tesoro mío y si lo quieres bien y si no también, porque para eso te quiero como a una hermana y me puedo permitir decirte lo que te voy a decir: te me subes a los taconazos, te vas a la peluquería, te pones el pelo amarillo, verde o azul, te pones las pestañas postizas o lo que se te ocurra pero me cambias esa cara y te me vienes arriba a

comerte el mundo, prima. ¡Arriba los corazones niña, que te llevo al sex-shop y nos fundimos la tarjeta vip que tengo! ¿Eh? ¡Ay mi chumino locooo, qué harías tú si tu amigaaaa!

—Tienes razón, no debería sentirme así pero... supongo que será cuestión de tiempo —digo, a punto de que Alba consiga que me ría como siempre con sus comentarios locos.

—Ay, virgen de la *caridá* eso será, tieceempooo... —se resigna al ver que sigo afligida, me coge del cuello y me abraza, meciéndome arriba y abajo como si fuera un bebé.

—Vale, basta ya —me despego de ella dándome cuenta de lo absurdo de

la situación —Vámonos a dar una vuelta.

—¡Esa es mi primaaaaa!

Como siempre, Alba ha conseguido que me sienta mejor.

Por la noche, me llaman mis padres, uno detrás de otro, pues han visto las noticias y están eufóricos al ver que su hija puede quedar exculpada. Yo les digo a ambos que de momento todo sigue igual, pero la verdad es que quiero creer que sea cuestión de tiempo que quede liberada de mis cargos. Mi padre, cómo no, me recuerda que si ya no tengo motivos para estar deprimida ni para sentir vergüenza de salir a la calle por lo que diga la gente de mí, debería

retomar las clases en el conservatorio. ¡Ay, si mi padre supiera...! Prefiero darle la razón por no discutir, y luego haré yo lo que considere oportuno. Lo cierto es que sí estoy depre y no me veo con fuerza como para enfrentarme al mundo aún.

Al día siguiente, sobre las doce del mediodía, me llama Rubén para decirme que tenemos que reunirnos con mi abogado. Espero que tenga buenas noticias, pero prefiero no preguntar. Quedamos para tomar café después de comer en una cafetería del barrio del Carmen, así no tengo que irme demasiado lejos. No sé por qué salir a la calle me da miedo, es como si fuera a encontrar psicópatas por todas partes, y

aunque sé que no es así, después de la pesadilla de la otra noche, no me quito de la cabeza la calle llena de ligues asesinados. Uff, ¡¡es horrible!!

Lorenzo me dice que esa misma mañana se ha reunido con el juez, y que como la prueba incriminatoria que pesa sobre David es de suficiente entidad, ha decretado el sobreseimiento provisional respecto a mí.

—¿Qué quiere decir eso? — pregunto, ya que eso de provisional no me ha gustado nada. La situación respecto a Rubén es tensa. Le miro y me dan ganas de echarme encima y comérmelo a besos, pero la última vez que le vi, le eché de mi casa y no sé cómo se sentirá él en estos momentos.

Es todo tan complicado.

—Pues que de momento estás libre de cargos, ya no estás imputada. En el momento en el que se confirme que David es el culpable, se decretará el sobreseimiento definitivo respecto a ti.

—Es decir, después del juicio contra David.

—Sí. Mira —sigue diciéndome Lorenzo mientras saca un pedazo de papel de su maletín, que tiene forma de cheque. —Esto es un mandamiento de pago a tu nombre. Es la devolución de la fianza, tendrás que ir al banco a cobrarlo.

Lo cojo y veo por el rabillo del ojo como Rubén me sonrío. No está

enfadado conmigo y eso me tranquiliza. Aunque en el fondo no sé por qué he estado tan preocupada ya que fue él quien me dijo que lucharía por nuestra relación. Tal vez sea porque me siento tan mal conmigo misma que no creo que sea digna de él.

Terminamos el café y Lorenzo me felicita por haber quedado libre de culpa, aunque yo no me siento totalmente exculpada, puesto que el sobreseimiento es provisional. Me dice que no me preocupe por eso porque declararán culpable a David y todo habrá acabado. Intento sonreír, nerviosa porque la cita ha terminado y ahora me quedo a solas con el hombre al que amo.

Salimos de la cafetería, nos

despedidos de Lorenzo, y Rubén, después de cogirme de la mano, me acapara hacia la pared, acaricia mi rostro con suavidad y me da un dulce beso en los labios.

—Enhorabuena —me susurra, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca.

Me quedo mirándole y sin darme cuenta una lágrima sale de mis ojos.

—No, mi Andi, no llores —dice mientras retira la lágrima de mi rostro. —Ya ha pasado todo.

—Rubén, yo, me siento tan mal conmigo misma, es como si hubiera estado haciendo el tonto toda mi vida.

—De eso nada, cariño. Has

conseguido tener un buen trabajo, tocas en una orquesta, eres la primera oboe porque tú lo vales, no por ser quien eres, ¿no? Que te gustara divertirme los fines de semana no siempre de la manera más adecuada, no significa que hayas desaprovechado tu vida. Además, no hay que arrepentirse de lo que uno hace, sino de lo que dejaste por hacer, y que yo sepa has hecho siempre lo que has querido y nunca has dejado por hacer nada, ¿me equivoco?

—No.

—Vivías la vida sin límite, has aprovechado tu juventud, y ahora te has dado cuenta de que has de sentar la cabeza y me parece fantástico, pero no quiero que pienses que lo que hiciste

anteriormente estuvo mal, viviste la vida de esa manera y ya está. No has de pensar en el pasado, sino en el futuro que te espera a mi lado, ¿quieres?

—Sí, quiero.

—Genial, en ese caso, acompáñame a por mis maletas. Estoy harto de vivir en el *Dimar*.

—¿Has estado viviendo estos días en el *Hotel Dimar*? — pregunto sorprendida al saber que no solo no ha estado en su casa sino que además ha estado más cerca de lo que creía.

—Claro, ¿no pensarías que había vuelto a mi casa, no? ¡Te dije que ya le había entregado los papeles del divorcio a Nieves!

—Lo sé, pero no sabía qué pensar.

Rubén me coge del cuello y mete mi cabeza en su pecho.

Cuando llegamos al hotel me doy cuenta de que no solo es que haya estado en el mismo hotel en el que estuvimos juntos por primera vez cuando salí de prisión, sino que además ha estado en la misma habitación.

—No podía estar en otro sitio, mi amor —me dice, apretando mi cuerpo contra el suyo al tiempo que retira un mechón rizado por detrás de mi oreja. —Cada segundo que he pasado en esta habitación he estado recordando esto, —me dice mientras acaricia mi

espalda— añorando esto, —mete la mano por mi entrepierna y me hace gemir— deseando esto.

Rubén mete una mano por dentro de mi jersey y la lleva hasta mi pecho, acariciándolo por encima del sostén. Yo, que deseo a ese hombre más que a nada, desabrocho rápidamente el cinturón y le desabotono el pantalón, para acariciar su miembro sobre el bóxer. Y así, empezamos a desnudarnos sin dejar de besarnos, sin apartar las manos el uno del otro, deseosos de tocarnos por todas partes.

Tumbo a Rubén sobre la cama y me subo en él a horcajadas, haciendo que su polla se penetre hasta el fondo. Gime de placer y eso me excita, así que

empiezo a moverme adelante y atrás, rozando mi clítoris sobre su pubis, sintiendo su miembro dentro de mí, mientras él me coge las tetas y succiona mis pezones, produciéndome un cosquilleo que me pone a cien.

Después de tres orgasmos, estamos echados sobre la cama, desnudos, mirándonos a los ojos analizando cada centímetro del rostro del otro, imprimiéndolo en la memoria para que nunca se nos olvide el mínimo detalle de la persona amada.

—Entonces, ¿ya no te va a chantajear Nieves? —pregunto al cabo de un rato.

—Ya no puede. He pensado ser

yo quien le cuente a mi familia lo que me ha estado atormentando durante tres años, con lo que mi exmujer ha jugado para tenerme junto a ella contra mi voluntad, porque solo pensar que mis padres pudieran saberlo hacía que me sintiera más miserable si cabe de lo que ya me sentía conmigo mismo.

—¿Tan grave es?

—Andrea, mi hermana Paula era la cuarta hija después de tres varones. El primer hijo, mi hermano Carlos, fue aceptado como tal porque siendo el primero no importaba el sexo. En el segundo, Jorge, mis padres querían una niña y nació él, pero no importaba porque eran jóvenes y podían tener otro hijo más, en busca de la niña. Cuando

pensaban que a la tercera sería la vencida llegué yo, y cuando daban ya por imposible que pudieran procrear a un ser femenino, entonces llegó Paula. Para mi madre era su muñequita, la princesita, la niña mimada. Yo, porque era el que menos edad me llevaba con ella fue con el que más unida se sintió, y la verdad es que de niños éramos como uña y carne. Cuando mis hermanos mayores se metían con ella, ahí estaba yo para defenderla; cuando empezó a salir con amigas, yo era quien la acompañaba o bien se venía ella con mis amigos, porque nos llevábamos tan solo dos años. Pero a medida que se hizo adulta, empezó a juntarse con mala gente, cada vez era más irresponsable y

cometía más locuras, y siempre era yo quien la excusaba o defendía en casa delante de mis padres, me inventaba que había estado conmigo o que había hecho X por mi culpa, y yo cargaba con los castigos. Pero me fui cansando. Yo era al que siempre llamaba cuando se metía en un lío, y cuando me hice policía pareció como si eso le diera más rienda suelta para excederse y que luego fuera yo quien la salvara de ir a comisaría solo por el hecho de ser mi hermana. Por eso, el día que murió... —se calla y yo lo miro increpándole para que continúe. Una lágrima cae por su mejilla y me rompe el alma verle así. Se la retiro con suavidad, como suele hacer él conmigo, y le beso su húmedo rostro.

Oh, Dios, es tan bello que me duele en exceso verle así —Esa noche me llamó como cualquier otra —continúa. —Me dijo que se había juntado con unos tipos indeseables y que no sabía cómo salir de esa. Yo le dije que tenía que elegir mejor a sus amistades y que ya estaba harto de que fuera tan irresponsable. Estaba con Nieves, cenando en un restaurante, no me habría costado nada ir a por ella al pub en el que estaba. Pero estaba cansado de que me usara siempre para solucionar sus problemas en lugar de tener cuidado de no meterse en ellos. Quise darle un escarmiento, que supiera que su hermano no estaría ahí siempre para sacarle las castañas del fuego, y dos horas después me llamó

un compañero para comunicarme que la habían encontrado muerta en un callejón, con una cantidad indecorosa de cocaína en mal estado en su cuerpo. Me maldije una y otra vez, ¿por qué no había ido a por ella cuando me pidió ayuda? ¿Por qué fui tan egoísta y deje que mi hermana muriera? Pero callé, y nunca le dije a nadie que Paula me había pedido ayuda esa noche, y solo Nieves lo ha sabido durante estos años.

—Oh, cariño, es horrible que Nieves te haya chantajeado con eso. Tú no hiciste nada malo, ¿cómo ibas a saber lo que pasaría? Tu hermana abusaba de ti y te cansaste de hacer el primo, no tienes por qué sentirte culpable de su muerte —le digo, llorando con él. Desde

luego, lo que ha debido de pasar durante tres años, sintiéndose mal por lo que hizo y sin que nadie le dijera que no debía martirizarse de esa manera... Se me encoje el corazón cada vez que lo imagino.

—Sabía que tú me dirías eso, por eso te quiero tanto. Solo ves lo bueno que hay en mí, no te das cuenta de que no soy perfecto, y me miras con unos ojos que haces que me pierda en ti.

—Te quiero. Sé que no eres perfecto, ni yo, ni nadie lo es, pero te quiero más que a nadie y no pienso tolerar que te vuelvas a sentir mal por algo que no tuviste culpa.

Yo tampoco pienso tolerar que te

vuelvas a sentir mal por nada de lo que
hayas hecho en la vida. Te amo y te
deseo, me has devuelto las ganas de
vivir y de luchar por algo, mi amor.

El sábado, después de que Rubén se haya instalado en mi piso y hayamos decidido seguir adelante con nuestra relación pase lo que pase, ignorando a la exmujer que no para de enviar mensajes a su abandonado marido ya que se ha dado cuenta de que es inútil que lo llame puesto que no contesta a sus llamadas, decidimos ir al cine. Nuestra relación ha estado llena de altibajos, para ser la primera vez que tengo algo serio no es que haya sido demasiado normal, y ahora que parece que todo está en calma, con David en prisión preventiva a la espera de juicio como antes estuve yo, Rubén dice que aunque vivamos juntos, quiere que

salgamos como cualquier pareja de novios. Y así lo hacemos. A la vuelta del cine, entramos un rato a Quiero Bailar Contigo, me doy cuenta de lo buen bailarín que es mi inspector de policía y después de unas cuantas salsas, bachatas, merengues, etc., y un par de cubatas, subimos al piso y nos hacemos el amor durante horas.

El domingo, Rubén tiene que trabajar y me dice que salga yo con mis amigos, pero no me apetece hacer nada sin él. Parece mentira lo que ha cambiado mi vida desde que le conozco. Antes, no podía pasar un fin de semana sin salir de fiesta, es más, incluso entre semana salía muchas veces. Por eso mi padre se quejaba de que la directora le

llamaba la atención porque llegaba tarde a mis clases. En cambio, ahora, no siento esa necesidad. Solo me apetece hacer cosas con Rubén, salir a pasear, comer por ahí, tomarnos algo en una terracita de invierno.

Tengo la sensación de que Rubén, a pesar de que me ha instado a salir, se ha ido a trabajar contento de que me haya quedado en casa. Siento un cosquilleo en mi estómago que no puede ser otra cosa que felicidad, y por primera vez, mientras veo una película romántica en la televisión, me planteo si ya es hora de retomar mis clases en el conservatorio. Además, dentro de poco son Fallas, la fiesta valenciana, y estoy acostumbrada a vivirlas al cien por cien.

Sé, que si no vuelvo a la banda echaré de menos mi vida cuando lleguen fiestas. Claro que antes cien por cien significaba no dormir desde el día quince de marzo hasta el veinte, y no lo conseguía de la manera más apropiada, dado que mi vida consistía en estar todo el día tocando con la banda de música en pasacalles, recogidas de premios, ofrenda y demás, y salir de fiesta toda la noche, hasta empalmar con la *despertá* del día siguiente y de nuevo pasacalle, etc. Ahora, sé que he de moderarme. Me he propuesto no volver a meter en mi cuerpo una sola sustancia nociva para la salud, a excepción de alcohol que pienso que sí consumiré pero con moderación, y lo quiero cumplir. Lo

quiero hacer por Rubén, por su hermana, pero sobre todo, por mí.

Por la tarde, cuando Rubén llega de hacer su turno, vamos a cenar a casa de sus padres. Él necesita desahogarse y contarles lo que lleva tres años guardando. Está tenso, nervioso, preocupado, y yo le sujeto la mano durante todo su monólogo, durante el cual sus padres no lo han interrumpido ni una sola vez. Cuando termina, no puede mirarlos a la cara por la vergüenza que siente pero entonces su madre, se levanta de su silla, se acerca a él, le coge la barbilla y haciendo que la mire a la cara le dice:

—Cariño, cuánto siento que te hayas echado la culpa durante estos tres

años. Tenías que habérmelo contado antes, mi amor.

Rubén abraza a su madre con lágrimas en los ojos y su padre se une a ellos, con cierta rabia en su mirada.

—Lo que me da más coraje de todo —dice, pues lo que lleva dentro no lo puede guardar más— es que hayas tenido que aguantar a Nieves si no eras feliz con ella solo porque te chantajeara con una cosa así. Debías habérmelo contado, hijo.

—No fue solo por eso, papá. Nieves no está bien de la cabeza, intentó suicidarse en una ocasión y me amenazaba con hacerlo si la dejaba.

Miro al suelo sintiendo cierta

culpa, ¿qué pasa si Nieves cumple con sus amenazas y hace una tontería? Rubén, que parece haberse dado cuenta de mi inquietud, me coge la mano y la acaricia apaciguadoramente.

—Esa mujer no tiene derecho a crearte esa responsabilidad, te está intimidando, te desafía cada día haciéndote ver que ella puede contigo, pero me alegro de que al final te hayas decidido a dejarla. Has ganado tú, hijo, has ganado tú —le apremia el padre.

No se trata de quién gane o pierda. Esa mujer ha convertido a un hombre maravilloso en un infeliz y sonrío al darme cuenta de que es tarea mía conseguir que vuelva a ser feliz. Y yo creo que ya he cumplido con la faena.

Me mira con una ternura en sus ojos que me hace derretir, y estoy deseando llegar a casa para devorar a ese hombre que me ha robado el corazón.

Una vez en casa, después de follarnos como locos y hacer el amor después, tumbado en la cama sudorosos pese a estar todavía a principios de marzo y no haber puesto la calefacción, me doy cuenta de que soy feliz, muy feliz. Ya no me preocupa que todavía me puedan juzgar por el asesinato de Nacho porque me parece improbable, tampoco que Rubén me considere una adicta por lo que en mi pasado hice, ni lo que pueda pensar la gente, porque solo me importa el que está conmigo en la cama,

besando mi rostro y mirándome como si fuera lo más bonito que ha visto en su vida.

Lo tengo decidido, mañana iré a hablar con la directora del conservatorio, pasaré por mi médico de cabecera, le pediré el alta, y por la noche iré al ensayo de la banda. La vida continúa y la mía es muy importante como para pasar más días enclaustrada entre cuatro paredes. Ya no soy una presa privada de libertad y he de aprovechar el futuro que se brinda ante mí, con un hombre estupendo a mi lado.

Pero, ¿a quién quiero engañar? Paso todo el día excitada. Solo de

pensar que esa noche veré a mis compañeros de orquesta por primera vez desde el concierto de hace de dos meses, mi cuerpo tiembla y se me hace un nudo en el estómago que no me deja respirar. La mañana ha ido bien. La directora del conservatorio se ha alegrado mucho de que vuelva a mi puesto de trabajo, me ha dicho que me ve cambiada y le he asegurado que no soy la misma que vio la última vez. Hemos estado conversando sobre mi estancia en la cárcel, lo duro que ha sido para mí que me creyeran culpable de asesinato, y aunque no le he dicho que la razón de que haya sentado la cabeza no ha sido por esa experiencia, sino que la culpa la tiene un hombre que me ha

hecho darme cuenta de lo importante en la vida, la directora no es tonta y al final me ha dicho:

—Tus ojos tienen un brillo especial. Dale las gracias de mi parte al afortunado que te ha hecho madurar.

Me he quedado de piedra y a punto he estado de soltarle alguna fresca, pero me he dado cuenta de que además de que es amiga de mi padre, tiene toda la razón, así que le he sonreído, roja como un tomate, y he salido de su despacho con un cosquilleo en la tripa, que es lo que siento cada vez que pienso en Rubén, es decir, las veinticuatro horas del día.

Después de comer me he tirado

en el sofá y he hablado un poco por whatsapp con Rubén, hasta que me ha dicho que sintiéndolo mucho me tenía que dejar porque estaba de servicio y no podía entretenerse más.

“Gracias a ti se van a escapar todos los delincuentes”, me escribe.

“¿p q?”, pregunto.

“me distraes y no estoy en lo q debo”.

Sonrío, no lo puedo evitar.

“Te amo”, me dice, acompañado del icono de la cara con el beso.

“Yyo”

Después, hablo con Alba y le cuento que esa noche voy a ir al ensayo.

Quiero asegurarme de que ella no va a faltar porque sé que sin mi mejor amiga no voy a poder afrontar la vuelta a la rutina.

Llego al anfiteatro donde ensayamos y cuando bajo de mi Ferrari me doy cuenta de que me tiemblan las piernas. Alba, que estaba en la puerta esperándome para entrar conmigo, en cuanto me ve corre hacia mi coche y me abraza.

—Prima, vamos, ya les he *contao* a *tós* que venías y están como locos y con los nervios nerviosos de volver a verte.

—¿Todos? No creo.

—Niña, menos las indeseables

pero a esas que se la pique un pollo — dice mi amiga, torciendo la boca y arrugando la nariz denotando asco hacia ciertas personas.

—Solo de pensar en que me tengo que sentar a su lado me dan náuseas.

—Pues no lo pienses, cari. Tú vales más que esa chusma, y no puedes dejar que una mierda de persona despreciable y que no vale ni pa tacos de escopeta, te amedrente.

Entramos en el auditorio y todos vienen hacia mí, unos para brindarme un abrazo, otros curiosos que solo quieren preguntarme sobre la cárcel y crear morbo. Intento zafarme de todos

educadamente, excusándome con que el ensayo está a punto de comenzar y que en el descanso ya les contaré cuanto quieran. La indeseable de Silvia ya está sentada en su sitio, mirada fija en la partitura colocada sobre el atril que en breves minutos deberemos compartir, y ni se ha girado ante el revuelo. Mejor.

—Pequeñaja, qué preocupados nos tenías a todos. —me dice Octavio.

El director, que se ha dado cuenta de que sus músicos han abandonado su sitio en el escenario por venir a saludarme, viene hacia mí despacio y cuando está a mi altura me abraza brindándome su apoyo. No hace falta que diga nada, sé que él nunca me consideró culpable, y su calor me

reconforta, pues le quiero como si fuera mi padre, e incluso a veces más, puesto que él siempre ha estado cuando lo he necesitado.

—Te echábamos de menos —me susurra al oído.

Una lágrima cae por mi mejilla y me la quito rápidamente. No quiero que Silvia me vea vulnerable. Hasta ahora, soy el centro de atención y sé que eso la reconcome; no quiero que sepa que en el fondo estoy hecha un flan y que me horroriza subir al escenario y sentarme a su lado.

Pero sé que lo tengo que hacer y lo hago. Monto el oboe, dejo la maleta sobre un asiento cercano al escenario, y

respaldada por mi fiel amiga Alba, me coloco en mi sitio sin apenas mirar a mi adversaria.

Como la envidia es muy grande y la maldad puede por encima de todo, la oboe segundo no se puede aguantar el comentario y girándose hacia mí, me coge del brazo para que le haga caso y me habla con desparpajo:

—Hay que tener vergüenza para volver a aparecer por aquí después de lo que le has hecho a tu amiguito.

—¿Qué dices? —le pregunto, no sé si más intrigada que enfadada. ¿Qué coño se supone que le he hecho yo a David?

—No te hagas la inocente que

aquí todos sabemos que has hecho que David mate a tres personas por ti. A saber cómo lo convencerías para tal cosa, y ahora el pobre tiene que ir a la cárcel por tu culpa.

Ya no puedo más, no la aguanto y mi paciencia con ella ha llegado a un límite. Me tiro sobre ella como una fiera en celo y hago que caiga sobre los atriles de los compañeros que hay detrás, quedando tumbada en el suelo y con las piernas en alto, mientras se clava hierros por todo el cuerpo. En la banda, ahora hay quienes corren en su ayuda, quienes ríen por lo bajini ante el suceso y quienes no saben qué hacer, horrorizados por la situación.

—Señor Cifuentes, ¿va a

permitir que una asesina trate así a un miembro de su orquesta? —grita Silvia, incorporándose con la ayuda de su mejor amiga.

El director la mira desconcertado y yo siento que he metido la pata de una manera indecorosa. Oh, Dios, he hecho lo que llevo años reprimiendo y si pensaba que me sentiría bien, no es así.

—Señorita Miralles, no sé si mi primer clarinete será un asesino o no, pero sí sé dos cosas: la señorita Palacios no es ninguna asesina, y usted es una mala persona. Recoja su instrumento, lárguese de aquí y no vuelva nunca más. No pienso consentir que vuelva a faltarle el respeto a mi

oboe primero en mi presencia, ¿de acuerdo?

—Pero, ¡si es ella la que me ha faltado el respeto a mí!

—Escuché lo que le dijiste, y créeme, yo no hubiera tenido tanta paciencia contigo como ha tenido ella, solo por no dejar en evidencia a su padre. Largo.

Ahora sí me siento bien.

Silvia mira a sus amigas en busca de ayuda pero ellas, que no quieren perder su puesto en la banda, vuelven a su sitio ignorando las miradas suplicantes de la que acaba de ser echada.

Silvia me mira con odio y luego

a pensar cuando pasa por mi lado, que va a descargar su ira sobre mí. Sabe que lleva las de perder así que noto que se reprime y baja del escenario con el rabo entre las piernas. Mientras recoge su instrumento, el director, Manuel Cifuentes, me insta para que toque la nota “la” y haga afinar conmigo al resto de la banda. Me tiemblan los dedos, pero consigo tapar bien los agujeros y expulso aire con fuerza. El ensayo acaba de comenzar.

Cuando termina, salgo abrazada a Alba y me quedo de piedra cuando veo a un rubio de ojos melosos apoyado sobre un Ssangyong Kyron negro. Me acerco hasta él y me coge de la cintura para darme un largo beso delante de

todos mis compañeros. Escucho un “wowwww” de alguien que ignoro, pero lo que más me sorprende cuando abro los ojos es la mirada de repulsa de Octavio.

—Hasta el jueves —le digo, tratando de obviar que mi compañero me acaba de mirar mal.

—Adiós —contesta, ahora ya no tan cariñoso como se ha mostrado durante el descanso del ensayo.

Llegamos a casa y encuentro el comedor lleno de trastos. Al ver mi cara de sorpresa, Rubén se explica.

—He pasado por mi casa cuando he terminado mi turno y he cogido unas cuantas cosas.

—¿Has visto a Nieves? —
pregunto preocupada.

—Sí, —me dice acercándose a mí y poniendo una mano sobre mi espalda— pero no ha pasado nada. — Rubén me retira el pelo por detrás del cuello y me besa el lóbulo de la oreja haciendo que me estremezca. —No me ha dicho nada, solo nos hemos ignorado.

—Me sorprende —digo, jadeando ante la invasión de lengua que me recorre la oreja.

—Y a mí, pero aprovechemos el momento. Seguramente se habrá dado cuenta de que no puede hacer nada para que cambie de opinión. —Como me habla al oído, el calor que desprende me

crea un cosquilleo y cuando ve que se me eriza el vello, me da un mordisquito que hace que explote. Empiezo a desnudarlo excitada, ya no me importa lo que me tenga que decir de su exmujer. Ahora solo quiero sexo, ese que él me proporciona y que me hace sentir lo que antes no sabía que pudiera existir.

El resto de la semana la pasa trayendo cosas suyas: sus libros, sus cedés, toda su ropa... y yo empiezo a acostumbrarme a tenerlo a mi lado. El martes, reanudo mis clases en el conservatorio, no sin añorar los viejos tiempos en los que me reunía con David entre clase y clase para charlar, bajábamos a la cafetería a desayunar

juntos o salíamos a la calle a fumar mientras se nos quedaban las manos heladas por el frío. Eso ya nunca se repetirá, David es un psicópata, un asesino que ha matado sin escrúpulos y aunque diga que lo ha hecho porque me quiere, yo no lo veo así. Yo lo que veo es que no es como yo creía que era, es un ser malvado y ahora pese a que intento estar bien, siento el vacío que ha dejado en mi corazón, cuando creía que éramos uña y carne, y me dan ganas de llorar.

Me gusta preparar la comida a sabiendas de que no es para comérmela yo sola, y aunque me cuesta seguir el ritmo de los turnos de Rubén, sé que no puedo decirle nada porque además de

los casos que le salen, no ha dejado de investigar el mío, buscando más pruebas que inculpen a David y por lo tanto me dejen a mí totalmente libre. En ocasiones, cuando Rubén está en casa a la hora de la comida o la cena, es él quien la prepara. La tortilla de patatas le sale buenísima, y yo me muero al ver pelando patatas a un hombre tan apuesto, que una vez sale por la puerta se dedica a coger delincuentes, y que en la cama me hace suya de una manera tan feroz que... uff, ¡¡ya tengo húmeda la entrepierna!!

Tan solo quedan unos días para Fallas, la fiesta valenciana, y a pesar de que nos sabemos los pasodobles de

memoria, Manuel Cifuentes todos los años insiste en que el ensayo antes de fiestas lo dediquemos a recordarlos. Vivo en una nube. Mis compañeros se muestran más amables que nunca, incluso las amigas de Silvia, que como la susodicha ya no está, no tienen con quién aliarse y han decidido pasarse al bando enemigo. En el conservatorio todos mis compañeros se han mostrado prudentes y tras un “¿Cómo estás?” del primer día, nadie ha vuelto a mencionar lo que me pasó, ni mi estancia en la cárcel y lo agradezco porque me facilita las cosas. Lo que menos me apetecía era tener que estar explicando a todo el mundo lo vivido, y mucho menos dar detalles. Y mi relación con Rubén... es

mejor de lo que me podía imaginar que fuera una relación de pareja, o mucho más, porque de no tener nada serio con nadie he pasado a convivir con un hombre, y me siento tan feliz de tenerlo a mi lado que a veces pienso que es un sueño que estoy viviendo y que en cualquier momento despertaré.

Llegan Fallas y con ellas mi no parar. Desde las ocho de la mañana que empieza la *desperta*, continuamos con el pasacalle o bien recogida de premios al Ayuntamiento si la Falla ha ganado alguno si no es que nos toque ir por la tarde, por la noche cena en la barraca porque los músicos somos invitados de honor y luego la consiguiente verbena, concierto o discomóvil. Echo de menos a Rubén porque tiene que trabajar y no puede seguir mi ritmo, pero me ha dicho que esté tranquila y que disfrute de las fiestas, que me hace falta desconectar de todo, y que confía en mí, y cuando me dice eso sé que se refiere más a que

sabe que la fase drogas ha quedado en el pasado, más que piense que le vaya a ser infiel.

La *Nit de Foc*, después de ver los fuegos artificiales, voy con Alba a una fiesta que ha organizado Octavio en su chalet. Le he dicho a Rubén dónde estaré para cuando acabe su turno, porque sé que mañana no trabaja ya que es San José, pero no me ha asegurado que venga, porque hoy puede que termine muy tarde y está cansado.

—No te preocupes, cariño, ya saldremos juntos más adelante —me dice, antes de irse a trabajar, y me da un beso en los labios que me deja con ganas de más. ¡¡Le quiero tanto!!

La fiesta está muy divertida. Ha acudido casi toda la banda, amigos de Octavio del trabajo e incluso me ha parecido ver a unas chicas que creo que son sus primas. La música es buena y la bebida no falta, Alba y yo estamos bailando y disfrutando como en los viejos tiempos, y cuando empieza a sonar,

Abanibi Aboebe,

Abanibi quiere decir te quiero amor.

Abanibi Aboebe,

Abanibi quiere decir te quiero amor.

Abanibi Aboebe

quiere decir te quiero amor;

empezamos a saltar al ritmo de la música, riéndonos y cantando la canción como diría mi amiga, locas del papo.

Octavio se nos une y juntos nos desinhibimos gritando la letra de las canciones y dando brincos derramando energía a borbotones. Qué falta me hacía eso, la verdad. Ahora me doy cuenta de que necesitaba divertirme, reírme de cualquier tontería, y por fin lo estoy haciendo. Esto es lo único que me faltaba para que mi vida fuera perfecta.

—¿Te apetece tomar algo? —me pregunta Octavio.

—Ya tomo —le digo,

mostrándole mi cubata de Vodka rojo con naranja.

—Me refiero a lo otro, ya sabes —me abre los ojos y mueve la cabeza hacia un lado, indicándome donde ir para conseguir pastillas.

—Oh, no, gracias. Lo he dejado.

—¿En serio? ¿Quién eres y qué has hecho con Andrea?

—Jajaja, soy la misma de siempre, solo que prefiero divertirme consciente de lo que hago.

—¿Te parece que el alcohol deja lugar a demasiada conciencia?

—No es lo mismo.

Octavio me pone morritos y gira

la cabeza a un lado como si fuera un niño pequeño. Sé que no me entiende pero me da igual, así que levanto el vaso de tubo en señal de brindis y sigo bailando con Alba, ignorando a mi compañero. Pero no se da por aludido y cogiéndome del brazo me dice:

—¿Me acompañas al menos a mí a hacerme algo?

Me sabe mal decirle que no, aunque no entiendo para qué me necesita a mí para drogarse, así que asiento. Me coge de la mano como cuando nos enrollábamos antaño y me dirige hacia su habitación, me mete dentro y cierra la puerta. Me pongo nerviosa porque no me esperaba verme a solas con él pero me mentalizo de que tan solo es un amigo,

que sabe que tengo novio, que hace tiempo tuvimos algo pero que lo dejamos de mutuo acuerdo y que él no tiene por qué querer de mí nada que no sea compañía mientras esnifa.

Me quedo de pie mientras veo como Octavio saca la cocaína, la coloca sobre un espejo y prepara una tira.

—¿De verdad que no quieres?

—Octavio, sabes que yo nunca he tomado coca.

—Oh, es verdad, tú solo consumías pastillas —y soltando una carcajada continúa —Joder, Andrea, se me hace raro estar hablando en pasado de esto cuando la última vez que salimos juntos te pusiste hasta el culo. —Y

dando una palmada sobre la cama, me insta a que me siente a su lado.

—Ya, ¿y recuerdas lo que pasó después? Ya he escarmentado, gracias —digo mientras me acerco a la cama y me siento a su lado.

Octavio esnifa toda la tira de coca y se le salta el lagrimal, se lo limpia con la camiseta y me mira sonriente.

—Andrea, eres tan bonita.

Me pongo tensa ante su comentario y decido salir de la habitación cuanto antes, pero cuando intento incorporarme me coge del brazo y hace que vuelva a sentarme.

—¿Dónde vas tan deprisa? ¿Te

he asustado? No era mi intención, somos amigos.

—Lo siento, es que me apetece bailar y he dejado a Alba sola.

—Andrea, Alba ya es mayorcita y no le va a pasar nada porque se quede sola unos minutos. Además, estoy seguro de que está con el resto del grupo.

Vale, ya no aguanto más, tengo que preguntárselo.

—Octavio, ¿qué quieres?

—No quiero nada, es solo que me gustaría hablar contigo un rato.

—¿De qué?

—Para empezar, ¿por qué dejamos de acostarnos?

—Oh, no salgas ahora con esas. Los dos decidimos dejar de hacerlo porque nos veíamos demasiado y ninguno quería formalizar la relación.

—¿Ninguno o tú no querías?

—Yo no quería... pero creí que tú tampoco, o al menos eso es lo que me dijiste.

—¿Qué querías que te dijera? Tenías muy claro que no me querías como novio, y no soy un hombre a quien le guste suplicar, pero siempre he estado enamorado de ti, y verte cada vez que salíamos no me lo ponía fácil, sobre todo la última vez.

—¿Qué quieres decir?

Octavio me sonríe de una manera que me aterroriza, nunca le había visto esa mirada espeluznante e intimidatoria, y ahora sí quiero salir de aquí.

—Nena, cuando te vi con Nacho, un tío cualquiera, no me podía creer que te atrajera la verdad. Pero cuando comprob  que te lo llevabas a tu casa... eso me sacó de quicio. Que yo supiera no sol as llevarte los ligu es a tu adosado y, despu es de que David nos dejara en nuestros respectivos coches, no pude evitar seguirte.

—T  coche es gris —afirmo, con un nudo en la garganta.

— Qu  pasa porque sea gris? — me pregunta, haciéndome ver que David

no comentó con él las pistas que la policía encontró respecto al homicidio.

—Una vecina vio un coche gris aparcado en la acera. Creí que era el de David cuando encontraron una prueba en un escenario, y le eché la culpa del asesinato de Nacho pese a que insistió en que no fue él.

—La verdad es que David me lo ha puesto todo en bandeja. No te das cuenta lo que provocas en los hombres, ¿verdad? —me pregunta, empujando mi cuerpo sobre la cama para que quede tumbada y colocándose él a horcajadas sobre mí.

—Octavio, déjame, por favor.

—No hasta que me des lo que

antes me dabas.

Octavio me coge las manos que no he dejado de mover intentando escapar de sus garras y las coloca sobre mi cabeza, me lame el cuello y se relame.

—Umm, sabes tan bien.

—Octavio, por favor, sabes que ahora tengo novio.

—Eso es lo que no entiendo, ¿qué te ha dado ese poli que no te pudiera haber dado yo? Dime, ¿por qué a mí me rechazaste y en cambio a ese lo has metido en tu casa?

—Estoy enamorada de él, eso es todo. Octavio, si me sueltas, no diré a nadie que tú mataste a Nacho.

—Jajajajaja, ¿por quién me has tomado? ¿Te crees que soy gilipollas o qué?

—¿Por qué me lo has dicho? Podías haberte callado y yo nunca habría sospechado de ti. La policía ya tiene a un culpable, condenarán a David por todos los asesinatos, incluido el de Nacho.

—Aunque digas lo que quieras, será tu palabra contra la mía. Diré que estás enamorada de mí, que tras haberme negado a satisfacerte te has vuelto loca, drogada como ibas, y que en venganza te estás inventando que yo hice tal cosa — y tras lo dicho, arremete su lengua en mi boca y la gira haciendo un tornillo.

Cuando consigo separar mis labios de su boca le grito que no he tomado drogas pero entonces su sonrisa me hace darme cuenta de todo.

—¿Me has echado algo en la bebida? —pregunto, con un hilo de voz que apenas sale de mi garganta. Octavio asiente con la cabeza con una mirada maliciosa y vuelve a besarme con fuerza, haciéndome daño con su incipiente barba.

Me resisto, escupo su lengua, meneo la cabeza intentando que nuestros labios se separen, pero tiene mucha fuerza y no lo consigo. Coge mis dos manos con una sola de él y la otra la mete por debajo de mi falda, me rompe

las medias y mete la mano dentro del tanga, introduciendo dos dedos de manera que me hace emitir un grito de dolor.

—Nena, cuanto más te resistas, más te dolerá. Tranquila, antes disfrutábamos juntos, ¿recuerdas?

Cierro los ojos para no verlo y él mete un tercer dedo a conciencia para que el dolor me haga abrirlos.

—¡Recuerda! —me grita, hecho un energúmeno.

—Lo recuerdo, Octavio, pero esto está haciendo que el bello recuerdo que tenía de lo nuestro se vaya a la mierda.

—Me da igual.

—¿Qué quieres conseguir?
¿Follarme? ¿Y después qué? ¿Crees que
seguiremos siendo amigos?

—Ni lo he pensado ni me
importa, solo deseo tenerte ahora.

—Octavio, suéltame, suéltame
—grito, cuando su lengua no está
invadiendo mi boca.

Entonces la puerta de la
habitación se abre y en un visto y no
visto, Octavio está en la otra punta de la
habitación, tras un puñetazo en la cara y
otro en el estómago.

Rubén me incorpora y yo,
temblorosa, empiezo a llorar, ahora que
me siento liberada.

Octavio se levanta del suelo y sale de la habitación.

—Rubén, ve a por él, mató a Nacho.

El inspector, sin pensarlo dos veces, sale corriendo, dejándome sentada sobre la cama con un soponcio incontrolable. A los pocos segundos Alba aparece y se sienta a mi lado, me pasa un brazo por la espalda y me abraza, brindándome su apoyo para que me tranquilice.

—Fue Octavio —emito.

—¿Octavio qué?

—Él mató a Nacho.

—Joer prima qué fuerte, ¿pero

no fue David? Madre del amor yo no puedo más con mi vida.

—Ni yo, Alba, ni yo —y a continuación trato de explicarle. — David mató a los demás para crear un asesino en serie y que así me sacaran de la cárcel. El pobre cometió tres delitos sin saber que al final me sacarían por otro motivo, porque realmente yo no había hecho nada. Ahora me pregunto si David me creyó inocente en algún momento o si solo lo fingía. Y mira, al final van a tener razón los noticieros, el asesino de la partitura no era más que un amigo tratando de ayudarme. ¡¡Qué asco joder!!

—Claro que sí te creía inocente, mujer, ¡tós sabíamos que tú no matarías

ni a una mosca! Pero Octavio... Me he *quedao* muerta, prima —dice Alba, santiguándose una y otra vez.

Salimos de la habitación porque no soporto seguir aquí, y además estoy impaciente por saber qué ha pasado con mi novio y Octavio. Hemos dejado de escuchar música y deducimos que la fiesta ha terminado, y eso debe de ser por algo gordo. Cuando llegamos al comedor, vemos que se ha llenado de policías y que los invitados que quedan se preguntan qué ha pasado. Rubén me ve cogida de Alba y se dirige a nosotras.

—Ya está detenido —me dice.
—¿Cómo estás?

—Ojalá lo supiera. No puedo

creer lo que ha pasado, nunca habría sospechado de Octavio y me preocupa que no hayan más pruebas que lo incriminen que mi palabra.

—Por esos están los agentes investigando, para encontrar pruebas.

—¿No hace *farta* una orden *pa* eso? —pregunta Alba, que le encantan las series de policías y se conoce los procedimientos.

—Como ha agredido a una mujer en su propia casa, podemos entrar sin problema —le explica mi chico.

—Menos mal que has llegado a tiempo, una vez más —digo, sollozando de nuevo. — Me hubiera violado sin remedio. Además, me ha puesto algo en

la bebida y no sé qué más pretendía.

Rubén me abraza y yo sumerjo la cabeza en su pecho, aspirando su perfume y transportándome a otro lugar, lejos de allí, donde estemos los dos solos sin asesinatos, ni violaciones, ni colegas envidiosas; un lugar tranquilo a orilla de la playa, donde nos hagamos el amor tumbados sobre la arena, sin importarnos nada más que nuestros cuerpos.

Epílogo:

Tres meses después, estamos en ese paraíso. Mi padre ha conseguido alquilar un pedazo de playa en Miami para Rubén y para mí, donde nadie nos moleste y podamos cumplir con nuestras fantasías. Hace tres meses que mi novio es un hombre libre ya que por más que Nieves intentó lo contrario, el divorcio se firmó y que sepamos no ha intentado ni ha hecho ninguna tontería. ¡Si es que yo estaba segura de que todo lo hacía para amenazarlo y así someter a un hombre a vivir bajo su mismo techo pese a que hacía mucho que no era feliz!

El juicio de David sigue sin salir, pero él sigue en la cárcel ya que como a mí en un principio, el juez no le concedió la libertad bajo fianza. Lorenzo me dice que del homicidio en el que encontraron su pelo le condenarán seguro, pero que los demás no están claros porque él no se ha confesado culpable y sin pruebas no pueden hacer nada. Me doy cuenta de los crímenes que se van a quedar sin resolver, o al menos a corto plazo.

Octavio fue detenido por agredirme en su casa, se le acusó del asesinato de Nacho gracias a mi declaración, pero a las setenta y dos horas, como no se hallaron pruebas suficientes que lo inculparan, se

desestimaron los cargos y salió en libertad. Por supuesto no volvió a aparecer por la banda ni por el grupo de amigos, y me da coraje que solo yo sepa la verdad, confesada de su propia boca, pero como él dijo, sería su palabra contra la mía. El muy cabrón fue cuidadoso: usó la botella con la que nos había visto beber y divertirnos, no dejó huellas, nadie le vio, ni siquiera encontraron pisadas que coincidieran con sus zapatos... Nada. Lo que me quedé con las ganas de preguntarle fue por qué lo de la partitura, pero prefería no volver a verlo nunca más a tener otra conversación con él. Al fin y al cabo ya daba lo mismo; un asesino había quedado suelto, demostrando los huecos

del sistema. Supuse que la llevaría encima porque esa mañana habíamos tenido concierto y que al igual que David, para él significaría el día que debutamos en la banda, la primera pieza que tocamos juntos, mi primer solo... Ya daba igual.

Rubén me dice que no me preocupe por que haya quedado libre, que tarde o temprano encontrará una prueba que lo incrimine y que entonces no habrá quien le salve, y con eso me quedo. Prefiero no pensar más en lo que pasó, ni en David, ni en Nacho ni en Silvia. El caso sigue abierto pero ahora ya no es mi problema, porque sé que demostrarán que yo no lo hice así que me he centrado en mi nueva vida junto a

Rubén, y el pasado ha quedado atrás para siempre. Como diría mi madre, todo pasa por algo en la vida, y en este caso me ha servido para conocer al hombre más maravilloso del mundo, al amor de mi vida, y para hacerme sentar la cabeza. Gracias mamá por hacérmelo entender.

Hace dos meses salió Vanessa de la cárcel. Nos hemos hecho más amigas fuera de lo que nos hicimos dentro, y lo que más feliz me ha hecho ha sido lo bien que ha congeniado con Alba. A veces incluso me dan celetes, porque parece que se lleven mejor entre ellas, pero sé que no es así. Somos un trío de lo más diverso y por eso nos complementamos y nos ayudamos las

unas a las otras en todo cuanto podemos. Vanessa se siente tan agradecida por lo que hice por su hija mientras ella estaba en prisión, que aún me lo recuerda a menudo e intenta compensarme como puede.

Conocí a Rafa, el novio heavy de Alba, y me sorprendió al ver que no hacían tan mala pareja juntos. Además de que mi amiga se ha dado cuenta de que vestía demasiado clásica para su edad y se ha modernizado un poco, Rafa no es el típico heavy melenudo. Más bien es un chico normalito, con sus vaqueros y sus camisetas de Iron Maiden, Metallica, etc., pero nada más. Pero si es que solo de ver cómo se miran el uno al otro, las pequeñas

diferencias entre ambos quedan a un lado. Mi amiga se está empezando a acostumbrar a ir a los antros y dar botes con los amigos de Rafa, y a cambio él la lleva a sitios de pop cuando a ella le apetece.

—Ven aquí que te ponga un poco de crema que no quiero ver esa linda piel quemada —me dice Rubén, brindándome una mano para que me incorpore ya que estoy tumbada sobre la toalla.

—Mejor así —digo dándome la vuelta para que empiece por la espalda.

Se pone de rodillas a mi lado y empieza a untarme crema por todo el cuerpo. ¡Qué maravilloso es haber

podido coincidir los dos de vacaciones! Cuando llega a mi cintura mete la mano un poco por el bikini y mi entrepierna empieza a mojarse. Da un salto a las piernas y las masajea, haciendo que gimba del gusto. ¿Se puede ser más feliz? Disimuladamente, arrastra las manos por mi entrepierna y la empieza a introducir cuidadosamente por dentro de la braguita.

—Umm, estás súper húmeda cariño.

—Lo sé —digo dándome la vuelta.

Rubén se coloca sobre mí y empieza a restregar su cuerpo sobre el mío, haciendo que su erección frote mi

clítoris y me ponga a cien. Como estamos solos, podemos hacer lo que queramos, así que le bajo el bañador y empiezo a acariciar su pene, masturbándolo arriba y abajo haciendo que se estremezca de placer sobre mi cuerpo. El calor es abrasante, estamos sudados, nuestros cuerpos resbalan ante el contacto, y eso hace que nos excitemos cada vez más. Pero Rubén tiene algo previsto antes de hacerme suya, algo que me deja de piedra y que hace que mi cuerpo se acelere, mi corazón palpite desorbitadamente y mi entrepierna lo reclame con más fuerza. Deja de moverse, me mira a los ojos y me susurra:

—Me encanta cómo me miras.

—No puedo mirarte de otra manera —añado.

—Quiero esos lindos ojos mirándome el resto de mi vida, cariño. Quiero hacerte mi esposa y vivir contigo el resto de mis días, porque tú me has devuelto a la vida y sin ti ya nunca seré nada. ¿Aceptas ser mi esposa, mi amor?

Tengo tal nudo en la garganta que no puedo ni hablar, pero creo que mis ojos lo dicen todo.

—Sí —es lo único que puedo emitir.

Rubén me besa apasionado y yo cierro los ojos. Noto su mano por detrás de mi cabeza y cuando los abro, lo veo con una sortija en la mano sacada de

algún sitio como por arte de magia y ahora sí que estoy hecha un flan.

—¿Me permites? —me pregunta, cogiendo mi mano derecha para introducir el anillo en el dedo anular.

—Rubén, es precioso —digo, emocionada. —Te amo tanto que no puedo imaginar mi vida sin ti, por supuesto que quiero ser tu esposa.

Y ahora sí, Rubén me muestra una de esas sonrisas que me vuelven loca, me quita la braga bikini y me penetra, haciéndome suya una vez más, haciendo que me olvide de todo y me sienta la mujer más afortunada del mundo.

AGRADECIMIENTOS:

Gracias a Esther Rodríguez Arévalo por ayudarme incondicionalmente y prestarme esos diálogos tan divertidos para mi Alba.

Gracias a Inna Gilles por asesorarme legalmente y hacer que esta historia resulte lo más creíble posible.

Gracias a Cristina, la hermana de mi mamiamiga Marisa, por asesorarme con sus conocimientos de criminóloga.

Gracias al novio policía de mi amiga Carol por hablarme de las jurisdicciones y darme la idea de la firma del asesino.

Gracias a San Google.

Gracias a mi marido por consentirme tanto y hacerme feliz ya que sin él no podría escribir como lo hago, con el corazón enamorado, y por apoyarme en todo cuanto hago.

Gracias a mi familia por estar siempre a mi lado, a mis lector@s en general y en especial a mi grupo de bailarinas, que me apoyan en todo lo que hago.

Gracias a mi madre por transmitirme su fuerza en todo lo que hago y por seguir ahí, dondequiera que esté, a mi lado, pues siempre estará en mi corazón e irá conmigo dondequiera que vaya.

